

RUN

SANGRE DE HÉROES

RUN, LA LEYENDA DE LOS NUEVE MUNDOS III

CARLOS JAVIER RODRÍGUEZ LÓPEZ

RUN, SANGRE DE HÉROES

TERCER CAPÍTULO DE LA SAGA: RUN, LA LEYENDA DE LOS NUEVE MUNDOS

OBRA ESCRITA POR CARLOS JAVIER RODRÍGUEZ LÓPEZ



PRESENTACIÓN

Carlos Javier Rodríguez López nació en Córdoba en 1985. A la edad de 3 años se fue a Barcelona donde vive actualmente junto a su familia. Hijo de un albañil, desde niño se sintió atraído por el dibujo, una afición que desató su capacidad para la inventiva. Licenciado en Administración y dirección de Empresas en 2012, en 2010 escribió varios relatos cortos en el foro de Cuentos de Miedo donde pulió sus habilidades de escritor para su primera novela “Run, la leyenda de los nueve mundos”.

“Run, sangre de héroes” supone la tercera parte del libro de la saga "Run, la leyenda de los nueve mundos"". "Run, sangre de héroes" continúa el final del segundo libro de la saga centrándose exclusivamente en la trama de la intrépida vikinga Run Ljungberg.

SINOPSIS

Después de que Run tuviera conocimiento de la muerte de su padre inicia una nueva vida en compañía de su discípulo y el perro de raza husky “el Gran Krig”. Juntos viajan con rumbo al oeste a la espera de que los dioses les traigan mayor fortuna de la que les han traído hasta ahora. Sin embargo, vuelven a toparse con nuevos problemas en su camino que les hacen tener que poner todo su esfuerzo para salir de ellos y sobrevivir. ¿Estás preparado para este tercer episodio?

PRÓLOGO

En la era de Vendel, el primer jefe vikingo de la Casa Ynglings, Warald Lodbrok, desembarcó junto a sus soldados en una isla desconocida por el hombre. Según contaban los bardos, en aquella isla, los vikingos se adentraron por una caverna que resultó ser la entrada al reino de Muspelheim. Dentro de aquel extraño mundo, Warald y sus soldados tuvieron que enfrentarse contra toda clase de criaturas llameantes que trajeron la muerte de la mayoría de los vikingos. Solo Warald consiguió escapar con vida. Antes de hacerlo, se llevó consigo un preciado tesoro. La espada "Fuego flagelante" del demonio Surtur.

Aquella espada después de pasar por las manos del vikingo Warald pasó por las manos de todos sus descendientes hasta llegar a las manos del rey Ragnar, quien fue el último hombre de la Casa Ynglings en empuñarla. Ragnar murió en Inglaterra y por causa de ello, "Fuego flagelante" pasó a pertenecer al rey Aella, cuya posesión apenas se prolongó durante un trimestre.

Tras ser alcanzado por una flecha que se le clavó en una nalga, el rey Aella perdió "Fuego flagelante" en la corriente de un río. Dicha situación llevó finalmente a que Olafur, un vikingo desterrado de la Casa Rúrika encontrara por accidente la legendaria espada.

Olafur era un hombre muy codicioso cuya ambición le hizo ver al dios Loki con quién pactó la recompensa de hacerle el hombre más rico de la tierra si devolvía la espada "Fuego flagelante" a su verdadero dueño, Surtur. Deseoso por cumplir sus sueños, Olafur se emprendió en una misión que de cumplirla traería unas terribles consecuencias para todos. El Ragnarök.

CAPÍTULO 1: UNA NUEVA AVENTURA POR EMPEZAR

En el reino de Rus de Kiev, la vikinga Run Ljungberg caminaba en dirección contraria al castillo en compañía de su discípulo Hakon y el Gran Krig. Hacía tanto frío que al niño le castañeaban los dientes y le tiritaba todo el cuerpo. De ello no era ignorante Run, quien sufría quizá más que su discípulo por verlo pasar tan mal rato.

—Cof cof cof—tosió Hakon con gesto aturdido.

—¿Puedes continuar?—preguntó Run con gesto de preocupación.

—Tienes cara de enfermo—añadió.

—No, estoy bien—asintió Hakon con un débil hilo de voz.

—Mentiroso—respondió Run.

—Ven...—dijo Run, tirando de su discípulo contra ella.

Tras realizar aquel gesto, Run se subió a Hakon a su espalda para cargarlo.

—Run...—se quejó Hakon desde la espalda.

—No hay nada más que hablar. Lo que queda de camino lo harás en mi espalda. Pronto llegaremos al pueblo de Snieder—dijo Run, tratando de dar ánimo a Hakon.

—Sí—asintió Hakon con claro gesto de sufrimiento.

Horas después de aquella conversación, acabaron de cruzar la estepa helada donde llegaron finalmente hasta el mencionado poblado de Snieder. Snieder era un pequeño poblado cubierto por un bosque y una cortina de rocas que lo protegían del intenso frío que corría por la estepa. Snieder apenas tenía diez habitantes. Estaba compuesto por seis cabañas de madera por el cual cruzaba un camino de piedras que continuaba adentrándose hacia el bosque.

En cuanto Run y sus amigos entraron en el poblado se toparon con un comerciante cuyo acompañante era un burro que tiraba de un carromato. El tendero era un hombre de mediana edad con cuerpo orondo y barba blanquecina en el rostro.

—¿Venís del castillo?—preguntó el comerciante.

—Sí—asintió Run.

—Por Odín, con el frío que hace en la estepa y vosotros vais sin pieles. Debéis de tener mucho frío. —dijo el tendero dirigiéndose a Run y a Hakon.

—Él, sí. —dijo Run, haciendo referencia a su discípulo quien seguía tiritando de frío.

El comerciante al ver los temblores en el niño le tendió un abrigo para ayudarle a entrar en calor.

—Tomad y abrigaos antes de que el frío os lleve. Este abrigo es gratis.

—Gracias, señor. —respondió Hakon.

El Gran Krig en agradecimiento por la acción realizada por el comerciante le lamió mientras movía la cola de un lado a otro muy feliz.

—Gracias, señor. Sois muy amable. Pocas veces se ve un gesto como este por estos lares. La gente no suele pensar en el dolor de los niños.—dijo Run.

—Tienes razón. Este mundo es muy cruel pero para eso estamos la buena gente para hacerlo menos miserable.—dijo el comerciante.

—Tenéis razón.—asintió Run con una sonrisa.

En aquel momento de la conversación el comerciante dejó de sonreír mostrándose intrigado por un detalle de la vikinga.

—No sé cómo ella no se está muriendo de frío.—dijo el tendero dirigiéndose a Hakon.

—Run es muy dura.—respondió Hakon volviendo su mirada a su maestra.

—Veo que llevas el fénix de la Casa Rúrika bordado en tu coraza. Debes de ser una guerrera de dicha casa.—dijo el comerciante dirigiéndose a Run.

—Eso es…—asintió Run con voz tímida.

—Y bien guerrera, ¿en qué puedo ayudaros? ¿Traéis algo de plata o bronce quizá?—preguntó el comerciante.

—No, no queremos comprar nada. Queremos vender—respondió Run.

—Yo no me gano la vida comprando cosas sino vendiéndolas…. —dijo el comerciante.

—Ya sé cómo os ganáis la vida, pero yo lo que voy a ofreceros os va a causar cuantiosos ingresos.—dijo Run.

—¿De qué se trata?—preguntó el comerciante.

En reacción a la pregunta realizada por el comerciante, Run llevó sus manos al interior de su coraza para coger el huevo del fénix que la habían regalado las hadas del reino del Alfheim. Hakon al ver qué había sacado Run de su coraza, la miró con una expresión de sorpresa.

—El huevo...—murmuró Hakon.

—¿Cuánto me darías por este huevo?. Es un huevo de fénix.—dijo Run mostrando sus mejillas sonrojadas de la vergüenza.

—Pero Run...—le recriminó Hakon.

—¿Un huevo de fénix? Ese huevo es tan pequeño que yo diría que es de gallina.—respondió el comerciante entre carcajadas.

—No os engaño. Me lo dieron unas hadas. Estuve en el reino del Alfheim…—dijo Run tratando de convencer al comerciante.

Las palabras de la vikinga provocaron que el comerciante rompiera a reír.

—Jajajaja…

—Como sois los jóvenes. Siempre tan soñadores…—dijo el comerciante, secándose una lagrima que se le había escapado de tanto reír.

Pese a las carcajadas del comerciante, Run no frunció el ceño y continuó mostrándose cooperante para llegar a un acuerdo.

—No, no. No puedo aceptar eso. Sin embargo…—respondió el comerciante.

—¿Qué más tienes?—preguntó el comerciante con intriga.

El interés del comerciante por seguir negociando hizo que la vikinga mostrara una sonrisa satisfecha. Deseosa por llegar a un acuerdo, Run le preguntó:

—¿Cuánto me darías por mi coraza y la capa que llevo puesta?

Con el ofrecimiento de la vikinga, el comerciante se rascó la barbilla con rostro pensativo.

—¿Acaso pretendes vender todas tus cosas?—preguntó Hakon dirigiéndose a su maestra, con gesto sorprendido.

—Esas cosas sí tienen valor. En fin, como sois una guerrera de nuestra tierra, puedo ofreceros por la coraza y la capa unas cinco monedas de cobre.

Debido a que la oferta fue insuficiente para Run, mostró una expresión de decepción.

—¿No puede ser un poco más?—preguntó Run al comerciante.

—Lo siento, pero en realidad cinco monedas es un precio más que justo. Tanto la capa como la coraza están muy desgastadas y llenas de costuras rotas—respondió el comerciante.

En aquel momento, el comerciante se quedó observando con mucha atención el anillo que vestía el dedo anular de la vikinga.

—Pero por el anillo que lleváis puedo daros mucho más—dijo el comerciante con su mirada fija en el anillo.

El anillo era la alianza que Thor le entregó a Run cuando se produjo su paso por el reino de Asgard.

Run al recibir la propuesta del comerciante se llevó la mano al anillo mostrándose insegura.

—Este es un anillo de matrimonio. Es muy especial para mí…—dijo Run.

—¿Estáis casada?—preguntó el comerciante.

—Sin embargo, acepto venderlo—respondió Run.

—¿Estáis segura?—preguntó el comerciante.

Run asintió con la cabeza.

—Tomad—dijo Run, entregando su anillo al comerciante.

Tras observar durante unos instantes el anillo recibido, el comerciante se dirigió de nuevo a la vikinga.

—Está bien. ¿Qué queréis a cambio?—preguntó el comerciante.

—Podéis coger lo que queráis pero con medida—añadió.

Con el permiso de parte del comerciante, Run recuperó su capa maltrecha para utilizarla como una bolsa en la que cargar los utensilios comprados. En ella introdujo: un par de pócimas curativas, una docena de hierbas medicinales, un queso entero y media pata de jabalí en salazón.

—Parad, os lo vais a llevar todo—se quejó el comerciante en un tono amistoso.

—El oro vale lo que vale el oro—respondió Run con una sonrisa divertida. Cuando la vikinga hubo cargado toda la compra, hizo un hatillo y lo cargó a la espalda.

—Sois muy espabilada. Os deseo que tengáis mucha fortuna en vuestro viaje—dijo el comerciante en despedida con la vikinga y su discípulo.

—Muchas gracias. Espero que su negocio siga prosperando. Se acaba de llevar una pieza única—sentenció Run, marchando finalmente en compañía de Hakon por el poblado de Snieder.

Realizado el trato con el comerciante, los amigos se adentraron por el poblado mostrando un cambio de vestimenta en la vikinga. Run por aquel entonces había dejado su vestir su coraza para vestir únicamente una camisa corta de color marrón. La razón de aquel cambio se debía a que en la coraza venía dibujado el emblema del fénix de la Casa Rúrika en su torso, lo que significaba que la siguieran relacionando con los guerreros de tal casa vikinga.

De camino por la aldea, la expresión en el rostro del niño daba entender que estaba a disgustado con la venta que su maestra había hecho.

—Run ¿Por qué has tenido que vender ese anillo?—preguntó Hakon a la vikinga.

—Era muy especial para ti—añadió.

—No pienses en eso. No quiero verte enfermar. Tú eres un humano y hay circunstancias donde eres más delicado que yo. Si necesitas medicinas te las compraré y punto. Eso es todo.—respondió Run en forma tajante.

—Pero Run…—protestó Hakon.

—No hay peros. Ahora bébete un poco de poción. Te ayudará a

curar ese constipado.—le ordenó Run.

—Sí—asintió Hakon.

Con voluntad por satisfacer a la vikinga, el niño pegó un trago al brebaje poniendo cara de asco por motivo de su sabor agridulce. La cara que puso Hakon hizo que Run le preguntara:

—¿Tan asqueroso estaba?

—Peor…—le respondió el niño, rascándose la lengua.

A consecuencia de la respuesta del niño, Run rompió a reír a carcajadas.

—No importa su sabor. Lo que importa es que te hará sentir mejor—sentenció Run.

Una vez que Run hubo guardado la parte restante de la pócima, los dos jóvenes junto al perro prosiguieron su avance por el poblado dispuestos ofrecer sus servicios a quien los pudiera necesitar. En un primer lugar el dúo de guerreros se acercaron a un ganadero que estaba parado frente a una vaca.

—¿Tenéis trabajo para nosotros, mi señor?—preguntó Run al ganadero.

—Mi único trabajo es alimentar a mi ganado y con lo que saco, gano tan poco que apenas tengo para mí y mi familia. Preguntad más adelante. Aunque ya os digo que esta aldea es demasiado pequeña. Difícilmente encontrareis trabajo—respondió el ganadero.

—Gracias igualmente—respondió Run poniendo cara de decepción.

—Bueno, tu primer intento ha sido un fracaso—dijo Hakon.

—Calla, hay que seguir intentándolo hasta que consigamos un trabajo—respondió Run.

Después de que Run terminara su conversación con el ganadero, se acercaron a una anciana, la cual parecía estar desorientada. Cuando la vikinga se acercó a ella, fue seguida a la carrera por Hakon y el Gran Krig.

—¿Tenéis trabajo para nosotros, mi señora?—preguntó Run a la anciana.

—No encuentro a Gasli—respondió la anciana mostrándose desorientada.

—¿Quién es Gasli?—preguntó Hakon a la anciana.

—No encuentro a Gasli—repitió la anciana.

En aquel instante, Run se rascó la coronilla observando a la anciana con gesto pensativo.

—A esta anciana no le funciona muy bien la cabeza. Ofrezcamos nuestros servicios a otro—se lamentó Hakon.

—Creo que Gasli es ese gato—dijo Run señalando con su mano a

un gato que había subido en el tejado de una de las cabañas de madera.

De un grácil salto, Run se subió a lo alto del tejado y a continuación descendió de él con el gato entre sus manos. La vikinga después de rescatar al gato perdido se lo entregó a la anciana, quien lo recibió con gran alegría.

—Oh Gasli. Gracias jovencita. Que Odín os lo pague—dijo la anciana mostrándose agradecida por la ayuda recibida de parte de la vikinga.

Hakon, que observaba a un lado, al ver lo ocurrido sonrió mostrándose satisfecho.

—Bueno. Al menos has hecho una buena acción. Lo malo es que no hemos sacado nada a cambio—dijo Hakon.

—Tendremos que conformarnos con eso—asintió Run.

Finalizado el encuentro con la anciana, Run y su discípulo continuaron caminando por el poblado encontrándose tras los siguientes pasos con un guerrero llamado Adon. Adon era un hombre de unos treinta años con cabello corto y rubio y una barba rubia trenzada. Su rostro estaba decorado con pinturas de guerra. Su vestimenta eran las de un salvaje, vestido con pieles por todo el cuerpo. En su espalda cargaba con una espada y un hacha. Ambas armas eran arcaicas.

Cuando se produjo el paso de la vikinga por delante del guerrero, él se dirigió a Run hablándola de forma amistosa:

—He visto lo que ha pasado con esa vieja. Menudo salto habéis pegado, chica. ¿Cómo lo has hecho? ¿Podrías enseñarme a hacerlo? —preguntó Adon.

—No, lo siento. No tenemos tiempo para eso—respondió Run en un tono seco.

—Uff. ¡Qué egoísta sois! Si yo tuviera alguna clase de don no me lo guardaría para mí solo—se quejó el guerrero—¿Cual es vuestro nombre? Yo soy Adon. Del este del castillo. Tengo que decir que me suena vuestro rostro. ¿Os he visto en alguna ocasión anterior?—preguntó Adon.

Al oír el comentario del guerrero, Run le dio la espalda con intención de terminar la conversación, sin embargo, él continuó hablando como si la vikinga no le estuviese ignorando.

—Una chica no debería ser tan arisca cuando habla con un hombre. Hay hombres que son muy rudos…—le advirtió Adon, adoptando una expresión de enfado mientras la vikinga seguía andando.

Encantado de haberse conocido así mismo, Adon prosiguió con

su monologo:

—Yo, sin embargo, no soy de esos. Soy un hombre de honor que ha luchado en la Britania. Soy tan buen guerrero que el rey Rúrik me suplicaba que lo acompañara a todas partes para protegerle.

A la provocadora mentira, Run hizo oídos sordos. No le apetecía pelearse con nadie así que tiró adelante dejándolo pasar. La actitud de Run con el guerrero, hizo que éste lo considerara como un juego por parte de ella debido a su carácter engreído y su obsesión por las mujeres. Demostrando lo segundo, Adon se quedó mirando el trasero de la vikinga mientras ella se dirigía a su discípulo.

—¿Qué te ha dicho ese hombre?—preguntó Hakon.

—Nada. Es un patán común. Buscaremos hospedaje para pasar la noche aquí. Es tarde debes estar cansado.

—Sí, la es que un poco, si ¡Jajajaja!—asintió Hakon mostrándose alegre por la idea.

Run sonrió con la reacción del niño.

—Vamos.

Al rato de estar deambulando por el pueblo de Snieder, los amigos fueron a la casa de la anciana a la que Run había ayudado a recuperar a su gato. La anciana cuando los recibió vio de buen grado ayudarles y por ello, le dispuso a los dos de un hospedaje y una cena de manera totalmente gratuita. Llegada la hora de ir a dormir, la anciana les indicó una habitación con una sola cama que ocuparon Run, Hakon y el perro.

—Bueno. No es mi habitación en Kiev ni como los dormitorios de Alfheim pero algo es algo—dijo Run al contemplar la mugrienta habitación.

Hakon sonrió por el comentario de su maestra.

—¿Te has vuelto tan comodona?—preguntó Hakon entre risas.

—No soy comodona. Solo era broma. El lugar es perfecto y mientras no estemos en el bosque todo está bien—dijo Run, frotándole la cabeza a Hakon con dulzura.

—Ahora date la vuelta. Voy a cambiarme—añadió Run en una orden.

Siguiendo la orden, el niño se dio media vuelta para que la vikinga pudiera cambiarse. En un visto y no visto, Run apareció de nuevo despojada de su coraza y demás vestimentas, vistiendo únicamente una camisa de manga larga que le sobrepasaba la cadera.

—¿Tú no vas a cambiarte?—preguntó Run.

—No, hace demasiado frío. Creo que dormiré con la ropa puesta.

—Me parece bien. Entremos en la cama—le instó Run,

introduciéndose con el niño en la cama.

Estando en la cama, Run se recolocó en la cama, estirando los brazos y luego colocando las manos por debajo de la cabeza como si de una almohada se tratara.

—No te lo había dicho pero hoy es mi cumpleaños.

—¿De verdad?—preguntó Hakon mostrándose emocionado por la noticia.

—Sí, los cumplo el día 3 de enero y si el hombre con el que nos cruzamos ayer no nos mintió hoy es mi cumpleaños. Hoy cumplo diecisiete años.

Con la confirmación de la noticia, Hakon se removió en la cama para dirigirse a su maestra.

—Felicidades. Ya eres toda una anciana.

—No tanto…—musitó Run, sonriendo.

—¿Y cuantos años tengo yo?

—No sabes qué día es tu cumpleaños, ¿verdad?

Hakon hizo que no con la cabeza.

—Está bien—comentó Run entre risas.—A partir de ahora tú lo cumplirás el día 4, ¿vale?

—¿Mañana será mi cumpleaños? ¡Bien!—celebró Hakon, dando botes sobre la cama.

Debido a los festejos del niño, Run soltó un par de carcajadas. Cuando se hubieron calmado las risas, Hakon adoptó un semblante serio mirando a la vikinga:

—Dime la verdad Run. ¿Seré algún día alguien fuerte?—preguntó Hakon.

Run se giró en la cama para mirarle atentamente y tras dedicarle una caricia, Hakon puso toda la atención en cada palabra que salía de su maestra.

—Como sabes mi padre era un antiguo guerrero berserker. Como todos sus hermanos, en él corría sangre guerrera, como ocurría en su padre, su abuelo y sus ancestros. Yo también tengo esa sangre como le pasaba a mi medio hermano fallecido.

—Yo no tengo esa sangre…

—Esa sangre no es nada en comparación con tu poder.

— ¿Y cuál es mi poder?

—El amor.

— ¿El amor?

—No hay guerrero más poderoso que el guerrero que ama y lucha por defender a los que ama. Ese cuando lucha, lo hace con todas sus fuerzas. Ese eres tú—concluyó Run, acariciando la nariz en un gesto cariñoso.

Hakon sonrió abiertamente.

—Sí, ese soy yo. ¿Y sabes quién es la persona que más quiero en los nueve mundos?

—¿Quién?—preguntó Run mostrándose risueña.

El niño se pensó por un momento el hecho de bromear nombrando al Gran Krig pero finalmente optó por decir la verdad.

—A ti—dijo Hakon con sus mejillas sonrojadas.

—¿A mí? Te como—farfulló Run, reaccionando muy feliz.

La vikinga en respuesta a las bonitas palabras del niño hacia su persona, lo abrazó y le llenó la cara de besos mientras él reía producto de las cosquillas.

La alegría que sentía Run era sincera. No sobreactuaba para el agrado del niño sino que de verdad, se sentía así. Por ahora no tenía ganas de andar emparejada con ningún hombre y Hakon le resultaba perfecto para sus necesidades. El niño la idolatraba y no era para nada complicado. Además la mantenía distraída en todo momento. Nunca se aburría de pasar el rato con él y lo mejor de todo, es que podía estrujarle con abrazos y besarle cuando la venía en gana ya que nunca se quejaba de nada.

CAPÍTULO 2: UN LARGO VIAJE

Un rato después de que Hakon sorprendiera a su maestra con su confesión, éste quedó dormido entre sus brazos. Mientras el niño dormía, Run volvió hacer una cosa que ya había hecho más de una ocasión y era, fantasear sobre un príncipe desconocido al que todavía no había conocido y que le aguardaba escondido en remoto lugar.

—"¿Será musulmán o cristiano? Quizá sea danés o de Rus de Kiev? No, de Rus de Kiev no puede ser. Todos los hombres son muy feos. ¿Y si se trata de un hombre de una raza de fuera del Midgard como un elfo o un vampiro? Un elfo es muy poco probable. Ya estuve en el reino de Alfheim y no creo que me vuelva a surgir una oportunidad para regresar. Y eso, ¿y si es un vampiro? ¿Pero todavía queda alguno con vida? Si queda alguno debe de estar muy escondido así que pasará mucho tiempo hasta que me encuentre con él." Pensó Run.

Por instante, la vikinga se imaginó un hombre al que no pudo darle un rostro. Solo veía en la imagen que era alto y que tenía el pelo oscuro.

—"¿Por qué me lo imagino moreno sino sé cómo es?"—Se preguntó Run con una sonrisa divertida.

En ese momento, las sombras de la oscuridad reflejaron en el rostro de Hakon unas facciones demasiado duras para su edad. Run, engañada por el efecto óptico, se acercó a la cara del niño llevándose el desengaño.

—"Por un momento parecía un hombre. Menudo susto"—bromeó para sí misma.

La vikinga pasó su mano por el rostro del pequeño en una acaricia y luego apostilló:

—"Que bueno es. Como alguna mujer le haga daño alguna vez, la mataré".

A la mañana siguiente, el sol salió en Snieder. A eso de las siete de la mañana, la vikinga y su discípulo abandonaron la casa con intención de reemprender su viaje hacia el oeste. Nada más salir por la puerta, Run tuvo unas palabras para su discípulo:

—Feliz cumpleaños. Ya tienes nueve años—dijo Run en referencia a lo hablado en la noche.

—¡Oh, sí! No me acordaba. Gracias. Ahora que lo pienso me siento más mayor que ayer—respondió Hakon.

—Sí, claro…—añadió Run entre risas.

El perro pasó por delante de los dos y ladró un par de veces

moviendo la cola alegremente.

A los pocos pasos de que los amigos estuvieran en la calle, los amigos se toparon con Adon. El guerrero andaba molestando a un niño del pueblo al que le quería robar unas cuantas monedas.

—A ver qué traes por aquí—dijo Adon, mientras le retorcía el brazo al niño.

Run, viendo lo que sucedía, estiró una sonrisa maliciosa por su rostro y a continuación se dirigió hacia el hombre. Minutos más tarde, los amigos salieron del pueblo llevándose con ellos algunas de las pertenencias de Adon. Run lo había dejado inconsciente y de paso le había robado una bolsa de oro, una espada y un caballo para que el viaje resultara lo más cómodo posible para Hakon. En cuanto tuvo la oportunidad, su discípulo tomó la palabra para reprocharle a su maestra por la actitud tenida con el guerrero:

—De verdad, Run. Me has decepcionado. ¿Desde cuándo robar es algo que esté bien?—preguntó Hakon a la vikinga.

—Sí es a alguien como ese idiota. Si está bien—respondió Run.

Tras la respuesta de la vikinga, ésta desenvainó la espada que había robado al hombre y luego se la entregó al niño.

Era una espada vikinga. Un arma muy común por la zona. La espada vikinga era un arma de hoja recta y ancha, doble filo, con ancho vacceo por ambos lados y con una punta poco aguda y en muchos casos directamente redonda, poco grosor de hoja y con los filos paralelos o con muy poco estrechamiento distal.

—Toma, aquí tienes una espada para defenderte.

—¿Es mía?—preguntó Hakon, sorprendido.

—Claro, ya es hora de que tengas tu propia espada—respondió Run.

—Entonces…Por una vez que se diga, apartaré mi mirada en cuanto a esta cuestión a se refiere—dijo Hakon con una sonrisa divertida.

Run se carcajeó tirando a la vez de las riendas del caballo en el que cabalgaban. Retomada la marcha, Run se giró mirando a los abetos que los rodeaban.

—Me encanta Rus. Este paisaje es mágico.

—¿Qué dices? Es demasiado frío…—le replicó Hakon, mostrándose nada de acuerdo con las palabras de su maestra.

En reacción a la réplica del niño, Run soltó una carcajada.

—Tranquilo este frío acabará algún día. A medida que avancemos hacia el suroeste hará menos frío. Te lo prometo—añadió Run.

—Eso espero—asintió Hakon, mostrándose poco convencido.

Llegado a unos dos kilómetros al oeste de Snieder, y a tres del castillo de Rus de Kiev, los amigos se detuvieron para cazar por una zona boscosa en la que abundaban las bestias salvajes. Allí, Run guió a su discípulo hasta una gran roca donde aguardaban escondidos con el niño apuntando con el arco de la vikinga. El objetivo que tenía Hakon entre ojo y ojo, era un ciervo macho que comía brotes de hierba que sobresalían de entre la superficie helada.

—Aguanta el objetivo. Es tuyo—dijo Run mientras permanecía a su lado.

La vikinga se acercó inocentemente a Hakon para asegurarse si de verdad estaba apuntando correctamente al objetivo, con lo que apoyó sus pechos contra el brazo derecho de su discípulo. El contacto ocurrido entre los pechos y Hakon hizo que el niño perdiera la concentración y que acto seguido, soltara el cordón disparando muy lejos del objetivo al que pretendía dar. Debido a la lejanía con la que terminó yendo la flecha del ciervo, Run se giró resoplando disgustada por la mala puntería de su discípulo.

—¿Pero qué disparo ha sido ese? Un poco más y mandas esa flecha a la otra punta del bosque. Pon más atención—se quejó Run.

Producto de la reprimenda, Hakon estalló con toda su rabia:

—¡Ha sido culpa tuya! Si no me hubieras puesto encima tus tetas enanas de marimacho, no hubiera fallado ese tiro.

A consecuencia de las explicaciones dadas por el niño, la vikinga enfureció el rostro y luego se movió con su velocidad de vampira. Antes de que al niño le diera tiempo a darse cuenta, Run lo tenía agarrado alzándolo del suelo con una sola mano por las ropas que vestía.

—Mis tetas no son enanas, mocoso estúpido—le dijo Run, mirando a Hakon de una manera amenazante.

Hakon, aterrado por ver los colmillos que habían aparecido en la boca de su maestra, respiró hondo excusándose por su acción. En ese momento, la expresión de terror que Run vio en su discípulo, provocó que de inmediato la primera volviera a la normalidad soltando al niño en el suelo. Una vez lo hubo soltado, la vikinga empezó a andar alejándose de Hakon mientras él la miraba con gesto atónito por el inesperado cambio de actitud.

—Hasta luego Hakon. Es hora de que me alimente. Nos vemos en media hora—dijo Run en un tono alegre y despreocupado.

Hakon, viendo como ahora su maestra actuaba como si no hubiera pasado nada, gruñó mostrándose sensiblemente enfadado.

—Que sea la última vez que estás sin alimentarte tanto tiempo. —le replicó.

Poco tiempo después del incidente relacionado con los pechos de la vikinga, volvió a oscurecer en Rus de Kiev. Como era costumbre lo hizo a una hora muy temprana. A las tres de la tarde cayó la noche aunque eso no pilló a los amigos por sorpresa. Run, a sabiendas del pronto anochecer, mandó acampar en un punto determinado del bosque. El lugar elegido para fue una zona rodeada por una hilera de abetos. Allí encendió un fuego para que Hakon pudiera coger calor y de paso cocinar la carne de un ciervo que había cazado para él.

Por aquel entonces, por motivo del olor que se desprendía de la carne al hacerse lentamente en la hoguera, a Hakon le estaban gruñendo las tripas. Tenía demasiada hambre. Llevaba un día entero sin comer nada.

Run, que era capaz de oírlo todo, se le escapó una risilla a causa de los sonidos intestinales del pequeño.

—Caray, sí que tienes hambre...—dijo Run con una sonrisa divertida.

—Claro que la tengo. No he comido nada desde ayer.—respondió Hakon.

—Bueno, no te preocupes. Pronto tendrás tu comida hecha. Solo espera un poquito más.—le instó Run dirigiéndose al niño con una sonrisa divertida.

Pasados unos escasos minutos, en cuanto la carne hubo cogido color suficiente y una textura suficiente, Run clavó “La espada del mediano” en el animal cocinado y luego lo apartó del fuego partiendo dos mitades. Una para Hakon y otra para el perro.

—Tomad, chicos. Aquí tenéis los dos. Hartaos.—dijo Run, entregando los grandes pedazos a sus amigos.

Rápidamente, Hakon y su perro se lanzaron hacia la carne para empezar a devorarla.

—Ten cuidado. Está un poco caliente—avisó Run a su discípulo.

—¡Sí! Tranquila—asintió Hakon, mostrándose rebosante de felicidad por el festín de carne que se le avecinaba.

Al cabo de unos minutos de que la vikinga hubiera sacado al ciervo del fuego, el niño paró de comer dejando más de la mitad del pedazo que su maestra le había entregado. El Gran Krig por su parte, se lo comió todo incluso los huesos. Mientras Hakon se daba un respiro a sí mismo preparándose para continuar comiendo pasado un rato, se recolocó en la hierba iniciando una conversación con Run:

—¿Cómo sabes hacia donde hay que ir para no perderte? Es algo que siempre me he preguntado. Yo siempre me pierdo con facilidad —preguntó Hakon.

Ante la pregunta realizada, Run se giró noventa grados hacia el norte señalando con su dedo índice la ubicación de la estrella polar.

—¿Ves esa estrella?—preguntó Run a su discípulo.

—Si.—respondió Hakon.

—Pues esa estrella apunta al norte. Los vikingos siempre la han tomado de referencia para sus viajes marítimos. A nosotros nos servirá para encontrar el sudoeste.

—Ah…¿Y cómo la seguiremos si aparece alguna nube y la tapa?

—Si la noche es nublada pues se espera a que despeje. Así de simple…

—Sí, ahora lo entiendo—asintió Hakon con la boca de llena de comida.

Run miró hacia la hoguera viendo como todavía quedaba más de noventa por ciento del animal. La gran proporción restante de comida desagradó a la vikinga, quien acto seguido se dirigió a su discípulo instándole a seguir comiendo.

—Vamos, sigue comiendo, todavía te queda mucho. —le recriminó Run entre risas.

Disgustado con la regañina, Hakon obedeció. Cogió media pata del ciervo retomando la conversación.

—Después de todo lo que ha pasado últimamente…¿Has pensado si quizá sea lo mejor que volvamos al reino de Alfheim en vez de continuar hacia el oeste?—preguntó Hakon.

Run abrió los ojos mostrándose muy sorprendida con la sugerencia.

—¿Por qué? Ya hablamos sobre eso.—le replicó Run.

—Pero Run, ahora las cosas son diferentes. No podemos vivir en tu castillo y la idea de viajar hacia oeste no me parece nada segura. —respondió Hakon.

Run se detuvo a mirar al niño por unos segundos antes de responderle:

“Es un niño muy listo. No se le puede engañar.”

—A ti te gustaría mucho que volviéramos, ¿verdad?—preguntó Run.

—Claro que sí ¿Por qué no iba a querer? Jamás me lo pasé tan bien como en el viaje al Alfheim.—respondió Hakon alzándose de su asiento por la emoción.

Pese el gran ánimo que Hakon mostró por la sola idea de un

posible regreso al mundo de Glad, Run le respondió de manera distinta de la que podía esperar. La idea de ver de nuevo al elfo le dolía profundamente. No quería seguir confundiéndose por algo que no había sucedido.

Agachando la cabeza con un semblante cabizbajo, le dijo a Hakon con un hilo de voz débil.

—No me apetece volver a ver a Glad. Por un tiempo… ¿No puedes entenderlo?

Debido a la evidente tristeza que ahora sentía la vikinga, su discípulo se quedó en silencio mirándola fijamente.

—No lo entiendo, pero de todas maneras te apoyo—dijo Hakon, terminando sus palabras con una sonrisa.

La respuesta del niño hizo que la vikinga estirara una ancha sonrisa por su rostro y que acto seguido se moviera con su supervelocidad de vampira. De repente, Run apareció ante el niño dándole un fuerte abrazo. Teniendo a Hakon entre sus brazos, éste se quejó pero Run, ignorándole, lo apretujó sin mala intención contra sus pechos al mismo tiempo que lo besaba en la cara.

—Te adoro, mi pequeño. Gracias por estar siempre ahí—dijo Run.

—Deja de apretarme idiota. ¡Me estás ahogando con tus pequeños pechos! —protestó el niño braceando por liberarse.

A la hora de que Run tuviera aquel gesto con su discípulo, lo apartó de sí misma con mucho cuidado de no despertarlo. Una vez que Run hubo dejado a Hakon durmiendo junto al Gran Krig, aprovechó que estaba desocupada para explorar la zona que rodeaba a la hoguera. Run no era tonta. Aunque no había actuado en respuesta de aquellos ojos que los habían estado observado durante la cena, sabía perfectamente que alguien los acechaba.

Al poco de estar rastreando, la vikinga, olfateó el aroma de un grupo de humanos que estaban muy cerca de ella. Para forzarlos a mostrarse, se detuvo observando con un ceño fruncido a unas sombras que había escondidas detrás de los abetos.

—Salid de una vez…—ordenó Run en un tono seco.

Obedeciendo la orden de la vikinga, de entre los árboles se hicieron visibles una decena de bandidos equipados con armaduras y toda clase de armas. Aquel grupo de bandidos compuesto por hombres y mujeres, estaba liderado por un hombre de unos treinta años llamado Bren “El listo”. En cuanto los bandidos se dejaron ver, el hombre siguió caminando hacia Run mostrándose muy confiado de su suerte.

—Un bosque no es un lugar seguro para una muchacha y un

niño. No te muevas, chiquilla. Somos muchos. Demasiados para ti. —dijo Bren, caminando hacia la vikinga.

Run hizo una mueca de aburrimiento y luego desenvainó su espada.

—Jeje, vaya. —reaccionó Bren “El listo” al ver el brillo de la espada. —¿De dónde has sacado esa espada? ¿Acaso sabes manejarla?—preguntó el hombre, mostrando una sonrisa malévola por su rostro.

—Dadnos todo lo que tengas de valor y quizá perdonemos tu vida y la de ese niño—sentenció, adoptando un ceño fruncido.

En aquel momento, Run sonrió sabedora de su superioridad y entonces, desapareció en el aire usando su supervelocidad de vampira. Justo después apareció ante un atónito Bren y sin que a él le diera tiempo a reaccionar, le decapitó con un tajo horizontal.

El grupo de bandidos, al ver cómo caía la cabeza de su líder, abrieron más los ojos incrédulos ante lo que acababa de pasar. Run se giró hacia ellos y dijo, maliciosamente:

—¿No sabéis que las apariencias engañan?

Run abrió la boca e hizo aparecer sus colmillos y con un veloz movimiento, se plantó ante uno de los hombres y aferrándole los cabellos, le dio un fuerte mordisco en el cuello. La carne se desgarró brotando sangre y derramándose sobre la espalda del bandido llegando hasta el suelo.

Uno de los bandidos compuso una expresión de terror en su cara.

—¿Qué? ¡Por Odín, no es humana! —exclamó horrorizado.

Después de que Run hubiera bebido de uno de sus enemigos, dejó caer el cadáver mientras que todos la observaban temblorosos sin dar crédito de lo que estaban siendo testigos.

—¿Quién será el siguiente?—preguntó Run, limpiándose con el dorso de la mano su boca ensangrentada.

—¡Es un monstruo, atacadla todos juntos!—gritó un bandido, dando órdenes a sus compañeros.

A continuación de dicha orden, los bandidos se lanzaron al ataque en contra de Run empuñando sus espadas. En aquel momento la vikinga se movió de nuevo a una velocidad sobrehumana usando sus garras para atacarlos. Al primero de los bandidos, lo mató seccionándole la carótida de un solo arañazo. Al siguiente lo liquidó de un puñetazo que le hizo perder el conocimiento. Al bandido que hacía tres, lo estampó de una patada contra el tronco de un árbol fracturándole varios vertebras.

En cuanto Run se hubo deshecho de aquellos tres bandidos, se

agachó recogiendo del suelo las dos hachas de uno de ellos. Teniéndolas en su poder, se lanzó en rápidos y certeros ataques contra el resto. De un tajo horizontal, Run le amputó las piernas a una mujer. Cuando ella todavía seguía sintiendo sus piernas consigo, Run se giró empuñando las hachas que llevaba en sus manos para enfrentarse a otros dos oponentes. Aprovechando la velocidad del giro, decapitó a uno y a otro lo partió por la mitad. Asesinados aquellos otros tres, se giró de nuevo sobre sí misma extendiendo en sus manos las hachas que empuñaba. Producto de sus giros, volaron más cabezas y miembros.

Al acabar con todo el mundo y haber sido devuelta la calma, Hakon apareció con el Gran Krig en esa zona del bosque en la que se había producido la lucha, encontrándose a su maestra con sus ropas llenas de sangre y con una decena de cadáveres bajo sus pies. El perro ladrón al ver a Run.

—Me he despertado con el escándalo. ¿Qué ha pasado? ¿Has estado haciendo de las tuyas?—preguntó Hakon con cara somnolienta.

—Lo siento, he tenido que luchar contra unos bandidos…—respondió Run con una sonrisa.

Con la explicación de la vikinga, el niño abrió más ojos fijándose en la sangre que había por todo el cuerpo de su maestra.

—Tienes sangre por todo el cuerpo.—dijo Hakon, reaccionando con gesto preocupado.

—Sí, es de ellos. Debería bañarme para quitarme toda esta peste a sangre y de paso cambiarme para no llamar la atención—respondió Run mientras se palpaba su camisa ensangrentada.

—Venid conmigo. Buscaré algún riachuelo donde asearme—dijo Run.

—Sí—asintió el niño, marchando a continuación detrás de la vikinga junto al perro.

A las pocas horas de retomar el camino, Run guió a su discípulo y al perro que venía siempre con él hacia un riachuelo, gracias a su oído superdesarrollado con el que era capaz de oír hasta el aleteo de una mosca a varios metros de distancia. Encontrarse con aquel riachuelo iluminó de alegría a la vikinga, quien al fin tenía una oportunidad para quitarse la sangre que se esparcía por su ropa y que la delataba frente a otros.

—¿Puedes darte media vuelta?—preguntó Run, al llegar a la zona del riachuelo.

—¿Para qué?

—Necesito que te des la vuelta para poder asearme.

—Ah. Claro. Ahora lo hago. Yo de mientras estaré bebiendo agua y limpiándome un poco—asintió Hakon.

El niño, accediendo a la petición de su maestra, le dio la espalda y luego empezó a andar en dirección opuesta a ella. A medida que se alejaba, se dirigió a su perro.

—Vamos, Gran Krig.

El perro en reacción a la orden de su dueño, ladró una vez y luego salió corriendo detrás de él. Cuando Run hubo comprobado que el niño había cumplido con su palabra, sonrió divertida y entonces se llevó las manos sobre su camisa para empezar a desnudarse. Mientras eso sucedía, el niño aprovechó que ella estaba distraída para echar un vistazo a su maestra desde un buen escondite. Entre los hierbajos levantó la cabeza por un instante, contemplando fascinado el hermoso cuerpo desnudo de su maestra.

Run tenía un cuerpo bien proporcionado con unos pechos de tamaño corriente y unos pezones de color rosado. En su entrepierna tenía una pequeña mata de pelo de color rubio.

Al ver las partes pudientes de la muchacha en el momento en el que se flexionaba para aseándose, Hakon volvió su mirada hacia delante con la cara sonrojada a consecuencia de la excitante visión.

—¿Qué ha sido ese ruido? Espero que no estuvieras fisgoneando. Detesto a los mirones. —dijo Run, mirando hacia atrás cuando estaba en cuclillas con sus pies metidos en la corriente.

—¡Claro que no estaba mirando! ¿Por qué dices eso? Te lo he prometido.—respondió Hakon, con una voz de enfado pero con la cara colorada por la vergüenza.

"¿Estaba mirándome? Pero si es muy pequeño" Pensó Run.

—Hum. Habrán sido imaginaciones mías.—dijo la muchacha, continuando con el aseo de su cuerpo.

Hakon resopló aliviado con la respuesta de la vikinga.

-"De la que me he librado". Pensó Hakon.

Poco tiempo después, cuando Run hubo acabado de bañarse, se vistió con las prendas que había adquirido tras saquear a los cadáveres de varias bandidas. Su nueva vestimenta se componía por un yelmo con cuernos de toro, una armadura ligera con la forma de un corsé y unas largas botas de cuero. El corset metálico era una prenda muy lujosa, la bandida de la quien se había provisto, la adquirió después de matar a un noble coleccionista de tesoros. Ese corset había pertenecido a la mismísima Cleopatra.

La sensual pieza de metal tenía representado a dos serpientes que se enrollaban en la cola en la parte de los pechos y que caían de

cabeza para morder el fruto prohibido que había en la zona de la entrepierna. La envergadura de la armadura se extendía por el torso y la zona baja de la cintura, dejando al descubierto sus hombros y su escote pero tapando hasta la zona del pubis. A partir de ahí, solo mostraba medio muslo. El resto estaba oculto por el par de botas.

Cuando Run estuvo luciendo su nuevo aspecto ante su discípulo, éste quedó asombrado por el cambio que se había ocasionado en ella.

—Uau, Me encanta tu nueva vestimenta. ¡Es increíble! —exclamó Hakon, fascinado.

El perro ladró dándole la razón a su dueño.

—¡Jajajaja! Gracias. Al final me ha venido bien y todo que unos bandidos me asaltaran. Esta armadura es la más bonita que he visto nunca.

—Visto así, sí. ¡Jejejejeje!—respondió Hakon entre risas.

—Es hora de continuar con nuestro viaje. Se hace tarde y…

Mientras que la vikinga hablaba sobre el nuevo rumbo a tomar, Hakon sucumbió en una ligera hipnosis producida por los torneados muslos que veía en su maestra.

A la vez que el niño babeaba con el físico de la adolescente, muy lejos de allí, en la costa de Galicia, el navío vikingo robado por Olafur y sus secuaces desembarcó en tierras gallegas. La razón de su llegada a Hispania se debía pensaban que el reino de Muspelheim estaría cerca de las tierras del sur.

Una vez amarraron el navío en la costa cristiana, los vikingos se adentraron a pie por una playa pedregosa encabezados por Olafur. Por aquel entonces se les veía cansados y hambrientos. No era para menos, llevaban muchos días pasando hambre y sin apenas beber agua. Aun así, la codicia los seguía empujando a continuar su búsqueda aunque no tuvieran ninguna pista a la que aferrarse.

—Seguidme, cazaremos algo y luego continuaremos con nuestro viaje hacia el sur—dijo Olafur, avanzando con paso renqueante.

Por detrás, Aris le preguntó a Thorlak:

—¿Dónde estamos, jefe? ¿Este es el reino de Muspelheim?

Ante la pregunta del vikingo, Thorlak miró hacia ambos lados fijándose en el paisaje del territorio por el que cual se estaban adentrando. A lo lejos se alzaba un montículo de rocas que dirigían al inicio de un prado.

—No tiene pinta de tratarse de ese lugar. Sigamos a Olafur—respondió Thorlak con voz débil.

Pasados unos minutos de que el grupo de hombres estuviera vagando por la costa, de lo alto del montículo, surgió un estandarte

de la nada. En el estandarte venía reflejada la cruz cristiana sobre fondo blanco. La comitiva que empuñaba tal estandarte era una formación cristiana compuesta por una veintena de caballeros y dirigida por un capitán cristiano montado a caballo. Aquellos soldados les recibieron haciéndoles saber que su presencia no era bienvenida. Mientras los soldados apuntaban con sus arcos al grupo de forasteros, el capitán de la guardia cristiana tomó la palabra:

—Alto, en nombre de Cristo. ¿Quién viene?

Siendo la voz que representaba al grupo, Olafur le contestó:

—Soy Olafur Mortensen, y estos de aquí son mis hombres. Permitidme señor, una pregunta. ¿Dónde estamos?

—Estáis en la vieja Hispania, reino cristiano del rey Alfonso III, rey de Asturias y rey de Aragón.—dijo el capitán, hablando con una gran pomposidad.

En cuanto Olafur y sus secuaces lo oyeron, resoplaron desilusionados.

—¿Y por qué motivo habéis desembarcado en nuestras tierras, Olafur?

—Nos dirigimos hacia el reino de Muspelheim. Me ha sido asignada por el dios cristiano la tarea de llevar un objeto hacia el reino de las llamas.—respondió Olafur.

El capitán cristiano y el resto de sus hombres soltaron una carcajada a causa de la respuesta del vikingo.

—¿Habéis dicho que Dios, os ha pedido que llevéis un objeto hasta una tierra de fuego?...¿Y qué objeto es ese?—preguntó el capitán en un tono sarcástico.

Al mismo tiempo que el capitán cristiano hablaba, sus caballeros rieron divertidos en un tono de mofa. Olafur contestó:

—No puedo decíroslo, señor. Es un asunto entre Dios y yo…

Aris farfulló a sus compañeros:

—Yo creo que no se lo ha creído.

El capitán cristiano, ignorando la palabrería del vikingo, se volvió a sus hombres dándoles la siguiente orden.

—Estos mentecatos me aburren. Apresadlos y llevadlos a torre. Pasarán una larga temporada a pan y agua hasta que la cordura les sea vuelta o ellos pierdan antes la vida.

Al ver el acercamiento de los soldados cristianos hacia ellos, Olafur se preparó para lucha al igual que sus hombres, pero entonces debido a la superioridad numérica de la que disponían los cristianos, no les quedó más remedio que deponer las armas evitando así una muerte segura. De ese modo, Olafur y a su séquito

quedaron rodeados por los soldados de Alfonso III. La formación se dispuso colocando a cada hombre una lanza cerca del cuello.

—Con que esta aventura nos traería oro. ¿No?—dijo Thorlak mirando a Olafur con una expresión disgustada.

Fruto de aquel comentario, Olafur resopló molesto. Justo después de que el vikingo medio enano resoplara, uno de los soldados lo empujó obligándole a iniciar la marcha.

Dos horas después de que Olafur y su séquito fuera apresado en la costa, fueron encerrados en una torre.

CAPÍTULO 3: ISOLDA

Varios días después, Run y Hakon estaban apoyados sobre una rama de un árbol.

Desde el escondite que les proporcionaba el árbol donde estaban, espiaban sin ser vistos como circulaba por un caminito de nieve un carromato custodiado por cinco soldados de la Casa Rúrika. Esos hombres estaban haciendo algo que tenía la reprobación de la vikinga. Ellos estaban transportando a una mujer apresada en una jaula.

Esa mujer era muy hermosa. Era toda una belleza nórdica. Tenía una melena dorada y ondulada, y un rostro de lo más perfecto. En cuanto a su cuerpo era voluptuoso. Sus pechos eran grandes y redondeados. Se asomaban indecentemente por el escote de su vestido de aldeana.

A medida que el carromato seguía avanzando hacia su destino, la mujer suplicaba sin descanso por su liberación, implorando compasión a los soldados, pero pese a sus esfuerzos, ellos estaban reacios a ayudarla.

Mientras el carromato seguía su rumbo alejándose del árbol en el cual estaban subidos los amigos, Run le comentó a su discípulo:

—Esos hombres que acompañan a la prisionera son soldados de mi casa vikinga. Debería darles vergüenza hacer esa clase de cosas. Lo pagarán.

Hakon, para demostrar de acuerdo con lo dicho por su maestra, asintió con la cabeza y luego bajó su mirada de manera des intencionada. Para su sorpresa, cuando miró hacia ese punto vio la mata de vello púbico de su maestra, el cual se asomaba por la armadura que vestía al estar sentada en cuclillas sobre la rama. Hakon, a consecuencia de la sensual visión, apartó su mirada de la vikinga con una expresión avergonzada.

."Acabo de ver el coño a Run. Otra vez…" Pensó Hakon, estando de lo más nervioso.

Ignorando el estado de tensión que por aquel entonces estaba pasando su discípulo, Run acabó por rematarlo al aplastar sus pechos contra el hombro del niño.

—Espérame aquí. Voy a ayudarla.—susurró Run.

—¿Qué?—preguntó Hakon mostrándose tan avergonzado que era incapaz de mirar a su maestra.

La vikinga dio un beso al niño en la frente y acto seguido se dejó caer del árbol tirándose al suelo de espaldas. La caída de Run fue elegante pero alertó a los soldados que custodiaban al carromato.

—¡Absteneos a luchar! ¡No tenéis opción! —exclamó Run, empuñando su arco contra los soldados.

—¿Quién te crees que eres? ¿Rúrik acaso? —preguntó uno de los soldados.

A continuación, los hombres empuñaron sus armas preparándose para el combate.

—Matemos a esta secuaz de la bruja.—ordenó uno de los hombres.

—¿Bruja? —preguntó Run con gesto confuso.

Aprovechando el desconcierto creado en la vikinga, los hombres se le abalanzaron contra ella, sin embargo, logró superar esa situación gracias a un veloz cambio del arco por "La espada del mediano". Después de parar el primer ataque de los vikingos, Run dio un paso a un lado clavando el filo a modo de apuñalada en la laringe de uno de ellos.

—¿Cómo has hecho eso? ¿Quién te ha enseñado? —preguntó un vikingo, estupefacto.

Tras la hábil maniobra de la muchacha, ésta esquivó un nuevo ataque agachándose en el momento justo y entonces contratacó clavando su espada en la mandíbula de otro hombre.

—¡Me lo enseñó Rúrik! —exclamó Run, al mismo tiempo que extraía la hoja de su espada del interior del cráneo de su adversario.

—¿Rúrik? ¿Quién eres?

—Soy su hija. —sentenció la vikinga.

Antes de que el hombre le diera tiempo a asimilarlo, ella se giró asestando un tajo en el torso de un tercero y acto seguido, asestó un terrible rodillazo en el estómago de un cuarto con el que se le perforaron las tripas. Habiendo asesinado a los dos hombres, solo un hombre quedó en pie. Ese soldado después de ver como sus compañeros habían perdido la vida contra la muchacha, se despertó de su asombro y entonces salió corriendo hacia la vikinga empuñando su espada. Cuando el soldado estaba a mitad de su carrera, Run recogió dos hachas que había tiradas por el suelo, tirándolas a continuación contra el pecho del hombre.

Finalizado el combate, la vikinga marchó hasta el carromato para abrir la jaula en la que permanecía encerrada la mujer. Run reventó el candado con sus propias manos y luego abrió la puerta de la jaula.

—Gracias valerosa guerrera. Me habéis salvado.—dijo la mujer mostrándose muy feliz por la ayuda recibida.

—Sois libre...—dijo la vikinga tendiendo su mano para ayudarla a descender del carromato.

—¿Por qué os habían raptado los soldados de Rus de Kiev?—preguntó Run a la mujer.

—No lo sé. Esos hombres de repente me abordaron. No sé qué pretendían.

Run resopló disgustada.

—Esos hombres deberían haber tenido el honor de renunciar al ejército de la Casa Rúrika y no manchar su nombre con sus acciones. El ejército de la Casa Rúrika es el lugar para los hombres valerosos, no para mentecatos cobardes que se aprovechan de su fuerza para atacar a los más débiles.

—Bien dicho. —dijo Hakon, mientras iba descendiendo del árbol para reunirse con las dos mujeres.

Después de que el niño hubiera puesto los pies en tierra firme, salió corriendo junto a su perro. Cuando el niño estaba de camino a ellas, Run lanzó una nueva pregunta a la mujer que acababa de liberar.

—Por cierto, yo soy Run. ¿Y vos? ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Isolda. Soy del oeste de las montañas nevadas. —respondió la mujer.

—Las montañas del oeste….Esa es la dirección hacia donde nos dirigimos—dijo Run, formando una gran sonrisa en su rostro.

En aquel justo instante, Hakon hizo acto de presencia junto a su mascota. El niño tan pronto como vio a Isolda desde un punto de vista más cercano, quedó fascinado por su hermoso rostro y por las curvas de su cuerpo.

—¿Quién es ese niño?—preguntó Isolda mostrándose intrigada.

Con su rostro todavía avergonzado por la belleza de Isolda, Hakon le respondió con la mirada baja:

—Mi nombre es Hakon y soy el mejor discípulo que todo guerrero pudiera tener.

—Y este es el Gran Krig, el mejor perro guardián que nunca conocerás.—añadió Hakon, señalando al perro que lo acompañaba.

Asintiendo a las palabras de su amo, el Gran Krig ladró dos veces moviendo la cola animadamente. Debido al modo con el que Hakon se presentó ante la desconocida, Run esbozó una sonrisa burlona y luego comentó:

—Disculpa a mi alumno. Se cree demasiado importante para ser tan poca cosa.

Ignorando el comentario de la vikinga, Isolda dio un paso adelante acariciando a Hakon con dulzura.

—¿Hakon, has dicho? Por todos los dioses, ¡qué niño más adorable!—exclamó Isolda.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho. —respondió Hakon, avergonzado.

—Pues pareces todo un hombrecito. —dijo Isolda, palpando los brazos al niño.

—Qué va. Si es un renacuajo. —comentó Run con los brazos cruzados.

—Ni mucho menos. Es un niño de lo más recio. Seguro que se convertirá en un hombre apuesto y fuerte de aquí a unos años.

—¡Ves Run! Así se trata a un discípulo. —dijo Hakon.

—Que más quisieras tú. —le contestó Run.

La excesiva alabanza que la mujer le dirigió al niño, hizo que cambiara la impresión de la vikinga sobre ella.

"Que mujer más rara. ¿Por qué le parecerá Hakon tan fascinante?"

Después de que la mujer hubiera tenido ese acercamiento con el niño, se dirigió a la vikinga quien por entonces seguía con un semblante molesto.

—Me gustaría agradecerte lo que has hecho por mí. Por favor, venid hasta mi casa. Os daré cobijo durante la noche y además os daré de comer y beber cuanto queráis. Se os ve hambrientos.—dijo Isolda dirigiéndose a Run.

—¿Habláis en serio? ¡Es genial!—exclamó Hakon mostrándose ilusionado frente la idea de saciar su estómago.

El Gran Krig como reacción del ofrecimiento también se mostró muy feliz moviendo la cola rápidamente.

A espera de la confirmación de la vikinga, Isolda la miró con una sonrisa:

—No os diré que no. Llevamos varios días durmiendo al raso así que por supuesto iremos a vuestra casa. Es más, lo haremos con mucho gusto.—asintió Run para mayor sonrisa de la mujer.

—Maravilloso.—festejó Isolda.

—Seguidme entonces.—añadió, dando media vuelta para iniciar la marcha.

Después de que Run hubiera acordado con Isolda el hecho de que pasarían la noche en su casa, los amigos la siguieron durante una hora por el bosque hasta llegar a una pequeña cabaña que estaba situada al pie de una montaña. La casa de Isolda estaba compuesta por un habitáculo redondo en el cual había un salón y una cocina.

Llegada la noche en Rus de Kiev, Isolda sirvió a sus huéspedes varios platos con comida acompañados por unas bebidas. Con

respecto a la cena del Gran Krig, Isolda le sirvió un hueso en el exterior de la cabaña.

Mientras que el perro masticaba el hueso concentrado únicamente en devorarlo, dentro de la cabaña, Run observaba a su discípulo como devoraba el festín que Isolda había preparado para ambos. Además de observar a Hakon como iba comiendo, también le lanzaba alguna que otra mirada a Isolda, tratando de averiguar que había detrás de esa pose de amabilidad.

Para Run había algo raro en la actitud de esa mujer. No acababa de convencerla. Según ella, Isolda era demasiado amable con Hakon y sin embargo, demasiado indiferente con ella cuando precisamente había sido su salvadora.

Pasados unos minutos desde que la cena hubiera sido servida, Isolda volvió de la cocina con una nueva botella de hidromiel. La hermosa aldeana al llegar ante la mesa en la que se encontraban sentados sus dos invitados, abrió la botella para ofrecérsela a la vikinga.

—Tened. Os veo más sedienta que hambrienta. No habéis probado bocado…—le reprochó Isolda dirigiéndose a Run en un tono jovial.

—Gracias, la verdad es que sí. —agradeció Run, cogiendo la botella. —Últimamente no tengo mucha hambre…—añadió, volcando el líquido que contenía la bebida en una copa.

—…No como él.—concluyó Run, refiriéndose a su discípulo quien por aquel entonces estaba comiendo como si no hubiera un mañana.

En reacción al comentario de la vikinga, Isolda arqueó una sonrisa y a continuación se acercó sosteniendo a ella su propia copa.

—Brindemos por tu valor, querida Run. Eres un orgullo para las mujeres.

Run, por no desmerecer la generosidad de su anfitriona, le siguió la corriente. Chocó la copa con la de ella y luego bebió un trago a su copa hasta vaciarla. La mujer que tenía enfrente hizo lo mismo, apurando hasta la última gota de su copa.

Una vez que se hubo tragado el hidromiel, Run se secó el líquido que mojaba sus labios y entonces dijo:

—Gracias por todo, estáis siendo muy generosa con nosotros.— respondió Run, tendiendo su copa vacía de nuevo a la mujer.

Mientras que Isolda volvía a la cocina para lavar el vaso en la palangana, Run sonrió fijando su atención de nuevo en Hakon. El niño seguía devorando la carne que había en su plato deleitándose

con cada bocado. No solo se conformó con su plato sino que ahora picoteaba la comida que había dejado Run. El conejo al ajillo que Isolda había preparado para ellos dos, era un plato muy superior a cualquiera de los potingues que le cocinaba su maestra.

—¿Por qué pones esa cara de alegría al estar comiendo? Solo es comida.—se quejó Run refiriéndose a la actitud de su discípulo.

—¿Y qué? Pero está buenísimo. No como la bazofia que cocinas de vez en cuando….

—¡Serás desagradecido! —exclamó Run con una expresión de disgusto.

—De verdad Run. Tu comida es basura comparada con esto. A cierto modo, me da mucha pena que tú no puedas probarlo.—contestó Hakon.

Run gruñó al oír comentario del niño.

—No tengas pena por mí. Creo que aunque pudiera comer, no comería nada de esta mujer.—dijo la muchacha, mirando a Isolda de reojo.

—¿Por qué? Es muy amable.—dijo Hakon. —Aparte bellísima. —añadió, con el semblante sonrojado.

—No sé, tiene algo que me inquieta. No puedo relajarme del todo.—respondió Run.

—¿Estás segura?. No todo el mundo es malvado y egoísta. Ya viste el tendero que conocimos en Snieder. Él fue muy bueno con nosotros. Yo creo que al ser una guerrera tienes una obsesión por estar siempre a la defensiva.

—Pero...—farfulló Run.

—No hay peros. Debes relajarte de vez en cuando. No te pasará nada malo.—le replicó Hakon.

Run lanzó una nueva mirada hacia Isolda y luego la devolvió a su discípulo.

—No lo sé. Quizá tengas razón...

—La tengo totalmente. Deberías hacerme caso. En serio, no tienes de qué preocuparte. Disfruta la cena. Ya lo verás como cuando pase la noche te avergüenzas por haber estado tan tensa.—dijo Hakon.

—Vale, por una vez te haré caso. ¡Jejeje!—asintió Run, riendo al término de sus palabras.

Con la respuesta de la vikinga, el jovencito la sonrió dispuesto a felicitarla pero de repente, ella cayó sin vida contra la mesa volcando el plato que Isolda le había preparado. Cuando eso ocurrió, la mujer se giró velozmente mirando a un estupefacto Hakon.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué le ha pasado a Run?—preguntó, con gesto trastornado.

—¡Jajajaja! Parece que la adolescente que te acompaña ha muerto. Qué pena. ¿Verdad? —dijo Isolda con una sonrisa malévola.

Hakon, sorprendido por el cambio de actitud en la mujer se dispuso a levantarse de su asiento pero entonces, fue inmovilizado por sorpresa por dos esposas de metal que se activaron en los brazos de la silla. En reacción al inesperado mecanismo, el niño giró la mirada para dirigirse a Isolda con una expresión de ira:

—¡Libérame ahora mismo, puta!—exigió Hakon a Isolda, dirigiéndose a ella a voz en grito.

Las exigencias del niño provocaron que en el exterior de la cabaña, el Gran Krig empezara a ladrar y a arañar la madera de la puerta tratando de abrirla.

Volviendo a lo que ocurría en el interior de la cabaña, Isolda soltó una risotada con la petición del niño enfrente de él. Situada a tan corta distancia, Isolda pasó su mano derecha por encima de su teta derecha mientras que mostraba por su rostro una maliciosa sonrisa. A la vez que la mujer se acariciaba sí misma, Hakon volvió a gritar exigiendo por su liberación:

—¡Libérame arpía! ¿Qué le has hecho a Run?—preguntó Hakon.

—Solo le he dado un poco de veneno.

—¿Veneno? ¿Por qué? —preguntó Hakon, intrigado.

—Porque me molestaba…—dijo Isolda adoptando una expresión fría. —Mira esto. —añadió, tras coger un libro de brujería de una estantería.

—¿Qué es eso? —preguntó Hakon, al ver el libro en manos de la mujer.

—Es un libro de magia negra. Llevo tiempo intentando que funcione y por eso he tenido que matar a varios niños.

—¿Qué funcione el qué?

—El hechizo para ser joven y bella por toda la eternidad.—dijo Isolda acercándose a Hakon con una daga.

Producto de la amenazadora daga, Hakon apretó los reposabrazos echando la cabeza lo más atrás posible del filo de meta..

—No me guardes rencor. Debo sacrificar a un varón virgen si quiero que el hechizo funcione. Así viene escrito en el libro.—dijo Run, acercando cada vez más el arma contra el niño.

—Me cago en ese puto libro.—blasfemó Hakon.

Isolda sonrió por el comentario de Hakon, y entonces echó su brazo hacia atrás para coger impulso en el apuñalamiento. Cuando Isolda se disponía realizar el movimiento de vuelta contra la carne del crío, Run regresó de la muerte justo a tiempo para interponerse a la acción de Isolda. Justo después de levantarse, le dio un fuerte mordisco en el cuello, paralizándola por la sorpresa.

—¿Qué coño está pasando ahora? —se quejó Isolda, sufriendo la terrible mordida de la vikinga.

Habiéndose alimentado, Run apartó sus colmillos en Isolda, y a continuación le partió el cuello provocándola una muerte instantánea.

De vuelta la calma a la cabaña, Hakon estiró una gran sonrisa por su rostro por ver a su maestra con vida.

—¡Estás viva!

—Esa fulana me envenenó pensando que era humana, pero resucité gracias a mi inmortalidad de vampira.—respondió Run, después de limpiarse la boca de sangre.

—Menos mal que resucitaste a tiempo.—resopló Hakon con gesto de alivio.

Run sonrió con el comentario de su discípulo y a continuación se acercó a él.

—Por Odín en qué líos nos metemos. Déjame que rompa esos grietes que te apresan.—dijo Run con una sonrisa divertida.

—Sí, por favor. —le pidió el niño.

Pasados uno minutos de que Run hubiera liberado a su discípulo, los amigos abandonaron la casa reuniéndose en el exterior con el Gran Krig. Como Isolda estaba muerta, vieron bien robarle su caballo, con el cual retomaron su viaje hacia el sudoeste.

A cada pisada que el caballo daba por el sendero helado, la hierba congelada crujía al romperse bajo los cascos.

—¿Te has dado cuenta de que cometiste un error garrafal al matar a aquellos guerreros?—preguntó Hakon a la vikinga.

—Sí. Lo sé. No me lo recuerdes.—respondió Run con el ceño fruncido.

—Seguro que había alguna recompensa por capturar a esa loca. —añadió.

Al cabo de unos minutos de que Run y su discípulo estuviera avanzando hacia el oeste, llegaron a un punto en el que el camino se terminó. Más adelante solo había un gran muro helado imposible por la que avanzar a caballo. La única manera que había de seguir, era escalando las montañas de Lviv, la siguiente ciudad en el plano.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Hakon.

—Pues rodear las montañas. Será más largo pero también más agradable que escalar las montañas.—respondió Run, tirando de las riendas del caballo para dar la vuelta.

Habiendo dado media vuelta al caballo, Run tiró de las riendas en dirección a la casa de Isolda. No quería volver allí, solo pasar por delante para rodear las montañas.

Mientras el caballo cargaba con los dos jóvenes marchando hacia el nuevo rumbo, Hakon apoyó su cuerpo contra la espalda de su maestra para estar más cómodo.

—Si no te molesta dormiré un poco...—dijo Hakon.

—No, en absoluto. Duerme cuanto quieras. Te despertaré dentro de unas horas—asintió Run.

Con la aceptación de la vikinga, el niño se apretujó a ella cerrando los ojos para tratar de quedarse dormido. Durante unos largos minutos, la tranquilidad del ambiente le facilitó hacerlo pero llegado el momento, sucedió algo que lo despertó al instante.

Run se vio obligada a detener a su caballo a causa del retorno a la vida de Isolda. La espectacular mujer había resucitado y perseguido a Run y a su discípulo desde que ambos se fueron de la cabaña. No obstante, por aquel entonces tenía un aspecto muy desmejorado. Daba tanta grima con el cuello partido que el Gran Krig no dejaba le ladrarla enseñándole los dientes.

Run ante la sorpresa de ver de nuevo a la mujer, farfulló:

—No puede ser. Está aún viva.

—¿No era una humana que estaba loca?—preguntó Hakon, confuso.

—Eso creía...—respondió Run, mirando a la mujer con intriga.

Tras producirse el sorpresivo retorno de Isolda, ella se recolocó el cuello en su sitio y a continuación abrió el libro de hechicería que traía consigo.

—Orensa so sufa. Orensa so sufa. —leyó Isolda con voz susurrante.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Hakon.

—No lo sé pero seguro que nada bueno. —respondió Run.

—Orensa so sufa. Orensa so sufa. —repitió Isolda, alzando el volumen de su voz a medida que decía la frase una vez tras otra.

En aquel momento, del libro surgió un negro que fue rodeando a Isolda hasta ocultarla por completo.

—¡Joder! Lo que quiera que esté intentando, está funcionando. ¡Vayámonos!—exclamó Run, tirando de las riendas del caballo y golpeándolo con sus tacones para incitarlo a salir corriendo.

Dada la orden al caballo, éste salió corriendo al galope pasando

por delante de la humareda negra en la que se hallaba metida Isolda. Tan solo unos segundos después de que huyeran los amigos, Isolda salió volando de dentro salió volando de dentro del humo convertida en una arpía.

El hechizo había cambiado su aspecto por completo. Ahora en su cabeza tenía unos cuernos retorcidos y todo su cuerpo estaba cubierto de pelo. Además en su espalda le habían nacido unas alas con las que se desplazaba por los cielos con total libertad.

CAPÍTULO 4: RUGIDO

Volviendo la atención a los acontecimientos que rodeaban a la vikinga y su discípulo, por aquel entonces, ellos continuaban huyendo a lomos de su caballo pensando que ya estarían a salvo de la mujer pero estaban equivocados. De repente, Isolda los atacó desde los cielos, lanzando a Run fuera del caballo que montaba. La caída de la vikinga y la posterior aparición de la criatura alada, dejó a Hakon con una expresión de temor en lo alto del caballo.

—¡Run!—exclamó, asustado.

A consecuencia del acertado ataque, Isolda soltó una carcajada maliciosa al mismo tiempo que salía volando.

—¡Jajajajaja! Veamos qué haces ahora.

En el suelo, Run se retorció de dolor pero pese a su sufrimiento, tuvo fuerzas para dirigirse a Hakon a voz en grito.

—¡Huye! ¡Cabalga lo más lejos que puedas!—gritó Run.

—De acuerdo pero ten cuidado—asintió Hakon.

—No te preocupes. Este monstruo no tiene ninguna oportunidad contra mí.—dijo Run, a la vez que se reincorporaba.

Durante la conversación entre los amigos, Isolda voló a una elevada altura en la que llegó a situarse por encima de todos los abetos del bosque. Allí Isolda adoptó por su rostro una sonrisa malévola y entonces abrió de nuevo el libro de brujería para leer unos versículos. Con voz alta y clara, alzó su mano derecha apuntando con ella al mismo tiempo que a la montaña nevada que bloqueaba la ciudad de Lviv del camino que había tomado Run y sus acompañantes:

—Nevum ter Colum. ¡Nevum ter Colum!—gritó Isolda a pleno pulmón.

Las palabras que dijo la arpía eran una invocación para crear un soldado. En este caso, Isolda ordenó a la montaña que luchara para ella y la montaña así le obedeció. Acto seguido de que la arpía lanzara el sortilegio, todo el bosque empezó a temblar como si hubiera un terremoto con motivo de la transformación de la montaña en criatura. Después de quebrarse sobre sí misma y caerse a pedazos, surgió de ella un gigante de nieve, el cual se alzó siendo un nuevo enemigo para la vikinga. Run al observar la aparición de aquel nuevo enemigo cambió la expresión de su gesto, mostrándose notablemente desconsolada.

—¡Por Odín! Otro gigante no. Por favor...—se lamentó Run.

A los pocos segundos de que el gigante de nieve se hubiese creado, se acercó para recibir órdenes hasta su creadora.

—Glum, como tu creadora, te ordeno que destruyas a esa vikinga que tanta molestia me está trayendo—dijo Isolda.

El coloso, asintiendo con lo ordenado, rugió dando media vuelta para empezar a caminar hacia su objetivo. Mientras que el titán se iba acercando rápidamente gracias a sus colosales pasos, Run cogió el arco de su espalda preparándose a combatir con flechas la nueva amenaza. En apenas cinco segundos, la vikinga cargó y disparó hasta catorce flechas, pero no sirvió para nada. No le hizo ningún daño al gigante.

La poca eficacia que tenían los ataques de la vikinga frente al monstruo provocó que Run retrocediera varios pasos con cara de preocupación.

—Mis flechas no le han hecho nada. Éste no es como Mantequilla Triste.

Al ser la vikinga incapaz de hacerle daño al gigante, éste continuó su acercamiento hasta ponerse justo delante de ella. Allí alzó su descomunal pierna tratando de pisarla, pero entonces Run se movió velozmente, esquivando la avalancha que se arrojaba contra ella. Después de que el coloso hubiera posado su pie sobre la nieve, la vikinga le contraatacó asestándole múltiples tajos en la zona de sus dedos.

Pese al esfuerzo que la vikinga puso en ese momento, no parecía que sus ataques tuvieran efecto. Cada vez que Run le rebanaba uno de los dedos, acto seguido se volvían a unir al pie como si nada hubiera pasado.

—Es inmortal…pero parece que él no tiene ningún punto débil. —comentó Run, deteniéndose un momento para recobrar el aliento.

—¡Jajajajajaja! —rió Isolda.

La vikinga a causa de la carcajada miró hacia los cielos, viendo allí a la arpía planeando sobre ella.

-"Tengo que llegar hasta ella. ¿Pero cómo?". Pensó Run.

—Estúpida, nadie puede derrotar a mi monstruo de nieve. Estás acabada—dijo Isolda, sobrevolando el punto en el que se encontraba su enemiga.

Regresando a la superficie del bosque, por motivo de la distracción en la que cayó la vikinga, ésta fue sorprendida por el gigante en uno de sus ataques. El coloso le propinó una fuerte patada que le hizo salir despedida chocando más adelante contra una de las ramas de un abeto. Debido a la brutalidad del impacto, Run murió al instante al quedar su cuerpo ensartado por la zona de su escote. Aunque la vikinga estaba muerta, no había muerto de una manera definitiva ya que había tenido la suerte de que la rama

perforara su cuerpo sin dañar a su corazón.

Teniendo la vikinga más de un metro de rama atravesando su cuerpo, el gigante dio media vuelta para marcharse al ver que su oponente ahora carecía de vida. Cuando el coloso estaba caminando de vuelta al punto donde estaba su creadora, Run resucitó doliéndose por el objeto que atravesaba su cuerpo.

—Joder. Esto sí que duele.—dijo Run, mientras sangraba cuantiosamente por el escote y se le escapaba por la boca un hilo de sangre.

Decidida por cambiar esa situación, la vikinga apretó los dientes agarrando con las dos manos la punta de la rama y luego tiró para ella misma liberándose por completo. En cuanto se hubo extraído la parte del árbol, cayó de pie en la nieve, arrastrando una terrible herida en su escote.

—Mierda, no sé cómo voy a salir de ésta—farfulló Run, tratando de taponar con la mano el chorro de sangre que se derramaba por el orificio que había en su cuerpo.

En ese momento de debilidad de la vikinga en el que todavía arrastraba las secuelas de la escalofriante herida, fue sorprendida por un inesperado ataque aéreo por parte de la arpía. Isolda pasó por encima de ella asestándola un arañazo en la espalda. Aquel arañazo a traición hizo gruñir de rabia a la vikinga y que la arpía soltara una carcajada divertida por infligir sufrimiento a su adversaria. Después de que le propinara a la muchacha el primer ataque, Isolda viró en el aire lanzándose de nuevo contra ella poniendo sus garras inferiores por delante para asestarla un nuevo daño.

—Deja de lamerte las heridas. Tu muerte todavía no ha llegado. —dijo Isolda mientras se lanzaba en picado.

Cuando la arpía estaba a punto de golpear a la vikinga, ésta saltó hacia delante rodando sobre la nieve. Al reincorporarse por su maniobra, Run abrió los ojos absolutamente aterrada. De repente, recibió un nuevo golpe por parte del gigante de nieve que provocó las risas en Isolda. Producto del nuevo ataque sufrido, la vikinga dio con su cuerpo varias vueltas de campana terminando con una pierna rota fruto de la aparatosa caída.

Habiendo quedado en aquel delicado estado, Run empezó a arrastrarse por la nieve mientras su sangre de vampira iba efectuando la curación de su cuerpo. En aquel momento en que la vikinga se hallaba indefensa, Isolda se lanzó de nuevo sobre ella para desgarrarla con sus garras. Sin embargo, una flecha anudada a una cuerda se clavó en el ala derecha de la arpía quedándosele

ligada a ella. Isolda al ser alcanzada por la flecha gritó de dolor, pero aun así continuó con su vuelo por encima del bosque.

Aquella flecha había sido disparada por Hakon, quien había regresado en busca de su maestra.

—Te había dicho que huyeras.—le recriminó Run a discípulo, hablándole a voz en grito.

—No es momento para eso. Coge la cuerda y mátala de una vez. —le ordenó Hakon, gritando a pleno pulmón.

La vikinga, asintiendo con la orden de su discípulo, se reincorporó y a continuación, salió corriendo por el bosque nevado. Cuando estuvo a la distancia adecuada del monstruo volador, saltó con todas sus fuerzas para llegar a lo más alto posible alcanzando la cuerda que había unida en el ala de la arpía. Al agarrarse la vikinga en el otro extremo de la cuerda, Isolda notó un doloroso tirón que la hizo mirar atrás percatándose de la presencia de Run.

—¿Cómo te atreves a seguirme? Tu caída será terrible.—dijo Isolda mostrándose llena de ira.

Mientras que sucedía eso en los aires, en la superficie de bosque, Hakon corría junto a su perro para no ser atrapado por el gigante de nieve, el cual había empezado a perseguirles.

—¡Corre o nos atrapará!—exclamó Hakon, a medida que iba corriendo.

Volviendo a los cielos, Isolda continuó volando más alto arrastrando con ella a Run por encima de la línea de nubes. Llegado a un punto del vuelo, la arpía con intención de deshacerse de la molesta presencia de la vikinga, se arrancó la flecha que había en su ala, sin embargo, su acción llegó demasiado tarde. De repente, Run saltó sobre la bestia alada apuñalándola en las alas de forma repetida.

—¡Noooo! ¿Qué haces? No hagas eso.—le recriminó Isolda, reaccionando incrédula y aterrada a la vez.

A raíz de las repetitivas apuñaladas, las alas se desquebrajaron provocando que tanto Run como la propia arpía empezaran a caer en picado a gran velocidad. Mientras que ambas caían, Isolda se dirigió a Run mostrándose ansiosa por saber algo de su oponente:

—¿Quién? ¿Quién eres tú, guerrera?

Ante la pregunta, Run resopló furiosa y entonces agarró la cabeza de la arpía con las dos manos hablándola con mayor cercanía:

—Soy la voz de los oprimidos. ¡Escucha su mensaje!

La vikinga tomó aire hinchando sus pulmones a su máxima capacidad y a continuación, lo expulsó todo golpe en un grito

huracanado.

—¡YAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!

El sonido que empezó a producir la vikinga era de tan elevado estruendo que Hakon se llevó las manos a los oídos para no quedar sordo. En el aire, justo después de que por la garganta de Run surgiera tal vendaval, a Isolda le estalló la cabeza a razón de su excesiva cercanía con la fuente del grito.

En el mismo instante de que se sucediera la muerte del monstruo, el gigante de nieve murió al estar su vida vinculada con la de su creadora. Bastante cerca de donde cayó el gigante en forma de nevada, Run y el cadáver de Isolda impactaron en el interior del bosque después de una larga caída. Como consecuencia del impacto se alzó en aquella zona una gran nube de nieve.

Llegado el momento en el que hubo regresado la calma, Hakon y el Gran Krig se reunieron con la vikinga en el lugar donde se había tenido su aterrizaje. En cuanto la nube de nieve se hubo disipado, Run surgió de ella limpiándose la nieve que la cubría en parte de su vestimenta.

—¿Estás bien?—preguntó Hakon.

—Sí.—asintió Run.

—¿Qué estará pasando últimamente? Antes no me encontraba con gente tan rara.—comentó Hakon con una expresión de preocupación.

Run rió a causa del comentario del niño y a continuación dio un paso adelante para mirar hacia las montañas nevadas que había en el horizonte.

—¿Gente dices? Jejeje. —No es gente. Es como si de repente las puertas del infierno se hubieran abierto dejando paso de todo tipo de demonios.—añadió Run.

—¿Las puertas del infierno?

—Sí, desde luego. Algo raro está pasando y tarde o temprano nos encontraremos con ello…

En el castillo del reino de Helheim, los reyes del infierno estaban observando a la vikinga de los Ljungberg a través de una pared que había sido hechizada por el dios Loki para ser una ventana al mundo de los humanos.

En el centro de la sala, y sentado en su trono de huesos, estaba Loki. El rey del infierno estaba acompañado por su esposa, Minrha y su brazo armado, Kaín. Minrha lucía por aquel entonces un aspecto distinto al de tiempo atrás. Ella estaba encinta. En su vientre se había creado una vida fruto de su relación con el dios.

Con motivo de la victoria de Run, se veía a un Loki con cierto

halo de disgusto. Estaba enfadado pero no perdía la calma ya que para él todo seguía lo acordado con respecto a lo maléfico plan para conquistar los reinos de la luz.

Minrha, al contrario que su marido, estaba temblando de la rabia. A la vieja adversaria de la vikinga le sangraban las palmas de las manos debido a la ira que le provocó haber visto una nueva victoria de ella.

—No la soporto. Siempre se sale victoriosa. No veo la razón por la que debemos mantenerla con vida. ¡Quiero vengarme!—dijo Minrha mostrándose sensiblemente irritada.

El comentario de hechicera hizo que Lokí estirara una gran sonrisa por su rostro.

—Espera espera, mi amorcillo. De momento la cosecha no aún está lista para recogerla. Los dioses de Asgard no le quitan ojo de encima a esa maldita vikinga así que si el yo mismo la atacara, sería empezar una guerra para la que no estamos aún preparados. Recuerda bien mi amorcillo, que el resto de demonios de los mundos de la oscuridad, no me siguen todavía. Solo los demonios del Helheim me siguen y eso es porque llevo la corona de huesos. Necesito más poder para los reyes demonios de Niflheim, Jotunheim, Muspelheim y Svartalfheim, me sigan…

Habiendo hablado Loki, Minrha miró a su esposo con una expresión de intriga.

—¿Y cuándo tendrás ese poder? ¿Cuándo gobernarás sobre ellos también? Vuestro hijo quiere guerra...—se quejó Minrha, hablando en un tono meloso, mientras se frotaba el vientre con ternura.

Loki sonrió a su esposa y luego se puso. Delante de una de las paredes de la sala, volvió a realizar un hechizo para crear una ventar a uno de los nueve reinos del Yggdrasil. En este caso para contemplar el interior del palacio de Frey, en el reino de Vanaheim.

Cuando Loki vio en la pared al dios Vanir, se llenó de regocijo.

—Por suerte, la codicia está siempre presente tanto en los seres de la luz como en los seres de la oscuridad. —dijo Loki.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Minrha, sorprendida por la visión del palacio de Frey.

—Es el hogar de un amigo…

Centrándonos en lo que se divisaba detrás de aquella pared, al poco de crearse la imagen, por la sala real del palacio de Vanaheim llegó el hada blanca portando en sus manos un frasco repleto de una sustancia gaseosa de color negro. En el frasco permanecía la esencia oscura, una fuente del poder casi ilimitado extraída del brujo Glad Von Castle, quien la había heredado por ser el nieto por

parte de madre del rey de los demonios Méhlav. La esencia oscura además de dar un poder desbastador a quien la poseyera, permitía dominar a todos los demonios de los diferentes reinos de la luz

Frey cuando vio el hada trayendo hasta él tan poderosa fuente de poder se estremeció por la sola idea de que aquel poder fuera suyo. Para su desgracia, no podía adueñarse de la esencia oscura. No era posible para ningún ser de la luz. El poder emanaba tanta rabia y maldad que te mataba si no eras un demonio.

—Aquí tiene, señor. El muy idiota se pensó que le estábamos purificando el alma cuando en realidad le estábamos robando su fuerza. —dijo el hada blanca, entregando el frasco al dios.

—Excelente trabajo. Las hadas ocupareis un lugar por encima de los elfos en la nueva Asgard.—dijo Frey, alzándose en ese momento de la cama.

Mientras la escena seguía desarrollándose, Minrha se giró para mirar a Loki y preguntarle:

—¿Y qué queréis decir con eso? ¿Qué tratos puedes tener tú con este elfo?

Loki siguió mirando la imagen que se proyectaba en la pared viendo como en ella, el dios Frey se sonreía pagado de sí mismo. Se dio la vuelta con el frasco cogido el frasco y a continuación se dirigió de frente hacia los ojos que lo observaban tras el hechizo.

—No hay cosa que Frey desee más que reinar sobre Asgard pero para su desdicha ya no posee de un ejército que lo respalde. Los elfos, sus hijos, haciendo gala de su egoísmo lo han dejado de lado tras la última derrota que sufrieron en manos de los Aesir. Por eso me necesita. Necesita otro ejército. Un ejército que yo le daré una vez tenga la esencia oscura.

Llegado a un punto del camino que había emprendido el dios Frey, éste acabó por atravesar la pared hasta situarse al otro lado de la ventana, exactamente, el reino de Helheim, donde estaban los reyes del infierno.

—Querida Minrha, arrodíllate ante Frey. El único y verdadero rey de Asgard.—dijo Loki, dirigiéndose a su esposa.

Tras la orden, Minrha reaccionó extrañada pero a continuación, actuó como su esposo le pedía. El dios al ver como los demonios rendían pleitesía ante su presencia, esbozó una sonrisa de gozo.

—Me alegro de teneros como súbditos. Aquí tienes lo que me pediste, Loki. —dijo Frey, entregando el frasco con la esencia oscura al dios Loki.

El dios Loki, habiendo recibido tan importante objeto, lo sostuvo entre sus dedos mirándolo absorto.

—Gracias, mi señor—asintió Loki.

—Ahora quiero mi ejército. Bébete ese frasco y haz que los demonios te sigan. —le ordenó Frey.

Loki sonrió divertido a causa de la orden.

—Todavía no, mi señor. Aún es pronto para llamar la atención de los Aesir.

En ese momento de la conversación entre Loki y Frey dejó de ser el centro de atención para pasar a ocupar un segundo plano. Observando el reino de Midgard desde las alturas, un pequeño dragón iba sobrevolando las tierras de Hispania en dirección al sur. El vuelo de la bestia era ignorado por las gentes ya que estaba a demasiada altura.

Llegado a la zona del estrecho de Gibraltar, el dragón tumbó su vuelo hacia el oeste dirigiéndose hacia un conjunto de islas hasta el cual no tardó en llegar.

—¿Por qué hay que esperar para iniciar la guerra?—preguntó Frey en un tono disgustado.

Una vez, el dragón estuvo sobrevolando aquella nueva zona de islas, se adentró por un volcán que había en una de ellas. Fue descendiendo por él, recorriendo un largo trecho de oscuridad por el cual se fue cruzando con cientos de murciélagos que salían espantados al oír el rugido del dragón y el fuerte viento que provocaba su aleteo. Atravesado el gran agujero, una luz roja se abrió abajo del todo. Había llegado a un nuevo reino. La luz pertenecía al fuego que se extendía en el reino de Muspelheim. La tierra donde vivían los seres de fuego. Después de estar sobrevolando la zona pasando por encima de monstruos de roca, pájaros de fuego y demás criaturas, el dragón se detuvo para descansar sobre un acantilado de la tierra humeante. En ese lugar la atención pasó a situarse sobre un mar de lava mientras que continuaba la conversación en el reino de Helheim.

—Oye te he hablado. ¿Por qué hay que esperar? ¿A quién esperas?

—Espero a Surtur—sentenció Loki.

Justo después de que el dios del engaño respondiera a la pregunta, se escuchó un tenebroso rugido procedente del interior de un mar de lava.

CAPÍTULO 5: AÑOS DESPUÉS

En el reino de Asgard, el sol brillaba con fuerza como era costumbre allí. Bajo ese sol lleno de vida, un hombre andaba por las calles muy transitadas de la ciudad con su rostro oculto con una capucha. Ese hombre al que apenas se le veía la cara era Thor. El dios había bajado a la ciudad para darse una vuelta y poder disfrutar así del mundo fuera de palacio.

Cada cierto tiempo solía abandonar palacio para dar paseos, un hábito que se había vuelto más común en él desde su veloz encuentro con la vikinga Run Ljungberg.

Llegado al fin de su paseo, Thor se detuvo enfrente de una barandilla desde la cual contempló unas espectaculares vistas. En la línea del cielo había miles de torres y sobre ellas, un gran sol de un tamaño muy superior al que se podía ver desde Midgard. Al cabo de unos minutos de que Thor estuviera disfrutando las vistas, por su espalda apareció Frigg. Su madre. La diosa también había bajado a la ciudad de incognito.

—Madre. ¿Me has seguido?—se giró Thor al sentir la presencia.

—No, sabía que te encontraría por aquí. De niño te escapabas para mezclarte con el pueblo cuando te encontrabas con una situación realmente injusta o algo te preocupaba.

—Dime. ¿Qué es en esta ocasión? Es Run, ¿verdad?

—Ya lo sabes todo, madre.

Frigg asintió y tras un largo suspiro se apoyó con sus manos en la barandilla, contemplando al mismo tiempo el hermoso paisaje.

—Lo sé porque soy mayor, hijo y ya he vivido lo que tú. El amor no es algo que sea posesión únicamente de los humanos. También golpea a los dioses y a veces de forma mucho más violenta que a los humanos...Sé que estás sufriendo en demasía por esta separación y que piensas que es muy injusto que un hombre y una mujer que se aman no puedan estar juntos, y sí tienes razón. Es muy injusto pero no puedes castigarte a ti mismo pensando todos los días en eso. La vida se presenta con alegrías y penas, no puedes dejar que las penas te derroten.

Mientras que Frigg hablaba, Thor la miraba atentamente sintiendo en su alma cada palabra de su madre con una creciente intensidad.

—Madre, estoy tratando de aceptarlo pero me cuesta demasiado superar esta sensación.

—¿Qué sensación?
—La de entregar lo que es mío sin pelear.
—¿Te refieres a dejar que se vaya con el elfo Glad Von Castle al reino de Alfheim?
—Sí.
—Sé que ella es un ser de Midgard y que yo pertenezco a Asgard, y sé que sin un alma jamás será posible que estemos juntos otra vez en Asgard. Sé todo eso.
—Me agrada oírlo.
—Pero también sé que cada minuto que estoy sin ella, siento un vacío más grande que miles son las estrellas que hay en el cielo…Sé que otro la hará feliz y no seré yo.

La madre entristeció el rostro.
—No sufras, cariño. Es un sufrimiento en balde. Ojalá pudiera hacer que Run recuperase su alma para reunirse contigo—le sonrió, Frigg poniéndole una mano en el hombro.
—Haga lo que sea madre. Debe de ayudarme a estar con ella. Debe de ayudarme para no perderla de esta manera.
—No puedo dejarla por pérdida simplemente. Si lo hiciera en el futuro siempre me estaría preguntando qué hubiera sido de nosotros dos de haberlo intentado.

La madre esbozó una sonrisa.

—El amor de los jóvenes es más impetuoso que corcel desbocado. Me encanta. Veré que puedo hacer.
—Decidme, madre. ¿Existe alguna manera para que Run pueda recuperar su alma? ¿Quizá sanando su vampirismo y volviéndola humana?
—Imposible devolver la vida a alguien que está muerto y Run murió al convertirse en vampiresa, sin embargo, creo hay una pequeña posibilidad para que Run vuelva a tus brazos.
—¿Y cuál es, madre?

Frigg sonrió y a continuación, pellizcó los mofletes de su hijo.

—Te mueres de ganas por saberlo ¿eh?
—Claro que sí, madre. No hay nada que quiera más en este mundo que saber un modo cómo recuperar a Run.
Frigg sonrió de nuevo:
—Volvamos a palacio, os contaré mi plan por el camino.

Por debajo de Asgard, en los mares de Midgard, un navío musulmán apodado “La ratonera del diablo” navegaba hacia la costa de la actual Cádiz. En la proa de aquel navío se hallaba por entonces el capitán de dicha embarcación, el pirata Al-Thalajara. Ese hombre era un veterano pirata de origen musulmán que había surcado todos los ríos de África. Físicamente, era un hombre de una edad que pasaba de las cinco décadas, de piel canela y melena negra y rizada. Su nariz era grande y fea, sus dientes oscuros y su cara nada atractiva. En su vestimenta de pirata llamaba la atención un sombrero con una larga pluma negra.

Mientras que las olas chocaban contra el navío, hasta la presencia del pirata se acercó un miembro de su tripulación para tenerle informado de todo lo que iba sucediendo a bordo.

—¿Sí? —preguntó Al-Thalajara al recibirlo.

—La invitada a nuestro barco ha terminado su desayuno y ahora se dirige a cubierta para reunirse con usted. —dijo el grumete en un tono nervioso e incrédulo.

—¿Si?, ¿Y dónde está la parte extraña? ¿Por qué se os intuye tan inquieto?—preguntó Al-Thalajara, alertado por el comportamiento de su grumete.

—La cena de vuestra invitada ha sido la sangre de un cordero. Le ha cortado el cuello y luego se la ha bebido dejando la carne para nosotros. —respondió el grumete.

—¿Habláis en serio, grumete?, ¿Sangre decís que la viste beber? —preguntó Al-Thalajara.

—Sí, estoy completamente seguro. No fui yo el único que lo vio. —aclaró el grumete.

—Interesante—añadió Al-Thalajara, reaccionando con inusual calma ante la inesperada noticia.

En aquel instante, la puerta del camarote principal se abrió y de allí salió Run vestida con una armadura de metal y una capa roja. La razón por la que vikinga de los Ljungberg viajaba a bordo de aquel navío pirata, hallaba todo sentido en su nueva vida como mercenaria. Un jeque árabe había contratado a Hakon y a ella para que se hicieran cargo de resolver sus asuntos.

A sus veintiocho años, Run seguía teniendo el mismo aspecto físico del que tenía a los dieciséis años. Eso era porque fue a esa edad en la que fue convertida en vampira por Dimitrius Vrycolato,

su creador.

Run no había envejecido lo más mínimo pero si había ciertos detalles de su estilo que se habían vistos modificados con el paso del tiempo. Ahora lucía un peinado diferente del que había llevado prácticamente siempre a lo largo de su vida. Había abandonado su típica trenza para lucir una melena que le caía como una cascada por los hombros. Por el efecto de la brisa marina, su melena se levantaba ondeando al igual que su capa.

Además del estilo de peinado, también había cambiado su vestimenta. Run estaba vestida con una espectacular armadura metálica con todo tipo de detalles grabados en ella. La armadura no era una prenda única en sí sino que se trataba de una serie de pequeñas placas de metal que quedaban perfectamente ensambladas alrededor de su anatomía. En la zona de los hombros vestía una capa con capucha de seda roja que le llegaba hasta la altura de los tobillos. En relación a la zona del cinto, también había habido cambios. Run había incorporado un florete entre su armamento. El nombre de aquella espada era “Señora”. De entre todas las prendas y objetos que se podían vislumbrar a simple vista en la vikinga, lo que más llamaba la atención era un colgante que llevaba en el cuello en el cual había un huevo de color rojo pegado a él. Aquel huevo era el huevo del fénix, un regalo que recibió de parte de los hadas de Rivershine tras su paso por el reino de Alfheim. Run guardaba ese huevo con mucho afecto. Era un recuerdo de su amistad con el brujo Glad Von Castle.

Una vez hubo llegado a cubierta, Run se dirigió hacia el capitán mientras los piratas la miraban con gesto de fascinación y de intriga.

—¿Qué tal ha estado el desayuno, mi señora?—preguntó Al-Thalajara.

—Dice mi grumete que os bebisteis la sangre de un cordero…

Ante tal suposición, Run se quedó callada sin saber qué contestar. Ese silencio hizo que el pirata Al-Thalajara sonriera satisfecho aunque no hubiera sido su intención causar malestar en Run con respecto a su secreto.

—Bien, relajaos. No pasa nada. He oído hablar sobre apetitos peores. —añadió Al-Thalajara para respiro de la vikinga.

Acto seguido de aquel comentario, Al-Thalajara se volvió para

mirar hacia el frente y luego volvió a mirar hacia atrás dando las siguientes órdenes a su tripulación.

—¡Soltad la vela mayor y girad al este diez grados!

Recibidas las órdenes, la tripulación actuó en consecuencia para cumplir con los deseos del hombre al mando de “La ratonera del diablo”. Mientras la tripulación se encargaba de llevar a cabo las diferentes tareas, Al-Thalajara regresó con Run para retomar la conversación con ella:

—Con el poco viento que sopla tardaremos un par de horas más en llegar a Cádiz. Todavía tenéis tiempo para descansar en vuestro camarote si lo deseáis. Sé que a una vampira como vos os daña en demasía la luz del sol—dijo Al-Thalajara.

—¿Sabéis que soy una vampiresa?…—farfulló Run con gesto de decepción.

—Si no lo supiera después de lo que me acaba de contar mi grumete, no sería merecedor de mi cargo. ¿No crees?

Run agachó la cabeza apenada.

—No os sintáis mal porque se sepa vuestro secreto. No voy a venderos a ningún cazarecompensas. La ganancia que obtendré será mayor si vos cumplís con la misión que os han encomendado, que si os vendo a uno de esos puritanos para que os queme—añadió.

Run soltó una carcajada debido al comentario del capitán de los piratas. Segundos después de que sonara la risa de la vikinga, un chorro dorado empezó a bañar la cabeza del capitán para la sorpresa de éste y de su acompañante. La vikinga, sorprendida por la aparición del inesperado chorro en un día soleado como lo era aquel, alzó su mirada quedando totalmente horrorizada por la visión.

—¿Qué este líquido que me cae?, ¿Está lloviendo acaso?—preguntó Al-Thalajara mostrándose confuso por ser él el único que estaba siendo empapado.

Tratando de averiguar qué podía ser tal líquido, Al-Thalajara sacó su lengua probando el sabor de la substancia que bañaba su cara. Esa acción provocó que Run apartara la mirada del pirata con

una cara de asco. El pirata, habiendo probado el líquido, sintió un sabor amargo propio del orín y entonces, se enfadó tanto que apretó los dientes hasta que le rechinaron. Decidido por saber quién le había meado encima, alzó su mirada encontrando en el palo mayor el culpable de tal fechoría. Era Hakon.

—Maldito hijo de mil rameras...—farfulló Al-Thalajara con su rostro descompuesto por la rabia.

Habían pasado más de doce años, un tiempo suficiente que explicaba porque había habido cambios tan relevantes en el físico del discípulo de la vikinga. Empezando por lo obvio, Hakon había crecido hasta llegar al metro ochenta y además había crecido también en músculos. En cuanto a su pelo ahora lo tenía mucho más largo. Su melena castaña la llevaba peinada en una coleta que le caía a un lado de su fuerte cuello.

Las facciones de su rostro se habían endurecido creciéndole la nariz y la mandíbula. No obstante, seguía teniendo una cara de buena persona. Su vestimenta era una coraza de metal con grandes hombreras redondas. En el cinto que llevaba alrededor de la cintura cargaba una espada larga de nombre "Asesino de maestros". Dicha espada tenía el aspecto de una espada larga común, pero eso no fue problema para que Hakon se inventara un nombre rimbombante para darle una mayor importancia a su arma.

Una vez que Hakon terminó de miccionar, se guardó el pene dentro del pantalón y entonces fue caminando sobre el estrecho poste que cruzaba a lo ancho por encima de la cubierta. No pasó ni un segundo para que la tripulación del navío se enterase de lo sucedido entre el guerrero cristiano y el capitán Al-Thalajara, y se amontonara en torno al poste. Desde allí abajo empezaron a dirigirle todo tipo de improperios y amenazas.

—Miserable bastardo… ¿Cómo has osado a mearte en nuestro capitán?...Pagarás por ello. —se quejó un pirata de la tripulación.

—Merecéis que os atemos a la quilla y que permanezcáis ahí hasta morir—sentenció otro pirata de la tripulación.

En reacción a las amenazas lanzadas por los piratas, el capitán Al-Thalajara se dirigió a su tripulación en un tono autoritario para reclamar la potestad en el asunto.

—Dejádmelo a mí. ¡Ese hombre es mío!—gritó Al-Thalajara,

señalando al culpable de su vergüenza.

—Acabaré con la vida de este cristiano aunque sea lo último que haga en esta vida—dijo Al-Thalajara mostrándose furioso mientras empuñaba su espada.

En lo alto del poste Hakon sonrió divertido a causa del comentario del capitán y luego se dejó caer sobre la cubierta aterrizando con agilidad y elegancia. El aterrizaje dejó a todos los piratas de la cubierta boquiabiertos debido a la altura considerable que distanciaba el palo mayor de la cubierta.

—Un momento…¿Ha saltado desde más de tres metros de altura y no se ha hecho nada? —preguntó un grumete, incrédulo por lo que había visto.

Divertido por las caras que divisaba a su alrededor, Hakon dio un paso adelante desenvainando su espada frente a los piratas.

—Bien, aquí me tenéis, capitán. Resolvamos nuestro conflicto—dijo Hakon en un tono divertido y una sonrisa malévola por su rostro.

El capitán ante el desafío lanzado por el guerrero cristiano hizo una mueca de miedo y a continuación, dijo:

—Y tanto que lo resolveremos, marinero de agua dulce. —le replicó Al-Thalajara.

—Lucha. —ordenó Al-Thalajara empujando a uno de los miembros de la tripulación contra el guerrero cristiano.

El grumete al verse obligado a pelear en contra su voluntad, blandió su espada sin mucha confianza. La falta de convicción del pirata fue aprovechada por Hakon para noquearlo de un puñetazo. Después de que el grumete cayera inconsciente sobre la cubierta del barco, el capitán Al-Thalajara se acercó a él para revisar su estado.

—¿Está muerto?

—No, creo señor. Respira. —le contestó otro miembro de su tripulación.

La respuesta enfurruñó al capitán Al-Thalajara.

—Idiota, no me refería a él….—dijo Al-Thalajara, señalando al

grumete tendido en el suelo.

—Sino a él. —añadió, señalando a Hakon.

Producto de la parsimonia con la que la tripulación se quedó mirando al guerrero cristiano, Al-Thalajara gruñó furioso dirigiéndose acto seguido a todos ellos a voz en grito:

—¿A qué estáis esperando? —¡Atacadlo todos juntos! —ordenó.

Con la orden del pirata, su tripulación se lanzó en masa contra Hakon desde todos los flancos. Mientras los piratas corrían hacia Hakon, el capitán dio una patada en la espalda a uno de sus hombres empujándolo al combate.

—Vamos, id todos juntos. ¡Dadle su merecido!

Hakon, sorprendido por el elevado número de piratas que tendría que enfrentar, miró a Run pidiéndole ayuda.

—¿No piensas ayudarme?—preguntó.
—No, tú te has metido solo en este embrollo. Resuélvelo tú. —le respondió.

Ante la negativa, Hakon se encogió de hombros sin mostrar demasiada preocupación.

—Está bien entonces…—¡Lucharé yo solo! —exclamó, al mismo tiempo que realizaba un tajo con su espada con el que se deshacía del ataque de uno de los piratas.

Inmediatamente, Hakon se puso en posición de esgrimista y empezó a luchar contra el mismo pirata que le había atacado. En su ataque, movía su espada lanzando ataques por arriba, por el centro y por abajo. Era tan rápido que el pirata al que se enfrentaba fue retrocediendo mientras trataba de defenderse a duras penas. La concentración que el pirata fijaba en repeler los ataques del guerrero cristiano, le hizo retroceder en demasía hasta caer por la borda.
Justo después de que uno de los piratas cayera al agua, otro miembro de la tripulación atacó al compañero de la vikinga desde su flanco izquierdo obligándole a girarse velozmente para detener el

ataque con su espada. Habiendo repelido el primer ataque, el guerrero cristiano usó su mano libre para robarle al pirata la espada extra que llevaba sujeta en el cinto, la cual utilizó acto seguido para defenderse del ataque de otro pirata que le venía por el flanco derecho. Tras defenderse del segundo ataque, golpeó al pirata que estaba en su flanco derecho dándole un cabezazo y al pirata que tenía a su izquierda, le empujó por la borda de un golpe de talón que le dio en la espalda.

El pirata que estaba en su flanco derecho del guerrero cristiano, al recuperarse del golpe sufrido volvió a atacar, pero esta vez, Hakon le esquivó provocando que éste fallara el golpe clavando su espada en la madera del barco. Teniendo la espada inmovilizada, el guerrero le dio un puñetazo al pirata con el que también lo tiró por la borda.

Mientras todo esto sucedía, el capitán Al-Thalajara quedó absorto viendo como el hombre llamado Hakon era un maestro de la espada. Volviendo a lo que ocurría en la cubierta, una vez que el guerrero cristiano hubo vencido a sus tres primeros contrincantes, salió corriendo para enfrentarse al resto. A los siguientes hombres los venció de seguido realizando una serie de tajos sin detenerse en su carrera. La carrera que se dio por la cubierta y que le valió para vencer a otros tres piratas, le llevó hasta una de las poleas del barco a la que acabó cortando y agarrándose para salir disparado hasta lo alto del mástil.

Estando de nuevo subido en lo alto del palo mayor, los piratas se agruparon por debajo de él mirándole con cara de incredulidad, preguntándose cómo podrían llegar hasta él. Aquel momento de duda fue aprovechado por Hakon, quien se lanzó desde lo alto cogido a otro cuerda en forma de liana. La bajada fue veloz y conllevó a que tumbara a parte del grupo que le esperaba en la cubierta y que aterrizara en la popa justo al lado del timón. Habiéndose detenido en aquel punto del barco, Hakon miró con gesto divertido a la decena de piratas que todavía quedaban en pie en la cubierta y a continuación, saltó para regresar con ellos donde reemprendió la batalla.

Mientras que Hakon se enfrentaba a esos nuevos oponentes, el pirata Al-Thalajara silbó a uno de sus hombres para llamar su atención.

—Llamad al “Kraken”—ordenó el capitán.

Con la orden del capitán, el pirata al que se hubo dirigido el

pirata Al-Thalajara, asintió con la cabeza y a continuación, salió corriendo por la cubierta para avisar al hombre apodado como "Kraken".

Centrándonos de nuevo en el guerrero cristiano, en esta ocasión, fueron cuatro los piratas que le rodearon. Pese a su inferioridad numérica Hakon no se le veía temeroso. Más bien eran sus oponentes quienes lo estaban.

Llegado el momento en el que los piratas le atacaron, Hakon se revolvió a base de sus rápidos reflejos y su gran habilidad con la espada. Giraba y se defendía del ataque de uno, giraba otra vez y contragolpeaba a otro de sus oponentes. Manteniendo aquellos veloces movimientos, logró crear la oportunidad para vencer a uno de los piratas realizando un acertado tajo con lo que pasó a tener a un oponente menos. Lo siguiente que ocurrió tras la caída del primero, fue la estocada mortal que se produjeron dos de los piratas que lo rodeaban, al ser esquivado por Hakon el ataque de ambos. La muerte de tres de los piratas dejó al discípulo de la vikinga ante un único oponente, quien al verse sin oportunidad para vencer a un guerrero tan experto como Hakon, dejó caer su espada al suelo y entonces, empezó a suplicar por su vida.

Las súplicas del pirata condujeron a que el guerrero cristiano se abstuviera en darle muerte, pero no de dejarlo marchar sin un castigo. Estirando una sonrisa divertida, Hakon apuntó con su mano hacia la borda del navío señalándole donde estaba el camino por el que tirarse el agua. La indicación del guerrero cristiano fue suficiente para que inmediatamente después el pirata saliera corriendo y se lanzase fuera de "La ratonera del diablo".

La acción realizada por el pirata provocó las risas de la vikinga, quien observaba apartada del gentío la espectacular lucha que su compañero estaba llevando a cabo. Al lado de Run, el pirata Al-Thalajara no daba crédito cómo aquel a causa de la cobardía de la que había hecho gala uno de los hombres de su tripulación.

Rompiendo con la fugaz detención de la lucha, Hakon recibió el ataque de un nuevo grupo de piratas, los cuales le vinieron desde diferentes puntos del navío. El guerrero cristiano, como había hecho anteriormente contra los piratas, les plantó cara usando dos espadas a la vez.

En aquel momento en el que Hakon estaba en plena lucha contra el grupo de hombres, sonaron varios crujidos en la cubierta. Parecía como si alguien hubiera liberado a un oso en el barco. Atraído por la curiosidad, el guerrero cristiano giró la cabeza para saber el motivo de aquel ruido y entonces, una gran sombra le cubrió

dejándolo completamente helado.

Aquel sonido de crujidos los que había creado un pirata con su entrada en la cubierta. Él era “Kraken”. Un pirata de más de dos metros de altura y con 150 kilos de peso. En la cubierta “Kraken” se presentó alzando un barril entre sus manos como si tratara de un juguete.

—Kraken—dijo “Kraken” con una voz propia de una bestia.

El grupo de piratas que por aquel entonces estaban rodeando a Hakon, al descubrir la llegada de su enorme compañero, se hicieron a un lado para que fuera él quien se ocupara de vencer al guerrero cristiano.

—Joder—dijo Hakon, asombrado por el tamaño de su oponente.

CAPÍTULO 6: SANGRE DE HÉROES

En el reino de Asgard, el sol brillaba con fuerza como era costumbre allí. Bajo ese sol lleno de vida, un hombre andaba por las calles muy transitadas de la ciudad con su rostro oculto con una capucha. Ese hombre al que apenas se le veía la cara era Thor. El dios había bajado a la ciudad para darse una vuelta y poder disfrutar así del mundo fuera de palacio.

Cada cierto tiempo solía abandonar palacio para dar paseos, un hábito que se había vuelto más común en él desde su veloz encuentro con la vikinga Run Ljungberg.

Llegado al fin de su paseo, Thor se detuvo enfrente de una barandilla desde la cual contempló unas espectaculares vistas. En la línea del cielo había miles de torres y sobre ellas, un gran sol de un tamaño muy superior al que se podía ver desde Midgard. Al cabo de unos minutos de que Thor estuviera disfrutando las vistas, por su espalda apareció Frigg. Su madre. La diosa también había bajado a la ciudad de incognito.

—Madre. ¿Me has seguido?—se giró Thor al sentir la presencia.

—No, sabía que te encontraría por aquí. De niño te escapabas para mezclarte con el pueblo cuando te encontrabas con una situación realmente injusta o algo te preocupaba.

—Dime. ¿Qué es en esta ocasión? Es Run, ¿verdad?

—Ya lo sabes todo, madre.

Frigg asintió y tras un largo suspiro se apoyó con sus manos en la barandilla, contemplando al mismo tiempo el hermoso paisaje.

—Lo sé porque soy mayor, hijo y ya he vivido lo que tú. El amor no es algo que sea posesión únicamente de los humanos. También golpea a los dioses y a veces de forma mucho más violenta que a los humanos...Sé que estás sufriendo en demasía por esta separación y que piensas que es muy injusto que un hombre y una mujer que se aman no puedan estar juntos, y sí tienes razón. Es muy injusto pero no puedes castigarte a ti mismo pensando todos los días en eso. La vida se presenta con alegrías y penas, no puedes dejar que las penas te derroten.

Mientras que Frigg hablaba, Thor la miraba atentamente sintiendo en su alma cada palabra de su madre con una creciente intensidad.

—Madre, estoy tratando de aceptarlo pero me cuesta demasiado superar esta sensación.

—¿Qué sensación?

—La de entregar lo que es mío sin pelear.

—¿Te refieres a dejar que se vaya con el elfo Glad Von Castle al reino de Alfheim?

—Sí.

—Sé que ella es un ser de Midgard y que yo pertenezco a Asgard, y sé que sin un alma jamás será posible que estemos juntos otra vez en Asgard. Sé todo eso.

—Me agrada oírlo.

—Pero también sé que cada minuto que estoy sin ella, siento un vacío más grande que miles son las estrellas que hay en el cielo…Sé que otro la hará feliz y no seré yo.

La madre entristeció el rostro.

—No sufras, cariño. Es un sufrimiento en balde. Ojalá pudiera hacer que Run recuperase su alma para reunirse contigo—le sonrió, Frigg poniéndole una mano en el hombro.

—Haga lo que sea madre. Debe de ayudarme a estar con ella. Debe de ayudarme para no perderla de esta manera.

—No puedo dejarla por pérdida simplemente. Si lo hiciera en el futuro siempre me estaría preguntando qué hubiera sido de nosotros dos de haberlo intentado.

La madre esbozó una sonrisa.

—El amor de los jóvenes es más impetuoso que corcel desbocado. Me encanta. Veré que puedo hacer.

—Decidme, madre. ¿Existe alguna manera para que Run pueda recuperar su alma? ¿Quizá sanando su vampirismo y volviéndola humana?

—Imposible devolver la vida a alguien que está muerto y Run murió al convertirse en vampiresa, sin embargo, creo hay una pequeña posibilidad para que Run vuelva a tus brazos.

—¿Y cuál es, madre?

Frigg sonrió y a continuación, pellizcó los mofletes de su hijo.

—Te mueres de ganas por saberlo ¿eh?

—Claro que sí, madre. No hay nada que quiera más en este mundo que saber un modo cómo recuperar a Run.

Frigg sonrió de nuevo:

—Volvamos a palacio, os contaré mi plan por el camino.

Por debajo de Asgard, en los mares de Midgard, un navío musulmán apodado “La ratonera del diablo” navegaba hacia la costa de la actual Cádiz. En la proa de aquel navío se hallaba por

entonces el capitán de dicha embarcación, el pirata Al-Thalajara. Ese hombre era un veterano pirata de origen musulmán que había surcado todos los ríos de África. Físicamente, era un hombre de una edad que pasaba de las cinco décadas, de piel canela y melena negra y rizada. Su nariz era grande y fea, sus dientes oscuros y su cara nada atractiva. En su vestimenta de pirata llamaba la atención un sombrero con una larga pluma negra.

Mientras que las olas chocaban contra el navío, hasta la presencia del pirata se acercó un miembro de su tripulación para tenerle informado de todo lo que iba sucediendo a bordo.

—¿Sí? —preguntó Al-Thalajara al recibirlo.

—La invitada a nuestro barco ha terminado su desayuno y ahora se dirige a cubierta para reunirse con usted. —dijo el grumete en un tono nervioso e incrédulo.

—¿Si?, ¿Y dónde está la parte extraña? ¿Por qué se os intuye tan inquieto?—preguntó Al-Thalajara, alertado por el comportamiento de su grumete.

—La cena de vuestra invitada ha sido la sangre de un cordero. Le ha cortado el cuello y luego se la ha bebido dejando la carne para nosotros. —respondió el grumete.

—¿Habláis en serio, grumete?, ¿Sangre decís que la viste beber? —preguntó Al-Thalajara.

—Sí, estoy completamente seguro. No fui yo el único que lo vio. —aclaró el grumete.

—Interesante.—añadió Al-Thalajara, reaccionando con inusual calma ante la inesperada noticia.

En aquel instante, la puerta del camarote principal se abrió y de allí salió Run vestida con una armadura de metal y una capa roja. La razón por la que vikinga de los Ljungberg viajaba a bordo de aquel navío pirata, hallaba todo sentido en su nueva vida como mercenaria. Un jeque árabe había contratado a Hakon y a ella para que se hicieran cargo de resolver sus asuntos.

A sus veintiocho años, Run seguía teniendo el mismo aspecto físico del que tenía a los dieciséis años. Eso era porque fue a esa edad en la que fue convertida en vampira por Dimitrius Vrycolato, su creador.

Run no había envejecido lo más mínimo pero si había ciertos detalles de su estilo que se habían vistos modificados con el paso del tiempo. Ahora lucía un peinado diferente del que había llevado prácticamente siempre a lo largo de su vida. Había abandonado su típica trenza para lucir una melena que le caía como una cascada

por los hombros. Por el efecto de la brisa marina, su melena se levantaba ondeando al igual que su capa.

Además del estilo de peinado, también había cambiado su vestimenta. Run estaba vestida con una espectacular armadura metálica con todo tipo de detalles grabados en ella. La armadura no era una prenda única en sí sino que se trataba de una serie de pequeñas placas de metal que quedaban perfectamente ensambladas alrededor de su anatomía. En la zona de los hombros vestía una capa con capucha de seda roja que le llegaba hasta la altura de los tobillos. En relación a la zona del cinto, también había habido cambios. Run había incorporado un florete entre su armamento. El nombre de aquella espada era “Señora”. De entre todas las prendas y objetos que se podían vislumbrar a simple vista en la vikinga, lo que más llamaba la atención era un colgante que llevaba en el cuello en el cual había un huevo de color rojo pegado a él. Aquel huevo era el huevo del fénix, un regalo que recibió de parte de los hadas de Rivershine tras su paso por el reino de Alfheim. Run guardaba ese huevo con mucho afecto. Era un recuerdo de su amistad con el brujo Glad Von Castle.

Una vez hubo llegado a cubierta, Run se dirigió hacia el capitán mientras los piratas la miraban con gesto de fascinación y de intriga.

—¿Qué tal ha estado el desayuno, mi señora?—preguntó Al-Thalajara.

—Dice mi grumete que os bebisteis la sangre de un cordero…

Ante tal suposición, Run se quedó callada sin saber qué contestar. Ese silencio hizo que el pirata Al-Thalajara sonriera satisfecho aunque no hubiera sido su intención causar malestar en Run con respecto a su secreto.

—Bien, relajaos. No pasa nada. He oído hablar sobre apetitos peores. —añadió Al-Thalajara para respiro de la vikinga.

Acto seguido de aquel comentario, Al-Thalajara se volvió para mirar hacia el frente y luego volvió a mirar hacia atrás dando las siguientes órdenes a su tripulación.

—¡Soltad la vela mayor y girad al este diez grados!

Recibidas las órdenes, la tripulación actuó en consecuencia para cumplir con los deseos del hombre al mando de “La ratonera del diablo”. Mientras la tripulación se encargaba de llevar a cabo las diferentes tareas, Al-Thalajara regresó con Run para retomar la conversación con ella:

—Con el poco viento que sopla tardaremos un par de horas más en llegar a Cádiz. Todavía tenéis tiempo para descansar en vuestro

camarote si lo deseáis. Sé que a una vampira como vos os daña en demasía la luz del sol.—dijo Al-Thalajara.

—¿Sabéis que soy una vampiresa?...—farfulló Run con gesto de decepción.

—Si no lo supiera después de lo que me acaba de contar mi grumete, no sería merecedor de mi cargo. ¿No crees?

Run agachó la cabeza apenada.

—No os sintáis mal porque se sepa vuestro secreto. No voy a venderos a ningún cazarecompensas. La ganancia que obtendré será mayor si vos cumplís con la misión que os han encomendado, que si os vendo a uno de esos puritanos para que os queme.—añadió.

Run soltó una carcajada debido al comentario del capitán de los piratas. Segundos después de que sonara la risa de la vikinga, un chorro dorado empezó a bañar la cabeza del capitán para la sorpresa de éste y de su acompañante. La vikinga, sorprendida por la aparición del inesperado chorro en un día soleado como lo era aquel, alzó su mirada quedando totalmente horrorizada por la visión.

—¿Qué este líquido que me cae?, ¿Está lloviendo acaso?—preguntó Al-Thalajara mostrándose confuso por ser él el único que estaba siendo empapado.

Tratando de averiguar qué podía ser tal líquido, Al-Thalajara sacó su lengua probando el sabor de la substancia que bañaba su cara. Esa acción provocó que Run apartara la mirada del pirata con una cara de asco. El pirata, habiendo probado el líquido, sintió un sabor amargo propio del orín y entonces, se enfadó tanto que apretó los dientes hasta que le rechinaron. Decidido por saber quién le había meado encima, alzó su mirada encontrando en el palo mayor el culpable de tal fechoría. Era Hakon.

—Maldito hijo de mil rameras...—farfulló Al-Thalajara con su rostro descompuesto por la rabia.

Habían pasado más de doce años, un tiempo suficiente que explicaba porque había habido cambios tan relevantes en el físico del discípulo de la vikinga. Empezando por lo obvio, Hakon había crecido hasta llegar al metro ochenta y además había crecido también en músculos. En cuanto a su pelo ahora lo tenía mucho más largo. Su melena castaña la llevaba peinada en una coleta que le caía a un lado de su fuerte cuello.

Las facciones de su rostro se habían endurecido creciéndole la nariz y la mandíbula. No obstante, seguía teniendo una cara de buena persona. Su vestimenta era una coraza de metal con grandes

hombreras redondas. En el cinto que llevaba alrededor de la cintura cargaba una espada larga de nombre "Asesino de maestros". Dicha espada tenía el aspecto de una espada larga común, pero eso no fue problema para que Hakon se inventara un nombre rimbombante para darle una mayor importancia a su arma.

Una vez que Hakon terminó de miccionar, se guardó el pene dentro del pantalón y entonces fue caminando sobre el estrecho poste que cruzaba a lo ancho por encima de la cubierta. No pasó ni un segundo para que la tripulación del navío se enterase de lo sucedido entre el guerrero cristiano y el capitán Al-Thalajara, y se amontonara en torno al poste. Desde allí abajo empezaron a dirigirle todo tipo de improperios y amenazas.

—Miserable bastardo… ¿Cómo has osado a mearte en nuestro capitán?...Pagarás por ello. —se quejó un pirata de la tripulación.

—Merecéis que os atemos a la quilla y que permanezcáis ahí hasta morir.—sentenció otro pirata de la tripulación.

En reacción a las amenazas lanzadas por los piratas, el capitán Al-Thalajara se dirigió a su tripulación en un tono autoritario para reclamar la potestad en el asunto.

—Dejádmelo a mí. ¡Ese hombre es mío!—gritó Al-Thalajara, señalando al culpable de su vergüenza.

—Acabaré con la vida de este cristiano aunque sea lo último que haga en esta vida.—dijo Al-Thalajara mostrándose furioso mientras empuñaba su espada.

En lo alto del poste Hakon sonrió divertido a causa del comentario del capitán y luego se dejó caer sobre la cubierta aterrizando con agilidad y elegancia. El aterrizaje dejó a todos los piratas de la cubierta boquiabiertos debido a la altura considerable que distanciaba el palo mayor de la cubierta.

—Un momento…¿Ha saltado desde más de tres metros de altura y no se ha hecho nada? —preguntó un grumete, incrédulo por lo que había visto.

Divertido por las caras que divisaba a su alrededor, Hakon dio un paso adelante desenvainando su espada frente a los piratas.

—Bien, aquí me tenéis, capitán. Resolvamos nuestro conflicto. —dijo Hakon en un tono divertido y una sonrisa malévola por su rostro.

El capitán ante el desafío lanzado por el guerrero cristiano hizo una mueca de miedo y a continuación, dijo:

—Y tanto que lo resolveremos, marinero de agua dulce. —le replicó Al-Thalajara.

—Lucha. —ordenó Al-Thalajara empujando a uno de los miembros de la tripulación contra el guerrero cristiano.

El grumete al verse obligado a pelear en contra su voluntad, blandió su espada sin mucha confianza. La falta de convicción del pirata fue aprovechada por Hakon para noquearlo de un puñetazo. Después de que el grumete cayera inconsciente sobre la cubierta del barco, el capitán Al-Thalajara se acercó a él para revisar su estado.

—¿Está muerto?

—No, creo señor. Respira. —le contestó otro miembro de su tripulación.

La respuesta enfurruñó al capitán Al-Thalajara.

—Idiota, no me refería a él….—dijo Al-Thalajara, señalando al grumete tendido en el suelo.

—Sino a él. —añadió, señalando a Hakon.

Producto de la parsimonia con la que la tripulación se quedó mirando al guerrero cristiano, Al-Thalajara gruñó furioso dirigiéndose acto seguido a todos ellos a voz en grito:

—¿A qué estáis esperando? —¡Atacadlo todos juntos! —ordenó.

Con la orden del pirata, su tripulación se lanzó en masa contra Hakon desde todos los flancos. Mientras los piratas corrían hacia Hakon, el capitán dio una patada en la espalda a uno de sus hombres empujándolo al combate.

—Vamos, id todos juntos. ¡Dadle su merecido!

Hakon, sorprendido por el elevado número de piratas que tendría que enfrentar, miró a Run pidiéndole ayuda.

—¿No piensas ayudarme?—preguntó.

—No, tú te has metido solo en este embrollo. Resuélvelo tú. —le respondió.

Ante la negativa, Hakon se encogió de hombros sin mostrar demasiada preocupación.

—Está bien entonces…—¡Lucharé yo solo! —exclamó, al mismo tiempo que realizaba un tajo con su espada con el que se deshacía del ataque de uno de los piratas.

Inmediatamente, Hakon se puso en posición esgrimista y empezó a luchar contra el mismo pirata que le había atacado. En su ataque, movía su espada lanzando ataques por arriba, por el centro y por abajo. Era tan rápido que el pirata al que se enfrentaba fue retrocediendo mientras trataba de defenderse a duras penas. La concentración que el pirata fijaba en repeler los ataques del guerrero cristiano, le hizo retroceder en demasía hasta caer por la borda.

Justo después de que uno de los piratas cayera al agua, otro

miembro de la tripulación atacó al compañero de la vikinga desde su flanco izquierdo obligándole a girarse velozmente para detener el ataque con su espada. Habiendo repelido el primer ataque, el guerrero cristiano usó su mano libre para robarle al pirata la espada extra que llevaba sujeta en el cinto, la cual utilizó acto seguido para defenderse del ataque de otro pirata que le venía por el flanco derecho. Tras defenderse del segundo ataque, golpeó al pirata que estaba en su flanco derecho dándole un cabezazo y al pirata que tenía a su izquierda, le empujó por la borda de un golpe de talón que le dio en la espalda.

El pirata que estaba en su flanco derecho del guerrero cristiano, al recuperarse del golpe sufrido volvió a atacar, pero esta vez, Hakon le esquivó provocando que éste fallara el golpe clavando su espada en la madera del barco. Teniendo la espada inmovilizada, el guerrero le dio un puñetazo al pirata con el que también lo tiró por la borda.

Mientras todo esto sucedía, el capitán Al-Thalajara quedó absorto viendo como el hombre llamado Hakon era un maestro de la espada. Volviendo a lo que ocurría en la cubierta, una vez que el guerrero cristiano hubo vencido a sus tres primeros contrincantes, salió corriendo para enfrentarse al resto. A los siguientes hombres los venció de seguido realizando una serie de tajos sin detenerse en su carrera. La carrera que se dio por la cubierta y que le valió para vencer a otros tres piratas, le llevó hasta una de las poleas del barco a la que acabó cortando y agarrándose para salir disparado hasta lo alto del mástil.

Estando de nuevo subido en lo alto del palo mayor, los piratas se agruparon por debajo de él mirándole con cara de incredulidad, preguntándose cómo podrían llegar hasta él. Aquel momento de duda fue aprovechado por Hakon, quien se lanzó desde lo alto cogido a otro cuerda en forma de liana. La bajada fue veloz y conllevó a que tumbara a parte del grupo que le esperaba en la cubierta y que aterrizara en la popa justo al lado del timón. Habiéndose detenido en aquel punto del barco, Hakon miró con gesto divertido a la decena de piratas que todavía quedaban en pie en la cubierta y a continuación, saltó para regresar con ellos donde reemprendió la batalla.

Mientras que Hakon se enfrentaba a esos nuevos oponentes, el pirata Al-Thalajara silbó a uno de sus hombres para llamar su atención.

—Llamad al “Kraken”. —ordenó el capitán.

Con la orden del capitán, el pirata al que se hubo dirigido el

pirata Al-Thalajara, asintió con la cabeza y a continuación, salió corriendo por la cubierta para avisar al hombre apodado como "Kraken".

Centrándonos de nuevo en el guerrero cristiano, en esta ocasión, fueron cuatro los piratas que le rodearon. Pese a su inferioridad numérica Hakon no se le veía temeroso. Más bien eran sus oponentes quienes lo estaban.

Llegado el momento en el que los piratas le atacaron, Hakon se revolvió a base de sus rápidos reflejos y su gran habilidad con la espada. Giraba y se defendía del ataque de uno, giraba otra vez y contragolpeaba a otro de sus oponentes. Manteniendo aquellos veloces movimientos, logró crear la oportunidad para vencer a uno de los piratas realizando un acertado tajo con lo que pasó a tener a un oponente menos. Lo siguiente que ocurrió tras la caída del primero, fue la estocada mortal que se produjeron dos de los piratas que lo rodeaban, al ser esquivado por Hakon el ataque de ambos. La muerte de tres de los piratas dejó al discípulo de la vikinga ante un único oponente, quien al verse sin oportunidad para vencer a un guerrero tan experto como Hakon, dejó caer su espada al suelo y entonces, empezó a suplicar por su vida.

Las súplicas del pirata condujeron a que el guerrero cristiano se abstuviera en darle muerte, pero no de dejarlo marchar sin un castigo. Estirando una sonrisa divertida, Hakon apuntó con su mano hacia la borda del navío señalándole donde estaba el camino por el que tirarse el agua. La indicación del guerrero cristiano fue suficiente para que inmediatamente después el pirata saliera corriendo y se lanzase fuera de "La ratonera del diablo".

La acción realizada por el pirata provocó las risas de la vikinga, quien observaba apartada del gentío la espectacular lucha que su compañero estaba llevando a cabo. Al lado de Run, el pirata Al-Thalajara no daba crédito cómo aquel a causa de la cobardía de la que había hecho gala uno de los hombres de su tripulación.

Rompiendo con la fugaz detención de la lucha, Hakon recibió el ataque de un nuevo grupo de piratas, los cuales le vinieron desde diferentes puntos del navío. El guerrero cristiano, como había hecho anteriormente contra los piratas, les plantó cara usando dos espadas a la vez.

En aquel momento en el que Hakon estaba en plena lucha contra el grupo de hombres, sonaron varios crujidos en la cubierta. Parecía como si alguien hubiera liberado a un oso en el barco. Atraído por la curiosidad, el guerrero cristiano giró la cabeza para saber el motivo de aquel ruido y entonces, una gran sombra le cubrió

dejándolo completamente helado.

Aquel sonido de crujidos los que había creado un pirata con su entrada en la cubierta. Él era “Kraken”. Un pirata de más de dos metros de altura y con 150 kilos de peso. En la cubierta “Kraken” se presentó alzando un barril entre sus manos como si tratara de un juguete.

—Kraken. —dijo “Kraken” con una voz propia de una bestia.

El grupo de piratas que por aquel entonces estaban rodeando a Hakon, al descubrir la llegada de su enorme compañero, se hicieron a un lado para que fuera él quien se ocupara de vencer al guerrero cristiano.

—Joder. —dijo Hakon, asombrado por el tamaño de su oponente.

CAPÍTULO 7: KRAKEN

La cara de temor que adoptó Hakon nada más ver a "Kraken" provocó que éste último sonriera satisfecho mostrando en su boca dos hileras de dientes podridos y afilados. "Kraken", tras sonreír malévolamente, levantó su barril bien en alto y luego lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el punto donde estaba el guerrero cristiano. Antes de que el barril llegara a alcanzar al discípulo de la vikinga, éste se agachó dejando que el barril se hiciera pedazos al impactar contra la cubierta.

El corpulento pirata a causa de su tiro fallado, giró su robusto cuello en busca del guerrero cristiano. La expresión que "Kraken" puso al verle fue de odio total. Parecía un toro frente a un trapo rojo. Las venas que tenía por la cara eran del tamaño de tuberías y la respiración que se despedía de sus grandes orificios nasales era como un cañón.

—Kraken Kraken…—dijo "Kraken" con unos ojos inyectados en sangre.

A continuación, el pirata salió corriendo hacia Hakon lanzando sus manos de manera violenta para atraparlo. Hakon, para no ser alcanzado, salió corriendo en dirección contraria de donde venía el pirata. El desplazamiento del guerrero por la cubierta, lo llevó hasta la proa donde acabó subiéndose sobre la barandilla ya que se quedó sin terreno para continuar. Subido sobre la estrecha madera, marchó hacia uno de los lados del navío haciendo equilibrios para no caer mientras que "Kraken" le observaba con una expresión sorprendida.

—Kraken. —dijo "Kraken" mostrándose indignado por ver las artimañas con las que el guerrero cristiano evadía el combate.

"Kraken" resopló furioso y luego se giró de nuevo para perseguir a Hakon por el lado de la barandilla por el que se estaba huyendo. Allí fue lanzando sus garras por encima de la barandilla cada vez que Hakon posaba sus pies, sin embargo, era demasiado lento por lo que no lograba alcanzarlo nunca. Debido a los descontrolados manotazos que "Kraken" iba lanzando en la zona de la barandilla por la que corría su ágil oponente, tuvo la desgracia de pegar contra la barandilla y que por ello, uno de sus puños quedara incrustado en la madera del navío.

El brazo incrustado en la madera solo fue una interrupción en la lucha, ya que "Kraken" acto seguido, tiró con fuerza llevándose su brazo consigo pero con múltiples astillas clavadas en la carne.

—Kraken. —dijo “Kraken” mostrándose todavía más furioso que antes.

La cólera en el gigante le hizo agarrar uno de los cañones que había en la cubierta como si fuera un juguete y luego lanzarlo contra Hakon. El guerrero cristiano al ver la pesada arma dirigirse contra él, regresó de un salto a la cubierta para esquivarlo viendo a continuación cómo el trasto destrozaba parte de la barandilla del flanco derecho y luego caía al mar. La visión del cañón perdiéndose por el fondo del mar, dejó al capitán Al-Thalajara con cara atónita debido a la desgracia que eso suponía para él.

—Mi precioso cañón. Pagué diez mil monedas por él. —dijo el capitán mientras veía desaparecer su inversión por la lucha entre Hakon y el gigante.

Poco después de que se perdiera el primer cañón, “Kraken” intentó el mismo ataque contra Hakon levantando el único cañón que quedaba en la cubierta, pero entonces el filo de una espada lo detuvo al ser apuñalado por la espalda. Cuando todavía “Kraken” estaba sosteniendo el otro cañón, se giró para ver quien le había apuñalado descubriendo para su sorpresa que su atacante se trataba nada ni nada menos que su capitán, el pirata Al-Thalajara.

—¿Qué? No me mires así. Son muy caros esos cañones. —dijo el capitán como últimas palabras al gigante.

Justo después de que el capitán Al-Thalajara dijera aquello, “Kraken” cayó muerto provocando un gran temblor en la cubierta debido lo pesado de su cuerpo. Una vez estuvo muerto el gigante, se produjo definitivamente la inclusión del capitán en la lucha contra Hakon. Haciendo gala de una gran habilidad con la espada, Al-Thalajara lanzó múltiples ataques obligando a Hakon a usar sus mejores dotes para defenderse.

—Vaya, al fin decidís salvar vuestro honor. —dijo Hakon, recibiendo la llegada del pirata con una sonrisa divertida.

—Callad y morid de una vez. Sucio perro judío.—le replicó Al-Thalajara, asestando un tajo contra Hakon.

El tajo fue esquivado por Hakon, y ello provocó que la espada del capitán cortara la cuerda de una polea que se encargaba de mantener tensa la vela principal. La rotura de aquella cuerda propició a que dicha vela cayera extendiéndose sobre la cubierta y ocultando a los combatientes que había en ésta. Ese suceso fue el punto y final para la lucha.

Pocos segundos después de que cayera la vela, la tela se corrió descubriendo a un Hakon con la situación en sus manos. Ante sí

tenía al capitán Al-Thalajara con las rodillas pegadas en la madera de la cubierta y con su espada contra barbilla de éste.

—¿Y bien todavía pretendéis darme caza? —preguntó Hakon en tono malévolo.

El capitán Al-Thalajara, enrabietado con el guerrero, apretó los dientes tragándose la rabia, pero como sabía que no tenía más chance, miró al suelo como señal de rendición.

—Me rindo…

Run al ver cómo la tripulación del capitán Al-Thalajara no tenía las mismas intenciones respecto a Hakon, extendió su brazo al mismo tiempo que se dirigía a ellos:

—El capitán Al-Thalajara ha hablado. Basta de tanto alboroto.— dijo Run.

Por mucho que Run hubiera hablando los piratas de la tripulación se mostraron en desacuerdo pero entonces habló su capitán y finalmente siguieron las órdenes de la vikinga.

—Tiene razón. No le hagáis nada a este cristiano, como dice nuestra invitada. Basta de tanto alboroto. —sentenció el capitán dirigiéndose a sus hombres.

Mientras que la tripulación del navío se dispersaba de aquella zona de la cubierta para ir a ayudar a los diferentes piratas que se hallaba en el agua o que habían sido heridos, Hakon se acercó a la proa, el lugar donde estaba situada Run.

—Sois el peor bastardo que he conocido nunca…—dijo Run con una sonrisa en el rostro.

—¿Por qué? —preguntó Hakon entre carcajadas.

Dejando pasar la pregunta del guerrero cristiano, Run cambió de tema.

—Ya estamos cerca de Hispania.—dijo Run con su mirada puesta en la tierra que se divisaba desde el navío.

—Sí, ¿y qué?.—preguntó Hakon, llevándose los manos sobre la nuca en un gesto despreocupado.

—Prepárate para esta nueva aventura. —sentenció Run mirando las costas musulmanas con cara de emoción.

Pasadas unas horas desde que Run y Hakon hubieron vislumbrado la costa, “La ratonera del diablo acabó atracando en el puerto de Cádiz. A su llegada al puerto, el capitán Al-Thalajara se sentía tan furioso con lo ocurrido que decidió que fuera uno de sus piratas el encargado de guiarles hasta Córdoba para no tener que hablar con ninguno de los invitados a su barco.

El elegido en tener que guiar a los guerreros hasta el jeque fue el

pirata Fayet. Él era un hombre joven de raza negra con cuerpo fornido y bien definido. Tenía unos rasgos hermosos y vestía con el atuendo típico de pirata aunque a diferencia de sus compañeros, Fayet parecía ser un hombre mucho más aseado.

Cuando el barco hubo atracado en el puerto, Fayet se dirigió a Run y Hakon, los cuales se estaban conversando con la compañía del perro, el Gran Krig.

—Señores, perdónenme si les molesto pero a partir de aquí, seré yo vuestro guía. El capitán Al-Thalajara me ha pedido personalmente que yo sea el encargado de llevaros hasta el jeque Abdul Rafi.

El conocimiento de la noticia hizo que la vikinga retorciera una feliz sonrisa. La alegría con la que Run miraba al pirata denotó que él era de su agrado debido a su evidente atractivo.

—Vaya sí que parece disgustado.—dijo Hakon en tono de sorna.

—Normal. Es que sois lo peor. Esta vez os habéis pasado.—dijo Run dirigiéndose a Hakon con un ceño fruncido.

—En fin…Me alegro por disponer de vuestra compañía de igual modo.—añadió Run.

A causa de la sonrisa que apareció en el rostro de la vikinga mientras se alegraba por tener a Fayet como guía, Hakon frunció el ceño mostrándose disgustado con el comportamiento de su compañera.

Tras aquella corta conversación entre Hakon, Run y Fayet, los tres bajaron del barco seguidos por el Gran Krig. En el puerto, Run se cubrió la cabeza con la capucha roja de su capa para protegerse de los rayos del sol.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Hakon.

—Ahora debemos movernos en caballo hasta Córdoba.—dijo Fayet, mientras caminaban entre la gente.

—¿Caballos? Genial.—respondió Hakon dirigiéndose a Fayet.

—Espero que no os moleste viajar a caballo.—dijo Fayet.

—¿Molestar? —Después de una semana en un barco ya no me molesta nada. —respondió Hakon en tono sarcástico.

Fruto del comentario de Hakon, Fayet soltó una breve carcajada y posteriormente, apostilló.

—Eso es bueno. Entonces seguidme. Os llevaré hasta el establo más próximo para que escojáis cada uno vuestro caballo.

—Con mucho gusto. —asintió Run.

Estando de acuerdo con seguir al pirata de raza negra, Run y Hakon iniciaron la marcha por el puerto gaditano. A los pocos pasos

de entrar por el puerto, una multitud de viandantes se les vino encima. De lado a lado había todo tipo de personas. Había marineros cargando con la pesca del día, bebiendo ron o simplemente esperando para subirse a su respectivo barco. También habían ladrones, charlatanes, pescadores, artistas circenses y putas.

A medida que el grupo iba avanzando por aquella multitud, se escuchaban una amplia variedad de lenguas.

—Parece que aquí hay gente de todas las partes del mundo.— comentó Hakon, observando a la gente con gesto asombrado.

—Así es. En Cádiz se comercian mercancías de todas las partes del mundo. Puede decirse que es la puerta de entrada a África al viejo Continente.—respondió Fayet.

—Interesante.—añadió Run, mirando a Fayet con gesto fascinado.

A raíz de la nueva sonrisa dirigida al pirata por parte de Run, Hakon frunció el ceño mostrándose incómodo con la situación.

Llegada la noche del desembarco en Cádiz, Fayet y los guerreros se reunieron en la puerta del establo donde por la tarde habían estado comprando los caballos con los que viajarían a Córdoba. El caballo que había elegido Run, era un corcel pelaje marrón de raza musulmana, destacaba por su musculatura y por su gran tamaño. Los caballos de Hakon y Fayet también eran de la raza musulmana, y su color era el negro y el blanco respectivamente.

Estando a lomos de aquellos caballos, Run se dirigió a los dos hombres:

—Ya va siendo hora de que empecemos a marchar, ¿verdad?

—Sí, seguidme. —respondió Fayet, tirando de las riendas de su caballo.

Al realizar tal acción, el caballo de Fayet se adelantó a los dos guerreros moviéndose con paso pausado hacia el norte. Mientras el pirata se alejaba, Run se fijó en la espalda de éste y a continuación, miró a Hakon para dedicarle una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Hakon con gesto malhumorado.

—Nada. —rió Run, divertida por el mal genio de su compañero.

Con el eco de la carcajada de la vikinga aún resonando, tiró de las riendas de su caballo iniciando ella también la marcha y luego Hakon, hizo lo propio siguiendo él también al caballo del pirata. De ese modo, los tres tomaron rumbo a Córdoba con la indispensable compañía del Gran Krig, quien les seguía de muy cerca.

Durante las siguientes horas, la noche musulmana y las estrellas fueron los espectadores principales del viaje del grupo de la vikinga

por las tierras de Al-Andalus. El paisaje que fueron encontrando se caracterizaba por ser caminos planos con campos verdes llenos de olivos.

En un momento determinado de la travesía a caballo, Hakon se dio cuenta de que por algún motivo Run no dejaba de sonreír.

—¿Por qué sonríes tanto?

Fruto de la curiosa pregunta, a Run se le escapó una risotada.

—Porque me encanta este lugar. Aunque adoro las cimas nevadas de mi tierra, tengo que reconocer que el paisaje del emirato musulmán tiene una gran belleza.—respondió Run.

—Además siempre he deseado conocer las tierras musulmanas. Mi hermano era de Córdoba.—añadió.

—¿Era?—preguntó Fayet, intrigado.

—Sí. Murió hace años.—respondió Run.

—¿Cómo se llamaba? Si no os molesta responderme a mi pregunta.—preguntó Fayet mostrándose precavido a la hora de dirigirse a Run sobre ese tema.

—Se llamaba Ghazi Love y era el esposo de la princesa Fadila.—respondió Hakon, hablando en lugar de la vikinga.

De repente, Fayet abrió los ojos con expresión de sorpresa.

—Entonces…¿Vos fuiste cuñada de la princesa del Emirato?—preguntó Fayet dirigiéndose a Run.

—Sí, al parecer, si…—respondió Run, soltando una risilla avergonzada.

Interviniendo en la conversación, Hakon comentó a Fayet:

—No te lo creerías si os explicara pero en el árbol genealógico de Run se encuentran varios reyes…

—¿De verdad?, ¿no seréis una princesa o algo así?—preguntó Fayet, sorprendido.

—No, claro que no. Hakon solo os estaba tomando el pelo. Soy una simple guerrera…—respondió Run, tratando de aparentar normalidad.

Con la respuesta de la vikinga, Fayet se mostró más tranquilo y volvió a centrarse en el camino que tenía enfrente. El momento de despiste del pirata lo aprovechó Run para pellizcar a Hakon y reprocharle por sus palabras.

—Tonto, no digas esas cosas de mí. No es bueno que se sepa tanto sobre mí. —le recriminó Run a Hakon entre susurros.

Dicho aquello, Run calló y se concentró únicamente en el viaje. En cuanto a Hakon, él se mostró un poco disgustado por el reproche.

CAPÍTULO 8: CÓRDOBA

El viaje a Córdoba desde Cádiz se prolongó durante toda la noche. No fue hasta la mañana siguiente cuando el grupo estuvo lo suficiente cerca de Córdoba para divisar la ciudad con sus propios ojos. A falta de recorrer el último kilómetro que los distanciaba de la ciudad, Hakon se moría de ganas por darse un baño en algún río. El guerrero cristiano estaba padeciendo de forma severa la alta temperatura que había en esa mañana. Debido al molesto calor, se había quitado la armadura vistiendo únicamente una camisa de lino que llevaba abierta mostrando así su fornido torso. Pese a los trucos del guerrero cristiano por mitigar el calor, seguía teniendo la sensación de estar cocinándose vivo en una sartén gigantesca.

Con una expresión de desesperación, Hakon se pasó una mano por la cabeza notando como sus cabellos estaban tan calientes que parecían estar a punto de salir ardiendo.

—¡Dios santo! ¿Cómo es posible que haga tanto calor. En Cádiz no hacía ni la mitad de calor de la que hace aquí y eso no está tan lejos. —se quejó Hakon con una expresión irritada.

—Estamos en una zona más alejada de la costa, ahora no tenemos una brisa que nos refresque como pasaba en Cádiz. —dijo Fayet.

Run ante el lamento de su compañero, le lanzó una cantimplora con agua.

—Aquí tenéis agua. Échatela por encima.

—Gracias. —agradeció Hakon, al mismo tiempo que se la rociaba por encima de su cabellera.

El agua al caérsele sobre el pelo le produjo a Hakon una sensación todavía más desagradable ya que el líquido estaba demasiado caliente para ser refrescante.

—Mierda Run, está caliente. —se quejó Hakon.

—Lo siento, no lo sabía. —se disculpó Run.

Fruto de la molestia acontecida en el guerrero cristiano, Fayet soltó una carcajada burlándose de su pesar.

—Si el pirata Al-thalajara estuviera aquí, estaría disfrutando con esto. No está siendo nada bueno este calor para vos. ¿Verdad?

Hakon, enfadado por ser el objetivo de las risas, se llevó las manos a la cabeza tirándose de su melena mojada.

—Oooorgg. No aguanto más esta melena. Quizá en los países nórdicos esté bien, pero aquí es de lo más incómoda.

—Pobre, siento que estés pasando así de mal. —dijo Run, sintiéndose culpable por el malestar de su compañero.

—No te preocupes. Me aguantaré. —respondió Hakon con una expresión seria.

—De todos modos, ya estamos llegando a la ciudad. Podréis bañaros en el río si lo deseáis.

—Lo haré.

Antes de cruzar definitivamente la muralla que protegía la ciudad, Fayet se dirigió a Run para hacerle un comentario respecto a su vestimenta de guerrera:

—¿No estaréis pensando en entrar a la ciudad con esos ropajes? —preguntó Fayet, tras mirar a la vikinga de arriba abajo.

—¿Qué le ocurren?—preguntó Run, reaccionando confusa con la pregunta.

—Una armadura no es la mejor prenda que pueda llevar una mujer en Al-Andalus. Si queréis pasar desapercibida os aconsejo que vistáis esto. —dijo Fayet, sacando de su morral un burka de color violeta.

Fayet lanzó el burka a Run, quien lo recogió con cara de sorpresa.

—¿Qué es esto? —preguntó Run.

—Es un burka. Es lo que las mujeres visten aquí. —respondió Fayet.

En sus manos, Run miró la prenda percatándose de la forma que tenía y de cómo se vería con ello puesto.

—¿De verdad tengo que ponerme tal cosa? —preguntó, de nuevo.

—Sí, es lo mejor. —asintió Fayet, provocando las carcajadas de Hakon a costa de la decepción de la vikinga.

Sin tener más remedio que seguir la cánones de la cultura musulmana, Run se puso el burka quedando su hermoso físico completamente oculto por la extensa tela.

—Bueno, vayamos a ver al jeque…—dijo Run en un tono molesto.

A las doce en punto de la mañana, Run y su séquito entraron al fin en Córdoba a lomos de sus caballos. La ciudad de Córdoba era una metrópolis para los tiempos de la época. Tenía un tamaño acorde a su condición de capital de reino.

La muralla de tiempos romanos que los musulmanes habían mantenido había quedado en desuso en ciertas puntos llegando a tener un aspecto deplorable. El imparable crecimiento de la población había hecho que las gentes adineradas abandonaran el área que estaba dentro de la vieja muralla, donde había una gran

aglomeración de casas construidas con muy poca distancia las unas de las otras, para construir sus lujosas villas en la periferia ampliando así los márgenes de la ciudad.

Por las calles de Córdoba dominaban los colores cálidos como el amarillo, el naranja y el marrón. Aquellos colores eran comunes de los materiales que usaban para construir sus edificios. El ladrillo era usado mucho por su bajo coste. La mampostería, la madera era para los techos, puertas y púlpitos, el estuco y el yeso. La piedra se utilizaba muy poco.

Los edificios eran de poca altura. Eran pocas las casas que tenían una planta superior. En cuanto al estilo arquitectónico, dominaban los arcos de herraduras en puertas y ventanas. Los atauriques, decorado con piñas y venera. Los mocárabes formados por racimos de estalactitas

El trazado de las calles que dominaba en la ciudad era irregular, con viarios laberínticos en los que sólo destacaba la calle principal que conducía a la medina. La ciudad musulmana se componía de dos partes esenciales. La medina, un núcleo central, generalmente amurallado en el que se ubicaban las actividades de mayor importancia: la mezquita mayor, la alcaicería y el palacio del gobernador y su corte. El lugar de la alcaicería estaba donde antes había estado la zona comercial de alto rango. Rodeando a la medina se disponían en forma radial los barrios donde habitaba la población.

El lugar de destino al que el grupo de la vikinga se dirigía en la ciudad, era la mezquita, la cual estaba situada en la zona centro de la ciudad junto al río Guadalquivir.

Centrándonos en el avance del grupo de la vikinga por la ciudad, pese a porque aquel entonces, Run estaba oculta tras un burka, por su tono de voz se la notaba muy sorprendida por lo que estaba viendo.

—Córdoba es una ciudad preciosa. Me encanta. No tiene nada que ver con ningún lugar que haya visitado anteriormente. Es mucho más grande que Kiev o Copenhague—dijo Run.

—Me alegro de que os guste. —asintió Fayet.

—Contadme un poco sobre ella. —le pidió Run al pirata.

Fayet sonrió rascándose la cabeza con gesto avergonzado.

—Me gustaría poder distraeros con interesantes explicaciones pero lo cierto es que no sé la historia de la ciudad, quizá luego en compañía de Abdul Rafi podías conocer más sobre esta ciudad.

Hakon soltó una carcajada a causa de la respuesta del pirata, la cual hizo que Run frunciera el ceño.

—Lo siento, Run pero tendrás que leerte un libro para saber más sobre Córdoba. —se burló Hakon.

A medida que el grupo de la vikinga fue avanzando, Hakon se percató de que los ciudadanos que se iban cruzando, una vez los pasaban, se volvían en sus andares para dedicarles una mirada de repulsa. Las interminables miradas de los curiosos, acabó por agotar su paciencia.

—¿Por qué nos así? –preguntó Hakon dirigiéndose a Fayet.

—Run ahora va con el burka....—añadió.

—No es por ella. Es por ti.—respondió Fayet.

—¿Por mí?

—Eres demasiado blanco para ser musulmán. Tienes pinta de ser cristiano y eso no gustas nada por aquí.—añadió Fayet con una sonrisa divertida.

—Ah, es por eso. Entonces que miren lo que quieran —asintió Hakon entre risas, devolviendo su mirada al frente.

—Es verdad, los musulmanes están en guerra con los cristianos de Hispania.—comentó Run.

—Sí, así es.—asintió Fayet.

—Tengo interés por saber por qué se les tapa a las mujeres en la cultura musulmana.—añadió Hakon.

—Es para protegerlas. Aquí se cree que las mujeres son el ser más inocente que hay. Por eso se les cubre para que no enseñen su cuerpo y puedan provocar que un hombre las quiera poseer sin su consentimiento.—respondió Fayet.

—Yo creo más bien porque son muy celosos de sus mujeres. Incluso más que los vikingos.—intervino Run.

—He oído que a los hombres se les permite tener más de una esposa. —¿Es eso cierto? —preguntó Hakon dirigiéndose al pirata.

—Sí, es cierto. —rió entre carcajadas mientras respondía.

—¿Y vos tenéis más de una esposa, Fayet? —preguntó Run.

—En realidad sí. Tengo cinco esposas y treinta y nueve hijos.—respondió Fayet.

—Pobres mujeres…¿Y tenéis contacto con todas ellas?—preguntó Run.

Hakon rió divertido por la pregunta de la vikinga.

—¿Cómo va a tener trato con todas? Es obvio que no las verá nunca…—dijo Hakon en tono de mofa.

—Con razón se dice que los marineros tienen una novia en cada puerto. Pues con más razón en el caso de un pirata musulmán.—añadió Hakon.

—Supongo que sí, puede decirse que ese dicho tiene mucho de verdad.—dijo Fayet con una sonrisa pícara.

El comentario del pirata hizo que Run pusiera morritos por su disgusto y que Hakon sonriera encantado.

—Hombres…—resopló Run.

Pasados unos minutos de que anduvieran por las calles de la ciudad, Run y sus acompañantes desestimaron la idea de darse un baño en el río para ir directamente a la mezquita, la cual estaba muy cerca del río.

La mezquita de Córdoba era una construcción del siglo VIII con unas dimensiones de 175x125 metros. La mezquita todavía estaba en proceso de ser terminada. Por dicho motivo, alrededor del edificio musulmán había una serie de andamios en los cuales por aquel entonces no había ningún albañil trabajando. En cuanto a los materiales con los que estaba hecha, había piedra, ladrillo, madera y yeso. Exteriormente la mezquita era muy distinta a como era interiormente. Por fuera parecía una muralla, sin fachada principal, salpicada por numerosas puertas de acceso donde sobresalían contrafuertes terminados en almenas.

En las puertas de la mezquita fueron detenidos por un guardia que antepuso su brazo por motivo de la disposición de la vikinga por entrar en la mezquita. Aunque seguía vistiendo el burka musulmán, su condición de mujer le impedía la entrada al templo sagrado.

—Detente.—dijo el guardián dirigiéndose a Run en su idioma.

—Ellos pueden. Tú no.—sentenció el guardia, dirigiéndose al grupo.

—¿Por qué yo no?—preguntó Run en un tono de indignación.

—Las mujeres no pueden entrar a la mezquita. Es la ley.—respondió el guardia.

Para tratar de convencer al guardia, Run sacó una carta que llevaba consigo. En dicha carta venía un texto en el que el jeque Abdul Rafi se dirigía a ella para pedirle su ayuda en un asunto. Sin embargo, el guardia al ver el contenido de la carta no hizo ningún gesto por dejarla pasar.

—¿Qué le pasa a este tipo?, ¿acaso no sabe leer?—preguntó Run con sorpresa, después de que el guardia no la dejara pasar.

Tratando de hacerle entrar los motivos del comportamiento del guardia, Fayet tomó la palabra:

—En la religión musulmana las mezquitas son un lugar sagrado

en el que las mujeres tienen prohibido el acceso. Por mucho que insistas no te dejara pasar. Creo que lo inteligente sería esperar fuera hasta que uno de los guardias le dé el aviso de vuestra presencia al jeque.—dijo Fayet.

—¿Y cuánto puede llevar eso? —preguntó Run.

—Varias horas…—respondió Fayet.

La respuesta del pirata cayó en la vikinga como un rayo. De repente, gruñó de rabia.

—Ni hablar de esperarle tanto. El jeque me ha citado en el interior de la mezquita. Si ha pagado tanto oro como adelanto porque viajara hasta aquí, no creo que tenga problema en que entremos a verle.—dijo Run dirigiéndose a Fayet.

—Pero…—farfulló Fayet mostrándose incapaz de detener el ímpetu de la vikinga.

—Déjalo, no la conseguirás parar. —comentó Hakon en voz baja, sabedor que Run acabaría haciendo lo que le daba la gana.

Acto seguido, Run gruñó furiosa y entonces, tiró del burka que vestía descubriendo su melena rubia y brillante armadura.

El guardia al ver el aspecto de la vikinga quedó muy sorprendido.

—¡Es una mujer y extranjera! —exclamó el guardia.

—Sí, ahora apártate y déjame pasar. —asintió Run, mirando al guardia con frialdad.

—Pero eso es imposible. No podéis entrar. Sería un insulto a la fe. Alá no estaría de acuerdo. —dijo el guardia mostrándose furioso y desconcertado por las intenciones de Run.

—¿Ah sí?...—dijo Run dirigiéndose al guardián, dando un paso hacia la puerta de entrada de la mezquita.

El guardián al ver cómo una mujer trataba de retarle, sonrió mostrándose muy confiado de vencer en un combate contra ella.

Mientras que la vikinga y el guardia se miraban de manera desafiante el uno al otro, en el patio abierto de la mezquita, una centena de musulmanes se encontraban en plena práctica del rezo.

En la práctica del aquel rezo, los hombres repetían incesantemente las palabras del Corán con sus miradas clavadas sobre sus alfombras cuando entonces fueron sorprendidos por un inesperado grito que les rompió su calma. Aquel grito procedía del interior del edificio y venía de mano de Run. En la zona interior cubierta por hileras de columnas en forma de herrería de colores anaranjados y dorados, Run iba caminando con paso decidido dejando atrás un largo número de guardianes a quienes había dejado noqueados.

En el recorrido del interior de la mezquita, Hakon mostraba una sonrisa divertida, una expresión muy diferente de la que mostraba el pirata, quien miraba de lado con cara asustada como Run era capaz de vencer a hombres mucho más corpulentos que ella.

—Es increíble. Del todo increíble..—farfulló Fayet mostrándose sorprendido.

—Y eso que no la has visto enfadada. Atrévete a criticarla si le sale mal algún guiso.—bromeó Hakon.

A medida que la vikinga y sus acompañantes iban adentrándose por la planta de la mezquita se fueron presentando hasta una docena de guardianes para tratar de evitar el paso de una mujer por el templo. Sin embargo, todos ellos fueron repelidos por Run gracias a su extraordinaria fuerza.

Habiendo dejado atrás a todos aquellos hombres, Run y sus acompañantes llegaron al patio abierto donde fueron recibidos por un centenar de hombres musulmanes entre los cuales estaba el jeque Abdul Rafi.

Los musulmanes cuando vieron a la vikinga acompañada por Hakon, Fayet y el Gran Krig, se crearon un gran bullicio de comentarios en contra de su presencia en el interior de la mezquita. Ni Run ni Hakon entendían que se estaba diciendo, pero las caras de enfado de aquellas gentes hablaban por sí solas.

—No parecen muy contentos por verte.—dijo Hakon dirigiéndose a Run, con una sonrisa divertida.

El comentario del guerrero cristiano fue respondido por Run con indiferencia. Estaba demasiado enfadada para prestar atención a los comentarios sarcásticos de su compañero.

En aquel momento de tensión, uno de los hombres reunidos para la práctica del rezo dio un paso adelante para dirigirse a Run en el idioma musulmán.

—¿Quién ha permitido a esta mujer infiel entrar a un recinto sagrado?—preguntó el hombre dirigiéndose a los hombres que había a su alrededor.

A la pregunta, los hombres no supieron qué decir ya que pensaban que toda la mezquita estaba vigilada. La falta de respuestas hizo enfurecer al hombre, quien acabó dando órdenes a parte de su grupo:

—¡Echadla de aquí inmediatamente!.—ordenó el hombre.

Con la orden del musulmán, tres hombres salieron corriendo hacia Run armados con espadas. En cuanto ellos llegaron ante la vikinga, Run sonrió con malicia y después, dio un puñetazo a uno de ellos con tal fuerza que chocó contra el resto de grupo que se

había acercado a ella para luchar.

Debido a la demostración de fuerza demostrada por Run, el resto de hombres que quedaban en el patio se quedaron inmóviles a la espera de que alguien con un cargo elevado hablara. Mientras que los musulmanes no salían de su asombro, Run continuó adentrándose por el patio abierto dejando atrás a Hakon y Fayet. Pese a que la vikinga seguía caminando por el patio abierto, los rayos del sol no podían tocarla ya que por aquel entonces la posición del sol hacía que en el patio hubiera una larga sombra. Gracias a las sombras que la permitían hacer uso de sus poderes, Run disponía de todos sus poderes de vampira aun siendo de día si deseaba usarlos.

Dirigiéndose a todos hombres musulmanes del patio, Run dijo en lengua árabe:

—Fui convocada por Abdul Rafi. ¿Dónde está?…

La pregunta de la vikinga a los hombres musulmanes obtuvo nada más que silencio, así que para obligarles a hablar siguió con su pregunta.

—¿Dónde…

—está…

—¡Abdul Rafi!—gritó Run golpeando a continuación con su puño contra el suelo.

En consecuencia del puñetazo de la vikinga contra el suelo, en éste se produjo una gran grieta que terminó por llegar bajo los pies de los hombres.

—¡¿Dónde?!—gritó Run dando otro puñetazo contra el suelo.

Con aquel nuevo puñetazo apareció una nueva grieta en el suelo para espanto de los musulmanes que había en el patio. La demostración de fuerza realizada por la vikinga hizo que los musulmanes se la quedaran mirando con gesto de sorpresa e incredulidad. Finalmente, uno de los hombres se ofreció a hablar por miedo de que la vikinga pudiera causar mayores destrozos en la mezquita.

—Abdul Rafi no está aquí. Se fue hace una hora. Ahora estará en su palacio. En las afueras de la ciudad. —comentó el hombre.

—Vaya, ahora a dar más vueltas. —se quejó Hakon, recibiendo la noticia con cara de decepción.

—¿Y podrías llevarnos tú hasta su palacio? —preguntó Run al hombre.

—Sí, porque no. —asintió el hombre mostrándose ligeramente inseguro.

Ocurrido el conflicto dentro de la mezquita de Córdoba, el guía llevó al grupo de Run fuera de la ciudad por unos caminos secretos con los que esquivaron las gentes del zoco. Aquel camino les llevó al palacio de Abdul Rafi en solo una hora. El palacio estaba situado en una gran explanada con pequeños campos de olivos y fuentes, y se trataba de un edificio de una sola planta de ladrillos pintados de blanco. El edificio estaba formado por un pórtico con alcobas laterales, precediendo a un gran salón basilical de tres naves separadas por arquerías y flanqueado por dos naves colaterales, a modo de alhamíes, separadas por muros.

Al llegar al palacio, el grupo de la vikinga se desmontó de sus caballos y agradeció al guía que les había ayudado a llegar hasta allí dándole una moneda de plata. Una vez hecho eso, prosiguieron su camino encontrando más adelante a un par de guardias custodiando la entrada.

—¿Quién va? —preguntó el guardia.

—Run Ljungberg, la vikinga. —respondió Fayet.

La respuesta sirvió para que los guardias se hicieran a un lado dejándoles pasar por el interior del palacete.

CAPÍTULO 9: REUNIÓN CON ABDUL RAFI

En el interior del palacete el grupo entero fueron atendidos antes del encuentro con el jeque Abdul Rafi por decenas de sirvientas que les prepararon una cuantiosa comida musulmana. En la mesa que les sirvieron los criados del jeque abundaban los mariscos y los pescados. También había platos musulmanes como el Xarab, una mezcla de diferentes frutas, flores, especias y hierbas.

Al término de pegarse el tremendo festín, los criados los llevaron a la zona de baños donde los separaron por sexos. Run fue ayudada a asearse por mujeres mientras que Hakon y Fayet fueron ayudados por hombres.

Una vez que los criados acabaron de agasajarlos con sus mimos, llegó la hora de la reunión con el jeque. Fue llegada la noche, en una gran sala repleta de alfombras por el suelo y las paredes. El lado izquierdo de sala estaba ocupado por el jeque Abdul Rafi, quien sentado entre un montículo de cojines fumando de una pipa de agua. En aquellos momentos, el jeque estaba acompañado por sus mujeres. Todas ellas estaban vestidas con un burka escondiendo así su aspecto a los asistentes a la fiesta.

Para ambientar la noche, junto al jeque había músicos tocando sus instrumentos, criados sirviendo la comida, guardias haciendo vigilancia, bailarinas de la danza del vientre animando a la gente con sus bailes un gran banquete donde estaban todos los manjares de la cocina musulmana.

En el rincón de la gran sala, Hakon estaba solo esperando la llegada de Run. Por aquel entonces, costaba reconocer al guerrero cristiano sino era porque estaba acompañado por Fayet y por el perro de raza husky el Gran Krig. Hakon no solo vestía totalmente distinto de como vestía habitualmente, vistiendo una túnica blanca y unos extraños zapatos puntiagudos llamados babuchas, sino que además había cambiado su estilo personal. Su melena había sido cortada hasta dejarle un pelo muy corto. La longitud de sus cabellos apenas rebasada los dos centímetros por lo que había abandonado la imagen de salvaje que le daba su extinta melena.

Mientras el guerrero cristiano aguardaba en pie, empezando a estar molesto por la tardanza de la vikinga, las cortinas de hilos de oro que hacían de puertas, se abrieron de repente mostrando un pequeño pie con una sortija en el tobillo. Acto seguido la dueña de ese pie metió toda su pierna y luego el resto de su escultura cuerpo. Ella era Run. Estaba vestida como una bailarina del vientre y eso la

hacía tener un aspecto espectacular. Su vestimenta consistía en un traslúcido y enorme pañuelo de seda que le ocultaba la nariz y la boca, un corpiño de cintas de color rosado y una larga falda, abierta a un lado, lo que dejaba al descubierto gran parte de sus magníficas y musculosas piernas. Además, tenía adornado su cuerpo con numerosas joyas que rodeaban su cintura y su cuello, todas por cortesía del jeque, quien quería agasajar a su hermosa invitada.

En el momento en el que se produjo la entrada de la vikinga, los músicos vieron oportuno cambiar la canción que estaba tocando, para tocar una melodía todavía más exótica y más musulmana que la anterior. Bajo el canto profundo de un hombre que parecía estar relatando la belleza de la vikinga, Run se adueñó de toda la atención de la sala, bajando lentamente por unos escalones con los brazos extendidos hacia abajo y con las muñecas ligeramente inclinadas hacia atrás. A medida que Run fue caminando por la sala, estando cada vez más cerca de sus compañeros de aventura, Hakon empezó a ponerse más nervioso tragando saliva por la sensualidad que desprendía su compañera, mientras que Fayet fue sonriendo cada vez más. El cuerpo de la vikinga parecía un violín con su abdomen absolutamente prieto y sus cimbreantes caderas.

Llegado ante los dos hombre, Run echó una mirada a Hakon de arriba abajo mostrándose muy sorprendida por el cambio de aspecto que había acontecido en él.

—Vuestra melena. Ha desaparecido. ¿Por qué? —preguntó Run, mostrándose visiblemente disgustada por el cambio.

—Pedí a los criados del palacio que me cortaran el pelo. Ya te dije que aquí me molesta mucho el pelo largo. Paso mucho calor. —replicó Hakon.

Run apretó los labios en señal de descontento.

—Ahora pareces un niño…—se quejó Run.

Interviniendo en la conversación, el pirata Fayet cogió la mano de Run y le dio una vuelta para deleitarse con su belleza.

—Estáis más radiante que el sol, querida vikinga. —dijo Fayet, mirando a Run con cara de asombro.

En reacción a las alabanzas del pirata, Run soltó una carcajada divertida.

—Gracias, Fayet.

Mientras Run hablaba con Fayet, Hakon miró al escote de la vikinga, percatándose de que el colgante con el huevo del fénix no estaba allí.

—¿Dónde está el huevo? No me digas que lo has perdido. —le

recriminó Hakon.

Run gruñó molesta a consecuencia de la reprimenda y entonces, metió su mano dentro de su escote posando el huevo del fénix entre las joyas que el jeque le había regalado.

—No he perdido nada. Aquí lo tengo. —dijo Run.

Con la visión del huevo sobre el prominente escote de la vikinga, Hakon se sonrojó.

—De acuerdo.

Ignorando la timidez surgida en el guerrero cristiano, Run echó varios vistazos por la sala en busca del jeque árabe.

—¿Dónde está Abdul Rafi? ¿Lo habéis visto? —preguntó Run.

—Sí, es ese de ahí. —respondió Fayet, indicando hacia la zona de la sala donde había más gente.

En reacción a la indicación del pirata, Run giró sus caderas para mirar hacia el lugar señalado. En un lado de la sala, Abdul Rafi estaba sobre unos cojines con sus mujeres en torno a él. El jeque era un hombre ligeramente gordo, de piel cobriza, barba negra y dientes blancos. Vestía ropas de color dorado.

Los únicos invitados para conversar con Adbul Rafi eran Hakon y Run, así que el pirata se hizo a un lado mientras ellos caminaban hacia la posición del jeque. Cuando se sucedía la llegada de los dos guerreros a la zona ocupada por Abdul Rafi, éste alzó su mirada contemplando con gesto sorprendido la belleza de la bailarina del vientre que se acercaba hacia él.

—¿Vos sois, Run? ¿De dónde habéis conseguido a tan bella bailarina?—preguntó Abdul Rafi, dirigiéndose a Hakon.

—No, yo no soy Run y ella tampoco es una bailarina. Ella es Run. La mujer a la que habéis contratado. —respondió Hakon, señalando a la vikinga.

El impacto de la noticia hizo que el jeque se fijara muy atentamente en el físico de Run, quedando boquiabierto por la belleza de ésta.

—¿Cómo? ¿He contratado a una mujer?…—farfulló Abdul, mostrándose incrédulo.

Sin perderle de vista a Run ni por un segundo, Abdul la estuvo mirando hasta que ella se sentó para ocupar su mesa en compañía de Hakon y el Gran Krig.

—No entiendo nada. Las historias que hablaban sobre vos, decían que erais un guerrero extremadamente astuto y poderoso. No esperaba que fuerais una mujer. —dijo Abdul, dirigiéndose a Run.

—Hágame caso, señor. Aunque Run sea una mujer, posee una fuerza de otro mundo. Podría rivalizar con los dioses si quisiera.—

dijo Hakon.

A raíz de las palabras del guerrero cristiano, el jeque levantó una ceja mirando a Run con una expresión de desconfianza.

—Cuesta creer que una criatura tan hermosa como ella pueda hacer daño a alguien…

—Pues lo hace y muy a menudo. —comentó Hakon en un tono jocoso.

El comentario de Hakon provocó que Run le pellizcara en la rodilla por debajo de la mesa.

—Calla, no digas tonterías…—farfulló Run.

En aquel instante en el que los dos guerreros hablaban entre murmullos, el jeque levantó su mano derecha señalando a uno de sus guardias:

—Kashir.

El guardia dio un paso adelante con el llamamiento del jeque.

—Ataca a la bailarina que está sentada ante mí y comprueba si de verdad es tan poderosa como dicen.

El guardia asintió con la orden y entonces blandió su lanza por la espalda de la vikinga. Cuando el guardia todavía estaba realizando el tajo con la lanza, Run se levantó de su asiento moviéndose a una velocidad casi imperceptible y reapareciendo solo un segundo después, agarrando al guardia por el cuello desde su espalda con la ayuda de un solo brazo.

—¡Maravilloso!. —exclamó el jeque, levantándose de su asiento con la demostración de la velocidad y fuerza mostrada por la vikinga.

Hakon estaba tan acostumbrado a la fuerza de la vikinga, que ni siquiera se giró para ver como la vikinga acababa de vencer al guardia dejándolo inconsciente sobre una alfombra.

—Os lo dije. Es muy poderosa. —dijo Hakon, tras dar un sorbo de su taza de té.

Habiendo acontecido aquella demostración de la fuerza de la vikinga, Run volvió a sentarse junto al jeque y Hakon, mientras que por detrás de ellos parte de la guardia se llevaban al hombre herido.

—Vuelvo a decir. Genial. Jamás había visto a nadie moverse tan rápido. Sin duda debéis haberos sometido a un entrenamiento muy duro. —dijo Abdul

—Gracias. —musitó Run.

El jeque cogió un pedazo de escabeche bien húmedo y luego lo engulló de un solo bocado.

—Tengo una pregunta. ¿Vos sois también sois una gente del

norte como ella? Lucís menos blanquecino que ella…—preguntó Abdul, dirigiéndose a Hakon.

—Eso porque soy del hispa... —empezó a decir, Hakon en un tono desafiante.

Reaccionando ante la metedura de pata de su compañero, Run intervino corrigiéndole.

—Es Hakon…Mi mano derecha.—respondió Run en un tono nervioso.

Abdul Rafi levantó una ceja mostrándose intrigado.

—¿Y él también posee una fuerza sobrehumana como la de vos? —preguntó Abdul Rafi dirigiéndose a Run, en referencia a Hakon.

—No, pero es un hombre muy fuerte además de un amigo leal.—le respondió Run.

—Pues es bienvenido también—celebró Abdul Rafi adoptando una sonrisa por su feo rostro.

Habiendo aclarado ese tema, el jeque se dirigió a Hakon con una sonrisa cómplice:

—Debéis de sentiros muy afortunados por tener a Run tan cercana a vos. Sin duda es una mujer muy bella.—comentó Abdul Rafi.

Hakon soltó una carcajada nerviosa como reacción a las palabras del jeque.

—No, no es eso…—farfulló Hakon sin saber qué decir.

Cortando con aquel momento incómodo para ambos, rápidamente, Run tomó la palabra para ayudar a Hakon a salir del apuro.

—Se agradece vuestros cumplidos hacia mi persona, señor, pero ni yo ni mi compañero hemos venido desde tan lejos para este tipo de conversaciones. Por favor, decidme. ¿Cuál es vuestro problema? ¿De qué queréis que nos encarguemos?—preguntó Run.

En aquel instante, el jeque Abdul Rafi torció la expresión de su rostro mostrándose repentinamente serio.

—Una de mis nueve esposas ha sido raptada…

—¿Tiene nueve esposas?—farfulló Hakon con gesto sorprendido.

Ignorando a la cuestión realizada por el guerrero cristiano, el jeque Abdul Rafi se quedó en silencio con gesto apesadumbrado.

—¿Quién lo ha hecho?—preguntó Run.

Tras la pregunta, el jeque Abdul Rafi pareció inseguro pero finalmente dio una respuesta.

—Han sido unos monstruos. Quienes se llevaron a mi esposa no eran humanos. De eso estoy seguro. —respondió Abdul Rafi.

—¿Monstruos?, ¿Habéis dicho que fueron unos monstruos

quienes secuestraron a vuestra esposa? —preguntó Hakon, intrigado.

—Sí, eso he dicho…—asintió Abdul Rafi.

—¿Qué clase de monstruos está hablando?—preguntó Run.

—Tengo varios testigos que dicen que tenían la piel verdosa y escamada.—se lamentó Abdul Rafi.

Con la explicación del jeque Abdul Rafi sobre los presuntos culpables, Run y Hakon se miraron mutuamente.

—¿Piel verdosa y escamada?—preguntó Run dirigiéndose a Hakon.

Inmediatamente, Hakon torció su mirada hacia el jeque Abdul Rafi para dirigirse a él con una cuestión.

—¿Estáis seguro de que no fueron dragones?—preguntó Hakon dirigiéndose al jeque.

—¿Dragones? No, en absoluto. Tenían cuerpo de hombre.—le replicó.

Los guerreros se mostraron muy sorprendidos con la respuesta del jeque. Cuanto todavía meditaban sobre qué podía haber sido, el jeque se inclinó hacia delante para suplicarles.

—Por favor, os lo suplico. Traed a mii esposa de vuelta. Ella es mi vida.—dijo Abdul Rafi.

—No se preocupe, señor. Nosotros la traeremos de vuelta. Lo prometo.—respondió Run con gesto confiado.

—Gracias. Muchas gracias. La joya…mí esposa es muy importante para mí.—añadió Abdul Rafi mostrándose nervioso al hablar.

A consecuencia del lapsus mental acecido en el jeque Abdul Rafi, Run alzó una ceja en un gesto de desconfianza. Hakon por su parte, no gesticuló ya que había ignorado la palabra joya:

—¿Y por dónde podríamos empezar a buscarla? —preguntó Hakon.

—Nos sería de mucha ayuda cualquier información sobre su paradero.—dijo Run.

Tras la pregunta del guerrero cristiano, el jeque se llevó las manos a los bolsillos de donde se sacó de éstos un pergamino enrollado. En la mesa lo extendió permitiendo que tanto Run como Hakon observaran qué contenía. Aquel pergamino se trataba de un mapa del mundo en la que veían representados únicamente los continentes de África, Europa y Asia.

—Mi líder religioso dice que los monstruos se llevaron a mi esposa a esta isla.—dijo Abdul Rafi, señalando con su dedo la isla española de Tenerife.

—“La puerta del infierno”… —sentenció.
—Os aconsejo que sea allí el primer lugar en el que la busquéis. El líder posee una gran sabiduría y de buen seguro que si dice que estarán allí esos monstruos, así será.—dijo Abdul Rafi.
—¿Estáis aconsejando que vayamos a una isla llamada “La puerta del infierno”?,—preguntó Hakon en un tono sarcástico.
Molesta por el tono que su compañero había utilizado para dirigirse al jeque, Run tomó la palabra para hacerles quedar bien.
—Inspeccionaremos cada rincón de esa isla en caso de ser necesario. Os prometo que pronto os la traeremos de vuelta. Somos muy buenos en nuestro trabajo.—dijo Run.
—Estoy seguro de ello. Si no es molestia me he permitido el derecho de contratar a tres guerreros que os acompañaran en vuestro trabajo.—dijo Abdul, arqueando una sonrisa.
—¿Ah sí?—preguntó Hakon, sorprendido.
—Os los presentaré…—dijo Abdul.

Acto seguido, Abdul Rafi dio dos palmadas que fueron la orden para que tres mercenarios descendieran por las escaleras para adentrarse en la sala. De igual que ocurrió con la entrada de la vikinga, empezó a sonar una canción distinta. Cuando Run y Hakon vieron pasar a los tres mercenarios se quedaron sorprendidos por lo variado de su aspecto. El primero de ellos tenía una gran corpulencia y vestía un atuendo musulmán. Lo más destacado de él era un enorme turbante que ocultaba sus facciones, y el par de guantes que ocultaban sus manos. Además, no portaba ningún arma.
—El de la izquierda se llama Agazán. Es conocido por estos lares como Agazán "El mago bereber".—dijo Abdul Rafi refiriéndose al hombre que llevaba su rostro oculto.
Tras la presentación del primero de los hombres, el mercenario del rostro oculto dio un paso hacia delante creando en sus manos dos bolas de fuego con las que formó un aro de fuego.
—Sus habilidades son por supuesto la magia. En especial la magia de fuego.—dijo Abdul Rafi.
El truco de magia con el fuego ocasionó los aplausos y exclamaciones de asombro por parte de los participantes de aquella fiesta musulmana.
—Espectacular.—farfulló Run con los ojos abiertos como platos.
—Sí.—asintió Hakon.
Habiendo sido comentadas las habilidades de Agazán, el susodicho dio un paso hacia atrás para situarse de nuevo junto a los

otros tres. El segundo de los mercenarios era un hombre de mediana edad con una larguísima barba rizada de color grisáceo. Éste también llevaba un turbante en la cabeza pero en su caso sólo le ocultaba sus cabellos. En cuanto a su vestimenta, lucía túnica de color marrón y unas babuchas. Tampoco llevaba ningún arma, aunque si portaba el libro del Corán en su mano derecha.

—El del centro es un profeta. Se llama Mohamed "El mil lenguas".—dijo Abdul Rafi.

En medio de la sala, Mohamed abrió el Corán y con un brazo extendido hacia la meca, relató un versículo del libro en múltiples idiomas.

—Pagad al trabajador su sueldo antes de que su sudor se seque. —dijo Mohamed, en la lengua árabe.

Las palabras del profeta causaron las risas en los participantes de la fiesta, y sus posteriores aplausos a su persona.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Hakon a Run.

—Algo sobre que se pague a los trabajadores…—contestó Run.

Mientras que Mohamed volvía a su posición junto a los otros dos mercenarios, Hakon arrugó la nariz mostrándose disgustado por la condición de aquel mercenario.

—¿De qué nos va a servir alguien así?—preguntó Hakon con una sonrisa divertida.

—Más de lo que creías. Posee unas habilidades muy útiles entre las que destaca el manejo de ciento veinte lenguas y su don para controlar voluntades.—respondió Abdul.

—¿Ciento veinte idiomas? Permíteme que lo dude…—dijo Hakon retorciendo por su rostro una sonrisa divertida.

Pese a la desconfianza que le inspiraba el segundo mercenario al guerrero cristiano, el jeque Abdul Rafi prefirió sonreír ignorando tal hecho para seguir con la presentación.

Por último, el tercer mercenario, era un hombre joven de cabello corto negro y rizado. Él estaba vestido con un chaleco roco que dejaba ver fácilmente su piel cobriza. A diferencia de los otros dos mercenarios, éste último sí iba armado. En su torso llevaba dos bandanas repletas de cuchillos.

—El último es un lanzador de cuchillos famoso en el norte de África por su gran destreza. Él es Raschid "El ratón".—dijo Abdul Rafi.

Con el nombramiento del último mercenario, Run sonrió alegre dando un codazo a su compañero.

—Ves, este también es útil. Sabrá luchar.

—Ya lo veremos. —refunfuñó Hakon.

En el centro de la sala, para demostrar sus habilidades, el lanzador de cuchillos se puso a hacer malabarismos con cinco dagas sin dejar que ninguna cayera al suelo. Aquella habilidad también recibió los aplausos por parte de los participantes de la fiesta.

Para finalizar el truco, Raschid lanzó las cinco dagas al aire, y como si fuera parte de un baile, dio un giro sobre sí mismo para guardar cada una de las cinco dagas en los respectivos sitios de su vestimenta sin tener que usar sus manos.

Aquel último truco del tirador de cuchillos, acentuó los aplausos en su favor.

—Muy bueno. —dijo Run mientras aplaudía por el espectáculo.

—Sí que es bueno, sí. —asintió Hakon, sorprendido por el truco con el que el mercenario había terminado su presentación.

Hechas las presentaciones de los tres mercenarios en la sala, Abdul Rafi volvió su mirada hacia Run y Hakon con una sonrisa de lado a lado.

—¿Y bien? ¿Queréis que partamos ya a Cádiz? —preguntó Run.

—En absoluto. Por hoy disfrutad de la fiesta. Sois mis invitados de honor. —dijo Abdul, alzando sus manos para seguir el ritmo de la música que ahora tocaban sus músicos.

En aquel momento, un grupo de cinco bailarinas del vientre tomaron el centro de la sala para deleitar a todas con sus sensuales movimientos de cadera. Con la llegada de las cinco mujeres, Hakon se quedó asombrado mirándolas como se movían.

—Run, tú también podías bailar con ellas. —dijo Hakon en tono burlón.

A su lado, la vikinga le pellizcó como respuesta a la burla.

—Yo soy una guerrera, no sé moverme de esa manera. —le replicó Run con una expresión avergonzada.

Pasadas unas horas de que se iniciara la fiesta, el ambiente que se respiraba en la sala estaba mucho más cargado. El humo de las pipas de agua se había extendido sobre toda la sala sumándose al humo que se desprendía del incienso, por lo que solo estar allí uno ya se sentía mareado. A pesar de eso, a las bailarinas parecía molestarle en absoluto ya que seguían bailando con la más intensidad que en el principio de la noche.

En el lado derecho de sala, lugar donde que pasaron a ocupar los mercenarios tras su presentación, mantenían diferentes actitudes.

Agazán y Mohamed estaban sentados con una actitud muy reservada mientras que Raschid fumaba y bebía abrazado a un par de bailarinas del vientre. En la cara del tirador de cuchillos se veía una expresión de relajación casi infinita.

En el lado izquierdo de sala, el jeque estaba acariciando con deseo los muslos de la vikinga mientras tenía su cabeza apoyada sobre los muslos de ella. Esa acción tenía el consentimiento de la vikinga ya que si Raschid estaba colocado, el jeque Abdul Rafi estaba totalmente drogado. Para mayor desconcierto de la escena, el jeque manoseaba los muslos de la vikinga ante la presencia de sus mujeres sin que éstas dijeran nada al respecto o le recriminaran de su actitud.

Al final fue Hakon quien habló con el propósito de acabar con el manoseo del jeque a la vikinga. Tirando de la mano de la vikinga, Hakon le preguntó:

—¿Vienes fuera?

—¿Para qué? —preguntó Run, sorprendida por la petición.

—¿Vienes fuera o no? —preguntó Hakon, tornando su voz en un tono más molesto.

—Sí, ahora voy. —asintió Run, empujando al jeque fuera de sus muslos.

La acción de la vikinga supuso que el jeque cayera boca arriba como un peso muerto. Dejándolo allí tirado, Run se cogió de la mano a Hakon y marchó de la sala esquivando a los borrachos que intentaban tocar alguna parte de su anatomía.

Una vez salieron de la sala, fueron caminando hasta una terraza donde estaban ellos dos solos.

CAPÍTULO 10: NOCHE EN AL-ANDALUS

En la terraza los dos guerreros fueron recibidos por un viento frío que chocó contra ellos, llevándoles a darse cuenta de lo distinta que era la temperatura en el exterior del edificio.

—Aquí hace frío. —dijo Run, abrazándose a sí misma.

—¿Por qué te abrazas a ti misma? ¿Tienes frío? Eres una vampiresa. En teoría no sientes nada. Ni frío ni calor. —dijo Hakon.

—No lo siento. Es un acto reflejo. Estoy acostumbrada a ir más cubierta. —dijo Run, mirándose así misma con una sonrisa divertida.

—Sí, lo entiendo. Hoy vas medio desnuda. —dijo Hakon entre risas.

—Sí. —asintió Run, acompañando a Hakon con sus carcajadas.

Al término de las carcajadas, Run estiró una sonrisa perfecta y a continuación dio un paso hacia delante acercándose a Hakon en aquella terraza del palacete. En el desplazamiento de la vikinga, Hakon le miró por un segundo el escote siendo cazado por ella mientras lo hacía.

Fruto de la mirada poco apropiada que el guerrero cristiano le había lanzado, la vikinga reaccionó indignada.

—¡Has mirado a mis pechos! —dijo Run con cara sorpresa e incredulidad.

—No lo he hecho. ¡He mirado al huevo!—replicó Hakon, sonrojado por la acusación.

—¿Al huevo? ¿Y un huevo? Estabas mirando mis pechos. Te he visto. —contestó Run.

Debido a la insistencia de la vikinga en mantener su posición, Hakon resopló cansado.

—Es tu palabra contra la mía.

Run se quedó callada mirando a Hakon con atención.

—Que cabezota eres. Podrías reconocer que tienes una maestra de lo más hermosa y eso no sería nada malo para vos. —le reprochó Run.

El comentario de la vikinga provocó que el guerrero cristiano gruñera dándola la espada, una reacción que sorprendió a la muchacha.

—¿Por qué estás tan raro? —preguntó Run.

—No estoy raro. Estoy normal. —respondió Hakon, tratando de disimular su sonrojo.

—Sí que lo estás. Me has sacado de la fiesta como si fuera una

cosa tuya. Diría que te molestaba que el jeque me estuviera tocando. —dijo Run.

Run estiró una sonrisa maliciosa y entonces le preguntó en un tono burlón:

—¿Estás enamorado de mí?

Hakon frunció el ceño con la pregunta dando un paso hacia atrás para apartarse de ella:

—Jamás, no me gustan las mujeres tan hombrunas…—dijo Hakon con cierto tono despectivo.

Con la respuesta de Hakon, Run apretó los puños de la rabia y a continuación, se movió a velocidad de vampira apareciendo justo después agarrando a su compañero de sus ropas.

—No soy hombruna. ¡Soy bonita! —le replicó Run en un tono amenazante.

—¿Ves cómo eres hombruna? —preguntó Hakon, mientras estaba siendo zarandeado.

Run resopló molesta y entonces, soltó a Hakon dejándolo en el suelo.

—Jamás tendrás una esposa como yo. Yo soy demasiado para ti. —dijo Run con un tono altivo. Acto seguido, Run le dio la espalda para marcharse de vuelta al interior de la sala.

—Tampoco la quiero. —le contestó Hakon mientras se alejaba.

Al dar el quinto paso por la terraza, Run se quedó de repente inmóvil y entonces se desmayó para sorpresa de su compañero. Hakon, ante la visión de la vikinga tendida en el suelo, olvidó su enfado con ella tornando su rostro en una expresión de preocupación.

—¡Run! —exclamó Hakon, mientras corría a socorrerla.

Llegado ante la vikinga, la colocó boca arriba y empezó a tocarle la cara para ver si eso la reanimaba.

—Despierta. Despierta.

Las palmadas en la cara no surtieron ningún efecto en Run así que Hakon empezó a ponerse cada vez más nervioso. Sin perder ni un segundo, Hakon utilizó una daga para desgarrarse la piel y poder alimentar de ese modo a su compañera.

—Abre la boca. Vamos—dijo Hakon, abriéndole él mismo la boca a la vikinga.

El guerrero cristiano sostuvo la boca a la vikinga, lo suficiente para que cayeran un par de gotas de la sangre por su garganta. La reacción tras la ingiere de la sangre fue instantáneo. Acto seguido, Run se reincorporó doblando medio cuerpo adelante.

—¿Estás bien?—preguntó Hakon mostrándose preocupado.

—Sí, solo ha sido culpa de la sed.—farfulló Run con voz cansada.

—Eres idiota. Acabas de darme un susto de muerte. Debes beber más a menudo.—le recriminó Hakon, enfadado.

Run agachó la mirada avergonzada por la reprimenda de Hakon.

—No me hables así, soy ocho años mayor que tú.—se quejó Run, poniendo morritos.

Hakon estiró una sonrisa divertida.

—Eres mayor que yo, pero a veces tienes cosas de niña. Yo soy más maduro que tú.—respondió Hakon en tono de mofa.

—No es verdad. Yo soy mucho más madura.—le replicó Run en un tono infantil.

—¿Ves? Siempre tienes que quedar por encima de mí. Una actitud completamente infantil.—sentenció Hakon, ofreciendo su mano a Run para ayudar a que se reincorporara.

Run aceptó la ayuda de Hakon, quien la levantó con facilidad.

—Disculpad, señor maduro. Se me había olvidado que ya no sois el niño que se escondía debajo de mi falda. —dijo Run en un tono burlón.

Hakon en represalia por aquella burla, agarró a Run por los muslos y a continuación la alzó entre sus brazos como a una novia en su luna de miel. Run, avergonzada por verse con su cuerpo apresado entre los fuertes brazos del guerrero cristiano, se quejó falsamente sin realizar ningún intento real por liberarse.

—¿Qué haces? ¿Por qué me coges?—preguntó Run, divertida y avergonzada a la vez.

—Porque me da la gana. Hago lo que quiero. Basta ya de que me trates como a un niño cuando soy más hombre que la mayoría de hombres que has conocido nunca. —dijo Hakon mostrando una expresión furiosa, mientras Run seguía inmóvil en sus brazos observándolo con una expresión atónita.

“¿Qué le pasa? Parece otro. No parece mi Hakon”. Pensó Run, incrédula por el pasional comportamiento que ahora tenía con ella su compañero de aventuras.

Finalizadas las palabras del guerrero cristiano, giró con un movimiento brusco, giró la barbilla de Run encarándola la suya, haciendo así que ambas bocas estuvieran a escasos centímetros la una de la otra. A esa corta distancia, Hakon la miró fijamente con sus ojos castaños. El guerrero cristiano pese a no ser tan hermoso como lo era Thor o el elfo oscuro, provocó en Run una sensación

desconocida en ella.

Deseaba comérselo. De repente, no pensaba nada y no le importaba nada. Solo deseaba comérselo. Estando la vikinga al borde de sufrir infarto a pesar de que no tenía ritmo cardiaco por ser una vampiresa, Hakon se acercó todavía más a ella clavando sus ojos marrones en ella.

—¡Mírame y dime si Thor es más hombre que yo!

El guerrero cristiano al proferir dichas palabras y soltar su aliento tan cerca de la vikinga, llevó a la segunda a inhalar sin intención su aroma hasta que sus pulmones le quedaron llenos. Sentir el aroma de Hakon con tanta fuerza, hizo que Run se bloqueara hasta el punto que sufrió un nuevo desmayo.

En su segundo desmayo, Run quedó postrada entre los brazos de su compañero con la boca medio abierta y con sus colmillos de vampiresa preparados para morder. Hakon cuando vio la expresión estuvo a punto de soltar una carcajada pero luego se reprimió al darse cuenta que esta vez su desmayo no era tan claro que fuera por falta de sangre en sus venas. Aunque tenía los ojos cerrados jadeaba levemente y además se retorcía de placer. Run le estaba invitando a besarla.

Por aquel entonces, la vikinga estaba completamente entregada al hombre que la sostenía. Ahora Hakon no tenía por qué andar con disimulos a la hora de mirarle el escote o el resto de su cuerpo. Ahora podía recrearse con cada detalle de su hermoso físico hasta que se quedara ciego.

Mientras Run mantenía los ojos cerrados esperando a que el guerrero cristiano acabara de decidirse y se lanzara sobre ella para darle un apasionado beso que la devolviera a la vida, Hakon empezó a ponerse de nuevo muy nervioso. Sabía que ese momento era crucial y que quizá jamás nunca se volvería a repetir. Pasaron los segundos, y Hakon siguió sin actuar. Run, tirando la toalla ante la parsimonia del guerrero cristiano por actuar, tiró su cuello haciendo delante para reincorporarse. Poco a poco, Run fue reabriendo los ojos hasta volver a ver nítidamente. Para su sorpresa vio que Hakon todavía más cerca.

Teniendo al guerrero cristiano tan cerca de ella que casi se estaban rozando sus frentes, Run volvió a sentir como su corazón latía con fuerza.

—¿Es que no te das cuenta, Run?—preguntó Hakon, pegándose a Run mientras la hablaba.

—¿Qué?....—

—¿Es que no te das cuenta que estoy loco por ti? —preguntó Hakon con voz iracunda.

—Hakon.—farfulló Run.

En ese momento, Hakon tiró de Run pegando sus labios contra los suyos. Aquel beso era muy superior al beso que Run compartió con Thor el día de su boda. Metafóricamente hablando, era como si el beso que se dieron Run y Thor fuera una casita y de repente hubiera llegado un tifón destrozando la casita desde los cimientos hasta no dejar nada. Mientras Run se besaba con Hakon, en la mente de la vikinga, Hakon se acababa de convertir en un gigante que había aplastado a Thor de un pisotón, siendo ahora el dueño de todo lo que era ella.

Habiendo concluido el beso, Run se separó de Hakon mirándolo con una expresión de incredulidad.

"¿Me ha gustado más que el beso que me dio Thor o estoy equivocada?, ¿Cómo es posible que este sentimiento sea más potente? ¿Desde cuándo me gusta Hakon?". Pensó Run.

"¿En qué estará pensando? ¿Por qué estará tan callada? No me irá pegar ahora, ¿no?". Pensó Hakon.

—¿Estás mejor?—preguntó Hakon mirando a Run con una sonrisa avergonzada.

—Sí, tu sangre es muy nutritiva. Eres muy buen amigo.—respondió Run con una expresión avergonzada.

Después de aquella breve conversación en la que los dos prefirieron no hacer ningún comentario referido al intenso momento vivido, Hakon soltó a Run permitiendo que se pusiera en pie. Entre risas avergonzadas de ambos, Run se dirigió a Hakon.

—Voy a ver si los caballos están bien. —dijo Run con la mejillas sonrojadas por la vergüenza.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Hakon con voz nerviosa.

Run, ante la pregunta del guerrero cristiano y la posterior intención que ello supondría, lo miró fijamente y luego negó con la cabeza.

—Mejor voy sola. —respondió Run entre risas.

Hakon, a sabiendas del porqué de las risas de la vikinga, soltó una carcajada con las mejillas coloradas como un tomate.

—Entonces iré a la fiesta de nuevo. Te veo más tarde. —dijo Hakon, dirigiéndose de nuevo al interior de la fiesta.

—Te veo más tarde. —dijo Run estirando una radiante sonrisa

por su semblante.

Habiéndose despedido, vikinga pasó por delante de Hakon luciendo su impresionante cuerpo dejándolo de nuevo boquiabierto debido a sus contorneadas caderas.

—Run…

—¿Qué? —se volvió Run, intrigada por lo que podría decirle su compañero.

—Es verdad lo que te he dicho. —farfulló Hakon tímidamente.

Las palabras del guerrero cristiano fueron recibidas por Run con una expresión de sorpresa.

Acto seguido de oír aquello, Run se volvió sin decir nada a Hakon, ni siquiera sonreírle. La reacción fría de la vikinga fue como un cubo de agua fría para el guerrero cristiano, quien se quedó inmóvil viendo como Run continuaba con su camino.

—“Recuerda quien es. Es Hakon, tu amigo. Nunca habrá nada entre tú y él. Y mucho menos sabiendo que eso lo pondría en peligro. Tú eres una vampiresa. “Pensó Run con una expresión apenada.

CAPÍTULO 11: EL DÍA DESPUÉS DE LA INTENSA NOCHE

A la mañana siguiente de la intensa noche en el palacio de Abdul Rafi, el mercenario Raschid dormía abrazado a una cabra en la sala donde se había celebrado la fiesta. La razón por la que estaba abrazado a una cabra, era porque una bailarina del vientre le había dado el cambiazo durante la madrugada para que la cabra ocupara su lugar. Pese a los ronquidos profundos con los que dormía el tirador de cuchillos, a Run no le importó tirarle un cubo de agua fría para despertarlo.

La manera con la que fue despertado enfureció al mercenario pero después de ver que había sido cosa de la guapa vikinga, se calmó dejándolo pasar.

A horas de la mañana, el grupo se desplazaba a Cádiz sufriendo bastante calor. En esta ocasión, de nuevo tanto Run como Hakon habían cambiado sus vestimentas por lo que Run volvía estar equipada con la armadura que había vestido antes de su llegada a tierras cordobesas, y lo mismo ocurría con Hakon.

Sobre un caballo de pelaje negro, Hakon resopló con gesto molesto mientras se secaba una lágrima de sudor.

—El calor es horrible—se quejó Hakon.

A consecuencia del comentario del guerrero cristiano, Raschid “El ratón” rió divertido.

—Cristianos….Siempre tan débiles frente a todo. No me extraña que os hayamos conquistado. Este calor es insignificante.—dijo Raschid con una sonrisa desafiante.

—¿Ah sí? —preguntó Hakon.

Después de que Raschid se burlara de la debilidad de Hakon, el primero giró su mirada a Run para mirarla de arriba abajo.

—Si el jeque Abdul me hubiera dicho que gracias a esta misión iba a poder compartir mi tiempo con una mujer tan bella como vos no le hubiera pedido tanto dinero.—dijo Raschid dirigiéndose a Run, con una sonrisa juguetona.

Run rió avergonzada.

—Muchas gracias por el cumplido. Vos tampoco estáis mal, Raschid.—respondió Run.

La respuesta de la vikinga creó un ceño fruncido en Fayet y Hakon.

—Realmente somos un grupo de lo más heterogéneo…Un tirador de cuchillos, un mago, un profeta, un guerrero cristiano, una

vikinga y un pirata.—dijo Run, mirando al grupo.

En aquel momento en el que la vikinga estaba hablando, el Gran Krig ladró dos veces para hacerse notar.

—Gua gua.—ladró el Gran Krig.

—Ah sí, me olvidaba de él.—añadió Run entre risas.

—Sí, tenéis razón.—respondió Fayet arqueando una brillante sonrisa en su rostro de ébano.

—¿Qué os ha parecido el jeque?

—No lo sé. Me ha parecido que no era muy de fiar. Mira la fiesta que ha montado y según él está triste porque no tiene a su esposa.—respondió Hakon.

—¿Verdad? —asintió Run, mostrándose de acuerdo con las impresiones.

—Durante la conversación dijo algo referido a una joya. Quizá sólo sean suposiciones mías, pero pienso que busca que recuperemos algo más que su esposa.—añadió Run, adoptando una ancha sonrisa.

Debido a la sonrisa que el pirata le dedicó a Run y el posterior sonrojo que apareció en ella, tanto Raschid como Hakon fruncieron el ceño en señal de celos. Mientras que el guerrero cristiano y el tirador de cuchillos seguían enfurruñados, el profeta aprovechó el silencio que se había creado en el grupo para dirigirse a Run.

—Mi señora…¿Puedo haceros una pregunta? —preguntó Mohamed.

—Sí, ¿Qué quieres saber?—preguntó Run.

—Es mera curiosidad…¿Por qué lleváis dos espadas? Llevo observándoos durante hace rato y se me ha creado esa cuestión que deseo que me resolváis.—preguntó Mohamed.

A la pregunta de Mohamed, Run sonrió levemente antes de responderle.

—Eso es porque una espada es para luchar contra humanos y la otra…—dijo Run señalando a su espada larga llamada “Señora”.

—La otra espada es para luchar contra monstruos…—añadió Run señalando a su espada “La espada del mediano”.

—¿Monstruos?—preguntó Mohamed con una expresión atemorizada.

Interrumpiendo con la conversación, Hakon tomó la palabra de nuevo.

—¿No lo sabias?

—Según Abdul Rafi, su esposa fue raptada por monstruos…—añadió.

Mohamed suspiró preocupado.

—Ahora entiendo porque la recompensa es tan elevada.

Raschid soltó una sonora carcajada.

—¿Monstruos? Ningún problema. —dijo Raschid en un tono prepotente,

—Tranquila mi lady, mira estos músculos. Yo me encargaré de aniquilar a esos monstruos y de manteneros a salvo.—añadió.

Run rió divertida. “Que tonto es Raschid, es un bufón.” Pensó Run. ¿Le gusta Raschid? Pensó Hakon, preocupado.

Respondiendo a las promesas de protección, Run le dijo al mercenario:

—Gracias. Sois muy valeroso, pero me sé cuidarme de mí muy bien yo sola. Quizá sea yo quien os acabe salvando en más de una ocasión.

—No creo, soy fuerte. Os lo prometo. —dijo Raschid, mostrándose un poco confundido por la interpretación de las palabras de Run.

En reacción al comentario de la vikinga, Hakon sonrió divertido.

Al cabo de ocho horas de viaje, llegaron a la ciudad costera en pleno atardecer. El punto donde Run había acordado reunirse con el pirata Al-Thalajara después de su paso por Córdoba, era una taberna en el puerto frecuentada por marineros y prostitutas. Un lugar al que Fayet había visitado en numerosas ocasiones. En cuanto el grupo de la vikinga llegó al mencionado lugar, encontraron en su interior al capitán Al-Thalajara sentado en una gran mesa rodeado por parte de su tripulación y un largo número de hermosas cortesanas.

El capitán cuando vio que el grupo estaba de regreso, torció el gesto de su rostro tonándose en malhumorado por saber que la fiesta se había acabado.

—Que mil rayos me partan, ya están aquí. Y bien, decidnos. ¿Qué rumbo debemos de tomar?—preguntó Al-Thalajara.

—Éste.—dijo Run,

A continuación, Run estiró un mapa del continente europeo y entonces, señaló con su dedo índice el punto al que debían ir. El capitán Al-Thalajara al observar qué destino había sido el elegido, de repente realizó una mueca de incredulidad.

—“La puerta del infierno”...—farfulló Al-Thalajara entre dientes.

—¡Ja!. ¿Acaso habéis perdido vuestro sentido común? Esa isla está en el fin del mundo y es como un punto en el pleno océano. Son muy pocos nos marineros que han logrado encontrarla. Si

nosotros lo intentamos y nos perdemos será nuestro fin. Moriremos dando tumbos antes de encontrarla…—le reprochó el capitán.

Run levantó una ceja ante las quejas del capitán.

—¿Y qué os parece si os entrego esto?—preguntó Run, depositando sobre la mesa una bolsa cargada de oro.

El peso de la bolsa atrajo la atención del capitán, quien rápidamente echó un vistazo a su interior. Tras comprobar el interior de la bolsa, miró a la vikinga con gesto sorprendido.

—¿Es lo que tendré si os llevo hasta esa isla o esta suma pertenece a todos? —preguntó el capitán Al-Thalajara, dubitativo.

—Esa suma solo pertenece a los piratas de “La ratonera del diablo”. —respondió Run.

En reacción a la respuesta de la vikinga, el capitán Al-Thalajara se levantó de su silla mostrándose muy dichoso.

—Jajaja. Espero vikinga que cumpláis con vuestra misión.

—¡Dejad de beber ,mis alimañas ,y preparad "La ratonera del diablo"! Salimos ahora mismo!—añadió Al-Thalajara dando órdenes a su tripulación.

En la tarde de aquel mismo día, "La ratonera del diablo" ya se encontraba navegando por mar abierto. En el navío estaba toda la tripulación del capitán Al-Thalajara y además Run y su séquito venido desde Córdoba. Por aquel entonces, el capitán estaba muy metido en sus funciones como capitán del navío.

—¡Soltad las velas!, ¡Navegaremos a todo trapo!. ¡Llevemos a estos hombres a conocer su destino! —gritó el capitán.

Fruto de las órdenes del capitán, su tripulación actuó en consecuencia, haciendo que el navío soltara la vela mayor y que girara hacia el este.

En la zona de la proa, Hakon y Run conversaban en la cubierta:

—Se ve al capitán muy animado. —dijo Hakon.

—Sí. —asintió Run.

—¿Verdad que esa suma correspondía a todos? —preguntó Hakon.

A la pregunta del guerrero cristiano, Run soltó una carcajada.

—Espero que no moleste mucho cuando le diga la verdad. —añadió.

Mientras el navío seguía surcando los mares, cada uno de los miembros del grupo de la vikinga estaba en un punto de la cubierta distraído en una distinta acción. Por ejemplo, Raschid estaba vomitando sin descanso mareado por el viaje. En otro punto de la

cubierta, Mohamed conversaba con la tripulación. La capacidad del profeta para controlar las voluntades ajenas era tan extrema que llegó a hipnotizar a un pirata para que le diera las monedas que llevaba en su bolsa del oro. Por último, Agazán "El mago bereber" permanecía en silencio sin hablar con nadie.

Cuando se hubieron completado tres días de navegación, en la tarde del tercer día, el navío se topó con una nubes negras que derivaron en una terrible tormenta en altamar. Aquella tormenta vino acompañada con olas gigantes de veinte metros que maltrataban a “La ratonera del diablo”, lanzándola de arriba abajo. En la cubierta, las maniobras que se ejecutaban bajo las órdenes del capitán Al-Thalajara denostaban la experiencia y el manejo de situaciones de tamaño riesgo. Agarrado a un poste de la cubierta, el capitán soportaba el aguacero y los bruscos movimientos del navío sin dejar de dar órdenes para solventar la situación.

—¡Arriad las velas y mantened el rumbo! —graznó el capitán, gritando a pleno pulmón.

A pesar de los gritos del capitán, los tripulantes desoían las imperativas llamadas. Era tal la lluvia y el viento que los azotaba que tenían suficiente con luchar por mantenerse en pie producto de los bruscos movimientos que producía “La ratonera del diablo” al estar chocando contra las inmensas olas.

En cuanto al grupo de la vikinga, cada individuo reaccionaba de una manera distinta al terrible temporal. Raschid era el más cobarde. Se había escondido como una rata en la bodega. Mohamed rezaba a Alá arrodillado en la cubierta mientras el agua que caía del cielo a borbotones le empapaba las ropas. Agazán se mantenía inmóvil, en pie, asido fuertemente a una gruesa soga con una de sus fuertes manos, soportando el aguacero sin inmutarse.. Hakon estaba resguardado entre los toneles que se mantenían unidos por cuerdas de cáñamo, protegiendo al Gran Krig. Por último Run estaba sujetando con sus dos brazos el timón para que el rumbo se mantuviera firme.

Bajo la implacable lluvia, el capitán Al-Thalajara se dirigió desde el poste al que se abrazaba a la líder del grupo para pedir su ayuda en las funciones del navío.

—¡Run! ¡Necesitamos tu ayuda!. La cuerda que levanta la vela se ha enredado. Si continuamos navegando con la vela abierta naufragaremos. —gritó el capitán dirigiéndose a la vikinga.

Asintiendo a la petición, Run clavó su espada “Señora” en el suelo de madera de nave, bloqueando así el timón. Cuando lo hubo

dejado listo, saltó a la cubierta y a continuación, fue corriendo hasta la zona del mástil.

—¿Qué hago? —preguntó Run al capitán.

—Arriba, debéis subir y cortar la cuerda. —le aconsejó Al-Thalajara, sin soltarse del mástil.

Recibida la orden, asintió de nuevo y entonces, para iniciar la escalada, usó el hombro del capitán como apoyo para coger impulso y empezar a subir por el mástil. Estando agarrada al puntal, se percató que subida allí la tempestad parecía todavía más intensa, aunque no se detuvo y continuó ascendiendo para alcanzar su objetivo.

Una vez hubo llegado a la cima, se percató del enredo que se había formado entre una de las poleas. Primero, trató de desatar el nudo con sus manos pero al ver que no conseguía nada, usó sus propios dientes para cortar la cuerda. El resultado supuso que la vela se enrollara por si sola y que el viento dejara de castigar el navío con tanta brutalidad.

Después de resuelto dicho problema, vio con horror como en la cubierta, Hakon y el Gran Krig eran engullidos por una enorme ola que los entregaba al mar.

—¡Oh no…!—farfulló Run, horrorizada.

Se deslizó a toda velocidad corriendo a lo largo de la envergadura del mástil sin dudarlo. Cuando llegó al flanco en el cual Hakon y su perro habían caído al mar, se lanzó de cabeza con un impecable salto a las oscuras y embravecidas aguas para ir a rescatarlos.

Dentro del mar, buceó buscando a sus amigos, pero sólo vio fragmentos de madera sumergidos de "La ratonera del diablo". En aquellos instantes en que la vikinga se temía lo peor, se giró y entonces, localizó a Hakon manteniéndose a flote con el Gran Krig entre sus brazos. Tanto Hakon y el Gran Krig parecían estar inconscientes. Inmediatamente después de verlos, Run fue nadando hasta ellos, devolviéndolos a la superficie.

Una vez que la vikinga hubo sacado la cabeza del agua, junto al hombre y el leal perro, el guerrero cristiano empezó a toser ,mostrándose muy desorientado. El can ladraba y miraba de lado a lado preguntándose donde estaba. Run al ver como sus amigos seguían con vida, sonrió feliz por haber conseguido salvarlos.

—Cof cof cof…

—Gra…cias. —farfulló Hakon con problemas para seguir respirando.

—De nada. Agárrate a mí.—respondió Run, tratando de que Hakon mantuviera la cabeza fuera del agua.

Mientras la vikinga sujetaba a sus amigos para que se mantuvieran a salvo en la superficie, el capitán Al-Thalajara y su tripulación se acercaron hasta ese flanco del barco para comprobar si la vikinga lo había conseguido. Cuando los piratas se cercioraron de que Run estaba en el agua flotando junto a sus amigos, rieron mostrándose felices.

—Esa vikinga lo ha conseguido. Sin duda es una mujer digna de este barco.—dijo un pirata.

—Sí que lo es…—farfulló Al-Thalajara, boquiabierto.

A continuación, el capitán habló a pleno pulmón dirigiéndose a todos sus hombres.

—¡Arriad los botes y rescatad a estos pescados!

Siguiendo las órdenes del pirata, la tripulación arrojó un bote hacia donde estaban los guerreros y el perro. Run tiró de Hakon y el Gran Krig para ayudarlos a subir . Hakon, ya a salvo sobre el bote, reptó escupiendo agua y mostrándose muy cansado. Por su parte, el Gran Krig agitó su pelaje para secarse. Y Run, Run estaba feliz por ver que estaban vivos.

Mientras iban recuperando el aliento, la tripulación empezó a subir el bote trayendo de vuelta a la cuadrilla de la vikinga. En aquel instante en que los piratas estaban ayudando a los guerreros, el tiempo ayudó y entonces empezó a aflojar el temporal terminando con la tormenta que les había hecho pasar tantas penurias por tan elevado peligro.

Eso permitió a que en la cubierta de "La ratonera del diablo", uno de los piratas, Fayet, pudiera ver tierra:

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista!—gritó Fayet.

Reaccionando a los gritos del árabe, Run se subió a la cubierta dejando que los piratas se ocuparan de ayudar a Hakon y a su perro. Tal y como había dicho Fayet, cuando Run estuvo de vuelta en la cubierta divisó en la lejanía una sombra de tierra en el horizonte.

—¿Es a esa a la isla a donde nos dirigimos?—preguntó Run dirigiéndose al capitán Al-Thalajara.

—Si no es así, que me aspen…—respondió Al-Thalajara, estirando una sonrisa divertida.

Hakon, al saber que finalmente había llegado a su destino, miró al horizonte con gesto agotado.

—Cof cof.—tosió Hakon, sentado en la cubierta.—¡Menos mal! ya empezaba a estar harto de tanta agua.—se quejó Hakon con

gesto de disgusto.

A su lado, el capitán Al-Thalajara rió divertido al ver el lamentable estado de Hakon, sufriendo las consecuencias del viaje.

—Querido cristiano, como veis, siempre que alguien ofende a un , la mar se encarga de ajustar cuentas.—dijo el capitán Al-Thalajara.

Hakon gruñó molesto y entonces, recibió la mano de la vikinga que le ayudó a levantarse.

—Parece que el pirata tiene razón. La mar ha demostrado que no es bueno meterse con esta clase de gente. —dijo Run en un tono jocoso.

—Prefiero no hablar sobre eso. —dijo Hakon, al mismo tiempo que se reincorporaba.

Run rió divertida y luego se dirigió hacia la proa. Hakon la siguió hasta ese punto del navío. A medida que los guerreros iban andando por la cubierta, Run tomó la palabra:

—Hakon, ¿puedo pedirte un favor? —preguntó Run.

Ante la pregunta Hakon se fijó en los ojos de la vikinga, percatándose de que su color por aquel entonces estaba mutando, rayando el color dorado. Sabedor de que ello suponía un momento de tensión, se dirigió a ella con la mayor de sus sonrisas:

—No os preocupéis por vuestra sed. Podéis morderme tanta veces como queráis. Soy un hombre muy fuerte. Ya lo sabéis.—dijo Hakon.

—Me alegro que te hayas dado cuenta y no haya tenido que pedírtelo.—respondió con una feliz sonrisa.

Después que Run agradeciera el ofrecimiento, se acercó a él para apoyar su cabeza sobre el hombro del guerrero.

—Me siento muy afortunada.—dijo Run.

—¿Por qué?—preguntó Hakon con intriga.

—Por haberte conocido…—respondió Run.—Siempre has estado a mi lado. En todo momento. Para lo bueno y para lo malo. Gracias…——añadió emocionada.

Reaccionando a las palabras de agradecimiento, Hakon arqueó una gran sonrisa.

—¿Y esto?, ¿Desde cuándo sois una mujer sentimental?, ¿No dice la leyenda que sois la mujer que nunca llora?

Estos comentarios provocaron que Run sonriera de nuevo mientras permanecía con su cabeza apoyada sobre el hombro de su amigo. Entonces, finalmente, le mordió saciando su sed de sangre. Al mismo tiempo que eso sucedía, Raschid llegó a la cubierta mostrando aspecto de estar muy mareado. Con paso renqueante, fue caminando hacia adelante buscando la presencia de la guapa

vikinga por allí, sin embargo, solo se topó con miembros de la tripulación del pirata Al-Thalajara.

—Run, ¿Dónde estás? —preguntó Raschid.

Llegado al centro de la cubierta, continuó caminando viendo a lo lejos a Run y Hakon el uno junto al otro en la zona de la proa.

En aquel momento ambos guerreros se estaban mirando fijamente el uno a otro. La expresión de emoción que mostraban hizo que Raschid pusiera una cara de espanto al temerse lo peor. A continuación, ante los ojos de mercenario, Run atrajo hacia sí a Hakon entregándose en un apasionado beso.

—¡Nooooooo! —se quejó Raschid, horrorizado por contemplar tal escena.

En otro punto del buque, el capitán Al-Thalajara rió divertido al contemplar el beso entre los guerreros.

—Dejad un poco para luego…

El comentario del capitán creó las risas entre los piratas, y que Run y Hakon se separan el uno del otro. Finalizado el beso, Hakon tenía una cara de no entender nada. No podía creérselo. Run se había lanzado a darle un beso.

Mientras Hakon trataba de digerir lo sucedido, Run soltó una carcajada y luego siguió mirando al guerrero cristiano.

—¿Qué ha significado ese beso? —preguntó Hakon con la cara roja de la vergüenza.

—Os lo habéis ganado. —respondió Run.

—¿Me lo he ganado? —preguntó Hakon reaccionando incrédulo.

Acto seguido, Raschid llegó la vikinga y le preguntó:

—¿Y yo no me he ganado ningún beso?

En respuesta a la pregunta, Run soltó una risotada y a continuación se marchó de la presencia del mercenario.

—Me lo he ganado. —farfulló Hakon mirando hacia el cielo con una sonrisa.

En todo esto, el navío continuó su rumbo acercándose cada vez a la tierra que se divisaba en el horizonte. Para desgracia de los pasajeros del navío, “La puerta del infierno” no era una sola isla sino un conjunto de ellas”. Algo que ignoraban y que muy pronto descubrirían.

CAPÍTULO 12: LA PUERTA DEL INFIERNO

Pasadas unas horas de que hubieran divisado tierra, el navío del capitán Al-Thalajara se acercó lo suficiente a la zona para conocer que había más islas de la que en un principio se pensó. A medida que “La ratonera del diablo” surcaba los mares, por varios flancos fueron apareciendo nuevos avistamientos de islas. Aquello les hizo comprender definitivamente el problema que eso les generaría con la identificación de “La puerta del infierno”.

—Interesante. “La puerta del infierno” no es una isla sino muchas…—dijo el capitán.

—Eso no facilita las cosas…—se quejó Run, al conocer la noticia.

En un lado de la cubierta, Hakon seguía en estado de shock a causa del beso que había recibido de la vikinga hacía unas horas.

—Me lo he ganado…—farfulló Hakon, loco de alegría.

Con el comentario del guerrero cristiano, Run se giró mirándole con una sonrisa divertida. “Míralo, ha pasado mucho rato y todavía sigue boquiabierto. La verdad es que su boca sabe muy bien. Será mejor que haga como si nada de esto hubiera pasado. Al fin y al cabo él y yo solo somos amigos. Un beso no significa nada. Bueno, ya es el segundo…” Pensó Run.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, señor? —preguntó un pirata.

—Atracaremos en la isla más cercana, y los guerreros se encargarán de explorar una a una. Bien, eso es…—respondió Al-thalajara.

Cortando con las palabras del capitán, de repente, en el horizonte sonó un gran estruendo seguido por una nube negra que procedía de una de las islas. A consecuencia de la sonora explosión, todos los ocupantes del navío se giraron para observar el humo negro que brotaba de aquella isla.

—Que mil rayos me partan si esa isla no es “La puerta del infierno”. Mirad el volcán. —farfulló Al-thalajara, mirando hacia la isla con un gesto de sorpresa.

—Ese es nuestro destino. —sentenció Run.

El conocimiento de la noticia provocó que en la cubierta sonaran hurras y vítores cargados de felicidad por la oportuna señal que había realizado la propia isla para identificarse.

—¡Girad cincuenta grados al sur! ¡Vamos, pandilla de holgazanes!—gritó el capitán, dando órdenes a su tripulación.

Fruto de las nuevas órdenes, la tripulación salió corriendo a sus

puestos para ocuparse de llevarlas a cabo. De ese modo, el navío "La ratonera del diablo" giró ochenta grados al sur tomando rumbo directo hacia "La puerta del infierno".

Tres horas después de que emprendiera esa nueva dirección, el navío llegó a una zona situada a medio kilómetro de la isla. Desde allí se podía ver un grandísimo volcán que destacaba en el paisaje verdoso de bosques tropicales. El volcán había entrado en erupción por lo que por aquel entonces despedía una gran cantidad de humo y lava.

—Bien, ahora entiendo porque le llaman "La puerta del infierno". —comentó el capitán.

—Será allí a donde debemos ir. El lugar donde habitan los monstruos. El volcán.—dijo Run, mirando al volcán con una expresión seria.

—Mucha suerte, pues. No me gustaría nada estar en vuestro lugar. —dijo el capitán, tras posar su mano en el hombro de la vikinga.

A medida que el navío fue navegando por aquella parte, pasó entre medio de una multitud de restos de barcos que llevaban largo tiempo naufragados. En la tripulación, la visión de aquellos barcos fantasmas dejó un halo de terror en todos los ocupantes del navío.

—No parece un lugar muy amistoso. —dijo Fayet.

—¿Qué clase de criaturas vivirán en esta isla para que hayan muerto tantos marineros en sus costas? —preguntó Mohamed con gesto aterrado.

—No lo sé pero vamos a descubrirlo. —respondió Hakon.

El capitán Al-Thalajara rió ante los peligro que les amenazaban al grupo de mercenarios.

—¡Jajajaja! Comentadme lo que halléis cuando regreséis. ¿De acuerdo?—dijo el capitán dirigiéndose a la vikinga.

—Tranquilo, eso haré. —respondió Run.

Pasados unos minutos, el capitán Al-Thalajara se dirigió a toda su tripulación por motivo de la inminente la llegada a tierra firme:

—¡Arrojad el ancla!

A raíz de la orden, una pesada ancla fue lanzada al fondo del mar quedando encallada entre las rocas del fondo. Esa acción provocó que "La ratonera del diablo" se fuera deteniendo lentamente hasta hacerlo totalmente.

Llegado a ese momento, los mercenarios se fueron andando para bajar del barco a través de un puente de madera que los mismos

piratas habían apoyado contra las rocas. Uno tras otro fueron marchando siendo los primeros en abandonar el navío.

—Al fin…al fin hemos llegado.—dijo Raschid mostrándose descansado mientras le seguían Agazán y Mohamed.

Al poco tiempo de que marcharan los mercenarios, Run, Hakon y el Gran Krig les siguieron cruzando también el puente de madera.

—"La puerta del infierno" ya estamos aquí.—dijo Run con una expresión de respeto.

—No me gusta nada el aspecto de esta isla. Tengo un mal presagio….—dijo Hakon con cara de disgusto.

Como estaba acordado en el trato formalizado entre Run y el capitán Al-Thalajara, los piratas solo se encargaban del transporte, así que ahora tocaba al grupo de la vikinga la tarea de hacer su parte. Es decir, rescatar a la esposa del jeque Abdul Rafi para que los piratas pudieran llevarla de nuevo a Córdoba. En ese momento previo a la marcha de los mercenarios, el capitán Al-Thalajara tomó la palabra para dirigirse en nombre de su tripulación a los guerreros que habían viajado con ellos:

—A partir de aquí os dejamos a vuestra suerte. Recordadlo bien, aguardaremos en la costa durante tres días. Ni un día más y ni un día menos. Espero que cuando llegue el tercer día de vuestra marcha regreséis entera y en compañía de la mujer.—dijo Al-Thalajara, dirigiéndose a Run en la última parte de sus palabras.

—Gracias por traernos hasta aquí. Sois un gran marinero.—respondió Run.

El capitán sonrió agradecido.

—Tened cuidado, vikinga. Ni siquiera Alá sabe qué clase de demonios alberga esta isla.—añadió Al-Thalajara.

—Lo tendré.—asintió Run mostrando una sonrisa.

—Sí, tened mucho cuidado, señorita Run. Deseo veros de vuelta sana y salva.—dijo Fayet.

—No os preocupéis. Juro que nos volveremos a ver.—respondió Run con una sonrisa amistosa.

Hakon miró a la vikinga con gesto molesto con las palabras que intercambiaron su amiga y Fayet. "¿A qué juega ahora?" Pensó.

Para terminar con la conversación entre Run y los piratas, Hakon tomó la palabra mostrándose muy serio.

—¿Nos vamos ya? No me gustan los sentimentalismos…

—Eso es. Por una vez estoy de acuerdo con el cristiano. Estoy deseando saber qué peligros hay en esta maldita isla.—dijo Raschid,

sintiéndose también molesto por ser el único que no recibía las sonrisas de la vikinga.

—Está bien. Marchemos de una vez si tanto lo deseáis. Seguidme.—dijo Run entre risas, dirigiéndose a su grupo.

De ese modo, Run y su séquito compuesto por Hakon, el Gran Krig, Agazán, Mohamed y Raschid, iniciaron la marcha hacia el interior de la isla subiendo por un camino pedregoso que había en la costa. Cuando todavía apenas habían dado un par de pasos, el pirata Fayet se llevó las dos manos a la boca para mandar un último mensaje a la vikinga.

—¡Que la fortuna os acompañe, señorita Run!.—dijo Fayet, alzando su voz en grito.

En el grupo de la vikinga, a consecuencia del grito del pirata dirigido a la vikinga, se detuvo para mirar atrás por una última vez.

Hakon gruñó mostrándose molesto.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —Menudo estúpido. ¿Acaso está enamorado de ti?——preguntó Hakon, volviéndose para mirar atrás con cara de enfado.

—¿Y tú? —preguntó Run con una mirada inquisitiva y maliciosa.

Sin saber qué responder a eso, Hakon apartó la vista de ella con un ceño fruncido llevando a Run que se riera con mayor motivo.

—¿Qué pregunta es esa?...

—Una pregunta tan buena como cualquier otra. —le replicó Run.

—No creo eso…—respondió Hakon todavía sonrojado.

Raschid, molesto por el tonteo que llevaban los dos guerreros, decidió hablar de otra cosa para cambiar de tema.

—Vamos, menos parlotear como loros. Quiero acabar con este trabajo pronto. Vayamos al volcán cuanto antes.—dijo Raschid, instigando a sus compañeros de aventura la acción de continuar adelante y dejar de hablar.

—Sí. Vayamos al volcán.—asintió Run, feliz por el ímpetu mostrado por el tirador de cuchillos.

Hakon, percatándose del truco que había usado el tirador de cuchillos para desviar la atención que Run estaba deparando sobre él, sonrió aceptando el desafío por la conquista del corazón de la vikinga.

Mientras eso sucedía, en el norte de Hispania, Asturias, en el castillo del duque Emilio I, se había desatado el caos a causa del ataque que estaba sufriendo por parte de una tropa musulmana. En

aquellos momentos en que los todos los guardias cristianos estaban ocupados luchando para acabar con la invasión al castillo, uno de los soldados musulmanes logró zafarse de la vigilancia de los hombres de Emilio I y acabó llegando hasta la zona de las mazmorras. Allí, para acentuar el caos, fue abriendo una a una todas las celdas que retenían a los prisioneros de los cristianos. Al estar abiertas las celdas, salieron al pasillo de la zona de las mazmorras, soldados musulmanes, ladrones, asesinos, y también el grupo de vikingos encabezado por el medio enano Olafur Mortensen.

Habían pasado doce años desde que fueron encerrados, y por entonces, se veían muy envejecidos. La barba de Olafur se había vuelto grisácea y ahora además estaba calvo. Respecto a su séquito también estaban más viejos. Thorlak, Aris y Snorri, ahora tenían un aspecto demacrado y sus melenas ya no lucían doradas sino que se había vuelto canosa.

Estando en libertad, el grupo de vikingos se reunió en torno a Olafur para decidir cuál sería su siguiente movimiento.

—Los musulmanes han tomado el castillo. Debemos huir. —dijo Thorlak.

—Sí, salgamos de aquí. —asintieron Snorri y Aris, hablando al unísono.

—No, no podemos irnos sin la espada. —replicó Olafur.

—Quédate tú con tu maldita espada. Por su culpa fuimos atrapados por los cristianos. —le recriminó Thorlak.

A raíz de las palabras del vikingo, Olafur gruñó furioso y a continuación, lo cogió por el cuello.

—Escúchame bien, cucaracha. Aunque hayamos pasado más de diez años encerrados aquí, yo sigo siendo el jefe. ¿Me entiendes?—amenazó Olafur, con voz furiosa.

Thorlak, aterrado por la fiereza del medio enano, asintió con la cabeza.

—Sí…la espada es lo más importante. Vayamos a buscarla. —farfulló Thorlak, claudicando así ante Olafur.

Con aquella acción, Olafur estiró una malévola sonrisa en su rostro y a continuación soltó el cuello de Thorlak, dando media vuelta para dirigirse a la armería del castillo, la cual estaba situada cerca de las mazmorras.

—Mirad en la armería, ahí deben de guardar todas las armas que requisan. —dijo Olafur con la voz en alto, dando así la orden a sus secuaces de buscar la espada en dicho lugar.

Pocos segundos después, Olafur y sus secuaces entraron en la

armería donde empezaron a rebuscar por todos los rincones. Vieron cientos de espadas pero ninguna de ellas, era “Fuego flagelante”. Indignado por ello, Olafur se lamentó por su mala suerte pero aun así no desistió por encontrarla.

—Debe de estar en alguna parte del castillo. No me iré sin encontrarla.

De camino por el castillo, los vikingos se encontraban a cristianos y musulmanes luchando, y además algún que otro cadáver de ambos bandos. Siendo espectadores de aquella barbarie, lograron llegar hasta la sala real del castillo sin tener que enfrentarse a nadie. Cuando llegaron a la sala, encontraron al duque Emilio I apresado y amordazado por un grupo de musulmanes que lo vigilaban. Al fondo de la imagen había un soldado musulmán sosteniendo la espada “Fuego flagelante” sobre el cuello del capitán de la guardia del castillo. El guardia del castillo era el mismo hombre que doce años atrás encerró a los vikingos en las mazmorras de Hispania.

Olafur, nada más ver la espada, no pudo reprimirse en salir corriendo hacia el soldado musulmán.

—¡Mi espada! —exclamó Olafur, dirigiéndose al soldado.

Ignorando las palabras del vikingo, acto seguido, el soldado musulmán hundió el filo de “Fuego flagelante” bien profundo del gaznate del capitán cristiano haciéndole tener una dolorosa muerte. Cuando los vikingos todavía estaban observando la ejecución del cristianos, los soldados musulmanes que estaban vigilando al duque, los rodearon a los blandiendo sus espadas contra ellos.

—Quietos. No os mováis. —les ordenó uno de los soldados musulmanes.

—Ya estamos otra vez…—resopló Olafur ante su interminable mala suerte.

CAPÍTULO 13: ADENTRÁNDOSE EN LA ISLA

En el mundo de Asgard, por aquel entonces, todos los dioses Aesir estaban reunidos en la torre de Heimdal. En medio de la veintena de dioses que había situados alrededor de la sala, un pedestal se alzaba cargando sobre él una piedra maravillosa. Odín dio un paso adelante usando su magia y entonces, alzó sus manos lanzando un conjuro contra la piedra que creaba el arcoíris de entrada a Asgard.

—Dioses creadores de Asgard y de todo. Yo, Odín, vuestro heredo. Os invoco para que os presentes aquí en espíritu—invocó Odín, levantando el tono de su voz, al mismo tiempo que seguía lanzando el hechizo contra la piedra.

Con el estruendo de esas palabras, se produjo un repentino relámpago en la sala que se extendió velozmente por toda la sala cegando a los insistentes por la elevada cantidad de energía que se estaba concentrando sobre la piedra. En medio de aquel inmenso desplegamiento de energía, los dioses comentaron entre ellos:

—¿Qué ha sido eso?—preguntó Loki, sorprendido.

—Están aquí. Los dioses antiguos…—respondió Balder.

A medida que se fue desvaneciendo la energía, quedó únicamente una esfera luminosa que parpadeaba velozmente. Era el último halo de vida que quedaba del espíritu del dios Yahvé.

—¿Quién osa invocarme?—preguntó una voz, desde el interior de la esfera de energía.

—Soy Odín—dijo el rey de los dioses, alzando su voz para responder a tal pregunta.

—Odín. ¿Y cuál ha sido el motivo para esta llamada?

—Queremos saber si una vikinga del Midgard que se llama Run Ljungberg, es digna de que le concederíais a la honorable condición de diosa.

Ante la petición, la esfera calló durante unos segundos buscando en sí mismo la información sobre la individua mencionada. Tras acabar la búsqueda, la esfera tomó la palabra para responder a la petición:

—La elegida es digna de ser propuesta pero la decisión debe reposar. Volved en unos días y si es favorable nacerá una nueva diosa—sentenció la esfera luminosa.

Finalizada la resolución de Yahvé, la energía en la que se había

presentado el dios antiguo, se desvaneció hasta acabar desapareciendo. En ese momento, Odín se giró para comentar las palabras del dios a su hijo Thor.

—Ya tienes lo que querías. Está en curso la metamorfosis de Run como nueva diosa de Asgard. ¿Feliz?

—Y tanto. Es justo lo que pedía—respondió Thor, complacido.

—Es una noticia fantástica. Me alegro muchísimo que Yahvé haya admitido esta propuesta—dijo Frigg, feliz por lo sucedido.

—Yo también me alegro mucho, hermanito querido. Es una pena que la respuesta de Yavhé no llegue a tiempo para la fiesta que se va a celebrar en el reino de Alfheim. Sin duda, el elfo oscuro tratará de seducirla en ese lugar. Es su gran oportunidad—dijo Loki, dedicándole una falsa sonrisa a su hermano.

Thor sonrió de manera maliciosa y entonces, se dio media vuelta para iniciar su marcha.

—En fin, me marcho. Tengo cosas que hacer. Volveré cuando se invoque otra vez a Yahvé para su respuesta—comentó Thor, mientras andaba en dirección a la salida.

—¿A dónde vas si se puede saber? Recién hemos acabado la invocación. Hay muchas cosas que tratar—dijo Odín, tratando de retener a su hijo.

—Lo siento pero me voy. Tengo prisa—respondió Thor, ya fuera de la cámara.

Habiéndose marchado, los dioses se miraron entre ellos preguntándose el porqué de tanta prisa por parte del dios del trueno.

—¿Qué mosca le habrá picado?—se preguntó Balder.

—Thor es del todo impredecible—dijo Tyr entre risas.

Regresando a lo que acontecía en la isla a la que había llegado Run y su grupo, al cabo de unos minutos durante los cuales estuvieron escalando el pequeño saliente de un acantilado llegaron hasta una zona donde había unos desfiladeros muy peligrosos. Por allí el camino era angosto y resbaladizo por lo que el grupo tenía que mantener una fila de una sola persona para no tropezar y caer.

En la fila que mantenían, el Gran Krig iba por delante de todos. El perro no tenía ningún problema alguno para avanzar por los estrechos caminos del desfiladero. Raschid, al contrario que el Gran Krig sí que tenía más de uno. Sufría de vértigo y además estaba más pendiente en el trasero de la vikinga que en otra cosa. Su falta de atención en lo que había debajo de sus pies estuvo a punto de costarle la vida cuando de repente, una roca que había bajo sus pies

se soltó llevándolo a él también hacia las rocas. Por suerte para él antes de que se llegara a caer, la propia Run lo agarró de un brazo salvándole la vida en el último instante.

—Te tengo. Te ibas a caer…—dijo Run, agarrando a Raschid por el brazo.

—Gracias. —respondió Raschid, estando suspendido en el aire.

Hakon al ver lo que había sucedido, miró al mercenario con altivez y entonces, le dijo.

—¡Ay, musulmán!. Eres un hombre de las arenas, pero de las arenas movedizas ¿no?—dijo Hakon en tono hiriente contra el mercenario.

Raschid, una vez fue ayudado por Ru a reincorporarse sobre el camino del desfiladero, sonrió y luego dijo en respuesta para el guerrero cristiano:

—Me he dejado caer a propósito porque sabía que esta hermosa vikinga me iba a salvar.

El comentario de Raschid provocó que a Run se le escapara una carcajada y que Hakon frunciera el ceño.

—El jeque te ha contratado para que nos ayudes, no para que seas una carga. Retoma la marcha y deja de hacer el estúpido. Estamos aquí para encontrar a la mujer del jeque. No para seducir a Run.—le recriminó Hakon a Raschid.

El tono de enfado con el que Hakon le habló al mercenario, hizo que Run mirara al primero con una expresión de asombro.

—Haya paz. No quiero peleas.—dijo Run, dirigiéndose a los dos hombres en un tono alegre y relajado.

Tras la riña a los dos hombres, Hakon gruñó sintiéndose molesto porque Run le hubiera reprochado por su comentario al tirador de cuchillos, y entonces retomó el camino siguiendo al Gran Krig por el desfiladero.

Mientras el guerrero cristiano se alejaba en compañía de su perro, Raschid se volvió hacia Run con cara de no haber roto un plato.

—Es él. La tiene jurada conmigo.—se excusó Raschid.

—No hace que os excuséis…solo retomad la marcha.—sentenció Run con una expresión de seriedad.

Raschid, dolido por la frialdad con la que Run le había dirigido la palabra, puso una cara de enfado y acto seguido retomó la marcha por el desfiladero marchando el penúltimo por delante de Run.

En los siguientes minutos de aquella discusión, el trayecto por el

desfiladero fue muy distinto al acontecido anteriormente. Run, Hakon y Raschid estaban en un tenso silencio, mientras que Mohamed y Agazán estaban evadidos de todo.

Pasada la primera hora de que se iniciara el viaje hasta el volcán, el grupo llegó al inicio de una zona selvática con plantas exóticas, palmeras y una multitud de clase de animales como monos, loros, camaleones, etc... Aquellos animales se movían de un lado a otro escondidos entre las palmeras y las plantas del suelo, haciendo ruidos extraños que desconcertaban al grupo durante la marcha.

—Qué bosque más extraño. ¿Oyes todo ese ruido?—dijo Hakon, mientras observaba con gesto atónito el conjunto de la selva.

—Sí que lo es. No me imagino la de animales que deben haber aquí.—le replicó Run, al mismo tiempo que iba dando golpes de espada para abrir camino, por la selva.

Raschid soltó una breve carcajada en reacción a la sorpresa que mostraban los dos guerreros.

—Que poco habéis viajado entonces. Este tipo de bosque se le llama y es muy común en las zonas calurosas. Los animales que viven aquí son muy diferentes a los que viven en los bosques del norte.—explicó Raschid, mientras también se iba abriendo paso cortando las ramas.

—Correcto, señor Raschid. Eso es por el clima. Los animales viven en un lugar u otro según el clima de su ecosistema.—asintió Mohamed, estando de acuerdo con las palabras del tirador de cuchillos.

—¿De dónde habéis sacado tantos conocimientos?. —preguntó Hakon a Mohamed, mientras seguía dando espadazos para abrirse el paso.

—Los libros amigo mío. —le respondió Mohamed.

—¿Los libros? ¿Los libros también hablan de los animales? —preguntó Hakon.

—Los libros pueden hablar de cualquier cosa. Solo hay que leerlos. —respondió Mohamed, señalando con su mano el Corán que llevaba con él.

Formando una fila de una persona, el grupo siguió abriéndose paso durante las siguientes horas del día hasta la llegada de la noche donde pararon a descansar en una zona limpia de árboles.

En aquel punto de la selva encendieron una hoguera donde colocaron a un par de monos cazados por Raschid y Run. Mientras

la carne se iba asando, Run inició una conversación dirigiéndose al tirador de cuchillos.

—¿Cómo preferís que os llamen?, ¿Raschid o por vuestro apodo, “El ratón”?—preguntó Run.

—Me es indiferente. Vos podéis llamarme cómo os plaza. De todos modos os responderé encantado.—respondió Raschid, estirando una gran sonrisa por su cara.

Como reacción a la contestación del mercenario, Run sonrió mientras que Hakon mostró un ceño fruncido. “Moro hijo de puta, déjala en paz. Es mía” pensó Hakon furioso por los celos.

—¿Y vos Agazán?, ¿Cómo preferís que os llame?—preguntó Run dirigiéndose a Agazán?

—Con mi nombre está bien, mi señora. “El mago bereber” es un apodo con el que no me siento identificado pues no he estado por demasiado tiempo en el desierto.—respondió Agazán.

Run asintió al recibir dicha respuesta.

—De acuerdo. Agazán, entonces.

—¿Y vos?—preguntó Run dirigiéndose en esta ocasión al profeta.

—A mi llamadme Mohamed, mi señora. El apodo de “El mil lenguas” es un apodo que me pusieron sin mi consentimiento pues, como dije, domino ciento veinte lenguas y ni una más.—respondió Mohamed.

Con la respuesta de Mohamed, Run asintió mostrándose comprensiva y acto seguido se dirigió al trío de mercenarios.

—Decidme…¿Alguna vez habíais participado juntos en una aventura de esta envergadura?—preguntó Run.

Raschid tomó la palabra para hablar en nombre de sus compañeros.

—No, la verdad es que es la primera vez que trabajamos juntos.

—Sí, es cierto. Nos conocimos en el palacio del jeque.—asintió Mohamed.

Run, en su deseo por seguir conociendo a los tres mercenarios, le preguntó a Raschid:

—¿Qué hacíais vos antes de participar en esta misión?

A la pregunta de la vikinga, Raschid adoptó una feliz sonrisa por su rostro.

—Qué…¿Qué hacía?—preguntó Raschid.

Antes de responder, el mercenario alzó su mirada hacia el cielo deteniéndose por unos segundos para contemplar la noche estrellada.

—Era un ladrón. Me dedicaba a robar todo cuanto tenía valor.

—Un ladrón…Lo sabía. —farfulló Hakon con cara de pocos amigos.

—Nací en una familia muy pobre. Cuando supe que mis padres tenían serios problemas para alimentarme a mí y a mis hermanos, empecé a robar para ayudarles, y poco a poco me convertí en un experto ladrón. No estoy orgulloso de mi pasado, pero si pudiera volver atrás haría lo mismo.—respondió Raschid con su mirada fija en la luna.

Entre los miembros del grupo, Hakon miró a Raschid mientras contaba su triste historia. “Esa es una estratagema para dar pena a Run y acercase a ella. Debo de tener cuidado con este hombre”.

—Qué historia tan triste. Debéis de haber sufrido mucho…—comentó Run entre medías de su historia.

—Sí…—asintió Raschid.

—Cuando me enteré de que ofrecían una recompensa por traer de vuelta a la esposa del jeque, no dudé en ofrecerme para esta misión y poder conseguir el dinero que necesito para mi familia. Ellos son lo más importante para mí.—añadió.

—Me pregunto si habrá dicho la verdad.—dijo Hakon, mirando a Raschid con gesto desconfiado.

—¡Hakon! —se quejó Run por el malintencionado comentario de su compañero.

—Qué raro estás últimamente. —añadió.

—Está celoso. Salta a la vista. —comentó Raschid, con malicia.

Las palabras del tirador de cuchillos provocaron que Run se pusiera roja de la vergüenza y que Hakon se enfureciera. “¿Celoso?” se preguntó Run. “Será hijo de puta ese moro, quiere dejarme en ridículo delante de Run.” Pensó Hakon.

“Es obvio que solo ha sido una estupidez dicha por Raschid. A Hakon no le gusto, si le gustara me trataría bien, como lo hacía Thor cuando estuve con él. Voy a decir algo para cambiar de tema, este viaje empieza a resultar muy incómodo.” Pensó Run.

Tras haber hablado el mercenario, Run giró su mirada para dirigirse a Agazán y así acabar con el tenso silencio que se había creado:

:

—¿Y vos? ¿A qué os dedicabais antes de emprender esta misión?

—Siempre he estado viajando de lado a lado, haciendo espectáculos en los que enseñaba a la gente mis diferentes trucos de magia.—respondió Agazán con una expresión seria.

—Qué bien, tu historia es menos triste que la de Raschid.—dijo

Run mostrando una sonrisa amistosa.

A continuación, Run se giró de nuevo pero en esta ocasión fue para dirigirse a Mohamed.

—¿Y vos Mohamed?, ¿A qué os dedicabais antes de venir aquí?

—Al igual que Agazán, iba de un lado a otro. Siempre he estado viajando para transmitir la palabra de Alá a quien me quisiera oír. —respondió Mohamed.

—De ahí vuestra habilidad para influir en los demás. —añadió Run.

—Así es. —asintió Mohamed estando de acuerdo con Run.

—Ya me dirás para qué podemos necesitar a alguien como él para rescatar a una mujer de unos monstruos…—comentó Hakon a Run, en referencia al profeta.

—Quizá no sea diestro en la lucha pero eso no significa que no pueda ser un hombre de recursos. ¿No?—le replicó Run.

A consecuencia de la defensa de Mohamed emprendida por la vikinga, Hakon frunció el ceño.

—Seguro que no es capaz de convencerse ni así mismo. —dijo Hakon en tono despectivo en relación al profeta.

CAPÍTULO 14: OLAFUR “EL MORO”

Al día siguiente de que el grupo acampara en la selva, fue retomada la marcha a las seis y media de la mañana. Por aquellas horas se veían muchas caras de sueño entre los miembros del grupo. Entre ellos destacaba Raschid quizá el más dormido de todos.

—¿No es una hora demasiada temprana para andar ya en marcha? —preguntó Raschid.

Run soltó una ligera carcajada a causa de la queja del lanzador de cuchillos.

—Sois como un niño…

Mientras el grupo de la vikinga continuaba andando, Hakon tosió, y después le murmuró a Run.

—Va siendo hora de que vuelvas a beber…. —dijo Hakon.

—Eres idiota, no hables de esto en presencia del grupo. No quiero que conozcan mi secreto.—le reprochó Run.

—Ya, pero hace más de un día que no has bebido nada y hoy además hace mucho sol. No quiero que te estés desmayando ni tampoco que te den ataques asesinos.—le recriminó Hakon.

Con motivo de la discusión, Run resopló asintiendo con cierta resignación ante las palabras del guerrero cristiano, y entonces, se dirigió al resto del grupo para comentarles lo siguiente:

—Continuad andando. Yo tengo que aclarar una cosa con Hakon. Ahora os alcanzaremos.

Raschid a raíz de la petición de la vikinga se quedó estupefacto, temió que Hakon y Run quisieran quedarse solos para desatar su pasión amatoria. Ese pensamiento fue distinto en los otros dos mercenarios. Mohamed y Agazán asintieron sin darle importancia al asunto y luego continuaron avanzando por el paraje selvático.

Habiéndoles dejado a solas, Run rugió mostrando sus colmillos y a continuación, le dio un mordisco a su compañero. Pese al rugido inicial, Run se controló para no hacerle daño, así que su mordisco fue mucho más suave de lo que solía ser.

En el momento en el que la vikinga se estaba alimentando, Hakon aprovechó la cercanía que se había creado con ella para abrazarla fuertemente. La cariñosa acción de del guerrero cristiano fue del agrado de Run, quien no hizo gesto alguno para soltarse del abrazo. Una vez que Run terminó de beber, apartó sus colmillos del cuello de Hakon mirándolo con una sonrisa avergonzada.

—Tan bueno como siempre…Sigamos andando. —dijo Run, estirando una radiante sonrisa.

—Sí. —asintió Hakon, sonriente.

Mientras los dos guerreros retomaban la marcha acompañados por el Gran Krig, en el centro de Hispania, una caravana musulmana se dirigía hacia al sur montados en dromedarios. Olafur y su séquito eran parte de aquella caravana. Ellos habían sido admitidos por Hassan Arab, el jefe al mando de la tropa musulmana que había asaltado el castillo de Emilio I junto a su pequeña expedición veinte hombres. Hassan al conocer el origen vikingo de los susodichos les cayó en simpatía el grupo, así que les permitió unirse a su grupo en su viaje hacia el sur.

Por aquel entonces en el viaje, Hassan sostenía "Fuego flagelante" observando la espada con una expresión curiosa.

— ¿Y estáis diciendo que solo vos podéis tenerla?

Olafur asintió.

—Eso es. He podido comprobar a lo largo de los años que trae la mala desgracia a todos los que han tenido. Todos murieron tras poco tiempo de tenerla, todos excepto yo. Soy un elegido, hace años fui encomendado por un dios a llevar esta espada hasta su dueño original. El demonio Surtur del reino de Muspelheim.

—¿Muspelheim? No me suena. —preguntó Hassan.

—Lastima, andamos perdidos buscando esa tierra. Si tuviéramos al menos una pista, pero no tenemos nada…—se quejó Olafur.

Hassan se llevó la mano a la barbilla y entonces meditó por unos segundos.

—Si queréis tener alguna pista deberéis ir a Cádiz. Allí hay marineros que han estado en todos los rincones del mundo. Si buscáis una tierra desconocida. Vuestro guía está en Cádiz.

—Cádiz. —repitió Olafur.

Pasados unos minutos, cuando Hakon y Run volvían a marchar al mismo paso que los tres mercenarios, Raschid iba lanzando miradas a los dos guerreros tratando de averiguar qué había pasado entre ellos. Para su enfado, a Run se la veía por aquel entonces, mucho más animada y alegre. Hakon, por su parte, también se le veía más contento que antes.

—No quiero saber qué ha pasado pero solo quiero decirte que me has decepcionado. —dijo Raschid, dirigiéndose a Run.

El comentario del tirador de cuchillos causó las risas en Run y Hakon.

— ¿Por qué decís eso? No hemos hecho nada, Hakon y yo…— dijo Run con las mejillas sonrojadas.

El sonrojo en la vikinga no ayudó en nada para que el mercenario la creyera, así que no hizo más que acentuar su enfado con ella. Pese a la actitud molesta

De repente en la lejanía se divisó un ser que les hizo detenerse. A lo lejos de donde ellos estaban, un monje estaba de cuclillas recogiendo agua de un riachuelo. El descubrimiento de aquel monje, hizo que Run y su grupo reaccionara velozmente para ocultarse agachándose por detrás de unos arbustos:

—Al suelo, que no nos vea.—ordenó Run.

A continuación de la orden de la vikinga, todos la siguieron para esconderse.

—¿Qué has visto? —preguntó Hakon.

—Hay alguien en la selva. —respondió Run.

En aquel instante, Run y Hakon asomaron la cabeza por encima de los tallos altos de las plantas.

—¿Lo ves?—preguntó Run.

—Sí, parece un monje.—respondió Hakon.

—¿Quieres que lo mate?. Puedo lanzarle un cuchillo desde aquí y darle de lleno.—dijo Raschid, dirigiéndose a Run.

—No, quizá debamos ir a hablar con él. Puede que nos dé información sobre el paradero de la mujer.—respondió Run.

—Lo dudo mucho…—respondió Hakon, mientras miraba al monje escondido tras las hierbas.

—No, importa. Voy a intentarlo. Vosotros quedaros aquí. No se asustará si voy yo sola.—dijo Run, dirigiéndose a todo el grupo.

Tras la orden de la vikinga, todo el grupo asintió quedando inmóvil mientras ella se alzaba de entre las hierbas.

Una vez que Run anduvo de pie, se dirigió al monje descubriendo de ese modo su presencia ante los ojos del religioso:

—Disculpe, señor…

Inmediatamente después de que Run tratara de hablar, el hombrecillo salió corriendo en dirección a las profundidades de la selva.

—¡Mierda!, huye…—se lamentó Run.

— ¡Está huyendo! ¡Tras él!.—gritó Hakon, iniciando una carrera con todo el grupo.

Acto seguido, todo el grupo empezó a correr detrás del huidizo monje.

CAPÍTULO 15: EL MONJE

Al ver cómo el monje salía corriendo despavorido, Run y séquito se lanzaron a la carrera por el bosque para tratar de detenerlo. Mientras que se desarrollaba la persecución, Run corría a la misma velocidad que el resto de sus compañeros debido a que hacía un día soleado y por ello se encontraba sin la ventaja que le proporcionaban sus poderes de vampiresa. En el desarrollo de la persecución el más rápido de todos era Hakon y el Gran Krig. El guerrero cristiano era tan rápido como consecuencia del entrenamiento al que se había sido sometido a lo largo de sus años bajo el mando de la vikinga Run Ljungberg. Sin embargo, no fue él quien detuvo al monje sino que fue Raschid lanzando uno de sus cuchillos.

De un lanzamiento certero, Raschid logró derribar al monje clavándole uno de sus cuchillos en la pierna derecha. El pobre hombre cayó sobre las hierbas retorciéndose de dolor por su herida. Pocos segundos después, Run y su grupo se plantaron ante él.

—¿Por qué has salido corriendo? No queremos hacerte daño…— le dijo Run.

Ignorando a las palabras de la vikinga, el huidizo monje siguió revolcándose en la selva quejándose por tener un cuchillo clavado en la pierna.

—A ver, voy a ayudarte. —dijo Hakon, extrayendo el cuchillo de la pierna.

En el momento en el que Hakon tuvo el cuchillo en sus manos, quedó absorto al descubrir que la sangre que manchaba el filo era de color verde.

—Mirad. Su sangre es verde…

—No puede ser. —le replicó Run nada creyente en sus palabras.

Sin embargo, al comprobar que era cierto, se giró inmediatamente para comprobar la naturaleza de aquel monje. Tiró de la capucha que cubría su cabeza y entonces, se supo la verdad. El monje era una criatura humanoide con piel escamosa como un lagarto.

—¿Qué demonios?—preguntaron Hakon y Raschid a la vez.

—Por Alá, ¿Qué es esta criatura?—se preguntó Mohamed, observando al monje con gesto aterrado.

Ante tanta sorpresa por lo inesperado del descubrimiento, el mago Agazán habló tras mucho tiempo de silencio.

—Es un arengan.—dijo Agazán con voz rotunda y varonil.

—¿Un arengan?, ¿qué es eso?—preguntó Run.

—Los arengan son una raza de reptiles que evolucionaron hace mucho tiempo hasta poder hablar y caminar erguidos.—respondió Agazán.

—¿Lagartos que hablan? Qué cosa más extraña…—dijo Raschid mostrándose incrédulo.

—Fascinante. Alá siempre es capaz de sorprenderme.—añadió Mohamed, tocándose la barbilla con una expresión de asombro.

El monje arengan, tras escuchar la conversación que su presencia había iniciado entre los extraños, los miró mostrándose temeroso de perder la vida.

—Por favor no me hagáis daño.—dijo el monje en una lengua desconocida.

El grupo de la vikinga al escuchar el habla desconocida del monje reptil, se miró los unos a los otros quedándose muy sorprendidos de aquel descubrimiento:

—¿Qué ha dicho?—preguntó Hakon dirigiéndose a Mohamed.

Después de que Hakon hubiera realizado tal pregunta al profeta Mohamed, el cual presumía de hablar mil lenguas, Mohamed se llevó una mano a la barbilla manteniendo una postura pensativa durante unos largos segundos.

—He estudiado idiomas de toda clase y región pero...—dijo Mohamed.

—No he entendido ni una palabra.—admitió, mientras se rascaba la nuca con una sonrisa avergonzada.

—Idiota, ¿Para qué nos vales entonces? —gruñó Hakon, indignado.

En aquel instante de tensión entre los miembros del grupo, Agazán se quitó el turbante que ocultaba su rostro mostrando para sorpresa de todos, el rostro de un reptil. Él también era un ser de la raza arengan.

—¿Tú también, amigo Agazán? —preguntó Mohamed.

—Sí, yo también…

—¿Qué?, ¿Cuándo pensabas decírnoslo?—preguntó Hakon con sorpresa, volviendo su mirada para mirar a la vikinga en su reacción ante tan magna noticia.

—Increíble.—dijo Run mostrándose atónita al conocer la verdadera naturaleza del mercenario.

Una vez fue destapada la naturaleza de Agazán, éste tomó la palabra para dirigirse al monje reptil en la lengua de los arengans.

—Hemos venido buscando a una mujer que ha sido raptada. Hay humanos en Córdoba que dicen haber visto como uno de vosotros la traía hasta esta isla. ¿Sabes algo al respecto?

—Lo siento, pero no puedo deciros donde está. Ella debe de ser sacrificada por el bien de todas las razas.—respondió el monje arengan en la lengua de los arengans.

Habiendo respondido al mago, Run se acercó a éste para obtener información sobre la conversación que se había dado entre ellos.

—Por favor, decidme qué ha dicho.

—Sí, traducid. Al menos vos nos servís para algo. No como otros…—dijo Hakon con su mirada puesta en Mohamed.

El comentario de Hakon hizo que Mohamed agachara su mirada al suelo con una expresión de vergüenza. Mientras que el profeta permanecía cabizbajo, a un lado de él, Agazán tomó la palabra para responder la pregunta de la vikinga:

—Ha dicho que sí. Su pueblo se ha llevado a la mujer, pero dice que no puede decirnos nada del lugar donde la tienen retenida.—respondió Agazán..

Hakon, con motivo de la respuesta dada por Agazán, desenvainó "Asesina de maestros" en un gesto de amenaza contra el monje reptil.

—Hay que matarlo entonces…—sentenció Hakon.

En reacción a las intenciones del guerrero cristiano, Run cruzó su brazo por delante de la espada.

—No, lo dejaremos con vida.—respondió Run.

—¿Dejarlo con vida y qué más? No quiere ayudarnos. Es más, podría avisar a los suyos y atacarnos. …—dijo Hakon, molesto por la decisión que Run planeaba tomar.

—Yo también estoy a favor de matarlo, señorita Run.—añadió Raschid, dirigiendo a la vikinga.

Ante la suma de dos votos en favor de la muerte del monje, Run miró al mago por conocer su pensamiento.

—Yo también estoy a favor de su muerte. Irá a avisar a su pueblo en cuanto lo dejemos marchar.—dijo Agazán.

Después de haber oído a tres de sus cuatro compañeros, Run miró por último a Mohamed para saber cuál era su opinión en ese tema.

—¿Y vos qué opináis?—preguntó Run.

—¿Yo?, ¿Me preguntas a mí? No tengo ningún mando en este grupo a pesar que sea un profeta.—se lamentó Mohamed.

Run soltó una carcajada.

—Obviad a Hakon. Por supuesto, vos también sois partes importante del grupo.—dijo Run dirigiéndose al profeta.

La conversación de la vikinga con el profeta hizo que Raschid y Hakon se miraran mutuamente con una mueca divertida.

—No se lo cree ni ella. —murmuró Raschid.

—Ya te digo…—murmuró Hakon.

Mientras los dos hombres farfullaban, Run volvió a dirigirse al profeta.

—Decidme. ¿Qué harías con él?

—Dejarlo con vida. Si no matamos a nadie de su raza será más fácil para nosotros negociar la recuperación de la mujer.—respondió Mohamed.

—Sí, muy buena idea.—asintió Run ,adoptando por su rostro una gran sonrisa.

El hecho que Run estuviera conforme con la idea del Mohamed plasmó en Hakon y en Raschid una cara de asombro.

—Está bien. Le dejaremos con vida.

—¿Y para eso nos preguntas a todos? Viva la democracia…—se quejó Hakon envainando de nuevo su espada, con una cara de pocos amigos.

Como habían decidido, dejaron al monje con vida y luego retomaron su marcha por la selva. De camino por aquella zona, Raschid se interesó un poco por la naturaleza de Agazán.

—En realidad cuesta acostumbrarse a ver vuestro verdadero aspecto. Me sentiría mucho más cómodo si volvéis a taparos el rostro.—dijo Raschid mostrándose incomodo por mirar el aspecto de su compañero.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo.—añadió Hakon.

—Callaos, no seáis así…—les recriminó Run.

Con la reprimenda de la vikinga a los dos hombres, Agazán la sonrió agradecido por defenderle de aquellos comentarios.

Volviendo al tema de la naturaleza del mago, Raschid volvió a preguntar:

—¿Y cómo es que habláis nuestro idioma?

—Cuando era solo un huevo fui secuestrado por unos marineros que me llevaron hasta el continente. Lo que ocurrió después ya es una larga historia…—respondió Agazán.

Mientras que Raschid y Agazán conversaban, Mohamed, que iba escuchando la conversación de ambos mercenarios se distrajo por un momento, lo que provocó que sin querer activara una trampa. Cuando el pie del profeta tocó la trampa, de repente se activó un mecanismo de poleas que había escondido tras unos arbustos, y entonces una red se alzó del suelo atrapando a todo el grupo en su interior y dejándolos a ellos colgados de una rama a más de tres metros del sol.

Debido a la estrechez de la red, el grupo quedó apretado los unos contra los otros con alguno que otro con cuerpo de arriba abajo. Hakon, al verse metido en aquella red por culpa de otro, estalló furioso:

—¿Qué dijiste sobre lo de no matar al monje?—preguntó Hakon dirigiéndose a Run.

—No es el momento de echarme las culpas a la cara.—respondió Run con un ceño fruncido.

Hakon dibujó una sonrisa irónica en su rostro y luego se dirigió a ella:

—¿Y qué hacemos aquí todavía colgados?, ¿A qué estás esperando para liberarnos? ¡Usa tu fuerza de vampira!—le ordenó Hakon.

—No puedo ahora. Soy una vampira, Hakon. No puedo usar mis poderes si el sol está en su cénit y sus rayos tocan mi piel. —respondió Run con un ceño fruncido.

—¿Y por qué siempre has podido usar tus poderes y ahora no? —le preguntó Hakon, indignado.

—Porque estábamos en Dinamarca o Rus de Kiev, y allí siempre está nublado o directamente es de noche.

Las palabras de Run desvelaron algo que el grupo de hombres desconocía, al ser partícipes de su secreto reaccionaron muy sorprendidos y aterrados.

—Por Alá, ¿Vos tampoco sois lo que sois?—preguntó Mohamed, incrédulo.

—No me lo puedo creer que estuviera cortejando a una vampiresa…—dijo Raschid, reaccionando muy sorprendido.

—¡Presento el abandono de mi cortejo! —sentenció.

—¡Pues mucho gusto!—le replicó Run, malhumorada.

Mientras el grupo de la vikinga discutía, una veintena de individuos de la raza arengan llegaron procedente del interior de la selva reuniéndose debajo de la red con el monje arengan con el que habían hablado anteriormente.

Los arengans que llegaron, a diferencia del monje, estaban vestidos con armaduras hechas de huesos de grandes animales. Dentro del grupo de los arengans destacaba un individuo con gran corpulencia y que vestía una espectacular armadura. Él era Arkan, el líder de los arengans.

Por aquel entonces, el mencionado Arkan observaba a los cautivos con un ceño fruncido.

—¿Qué tenemos aquí?—dijo Arkan.

—Me atacaron cuando estaba recogiendo frutos. Entre ellos hay uno de los nuestros…—contestó el monje arengan.

—¿Un traidor? ¿Quién es? —preguntó Arkan, retorciendo por su rostro de lagarto una sonrisa.

—No lo sé, señor. Vino con ellos. —respondió el monje de los arengans.

Arkan gruñó mirando con ojos de asco al mercenario de la raza arengan.

—Tú, habla. ¿Qué haces aquí con estos humanos? —preguntó Arkan, dirigiéndose a Agazán.

—Hemos venido en busca de la mujer, no queremos problemas. Solo que sea devuelta a donde pertenece. —dijo Agazán, hablando en su lengua materna.

Arkan sonrió a causa de aquella petición.

—Es imposible. La mujer ha sido entregada al dios de fuego en un sacrificio de sangre.

—¡¿Qué?! —preguntó Agazán, reaccionando con gesto sorprendido.

El gesto de sorpresa mostrado en el mercenario llamó la atención del resto de miembros de su grupo.

—¿Qué ocurre, Agazán? —le preguntó Run.

—La mujer ha sido entregada al dios de fuego. Difícilmente estará viva todavía.

CAPÍTULO 16: TEIDE

Por órdenes del líder de los arengans, los guerreros que habían llegado con él cortaron la cuerda dejando que la red con el grupo cayera en el suelo con el grupo a dentro. Con el golpe, alguno de los miembros del grupo de la vikinga se dolió en su interior.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Mohamed.

—Supongo que a su aldea.—respondió Run.

—Así es. Pretenden devorarnos a todos en un gran banquete para la hora del mediodía—dijo Agazán.

—No, es terrible. ¿Qué vamos a hacer? Ahora me arrepiento de no haber pedido más dinero por este trabajo.—se quejó Raschid.

Pasados unos minutos, los arengans cargaban con un largo tronco en el que colgaba en el centro la red en la que seguían apresados el grupo de la vikinga. Durante el traslado a la aldea, el séquito de Run seguía echándose las culpas los unos a los otros.

—Genial, viajamos a esta apestosa isla para acabar siendo un banquete para unos reptiles. Y pensar que moriremos todos porque todavía no es de noche…—se lamentó Hakon.

—¿Y qué quieres que haga si no puedo hacer nada?—preguntó Run, molesta por el comentario del guerrero cristiano.

Hakon resopló indignado.

—Ya te dije que deberíamos haber matado a ese monje. Siempre te pasa lo mismo. Te pasas de buena y luego siempre nos traicionan…—le replicó Hakon a Run.

—Serás desagradecido, ¿Y todas las veces que te has salvado gracias a mí?—respondió Run mostrándose muy enfadada con Hakon.

—Dejad de discutir, y mirad adelante. Hemos llegado a nuestro destino...—dijo Agazán con la mirada fija adelante.

El toque de atención por parte del mago logró cortar con la discusión entre la vikinga y el guerrero cristiano, y que a continuación ambos giraran sus miradas descubriendo con ello, la entrada al poblado de los arengans.

Teide era una aldea muy primitiva rodeada por una muralla construida de troncos afilados y huesos humanos. El trazado urbano era la simple tierra y la hierba del bosque, y las edificaciones, cabañas hechas de pieles y hojas secas. A lo largo de los diferentes caminos de la aldea se podían ver varias esculturas

erigidas en honor al dragón Nod, el más antiguo de los dragones habidos nunca.

El origen de los arengans estaba relacionado con ese mismo dragón. Fue en la Baja Edad Media cuando un héroe llamado Richard Arengan terminó con la vida de Nod. Aquel dragón pese a que era una bestia como un dragón, era una criatura benévola. Por ello, los dioses para castigar al héroe por su crimen, le convirtieron a él y a su esposa en unos extraños reptiles que podían hablar y razonar. Los arengans.

Llegado el momento en el que Run y su séquito fueron transportados hasta el interior de la aldea, los encerraron a cada uno de ellos en una jaula individual fabricadas con huesos de dragón. Un material muy resistente que podía ser quebrado por la fuerza de un vampiro aunque por desgracia el intenso sol que había sobre la aldea impedía a Run utilizar sus poderes de vampira.

Después de que Run y su séquito fueran enjaulados, una decena de arengans se acercaron a ellos arrancándoles sus armaduras y sus prendas de ropa desde el exterior de las jaulas. En cuanto eso se sucedió, tanto Run como el resto de sus compañeros reaccionaron muy molestos por verse envueltos en dicha situación.

—¿Pero qué hacéis? ¡Devolvedme los pantalones!—se quejó Raschid, tratando de agarrarse a sus pantalones.

—Mierda, ¿Por qué nos desvisten ahora?—preguntó Hakon, molesto.

—¿Esto es necesario?—preguntó Mohamed mostrándose también indignado.

—¿No lo veis? Nos quieren desnudar para comernos mejor.—dijo Run, mientras trataba de retener la armadura que cubría su pierna.

—Así es. Así estaremos más sabrosos.—añadió Agazán.

—Pues una mierda.—dijo Hakon mostrándose muy enojado.

Tratando de mantener su ropa consigo, Hakon propinó un pisotón en la mano de uno de los arengans que trataban de dejarle desnudo. La respuesta del guerrero cristiano provocó que aquel arengan se apartara de él rugiendo de forma amenazadora contra Hakon.

—Grrr. Maldito humano. Serás el primero el morir.

En reacción a la amenaza de parte del arengan, todo el grupo miró a Run con gesto asustado.

—Dejadlos que os quiten las ropas. No podemos hacer nada por el momento. —dijo Run.

Con las palabras de la vikinga, el grupo asintió con la cabeza permitiendo a los arengans que les arrancaran la ropa sin poner impedimento alguno. Una vez fueron desnudados, les sirvieron unas escuetas prendas de piel de leopardo, las cuales al menos ocultaban sus partes más íntimas. Cuando definitivamente el grupo de la vikinga estuvo luciendo aquella mínima vestimenta, el líder de los arengans olisqueó el aroma de Run. Su olor le hizo acercarse a ella para olerla mejor.

—¿Por qué ella huele diferente?. Huele como a ponzoña...—añadió.

—No lo sé, señor. Quizá la hembras de los humanos tengan un olor distinto al que tienen los machos.—respondió el monje arengan, aclarando no tener conocimiento sobre ello.

Entrando en la conversación, el cocinero se acercó a su líder afilando unos largos cuchillos:

—No os preocupéis, señor. Si deseáis podemos condimentarla con un poco más de especias para que tenga un mejor sabor.—dijo el cocinero de los arengans.

El líder de los arengans se relamió los labios con su lengua bífida mostrándose ansioso por devorar la carne de la vikinga.

—Afílalos bien. Esos cuchillos deben de cortar bien la carne de esos apestosos humanos.—ordenó el líder de los arengans.

—Sí, grrr.—asintió el herrero arengan con un gruñido.

Volviendo a lo que acontecía entre los prisioneros, en la jaula que ocupaba Run y el Gran Krig, por aquel entonces ella trataba todo el tiempo de romper los huesos con las que estaban hechos los barrotes de su jaula. Sin embargo, pese a que estaba usando toda su fuerza no podía moverlos ni siquiera un poco. El motivo por el que no podía ni siquiera quebrarlos se debía al intenso sol que brillaba por aquellas horas sobre su cabeza. Como la vampira que era, el sol la debilitaba haciéndola perder gran parte de su fuerza y su velocidad sobrenatural.

Después largos intentos sin éxito, Run acabó rindiéndose y soltando los barrotes de la jaula con una cara de extenuación.

—Este sol está acabando conmigo. Necesito sangre o lo lamentaré.—se lamentó Run.

El Gran Krig en reacción a la expresión apesadumbrada de la vikinga, se acercó a ella entre gemidos de miedos.

—No te preocupes. Saldremos de aquí. —le aseguró Run, mientras lo acariciaba.

Al mismo tiempo que la vikinga claudicaba mostrándose incapaz por doblar los barrotes de su jaula, Raschid se la quedó mirando

hipnotizado por la sensual prenda que vestía. La larga prolongación de aquella mirada por parte del tirador de cuchillos, acabó por molestar a Run haciéndola perder los nervios.

—Podrías intentar algo y dejar de mirarme ¿No?—preguntó Run, dirigiéndose a Raschid en un tono muy alterado.

—Es que no puedo evitar miraros. Lucís demasiado bien con esas ropas…—replicó Raschid mirando a Run con el semblante sonrojado.

Run resopló ante el comentario inoportuno del mercenario.

—Lo siento, pero creo que no es el momento para esas cosas.—respondió Run.

La conversación que habían iniciado Raschid y Run, se vio cortada de repente por el sonido estridente que producían los largos cuchillos del cocinero al afilarse.

—Rash Rash.

Mientras seguía sonando aquel molesto ruido, Hakon se dirigió al grupo.

—¿Alguien de vosotros tiene algún plan para salir de aquí?—No quiero morir engullido por una de estas bestias. —dijo Hakon.

Dos celdas a la derecha de la que estaba el guerrero cristiano, Raschid se dirigió a Agazán, quien por aquel entonces se hallaba con gesto ausente.

—¿Podrías hacer algo para ayudarnos a salir de aquí?

—No, aunque sea uno de ellos no me escuchan. Para ellos yo soy tan forastero como vosotros al haber crecido fuera de la isla. Para ellos me he humillado al haber aprendido vuestra lengua.—respondió Agazán mostrándose sin ninguna esperanza.

Habiendo recibido la repuesta del mago de raza arengan, todo el grupo apenó el rostro sin tener esperanza alguna por escapar de allí. Mientras los arengans estaban haciendo los últimos preparativos del festín del mediodía, Mohamed se fijó por casualidad en un niño de raza arengan que jugaba cerca de él con una pelota hecha de hojas. El mercenario al ver aquel niño no pudo resistirse en sonreírle y en dirigirse a él.

—Eres bueno con la pelota. Yo también jugaba mucho cuando era un niño.—dijo Mohamed.

El niño de raza de arengan al escuchar las palabras extranjeras que le había comunicado el mercenario, se detuvo en su juego mirándole con una expresión dubitativa.

—¿Qué has dicho? ¿Hablas sobre la pelota?—preguntó el niño arengan, hablando en su lengua de reptil.

En aquel momento, el niño arengan se acercó hasta la jaula en la

que estaba encerrado el profeta entregándole su pelota.

—Gracias. —agradeció Mohamed, divertido porque el niño arengan lo hubiera entendido en ese intento de comunicación.

El breve diálogo que mantuvieron el profeta y el cachorro de arengan hizo que el resto del grupo de la vikinga se los quedaron mirando con un gesto de intriga.

—¿Y por qué no usas tu habilidad para convencer a los demás para salvarnos? Podrías convencerles para que no nos comieran. Serías un héroe.—dijo Run, dirigiéndose a Mohamed.

Antes de que Run terminara de hablar, Hakon soltó una gran carcajada.

—Claro, ¿Por qué no habíamos caído antes? —dijo Hakon en un tono irónico, incrédulo que la intervención del profeta pudiera solventar algo.

Dolido por el comentario de Hakon, Mohamed sacó su orgullo y entonces dijo:

—Podría intentarlo aunque necesitaré la ayuda de Agazán para que me traduzca. —respondió Mohamed.

—Ningún problema. —asintió Agazán.

A sabiendas de que Agazán "El mago bereber" actuaría como traductor de Mohamed en su dialogo con el niño arengan, Mohamed tomó la palabra:

—A ver qué dice este truán.—farfulló Hakon desde su jaula.

—Estimado amigo, decid al líder de vuestra que yo, Mohamed “El mil lenguas” tiene una información altamente importante que sin duda le interesará saber.—dijo Mohamed.

—¿Por qué?—preguntó el cachorro de arengan, mirando al profeta con gesto confuso.

—Yo soy el dios de los humanos. Si osáis comerme o a cualquiera de mis amigos. La destrucción caerá sobre vuestro poblado. Desde los cielos lloverán rocas en llamas que lo destruirán todo.—dijo Mohamed dirigiéndose al cachorro de arengan.

Las palabras dichas por el profeta provocaron que en sus jaulas Hakon y Raschid se miraran mutuamente con un gesto sorprendido.

El cachorro de arengan, temeroso por lo que había oído, retrocedió alejándose de los prisioneros.

—¿Sois el mensajero de los dragones?

Acto seguido, uno de los guerreros de la raza arengan que había estado espiando la conversación, salió corriendo para informar a Arkan sobre lo oído. Al poco tiempo de que aquel guerrero marchara a dar el aviso, Arkan se presentó ante sus cautivos para

obtener más información al respecto.

—¿Es cierto lo que dice ese reptil de piel blanda?—preguntó Arkan, dirigiéndose a Agazán en referencia a Mohamed.

—Es verdad. Lo juro como arengan que soy...—respondió Agazán con rostro serio.

—Si osáis hacerles daño, me levantaré en armas contra toda la raza arengan. Será el fin de Teide.—añadió Agazán.

En reacción a lo comentado por "El mago bereber", la expresión del rostro de Arkan cambió totalmente para mostrar incertidumbre.

—¿El fin de Teide? Es imposible. Hemos hecho todos los sacrificios posibles al dios de fuego, Surtur.—le replicó Arkan.

—Nada de eso importa. Él también es un dios. No se le puede tratar así...—sentenció Agazán.

Fruto de las palabras de aquellas palabras, Arkan quedó enmudecido pareciendo creer lo que decía el mago, pero cuando todo apuntaba a que el líder de los arengans se había tragado el engaño, sorprendió a todos demostrando que no era así. Tras resoplar indignado, abrió su boca llena de colmillos para volver a hablar a Agazán.

—¿Qué clase de líder sería si creyera que estoy ante un dios? ¡Este hombre es solo un impostor!—exclamó Arkan, acusando a Agazán de mentir.

El inesperado cambio de actitud en el líder de los arengans hizo pensar lo peor al grupo de la vikinga sobre su futuro próximo. Temerosos por saber qué vendría a continuación, se miraron los unos a los otros pero entonces, sucedió algo totalmente inesperado. Por detrás de Arkan, el volcán entró en erupción sembrando el terror en la aldea. Arkan, nada más oír la erupción volcánica, se giró velozmente para mirar qué estaba ocurriendo. Ver una nube de humo y fuego propagándose por el aire, le llevó a torcer la expresión de su rostro en un gesto de desconcierto. Habiendo visto aquello, Arkan se dio la vuelta con un pensamiento distinto respecto al profeta.

—¿Es un dios real?—preguntó Arkan, mostrándose ahora confuso.

—Ya os había avisado. Debéis liberarnos o sino será el fin de la raza arengan.—respondió Agazán, manteniendo su rostro serio en todo momento.

— ¿Y qué proponéis? Si os libero, iréis a por la humana y eso hará enfrentado al dios del fuego...—replicó Arkan, molesto por la situación en la que se encontraba.

Agazán asintió entendiendo las preocupaciones del líder de los

arengans.

—No debéis de preocuparos. El dios que viene con nosotros se encargará de enfrentarse al dios de fuego. Él liberara a esta aldea de su sufrimiento. Os lo prometo.

—¿De verdad puedo confiar? —preguntó Arkan.

—Sí. Es más. Debéis.

En aquel momento, Arkan tendió su mano en el interior de la jaula acordando con Agazán la liberación del grupo de aquellas jaulas. Habiendo alcanzado tal trato, Arkan escupió al suelo y luego se dirigió a sus guerreros para darles ordenes:

—Liberadlos. No deseo más problemas con los dioses.

Con aquella orden del líder de los arengans, todo el grupo de la vikinga fue liberado de sus jaulas. Cuando los arengans abrieron las jaulas tanto Hakon como Raschid reaccionaron mostrándose muy sorprendidos porque el engaño del profeta hubiera llegado a buen puerto.

—¿Y esto? No me lo puedo creer. Somos libres. Al final nos servirá para algo este hombre.—dijo Hakon, saliendo de la jaula con gesto atónito.

—¿Veís incrédulo como sí que soy un hombre útil?—le reprochó Mohamed a Hakon, estirando por su rostro una expresión orgullosa.

A unos metros de Hakon y Mohamed, Raschid salió de su jaula con gran alegría en su rostro.

—Me alegro de que hayas venido con nosotros amigo.—dijo Raschid.

—También ha sido cosa de Agazán el hecho que no se os olvide. —dijo Run, acordándose del mago, mientras salía de su jaula.

Agazán sonrió por motivo del comentario de la vikinga y luego fue a reunirse con todo el grupo. Una que vez que los seis estuvieron fuera de sus jaulas, el líder de los arengans se situó ante ellos acompañado por una decena de guerreros de la tribu.

Los guerreros que había tras el líder de los arengans, sostenían en sus garras una serie de extrañas armaduras exactamente iguales a las que vestían ellos mismo. Cuando Hakon se dio cuenta de que los arengans no traían sus armaduras sino otras totalmente distintas a las suyas, frunció el ceño mostrándose disgustado.

—¿Dónde están nuestras cosas?—preguntó Hakon, siendo traducido por Agazán.

—Olvidad vuestras armaduras, si queréis llegar hasta la humana debéis protegeros con estas armaduras. Son armaduras de huesos de dragón. Son perfectas para luchar en zonas ardientes.

Habiéndose producido la presentación de las armaduras por

parte de los arengans, estos entregaron las armaduras al grupo de la vikinga.

—Una armadura de huesos de dragón. Asombroso.—farfulló Run.

—¿Deberíamos fiarnos de ellos?—preguntó Hakon a Run.

—¿Por qué no? Nos han liberado. Ya no deberían querer hacernos ningún daño.—respondió Run.

—De todos modos...—dijo Hakon mostrándose desconfiado.

—No, ya no hay nada de qué temer. Podemos confiar en ellos.—dijo Agazán.

Mientras que el grupo de la vikinga observaba las armaduras, Arkan siguió hablando:

—Las vuestras no os servirán para nada ante el fuego de los dragones y mucho menos para enfrentaros a Surtur.—respondió Arkan, señalando con sus largas garras las armaduras que cargaban los arengans.

—¿El fuego de los dragones? ¿Surtur?—preguntó Mohamed, incrédulo.

—¿Quién es Surtur?—preguntó Run reaccionando con un semblante sorprendido.

—Sí, ¿Quién es Surtur? —preguntó Raschid.

—El dios que vive en la montaña. —dijo Arkan, volviendo hacia atrás para señalar al volcán.

—Desde hace siglos hemos ido haciendo sacrificios de humanos con para que Surtur calmara su furia a costa de sus vidas. Eso lo ha mantenido atado al volcán pero si vosotros le arrebatáis a la mujer de tan seguro que tomará represalias contra nosotros…—dijo Arkan.

A raíz de la traducción que hizo Agazán sobre las palabras de Aru, Run dio un paso al frente y entonces le contestó.

—No os preocupéis. Lucharemos contra Surtur y contra lo que sea que hallemos. Los arengans no vivirán asustados nunca más. Os lo prometo.—dijo Run siendo traducida por Agazán.

A raíz de las palabras cruzadas entre Run y Arkan, el lanzador de cuchillos quedó enmudecido.

—Bueno…es factible. —dijo Raschid, atónito por los peligros que empezaban a divisarse en la misión.

Llegado a aquel punto de la conversación, el grupo empezó a vestirse con las armaduras mostrándose muy confusos en cómo se colocaban ciertas partes de las mismas. A medida que Run se colocaba su armadura, Raschid la iba mirando detenidamente con una sonrisa en la boca.

—¿Qué os sucede?—preguntó Run.

—Es una pena que tengáis que vestiros de nuevo con esa fea armadura.—respondió Raschid dirigiéndose a Run.

El comentario del lanzador de cuchillos provocó que a Run se le escapara un resoplido acompañado con una risilla.

—Vos estáis siempre igual...—bromeó Run.

—Tranquilízate o si no te dejaremos aquí haciendo compañía a los arengans.—dijo Hakon mientras se vestía con su armadura.

Pasados unos minutos, una vez que Run y su séquito terminaron de estar uniformados con sus respectivas armaduras, el líder de los arengans desenvainó una extraña espada de aspecto único:

—Si deseáis llegar hasta el dios de fuego. Deberéis coger esta espada. Será la llave que os lleve ante él.

La espada tenía un filo curvado con un mandoble a dos manos con forma de dragón en la empuñadura. Los dos brazos de la empuñadura representaban las alas de un dragón, y la parte del mango, la cola.

—Es “Garra de dragón” la espada forjada a partir de la garra de Nod, el primero de los dragones. Dentro del volcán la deberéis usar para abrir la puerta que conduce por el reino de las llamas, Muspelheim…—dijo Arkan, al mismo tiempo que sujetaba la espada sobre las palmas de sus manos.

La traducción hecha por el mago sobre las palabras de Arkan, conllevó a que tanto Run como Hakon quedaran hipnotizados por la majestuosidad de la espada.

—Tiene que ser mía.—farfulló Hakon.

Hakon, decidido por hacerse con ella, dio un primer paso para coger la espada, pero en cuanto dio el segundo paso una ráfaga pasó por su lado dejándole sin ella. Para su sorpresa, Run ya sostenía la espada “Garra de dragón”. Se le había adelantado por un costado recogiendo en su lugar la espada.

Debido a la acción realizada por la vikinga, Hakon gruñó de rabia mostrándose muy indignado.

—¿Qué haces? Iba a cogerla yo…—se quejó Hakon con una expresión de enfado en su rostro.

—¿Qué? Lo siento. Pensé que no te interesaría.—respondió Run, sacando su lengua de forma burlona a Hakon.

Hakon, molesto por la burla, gruño y acabó marchando de allí.

Al término de aquella breve discusión por la espada, Run se dirigió a Arkan:

—Gracias por la espada. La guardaré como un tesoro. —asintió Run, mientras cogía la espada.

A consecuencia de las palabras dichas por la vikinga, el líder de los arengans asintió con la cabeza.

—Os agradezco eso. Para facilitaros vuestra llegada al reino de Muspelheim, os guiaré personalmente hasta el volcán.—dijo Arkan.

—Muchísimas gracias. Nos vendrás de gran ayuda.—asintió Run.

Pocos minutos después de que Run hubiera aceptado el ofrecimiento del líder de los arengans, Run y su séquito dejaron atrás la aldea de Teide, siguiendo los pasos del fornido ser por toda la isla.

Aquel viaje se prolongó durante más de dos días, por lo que el grupo se vio obligado a detenerse en varias ocasiones para comer y descansar. Al tercer día de que el grupo hubiera abandonado el pueblo de Teide, llegaron hasta la cima del volcán donde estaba "La puerta del infierno". Detenidos ante el gigantesco cráter, el grupo se miró los unos a los otros a la espera de decidir el siguiente paso.

—Es aquí donde se encuentra la entrada que lleva a Surtur. Encontrad a Surtur y encontraréis a la princesa.—dijo Arkan, siendo traducido por Agazán.

—Surtur…—repitió Hakon con gesto atemorizado.

—¿Y vamos a tener que bajar por el interior de un volcán?—preguntó Mohamed mostrándose temeroso.

—¿Y cómo crees que vamos a hacerlo si no?—preguntó Hakon dirigiéndose a Mohamed con una sonrisa irónica.

Mientras el guerrero cristiano se burlaba del mercenario, Run se dirigió a Agazán en referencia a Arkan.

—¿Él también vendrá con nosotros? Necesitamos sus músculos. —preguntó Run.

Para responder a la pregunta realizada por la vikinga, el líder de los arengans tomó la palabra:

—No, prefiero mantenerme a un lado. No quiero que vuestras acciones afecten al bienestar de mi pueblo.—respondió Arkan.

—Menudo cobarde.—se quejó Hakon, preparando una cuerda para lanzarla al interior del vacío que había en el volcán.

—Hay que entenderlo. No quiere problemas para su gente.—le replicó Run.

En aquel momento, Arkan dio un paso hacia atrás observando como Run daba órdenes a sus compañeros:

—Preparad vuestras cuerdas. Bajaremos a saludar a Surtur.—dijo Run.

CAPÍTULO 17: EL REINO DE MUSPELHEIM

Pasados unos minutos de que el grupo hubiera llegado hasta la cima del volcán empezaron a descender por una soga que habían creado a partir de todas la cuerdas que habían traído. Durante el descenso del grupo, el encargado de transportar al Gran Krig fue dueño. Hakon llevaba a su perro atado a la espalda mientras iba descendiendo por la soga. Pese a que él iba cargado con el animal encima, no era el más lento en bajar. Ese puesto de dudoso honor lo ocupaba el profeta Mohamed.

El mercenario avanzaba terriblemente lento, muy miedoso de caer al vacío.

—Por Alá esto está demasiado alto. —se quejó Mohamed con su mirada puesta en el interminable vacío que había a sus pies.

Muy debajo de la posición de donde se hallaba Mohamed, Run, que iba por entonces en un punto más avanzada en el descenso, se dirigió al temeroso profeta dándole un consejo.

—¡Vamos Mohamed, tú puedes! Trata de no mirar abajo. Será peor si lo haces.

Mohamed, espoleado por el ánimo de la vikinga, cogió un chorro de aire en sus pulmones y luego prosiguió con el descenso.

De ese modo, el profeta bajó como todos hasta llegar al final. Una vez abajo, Mohamed se unió al grupo para seguir con el avance por el volcán. En aquella nueva parte del recorrido, fueron descendiendo a pie por una ladera que dirigía hacia el interior del cráter.

—Estamos marchando sin saber si encontraremos a Surtur en la vuelta de la esquina…—dijo Mohamed con gesto temeroso.

—Sí, esto ya empieza a dar miedo.—añadió Raschid también temeroso.

—Par de cobardes.—resopló Hakon con el ceño fruncido.

El comentario del guerrero cristiano hizo reír a la vikinga. Cuando el grupo de aventureros hubo llegado al final de su camino por el cráter, se toparon para sorpresa de ellos con un inquietante portón. En aquel portón había dibujados una serie de símbolos relacionados con el fuego. Además de aquellos símbolos también había un hueco en el que parecía faltar una espada.

—Aquí debe ser hacia donde nos dirigimos. "La puerta del infierno"…—dijo Run, observando el portón con intriga.

—Qué maravilla. Pensaba que solo eran leyendas pero de verdad existe "La puerta del infierno"…—farfulló Agazán con una expresión

sorpresa.

—¿La puerta del infierno? —se preguntó Hakon a sí mismo.

—¿Lo que nos espera detrás de esta puerta es el infierno?— preguntó Raschid dirigiéndose a Agazán, con una expresión de preocupación.

—¿El musulmán o el cristiano?—preguntó Raschid.

—El musulmán, Raschid. El cristiano no existe. Es una invención de ellos.—respondió Mohamed.

Con la respuesta del profeta, Hakon tomó la palabra para dar su opinión en dicho asunto.

—¿Qué pruebas tienes de ello? ¿Acaso has visto alguna montaña moverse como la de Mahoma?—preguntó Hakon.

Molesto por el comentario del guerrero cristiano, Mohamed le replicó mostrándose furioso.

—Idiota, no hables de la religión musulmana sino tienes ni idea.

—¿Cómo que idiota, bastardo barbudo?—preguntó Hakon, iracundo.

Mientras que Hakon discutía con Mohamed, Run se acercó hasta el hueco que había en el portón con forma de espada.

—¿Qué es esta forma?—preguntó Run.

La vikinga después de haber observado dicho hueco desenvainó "Garra de dragón" para situarla en él.

—Creo que esto va aquí—dijo Run mientras colocaba la espada.

A continuación de que la vikinga hubiera depositado la espada en el hueco que había en el portón, éste empezó a brillar intensamente. Al estar ocurriendo aquel mágico suceso todo el grupo se volvió hacia el portón observándolo con sorpresa.

—El portón está brillando...—farfulló Hakon.

—¿Qué pasará ahora?—preguntó Raschid.

—No lo sé...—respondió Run, intrigada.

Pasados unos pocos segundos, el portón desapareció dejando caer la "Garra del dragón" al suelo. Una vez que el portón quedó abierto, Run se adelantó al grupo para recoger la espada del suelo. Teniendo l "Garra del dragón" en su poder, Run se la entregó a Hakon mostrando una sonrisa divertida al hacerlo.

—Ten, aquí tienes tu espada.—dijo Run dirigiéndose a Hakon en un tono amistoso.

Hakon al recibir la espada de parte de la vikinga, arqueó una sonrisa cogiéndola y luego guardándola en su cinto. A continuación avanzó con ella por el camino abierto. Habiéndose adentrado los dos guerreros, Raschid salió corriendo tras ellos siendo seguido tras Mohamed y Agazán.

—Eh, esperadme. Sigámosles.—dijo Raschid.

En cuanto el grupo se hubo adentrado por la obertura, divisaron una tierra subterránea de fuego, roca fundida y gases tóxicos. Además de eso, el grupo encontró a sus pies una carretera de roca que los guiaba por una inmensidad repleta de lagos y más lagos de lava.

—Oh, que calor hace aquí.—se quejó Mohamed.

—¿Qué es este lugar tan horrible?—preguntó Hakon.

Molesto por los gases, Raschid tosió fuertemente.

—Cof cof cof.

—Será mejor que nos pongamos los yelmos. Hay gases tóxicos por todas partes.—dijo Run.

Siguiendo con el consejo de la vikinga, el grupo de guerreros que la acompañaban se colocaron el yelmo protegiéndose de ese modo la cara.

—¿Ahora hacia dónde vamos?—preguntó Hakon dirigiéndose a Run.

—De momento seguiremos este camino a ver hasta dónde nos lleva…—respondió Run.

A raíz de la respuesta de la vikinga, el grupo inició su marcha por aquella peligrosa tierra. El mundo al que habían llegado era el reino de Muspelheim, el hogar del fuego. Hasta aquel reino solo se podía llegar a través de los volcanes que había a lo largo del Midgard. Ese era el motivo por el que muy pocos habían podido llegar hasta él y por el que aún menos habían podido regresar.

Centrándonos en el avance del grupo por el reino de Muspelheim, a medida que Run y su séquito iban andando se fueron cruzando con todo tipo de obstáculos como cambios de niveles y caminos estrechos.

Tras media hora de caminata, Mohamed se tropezó contra una roca saliente que había en el camino. Cuando el profeta fue ayudado a levantarse, el grupo se percató de la presencia de unos misteriosos huevos. Los huevos tenían un tamaño fuera de lo normal

—¿Qué son estos huevos? ¿Se podrán comer?—preguntó Mohamed con intriga.

—Tienen pinta de ser huevos de dragón o algo así.—respondió Run con una expresión de terror.

—¿Qué? ¿Huevos de dragón?—preguntó Mohamed.

—Sí, son huevos de dragón. Yo de vosotros no los tocaría. Podríais llamar la atención de sus padres.—avisó Agazán.

—Tranquilo, lo último que quiero es encontrarme con uno de

sus papis.—dijo Mohamed.

—Por eso. Será mejor que retomemos la marcha. Venga—ordenó Run.

Ante la orden de la vikinga, el grupo retomó la marcha dejando atrás a los misteriosos huevos. Mientras que Run y su séquito caminaban despreocupados, en la zona donde se encontraban los huevos, uno de ellos se quebró por sí solo permitiendo que apareciera un pequeño dragón del interior de su cascaron. El dragón recién nacido al salir fuera de su cascarón rugió débilmente.

—Gruuua…

Aquel rugido pese a lo débil de su sonido rebotó entre los muros de roca del reino de Muspelheim creando un eco que se repitió aumentando el volumen del sonido inicial hasta llegar a los oídos del grupo.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó Run, deteniéndose súbitamente en la marcha.

—¿De qué hablas?—preguntó Hakon.

—¿Estás sordo?, ¿No lo has oído?—preguntó Run con un ceño fruncido.

—No…—respondió Hakon.

Cuando los dos guerreros estaban discutiendo sobre aquel rugido, de nuevo se volvió a escuchar el mismo rugido.

—Gruuua…

Esta vez, Hakon sí que lo oyó por lo que dejó de discutir adoptando por su rostro una expresión de temor e incertidumbre. En aquel instante en que Hakon se quedó helado por haber oído el inquietante rugido, Agazán dio un paso al frente para dirigirse a todo el grupo.

—¡Dragones!—avisó Agazán, gritando en voz alta.

Justo después de que Agazán hubiera pronunciado dicha palabra, dos dragones rompieron con sus alas las rocas que les habían tenido encerrados, aparecieron por sorpresa desde el interior de los muros. Inmediatamente de que los dragones se hubieran presentado ante ellos, Run se giró sobre sí misma para dirigirse a todo el grupo.

—¡Preparaos!

A raíz de la orden de la vikinga, todo el grupo se preparó de diferente forma para enfrentar la amenaza de los dragones. Todos salvo Mohamed, el cual carecía de habilidades para la lucha. Por la parte del resto: Hakon desenvainó su espada, Raschid agarró cinco cuchillos por cada mano y Agazán creó dos bolas de energía sobre las palmas de sus manos.

—Mantente a un lado, amigo. No creo que puedas convencer a un dragón de que no te coma.—dijo Hakon dirigiéndose a Mohamed, en un tono burlón.

Mientras el grupo actuaba preparándose para el combate, los dos dragones se pusieron a preparar unas bolas de fuego en el interior de sus gargantas, las cuales terminaron por escupir. Antes de que las llamas llegaran a quemar a todo el grupo, Agazán paró el fuego realizando un hechizo con sus manos con el que consiguió controlar las llamas. Dominado el fuego de los dragones, uno de aquellos dragones se lanzó en picado para atacar a la vikinga. Deseoso por engullirla, el dragón empezó a lanzar dentelladas a Run obligándola a retroceder. Por medio de su escudo y su espada, iba repeliendo los colmillos del dragón sin quitar su ojo de encima a sus compañeros.

—Encargaos vosotros del otro. Éste es mío.—gritó Run.

Cuando todavía estaba hablando la vikinga, el otro dragón aterrizó enfrente del resto del grupo. Ver a la bestia a tan corta distancia les dejó aterrados, pero rápidamente, actuaron con el objetivo de combatirlo. Creando una distracción, Hakon y Raschid salieron corriendo por ambos lados del dragón.

—Yo iré por aquí.—gritó Hakon, corriendo hacia el flanco derecho del dragón.

—Yo por el otro lado.—le respondió Raschid, corriendo hacia el flanco izquierdo del dragón.

Durante el tiempo en el que el guerrero cristiano y el lanzador de cuchillos corrían para rodear al dragón, Agazán se quedó inmóvil a pesar de que el dragón empezaba a crear una nueva bola de fuego en el interior de su garganta. Una vez que dragón hubo terminado de crear la nueva bola de fuego, la escupió contra todos. En esta ocasión, las llamas también volvieron a ser controladas por Agazán con suma facilidad. No solo controló el fuego sino que además, retornó las llamas contra el dragón hiriéndole de gravedad en sus alas. Herido por las llamas, el dragón rugió de dolor y entonces, se vio obligado a posar sus garras en tierras. El dragón al estar con sus alas extendidas en la tierra, fue acosado por Hakon y Raschid, quienes empezaron a atacarle de forma repetitiva en la zona de inferior del vientre.

—Tomad, maldita bestia.—gritó Hakon, mientras hería al dragón con tajos horizontales.

—Estás acabado, lagarto.—dijo Raschid.

Aquel dragón caído, tratando de defender su vida, torció su alargado cuello para matar a Raschid de un mordisco, pero entonces

una piedra le golpeó fuertemente en la cabeza provocándole que volviera a torcer su cuello hacia delante.

—Griiaaa.—gruñó el dragón.

La piedra que había impactado en la cabeza del dragón había sido lanzada por Mohamed. El profeta aunque decía sobre sí mismo que no era un guerrero, dominaba a la perfección el lanzamiento de piedras con honda.

Acontecida la intervención del profeta en la lucha con el dragón, Hakon terminó por darle el golpe de gracia asestándole una estocada mortal en la cabeza con la espada "Garra de dragón". Después de clavar la espada, de la cabeza del dragón se empezó a derramar un río de sangre alrededor de los guerreros. Mientras eso sucedía, Run seguía enfrentándose al otro dragón. La vikinga por aquel entonces estaba esquivando las dentelladas del dragón. Cuando Run se cansó de escapar y saltó encima de la cabeza del dragón desde donde le clavó "Espada del mediano". Aquella acción realizada por la vikinga hizo que el dragón contra el que estaba luchando, rugiera de dolor y que finalmente cayera en el suelo.

Con el otro dragón asesinado, Run extrajo "Espada del mediano" de la piel escamosa y entonces la volvió a envainar en la empuñadura que cargaba en su espalda.

—Juradme por todos los dioses que nadie volverá a mirar tan si quiera a un huevo o a la cría de cualquier monstruo de este reino.—dijo Run entre resoplidos.

CAPÍTULO 18: LLUVÍA DE LLAMAS

En el mundo de Helheim, todos los demonios permanecían en silencio a la espera de que se produjera el importante momento para el futuro de los reinos de la oscuridad. Minrha estaba a punto de dar a luz el que iba a ser el tercer del rey del infierno, Loki. El parto se estaba desarrollando en el primer nivel, más concretamente, en una gruta cercana a la playa de Nastrand. Tendida sobre una roca de la gruta, la hechicera jadeaba mientras sus entrañas se abrían para dejar paso a la criatura que durante una semana había llevado dentro de su vientre. El dios del engaño sonreía pletórico de que su nuevo descendiente acabara de ver la oscuridad del reino de la muerte.

—Vamos, cariño. Empuja un poco más. Nuestro hijo está cerca. —dijo Loki mostrándose ansioso.

Llegado al cuarto de hora de que se iniciara el parto, el jadeo de Minrha se tornó en un grito de dolor. El bebé había sacado la cabeza fuera de su madre. Cuando el bebé tuvo esa parte de su cuerpo fuera, el resto le siguió con mucha facilidad. Loki lo cogió entre sus manos mirándolo con una expresión de felicidad. El bebé se trataba de una niña de cabello negro y ojos verdes. La niña tenía una anomalía en su piel como la que tenía su madre. La mitad de su cuerpo estaba putrefacta debido a su naturaleza híbrida.

—Es una niña…—dijo Loki, emocionado.

—Es preciosa.—añadió Minrha.

—Sí, lo es.—asintió Loki, mientras se giraba hacia los demonios que esperaban por ver a la princesa de las tinieblas.

En aquel momento, Loki levantó a la niña mostrándola bien en alto a los demonios.

—Súbditos, aquí está Hela, vuestra futura reina.—gritó Loki dirigiéndose a los demonios.

Como consecuencia de las palabras del rey del infierno, los demonios dieron una ovación a la niña alzando sus armas en alto. Loki sonrió por la celebración de los demonios, y entonces, dio un paso hacia el frente portando a su hija en brazos.

–¡Jormunganeder!, ¡Fenrir!. —gritó Loki, invocando la presencia de sus monstruosos hijos.

—Venid a contemplar a vuestra hermana.—añadió Loki hablando en voz baja.

Con el llamamiento, los demonios que estaban en torno a la familia real del Helheim se miraron los unos a los otros con gesto atemorizado, y a continuación, salieron corrieron por no encontrarse en medio del camino de los hijos de Loki, una vez llegaran a la gruta. Entonces, sonó un aullido. En lo alto de una montaña del infierno, Fenrir, el lobo más grande que jamás hubiera existido saltó lanzándose desde más de mil metro de altura. Cuando la bestia posó sus garras en la tierra, todo el Helheim se puso a temblar.

—¿Qué eso?—preguntó un demonio adoptando una cara de terror.

—Fenrir…Mi hijo.—farfulló Loki, estirando una malévola sonrisa.

A unos pocos kilómetros de distancia, un gigantesco lobo corría velozmente hacia el lugar al que se le había invocado. Fenrir era tan grande que con cada zancada de sus cuatro patas recorría kilómetros de distancia en apenas de segundos. Volviendo a la gruta donde se hallaban Loki junto a su hija, su esposa y el resto de los demonios, de repente, las aguas se levantaron llegando a formar una montaña de agua. Tras aquella inmensidad de agua, surgió Jormungander, el segundo hijo de Loki. Jormungander era una serpiente gigante con colmillos tan grandes como espadas. La serpiente al mostrarse frente a su padre, se lanzó sobre la masa de demonios, llevándose a un grupo de ellos a su inmensa boca. Jormungander los masticó cercenando a los demonios, y los engulló. Habiendo saciado su hambre, la serpiente reptó fuera del agua hasta situarse a unos centímetros de distancia de su nueva hermana. Fenrir llegó poco después. El lobo a medida que se dirigía hacia su nueva hermana, aplastó a varios demonios bajo sus patas.

Estando reunida la familia al completo, Loki dejó a la niña en medio de los dos monstruos, quienes la olieron y acariciaron de forma amistosa.

De nuevo en el reino de Muspelheim, pasados unas horas de que Run y su séquito se enfrentaran a los dos dragones, se detuvieron en el interior de una cueva para descansar. Allí prepararon una especie de campamento en el que además de llenar el estómago con algo de alimento, pudieron dormir unas pocas horas antes de proseguir con la marcha. Durante las horas en que todos estuvieron durmiendo,

Run lo aprovechó para regresar hasta la zona donde estaban los dragones y alimentarse de la sangre de ellos.

A las ocho de la mañana del día siguiente, en el reino de Muspelheim, el grupo abandonó la cueva tomando rumbo hacia unos desfiladeros que conducían por un acantilado que había sobre un mar de lava. De camino por dicha zona, Run se dirigió al grupo.

—Creo que deberíamos dividirnos para buscarla cada uno por nuestra cuenta. Este lugar es demasiado grande.

—¿Buscarla por nuestra cuenta? ¿Y qué haría yo si me encuentro con uno de esos dragones?—preguntó Mohamed con gesto aterrado.

En consecuencia de la pregunta realizada por el profeta, Hakon sonrió divertido.

—Ciertamente, cuesta creer que alguien pudiese sobrevivir deambulando solo por un lugar como éste. Lo primero que debemos hacer antes de todo es tratar de mantener nuestra vida, lo demás es secundario.—dijo Hakon.

—Pero...—le replicó Run mostrándose dubitativa

En ese instante, una voz femenina se escuchó en la lejanía.

—¿Hola? ¡Aquí estoy!

Al escuchar aquella voz femenina, el grupo se detuvo en su avance por el acantilado girando sus miradas hacia el lugar de procedencia. Para sorpresa de ellos, habían encontrado a la buscada mujer del jeque Abdul Rafi. Ella era la mismísima princesa Fadilla, la viuda de Ghazi Love y por tanto, excuñada de Run.

La princesa del sur como era conocida por Europa, poseía una belleza tan única como una flor en el desierto. Una capa de cobre bañaba su piel sedosa y una larga melena negra le caía como una cascada hasta llegarle a la altura de su trasero. La princesa Fadilla tenía un rostro de facciones redondeadas donde resaltaban unos pómulos marcados y unos ojos negros en forma de almendra. Cada vez que la princesa abría los ojos, sus largas pestañas abanicaban a quienes la miraban como dos mariposas en pleno vuelo.

Por aquel entonces, la princesa Fadilla estaba sentada sobre una estrecha roca que permanecía colgada sobre un gran vacío, a una distancia de treinta metros de donde se hallaba el grupo de la vikinga, los cuales reaccionaron mostrándose muy felices por encontrarse con la princesa.

—¡Princesa Fadila!—exclamó Run, sorprendida.

—¿Fadila? ¿Tu cuñada?—preguntó Hakon con una sonrisa divertida.

—¡La encontramos!—exclamó Raschid secundando la alegría.

Entre la euforia que se repartía por el grupo, Mohamed resopló aliviado.

—Menos mal. Al menos ya nos podremos ir de este mundo.

—En efecto. —asintió Agazán.

En aquel instante, Hakon se pasó una mano por la frente arqueando una sonrisa.

—Quien lo iba a decir. Resulta que la mujer que buscábamos era la cuñada de Run.

Run asintió con el comentario de Hakon y entonces tomó la palabra para dirigirse a la princesa Fadila en voz en grito:

—¡Princesa no se preocupe! ¡Ahora vamos a salvarla!

Debido a las palabras de tranquilidad de la vikinga, la princesa Fadila asintió mostrándose rebosante de alegría.

—Gracias por haber venido a por mí. Os estaré agradecida por siempre.—agradeció Fadila desde la distancia.

En otro lado del acantilado, Raschid se le caía la baba ante la belleza de la princesa musulmana:

—¿Agradecida? Es muy guapa…

Mientras el mercenario se moría encantado por los encantos de Fadila, Run continuó hablándola dando gritos desde su lado del acantilado.

—¡Venimos de parte de su esposo! ¡No se preocupe pronto estará a salvo!—dijo Run .

Ante las nuevas palabras de la vikinga, de repente la princesa Fadilla dejó de sonreír mostrando una extraña tristeza por su rostro. Aquel cambio de actitud en el rostro de la princesa pasó por alto para Run, quien acto seguido se giró para dirigirse al grupo y explicar cuál iba a ser su plan de rescate.

—Escuchad todos. Vamos a unir vuestras cuerdas de nuevo para fabricar una que sea lo suficientemente larga para llegar hasta la princesa. ¿Lo habéis entendido? Yo me desplazaré por ella.—dijo Run.

— ¿Estás segura?—No tienes por qué hacer todo lo que sea peligroso. —le comentó Hakon.

La reacción del guerrero cristiano por protegerla hizo que Run se mostrara avergonzada.

—No me pasará nada. Soy más ágil que todos vosotros y además peso menos. No me costará nada llegar hasta el otro lado.—dijo Run.

—Hum. Como quieras…—se quejó Hakon.

Raschid, molesto por la conexión que Run y Hakon parecían tener entre ambos, intervino en la conversación.

—Yo estoy de acuerdo con él. No creo que debas ponerte en peligro. Eso podría hacerlo yo por ejemplo.—dijo Raschid, haciéndose el valiente.

—¿Estás seguro?—preguntó Run, incrédula.

—Claro. Soy Raschid, “El ratón”. Para mí desplazarme por una cuerda no es nada—dijo Raschid, tratando de aparentar seguridad.

—Está bien. Si tan confiado te sientes puedes hacerlo tú.—dijo Run, desconfiada con Raschid.

Una vez que el grupo hubo decido que Raschid sería quien llegaría hasta la princesa, juntaron todas las cuerdas que cargaban para empezar a fabricar una sola. Aquella labor llevó al grupo un par de minutos pero finalmente crearon la cuerda del tamaño necesario.

Para crear el camino que los llevara hasta la roca en la que se hallaba la princesa, Run disparó una flecha con su arco en la cual fue unida la cuerda que habían fabricado. Tras haber acertado en la roca y haber comprobado que la cuerda estaba bien anclada en el otro extremo, Raschid se agarró de la cuerda para empezar a cruzar el mar de lava ante la vista de todo el grupo.

En cuanto el lanzador de cuchillos avanzó un poco por la cuerda, se quedó con su cuerpo colgado y sus manos agarrándose a la cuerda. En el acantilado, todo el grupo miraba atentamente como Raschid se iba deslizando por la cuerda.

—Da miedo solo de verle.—dijo Mohamed con gesto asombrado.

—Hay que reconocer que es muy valiente. Cualquiera no se hubiera atrevido a hacer eso.—dijo Agazán observando con esto fascinado

—¿Es muy valiente? En mi opinión es muy estúpido. Lo está siendo solo para agradar a Run.—dijo Hakon mostrando una sonrisa retorcida.

Run rió con el comentario de Hakon. Mientras en aquella zona del acantilado el grupo conversaba sobre lo que estaban viendo, Raschid continuaba avanzando agarrado a la cuerda.

—Mierda ¿Quién me mandó a mí hacerme el valiente por una chica?—se quejó Raschid con gesto de sufrimiento.

En la roca colgante donde permanecía la princesa Fadilla, ella se mostraba muy feliz por ver que Raschid estaba cada vez más cercano.

—Vamos, mucho ánimo. No te caigas.—dijo Fadilla dándole ánimos.

En aquel momento en que apenas distanciaban un par de metros a Raschid de la princesa, se escuchó en el acantilado un potente

rugido acompañado por un temblor. En reacción de aquel fenómeno, el grupo alzó sus miradas buscando alguna respuesta sobre qué estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es este temblor?—preguntó Mohamed.

—No lo sé. Serán dragones otra vez.—dijo Hakon, nervioso por la situación que se les venía encima.

—No son dragones. Es algo mucho más grande.—dijo Agazán, mirando con nerviosismo hacia los lados.

—¿Más grande? —preguntó Hakon, incrédulo y asustado a la vez.

—¡Es Surtur!—sentenció Agazán, atónito por ver al gigante.

Súbitamente, en la superficie del mar de lava en el que el lanzador de cuchillos estaba colgado, la espalda de un gigante se fuego se fue alzando desde la lava, despertando de su letargo. Aquel ser de dimensiones descomunales era Surtur. El rey del reino de Muspelheim.

—¡Surtur! ¡Tal como dijeron, la tenía él! —exclamó Hakon, atónito por el surgimiento del gigante de entre la lava.

—¡Es una criatura inaudita! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Mohamed, asustado.

—Dejad de llorar como cobardes y pensar en algo. Raschid está colgado encima de él.—dijo Run, preocupada por la vida de su compañero.

Agarrado de la cuerda, Raschid reaccionó totalmente aterrado con el gigante que estaba levantando por debajo de él.

—¿Qué? ¿Por qué a mí?—se quejó Raschid.

Al mismo tiempo que el lanzador de cuchillos se lamentaba por su mala suerte, en la zona del acantilado, el resto del grupo se quedó paralizado observando como el gigante cada vez él tenía más parte de su cuerpo fuera de la lava. Fue Run la que se salió de su asombro para dirigirse al mercenario a voces:

—¡Date prisa!¡Corta la cuerda!

—Está perdido…—farfulló Hakon, en referencia a Raschid.

Siguiendo el consejo de la vikinga, Raschid soltó una mano de la cuerda para llevarla hacia uno de los cuchillos que cargaba en la bandana. Sin embargo, fruto de los nervios del momento, al meter la mano en la bandana para coger un cuchillo, aflojó la bandana provocando que los cuchillos cayeran al fuego del acantilado.

—¡Noooo!—gritó Raschid, desconsolado.

Raschid, apenado por su torpeza, cogió de nuevo a la cuerda mostrándose cercano al lloro. No veía ninguna solución. El gigante estaba a punto de cogerle.

—Mierda, voy a morir…—farfulló Raschid, descorazonado.

En aquel momento de desesperación para el mercenario, una flecha disparada por Run desde el acantilado, voló sobre él segando la cuerda y con ello, alejando a Raschid del peligroso gigante. La acción de la vikinga solventó el problema más directo que tenía el lanzador de cuchillos pero ni mucho menos lo sacó del peligro, ya que justo después Raschid, se balanceara hacia delante sobrepasando la roca colgante donde se estaba la princesa Fadila, empezó el retroceso del balanceo para regresarle al punto donde el gigante de fuego se estaba levantando.

—¡Aaaaarrhggg!—gritó Raschid, aterrado por ver al gigante de tan de cerca.

En la zona del acantilado, el resto del grupo miraba la situación de Raschid con nerviosismo y mucha atención.

—¡Está volviendo hacia el gigante! —exclamó Hakon, incrédulo.

—¡Va a morir!. ¡Va a morir! —dijo Mohamed poseído por el nerviosismo del momento.

De vuelta a lo que sucedía con respecto al lanzador de cuchillos, en el retroceso del balanceo fue acercándose peligrosamente ante el gigante, pero pocos metros antes de impactar, la cuerda se detuvo para balancearse ahora hacia adelante.

—¡Aaaaarrhggg!¿Cuándo para esto? —se quejó Raschid, mientras la cuerda se seguía balanceando como un péndulo.

En el lado del acantilado, Hakon resopló aliviado.

—Buf. Eso ha estado cerca.

—Debemos ayudarle. Está en muy serio peligro. —dijo Mohamed.

—Sí, pero qué podemos hacer. —le replicó Agazán.

Con intención de dirigirse a Raschid, Run dio un paso adelante y entonces le dijo a gritos.

—¡Trepa ahora! ¡Antes de que te vea! ¡No te quedes ahí!

Raschid, espoleado por el grito de la vikinga y aprovechando que el balanceo iba aflojando, empezó a trepar por la cuerda con desesperación.

En el lado del acantilado, la vikinga se dirigió a Hakon, comentando por lo que estaban viendo:

—Está subiendo. Lo está haciendo. —dijo Run.

—Bien, lo va a lograr. —dijo Agazán.

—Yo no cantaría victoria…—le contestó Hakon, desconfiado.

Volviendo a Raschid, cuando consiguió trepar hasta la base de la roca colgante recibió la ayuda de la princesa Fadilla, quien le facilitó ponerse en pie.

—Tranquilo, ya estás en tierra.—dijo Fadilla.

Cuando Raschid estuvo al fin sobre tierra, resopló aliviado mostrándose enormemente agotado.

—Gracias...—dijo Raschid entre jadeos y sudores helados.

Aunque Raschid por entonces pensaba que estaba a salvo, no tardó ni cinco segundos entender que no era así. Justo después, la cabeza de Surtur se alzó por su espalda haciendo que en el rostro de la princesa Fadilla se viera una expresión de terror.

—No, otra vez. No…—dijo Raschid, resignado.

—¡Detrás tuyo!—gritó Fadilla.

Acto seguido de que la princesa gritara despavorida por estar observando al monstruo de fuego con tanta cercanía, Raschid volvió la cara hacia atrás sucumbiendo también en el terror.

Para fortuna de Raschid y la princesa Fadila, nada más verlo frente a frente, Surtur se dio media vuelta a causa de las flechas que les estaban lanzando Run y Hakon desde el acantilado. Surtur al ver a la vikinga y al guerrero cristiano blandiendo los arcos en contra de él, frunció el ceño.

—¿Quién os ha dado permiso a llegar hasta aquí?—preguntó Surtur con voz estremecedora.

Los ataques que Run y sus compañeros habían estado aplicando por la espalda enfurecieron a Surtur llevándole a propinar un manotazo en la zona donde se hallaban. De un solo manotazo, Surtur quebró el acantilado en el que estaba el grupo provocándoles que tuvieran que salir corriendo para no caer en el mar de fuego.

—¡Corred!—gritó Run dirigiéndose a todo el grupo.

Mientras que el grupo de guerreros corrían perseguidos por el gigante Surtur, decenas de rocas iban cayendo por el acantilado terminando todas ellas derretidas en el interior del mar de lava. Surtur, tratando de acabar con la vida de los guerreros, soltó otro manotazo contra ellos. A raíz del nuevo golpe que Surtur propinó a los guerreros, todos ellos fueron empujados violentamente hasta el límite del acantilado. En consecuencia de ello, Run, Mohamed, Agazán, Hakon y el Gran Krig acabaron enganchados los unos a los otros en forma de cadena humana para no caer a la lava.

En aquella situación, Run ocupaba el primer eslabón de la cadena humana. Con una sola mano aguantaban a todos. Con su mano izquierda, Run sujetaba a Agazán, y él a Hakon quien sujetaba a Mohamed con una mano, y al Gran Krig con la otra.

—¿Estáis todos bien?—preguntó Run.

—Estamos vivos. Todavía…—respondió Hakon con gesto aterrado.

—Rezad a los dioses. Tenemos el triple de posibilidades de que nos ayuden.—añadió.

—Gua gua gua.—ladró el Gran Krig mostrándose temeroso de caer.

—Sí, lo sé. Ahora te ayudo—respondió Hakon.

A continuación, Hakon tiró del Gran Krig hasta posarlo sobre su espalda desde donde el perro fue trepando por los cuerpos de los guerreros hasta llegar arriba del todo. Habiéndose salvado el perro, ladró al grupo esperando a que ellos hicieran lo mismo.

—Guagua.—ladró el Gran Krig.

—No puedo levantarme con una mano. Pesan demasiado.—se lamentó Run.

Tras el lamento de la vikinga, trató de levantar a todo el grupo con una sola mano pero al realizar tal esfuerzo se le cayó el huevo del fénix que llevaba consigo desde su viaje al reino de Alfheim.

—No…Mi huevo.—se lamentó Run, viendo como el huevo del fénix caía hacia el mar de fuego.

El huevo en su caída desde cientos de metro de altura, terminó en el interior de la lava donde se quemó hasta quedar disuelto como un cubito de hielo.

—Qué pena…—se lamentó Run.

—¿Qué ha pasado, Run?—preguntó Hakon.

—Se me ha caído el huevo del fénix—respondió Run.

—¡¿Y qué importa ahora eso?!—respondió Hakon mostrándose molesto.

Al mismo tiempo que Run y Hakon discutían sobre el huevo del fénix, Surtur volvió a soltar un manotazo contra ellos. En esta ocasión la acción del gigante de fuego provocó que la roca a la que Run se agarraba se rompiera en mil pedazos llevándola con todos a caer por el precipicio.

CAPÍTULO 19: SURTUR

Producto de la altísima caída que había hasta llegar al lago de fuego, mientras que el resto del grupo braceaba y gritaba aterrado, Run tuvo tiempo para girarse en el aire y mirar hacia abajo. Para su sorpresa, vio como por debajo de ellos, un enorme fénix desplegaba sus alas doradas desde el interior de la lava y a continuación salía volando hacia ellos.

—¿Qué? No puede ser...—preguntó Run reaccionando muy sorprendida.

En el vuelo que prosiguió el gigantesco fénix por el interior del reino de Muspelheim, recogió sobre sus alas a todo el grupo que se desplomaba hacia el lago de lava salvándoles así de la muerte segura. El grupo al chocarse contra las suaves plumas y no contra el fuego, reaccionaron desconcertados y extrañados por el inesperado cambio de los acontecimientos.

—¿Qué...¿Qué es esto? —farfulló Hakon, mirando de lado a lado.

—¡Estamos vivos! —añadió, entre incrédulo y confuso.

A su lado, la vikinga le dijo en un tono eufórico.

—¡Es el fénix! ¡El fénix ha nacido! —dijo Run, soltando unas palabras al final de sus palabras.

— ¿Un fénix nos ha salvado? Alabado sea.—dijo Mohamed, mirando al gigantesco animal que lo transportaba.

—En mi vida llegué a imaginar que pudiera existir un pájaro de tal tamaño…—dijo Agazán con gesto de sorpresa.

Mientras Agazán y Mohamed seguían sin salir de su asombro, Run y Hakon se sentaron sobre el cuello del fénix, Run y Hakon para tratar de dirigir el vuelo del mágico animal.

—Qué suerte hemos tenido esta vez.—resopló Hakon con gesto aliviado.

—No es suerte. Teníamos fe. Ahora hay que salvar a Raschid y la princesa.—le replicó Run.

Acto seguido, Run tiró hacia abajo de las plumas de la nuca, forzando al fénix a levantar todavía más el vuelo para alejarse del lago de lava.

—¡Wuuuju! Vamos pajarito ve a salvar a nuestros amigos.—gritó Run, mostrándose exultante por la emoción.

Gracias al dominio que la vikinga tenía sobre el fénix a través de las plumas de la cabeza, la gigantesca ave llegó a la zona del acantilado donde se había quedado el perro. Surtur al ver al fénix

cargado con el grupo de forasteros en su lomo, rugió de rabia y entonces lanzó un manotazo. En aquel instante en que la mano llameante se abalanzaba contra él, el fénix maniobró en el aire esquivando las garras de Surtur y recogiendo a continuación en su lomo al Gran Krig, el cual fue abrazado por su dueño nada más ser salvado.

Después de que el fénix hubiera recogido al Gran Krig, realizó una nueva pirueta en el aire esquivando por enésima vez un nuevo ataque. En esta ocasión, el gigante de fuego al soltar su mano de nuevo contra el fénix y no hallar nada, acabó golpeando contra las rocas provocando un derrumbamiento.

Mientras el fénix se alejaba volando de aquella último esquivo, Hakon se dirigió a Run sin quitar ojo al gigante.

—¿Cómo lo diriges?—preguntó Hakon a Run.

—Tiro de su cabeza por las plumas. Es como dirigir a un caballo. —le contestó Run.

Tras la explicación de la vikinga, Hakon asintió satisfecho observando como proseguía el vuelo del fénix por el reino de Muspelheim. Ahora el fénix estaba siendo dirigido hacia la roca colgante en la que aguardaban Raschid y la princesa Fadilla para ser salvados. A espera de que se produjera el paso del fénix por dicha roca, Raschid y la princesa se pusieron en pie listos para saltar sobre él:

—¡Saltad!—gritó Run dirigiéndose a Raschid y a la princesa.

Pese a que debajo de ellos había un inmenso mar de lava, Raschid y la princesa no dudaron ni un segundo en seguir la orden la vikinga y finalmente saltaron de la roca, cayendo sobre el fénix, el cual los recogió en plena caída. Raschid y la princesa al unirse al fénix recibieron la bienvenida de parte del grupo.

—Bienvenidos al fénix. —dijo Run.

—¡Bien, estáis con nosotros!—celebró Mohamed.

—Sí, ha ido de un pelo.—asintió Fadilla, aliviada.

—Han sido los peores momentos de mi vida.—farfulló Raschid, todavía con el pánico en el cuerpo.

—Esto no ha acabado todavía. —dijo Hakon, llamando a la atención ante lo que se les venía encima.

Una vez que fueron salvados Raschid y la princesa, el fénix prosiguió con su vuelo dirigiéndose hacia el techo del reino de las llamas en busca de una salida. Mientras el fénix empezaba a coger altura para alcanzar su objetivo, Surtur se dio la vuelta rugiendo furioso por ver como el ave se iba alejando. Ansioso por atrapar al

fénix, Surtur empezó a perseguirlo trepando por los muros interiores del reino. Pese a que Surtur había empezado a subir más tarde que el fénix, su tamaño superior al del ave, le hacía subir más rápidamente.

De eso fueron participes los pasajeros. Al ver como el gigante les iba recortando distancia, se quedaron atemorizados implorando porque se produjera cuanto antes la salida del fénix del reino de Muspelheim.

—¡Esta cada vez más cerca!—gritó Raschid atemorizado.

—Haz que vuele más rápido. —gritó Hakon, dirigiéndose a Run.

—No puedo. Está volando lo más rápido que puede.—respondió Run a voz en grito.

Ante el inminente encuentro del gigante con el ave, Hakon farfulló desconsolado.

—Está a punto de alcanzarnos.

Llegado a un punto del trayecto en las alturas del reino de Muspelheim, Surtur, para evitar que el fénix acabara de escapar, alargó su brazo para cortarle el paso.

—No escapareis de aquí.—rugió Surtur, tendiendo su brazo hacia delante.

—¡Agarraos fuerte!—gritó Run, dirigiéndose a sus compañeros.

—¡Nos va a coger!—gritó Hakon, preso por el pánico.

—¡No, dios mío! —gritó Raschid.

En aquel instante, en el que el brazo de fuego se extendía por alrededor del fénix, Run tiró de las plumas del ave transmitiéndole la señal para realizar una pirueta. En señal de respuesta a la orden de la vikinga, el fénix cantó un sonido altamente agudo.

—¡Piiiiiiiiiii!

Entonces, el fénix realizó una pirueta en medio de su vuelo con la que logró zafarse de la mano de Surtur. Tras huir de la garra de fuego, una luz blanca y clara empezó a hacerse visible al final del camino.

—¡La salida! ¡Estamos llegando!—festejó Hakon entre carcajadas.

—¡Vamos, pajarito! ¡Un poco más!—gritó Run, abrazándose al cuello del fénix con ternura.

En respuesta de los cariñitos de la vikinga con el fénix, éste cantó haciendo sonar un pitido agudo y entonces voló todavía a mayor velocidad acabando de salir del reino de Muspelheim. La puerta de salida del reino era el cráter del volcán. De allí salió cargando con todo el grupo de la vikinga y sobrevolando la isla. Mientras tanto, en el interior del volcán, Surtur rugió furioso al

verse obligado a detenerse en su persecución tras el ave gigante. Debido a un hechizo, no podía salir del reino de Muspelheim así que a su pesar, se dio por rendido y volvió hacia el interior.

Ya lejos del volcán, los pasajeros que viajaban a bordo del fénix suspiraron finalmente mostrándose muy aliviados por haber conseguido escapar con vida del gigante Surtur.

—Buff. Que mal momento hemos vivido. En mi vida había pasado tanto miedo. Pienso pedirle al jeque todavía mayor recompensa.—dijo Raschid, mientras se secaba el sudor de la cara.

—Los dioses han querido que nos salváramos. Debemos estar orgullosos. —dijo Agazán estirando una sonrisa.

—Es evidente que Alá está de nuestro lado.—dijo Mohamed, mostrándose todavía compungido por el peligro vivido.

—Y tanto…—dijo Hakon, sonriendo.

—Lo hemos conseguido y todo ha sido gracias a esta hermosa criatura.—añadió Hakon mientras acariciaba con dulzura la cabeza del fénix.

—¿Y yo qué?—preguntó Run con una sonrisa burlona.

—Tú.....—farfulló Hakon, avergonzado.

Producto del sonrojo que aconteció en el guerrero cristiano, a Run se le escapó una risotada. Habiendo terminado de reír, se giró en su asiento en el fénix para mirar a la princesa Fadilla, la cual permanecía por aquel entonces totalmente bloqueada.

—No ponga esa cara. Pronto estará con su marido.—dijo Run con una sonrisa amistosa.

Al cabo de unos minutos del fénix sobrevolando por toda la isla, éste redujo la velocidad de su vuelo hasta aterrizar en el punto donde estaba atracado el navío del pirata Al-Thalajara. En la costa, los piratas quedaron atónitos al ver desde la proa de su navío la llegada del gigantesco pájaro.

—¿De dónde ha salido semejante monstruo?—preguntó Fayet con gesto preocupado.

—Mirad, la vikinga y su grupo van sobre lo alto de esa criatura. —dijo uno de los miembros de la tripulación con cara atónita.

En la cubierta, el capitán de los piratas se abrió paso entre su tripulación mirando al gigantesco ave con cara de sorpresa.

—Que los mares me lleven...La princesa Fadilla va con ellos. ¡Run lo ha conseguido!—dijo Al-Thalajara, reaccionando con una gran sonrisa ante la visión de la hermosa mujer.

Cuando el fénix se hubo detenido totalmente extendió sus alas permitiendo así que sus pasajeros bajaran de él. Mientras que eso ocurría, los piratas se acercaron hasta Run y su séquito para

interesarse por ellos.

—¡Lo habéis conseguido!—exclamó Fayet con alegría.

—¿De dónde ha salido esa ave?—preguntó Al-Thalajara, intrigado y sorprendido por ver la fantástica criatura.

—Ha nacido de mí huevo.—respondió Run con una sonrisa divertida.

—¿Vuestro huevo?—preguntó Al-Thalajara entre risas.

—En fin, como veo ya habéis conseguido vuestra misión. ¿Volvemos ya para Córdoba?—preguntó Al-Thalajara dirigiéndose al grupo.

—No...—respondió Fadilla.

—No quiero volver.—añadió.

La inesperada respuesta de la princesa sorprendió a todos los que la rodeaba. Deseosos por saber el porqué de su negativa le preguntaron:

—¿Por qué dice eso? Su esposo nos ha contractado para que la trajéramos de vuelta. Se le veía muy preocupado por vos—dijo Run con gesto sorprendido.

—Sé que os habrá pagado mucho oro por mi rescate pero yo sé porque me quiere de vuelta. Él desea apoderarse de la joya que han ido heredando las mujeres de mi familia.—respondió Fadilla con gesto cabizbajo.

—¿De qué está hablando?—preguntó Hakon dirigiéndose a Run.

—Estoy hablando de esto.—dijo Fadilla.

De repente, la princesa musulmana mostró a la vista de todos, una espectacular joya que llevaba unida a un collar. Aquella joya era un diamante llamado “La lágrima del desierto”. Dicha joya había sido heredada por las hijas de los emires de generación en generación.

—No puede ser. Es “La lagrima del desierto”. ¡La joya de los emires!—exclamó Al-Thalajara con una expresión de asombro.

—Sí, así es.—asintió Fadilla mientras sostenía la joya entre sus dedos.

—¿Qué ocurre con esa joya? ¿Por qué tanto jaleo con una simple roca?—preguntó Hakon, desconcertado.

—Esta joya que veis aquí posee una valor tres veces superior al precio que el jeque nos había pagado para recuperar a su esposa.—respondió Fayet.

En reacción a las palabras del pirata, Hakon se giró con gesto sorprendido para dirigirse a Run.

—¿Es eso cierto?

—No tenía ni idea…—respondió Run, encogiéndose de hombros.

Después de que la vikinga tal respuesta a su compañero, la princesa Fadilla tomó de nuevo la palabra para dirigirse al grupo de piratas con lágrimas en los ojos.

—Por favor, sé que mi marido os ha prometido mucho dinero si me lleváis de vuelta, pero os suplico que me permitáis elegir mi destino.—suplicó Fadilla.

—¿Estáis segura de que queréis dejarlo todo?—preguntó Hakon reaccionando con sorpresa.

—Sois una princesa. Vuestro padre os estará echando de menos. —añadió.

—Callad vos. No tenéis derecho a decidir sobre ella.—le recriminó Run a Hakon.

Con las palabras de la vikinga en su defensa, la princesa mostró una sonrisa afable por su rostro.

—Te agradezco tu apoyo.—dijo Fadilla.

En aquel momento el capitán Al-Thalajara se llevó la mano derecha a su barba en un gesto pensativo.

—¿Y qué proponéis, princesa? ¿Cuál es vuestra oferta? Los piratas no hacemos nada gratis.—dijo Al-Thalajara.

Fadilla se quitó el collar que cargaba “La lágrima del desierto” y entonces dijo:

—¿Os parece bien la “lágrima del desierto” como pago?—preguntó Fadilla dirigiéndose al pirata Al-Thalajara.

El capitán de los piratas al escuchar la propuesta, soltó una risotada.

—¿Y desafiar así al emirato de Córdoba? —preguntó Al-Thalajara con ironía.

—Es más, ¿Cómo la dividiría con el resto? Los guerreros que os han salvado no son parte de mi tripulación.—dijo Al-Thalajara, señalando a Run y al resto de su grupo.

—¿Ah no?—preguntó Fadilla sin saber qué decir al respecto.

Cortando con la incertidumbre de la princesa, a continuación se acercó a ella la vikinga de los Ljungberg, quien cogió la valiosa joya entre sus dedos. Fadila, expectante por saber qué haría Run, se quedó mirando viendo para su sorpresa como la vikinga acabar por cerrar puño con la roca dentro de su mano. Cuando reabrió la mano, la sorpresa fue de todos. Justo después de que Run reabriera su mano, apareció “La lagrima del desierto” rota en cinco pedazos.

—¡No puede ser! ¡Ha roto la joya!—farfulló Al-Thalajara con gesto sorprendido.

—Esta chica no es normal. ¿Cómo puede tener tanta fuerza?—farfulló Fadilla con gesto sorprendido.

—Sin duda, Run no es una mujer común.—dijo Fayet entre carcajadas.

—Ya no tenemos problemas.—dijo Run, estirando una sonrisa por su rostro.

—Coged cada uno vuestra parte.—añadió.

De ese modo, los piratas se quedaron dos pedazos, tres pedazos los mercenarios, y dos pedazos Run y Hakon.

—¿Os parece bien capitán este reparto?—preguntó Run, dirigiéndose a Al-Thalajara.

—Obviamente, preferiría obtener toda la joya pero visto vuestra fuerza prefiero conformarme con esta parte.—respondió Al-Thalajara provocando una sonrisa en la vikinga.

—¿Y vosotros, amigos míos? ¿Os parece bien?—preguntó Run dirigiéndose al trío de mercenarios que se habían unido a ella para esta misión.

—¿Un pedazo de diamante a cambio de poner nuestras vidas en peligro? No es un buen trato, pero por suerte el jeque nos pagó previamente, así que lo aceptamos.—respondió Raschid, hablando en nombre de Agazán, Mohamed y de él.

—Me alegro por ello.—asintió Run arqueando una sonrisa por su rostro.

Al término de aquel acuerdo, Run caminó por la costa hasta reunirse de nuevo con el fénix. En su encuentro con el mágico animal, el fénix agachó su cabeza para dejarse acariciar por ella.

—¡Piiiiiiiiiii!—cantó el fénix.

—¿A dónde vais? ¿No queréis que os llevemos de vuelta a vuestras tierras? —preguntó Al-Thalajara, confuso por el acercamiento de la vikinga con el animal.

—Gracias, pero rehúso la invitación. Ha sido un viaje demasiado largo por el sur del Midgard. Prefiero realizar el viaje de vuelta de otro modo. —dijo Run, al mismo tiempo que se sentaba sobre el cuello del fénix.

—¿Vienes Hakon? —preguntó Run.

Con el llamado de la vikinga, Hakon soltó una carcajada y entonces caminó hacia el fénix siendo seguido por el Gran Krig.

—No sé si me arrepentiré por esto, pero no apetece volver a atravesar media Europa en barco. —dijo Hakon.

Fruto del comentario del guerrero cristiano, el capitán estiró una sonrisa divertida.

A un lado de donde se hallaba el fénix con Run, Hakon y el perro subidos en él, la tripulación del capitán Al-Thalajara observaba a los guerreros con caras de sorpresa.

—¿Van a ir volando hasta las tierras del norte en este pájaro? ¿No tienen miedo?—preguntó un pirata, incrédulo.

—¿Todavía no conocéis a Run?…—preguntó Al-Thalajara, dirigiéndose a su tripulación.

En aquel instante, el fénix batió sus alas en la costa levantando el vuelo obligando a los piratas que rodeaban al animal tuvieran que apartarse debido al fuerte viento que producían sus alas.

—¡Piiiiiiiiiii!—cantó el fénix.

—Señor Raschid, ha sido un bonito duelo pero al final Run se va conmigo. —dijo Hakon.

El comentario del guerrero cristiano provocó que el mercenario protestara en la costa.

—¡Serás cabrón! Si yo la hubiera conocido antes no hubieras tenido ninguna oportunidad. ¡Cristiano blandengue!—replicó Raschid.

Sobre el fénix, Run y Hakon soltaron una carcajada tras la respuesta del mercenario. Finalizada aquella carcajada, la vikinga se dio la vuelta mirando a Hakon con una sonrisa y las mejillas sonrojadas.

—¿Desde cuándo soy un trofeo?

Hakon ante tal pregunta, le quitó la mirada de la vergüenza. Volviendo a lo que sucedía por debajo de ellos, los mercenarios y los piratas empezaron a despedirse de los guerreros mientras todavía el fénix acababa por despegar.

—Mucha suerte vikinga. Aquí tenéis un amigo para todo. —dijo Al-Thalajara.

—Volved pronto. Os vamos a echar mucho de menos. —dijo Fayet.

—Ha sido un honor participar en una misión con la gran Run Ljungberg. Contaré por allí a donde vaya que os conocí y lo grandes que fueron vuestras hazañas. —dijo Mohamed.

—Fuerza, señora Run. —dijo Agazán.

—¡Run te quiero! —dijo Raschid.

—Gracias Run y a ti también Hakon. —dijo Fadila.

Encima del fénix, las palabras de despedida fueron recibidas con una grata sonrisa por parte de ambos guerreros.

—En fin…creo que deberíamos volver ya al norte. ¿No crees?—dijo Hakon.

—Sí. Ha sido muuuuuuucho tiempo pasando calor. —asintió Run con una sonrisa amistosa.

En aquel momento, Run tiró las plumas transmitiéndole la señal

al fénix para que batiera las alas con más fuerza tomando rumbo hacia delante.

—Agarraos fuerte, chicos. Nos vamos al norte. Nos vamos a casa. —dijo Run en un tono eufórico.

Ante el aviso, Hakon pasó sus brazos enrollándolos en torno a la cintura de avispa de la vikinga. El tacto de las manos del guerrero cristiano apretando su cuerpo, le hizo mostrar una sonrisa avergonzada a Run.

De repente, el fénix cantó iniciando un segundo después, un veloz vuelo con el que empezó a alejarse de la isla.

Durante el tiempo de tres horas, Hakon, Run y el Gran Krig, sobrevolaron el mar Atlántico y toda Hispania, divisando desde lo alto bosques de secano y tierras áridas, pero finalmente llegado a un punto del viaje, los primeros picos helados aparecieron por debajo de ellos. Aquellas montañas eran los Pirineos por lo que todavía estaban muy alejados de su destino, aun así eso les bastó para alegrarse enormemente.

—¿Ves la nieve? Nuestra casa está cerca. —dijo Run en un tono feliz.

Hakon soltó una risotada.

—Nunca pensaría que echaría de menos el continúo color blanco que hay en estos paisajes. —dijo Hakon, divertido.

—¿Verdad? Es genial. —asintió Run, rebosante de emoción.

—¿Qué haremos a partir de ahora, Run? Ya lo hemos hecho todo. —preguntó Hakon.

—¿Y qué? ¿Te marcharás de mi lado? —le preguntó Run entre carcajadas.

A la pregunta de la vikinga, Hakon reaccionó poniéndose colorado.

—Ya sabes cuál es la respuesta. Te quiero demasiado para poder separarme de ti.

Run dirigió una sonrisa cómplice al guerrero cristiano y entonces, asintió.

—Lo sé.

CAPÍTULO 20: EL TORNEO

Tres meses después en la ciudad de Flandes, Bélgica .

El público de la grada rugía por el combate que se desarrollaba en la arena. En aquel día, en la ciudad de Flandes se estaba celebrando un torneo de caballería en conmemoración con el aniversario del nacimiento de la ciudad. En la zona presidencial de la grada se hallaba sentado en un trono el conde de Flandes, Balduino II. Él era un hombre calvo y delgado que vestía ropas ostentosas propias de su condición de noble. Mientras se desarrollaba el torneo, el conde observaba desde su trono de finos acabados, los combates que se producían en la arena con gesto de admiración.

El público que había presente en la grada estaba a favor del guerrero local. Él era un tal Jans Van Bulhen. Aquel guerrero lucía una armadura grisácea con un yelmo con forma de cabeza de caballo. Su adversario era un desconocido por parte del público pero a pesar de ello había ganado todos sus combates con suma facilidad desde que se iniciara el torneo de caballería. Aquel temible desconocido era Kaín, el poderoso caballero al que el dios Loki había dado vida tras alistar a Sir Loryan de Graves en su ejército del mal.

Su participación en aquel torneo no era casualidad. Loki lo había mandado luchar para enfrentarse en duelo a Run, quien también era parte en el torneo.

Durante los derroteros del combate entre el guerrero local y el caballero negro, Jans Van Bulhen se defendía con duros esfuerzos de las feroces acometidas su adversario. La estrategia en el combate que Jans estaba llevando no le estaba dando los resultados que esperaba. Kaín no solo era más fuerte sino que también era más fuerte que él, así que no lograba darle cuando le atacaba y además sufría muchísimo al ser atacado.

Por motivo de la gran desventaja que había en el combate, Jans empezó a retroceder cediendo terreno a Kaín, quien ni siquiera estaba esforzándose. La continua huida que Jans había emprendido ante los ataques del caballero negro, le llevó a tropezarse cuando retrocedía lo que le acabó dejando indefenso frente a Kaín.

—Por favor, no me mates…—suplicó Jans desde el suelo.

Pese a las suplicas, Kaín continuó caminando con paso firme. Una vez que el caballero negro estuvo ante su adversario, el cual se mostraba en total disposición para que hiciera lo que le venía en

gana, puso su pie derecho sobre el esternón de éste para inmovilizarlo y a continuación le clavó su espada “Noche de gritos” haciendo con ello que sonara un chasquido del metal al romperse.

—Clack…

A raíz de la grave herida, el pecho de Jans Van Bulhen empezó a brotar sangre cuantiosamente hasta que su armadura quedó toda empapada. Mientras la sangre seguía saliendo del malherido caballero, éste trató de levantar su mano para hacer el gesto de abandono pero cuando su mano estaba a medio camino de alzarse, Kaín retorció el filo de su espada dándole el toque de gracia. La acción del caballero negro provocó que el público se enmudeciera debido al grito de dolor que se produjo justo antes de que Jans diera su último aliento. El grito fue tan desgarrador que incluso un niño rompió a llorar en consecuencia.

De las gentes que habían en la grada, los únicos que se mantuvieron sonrientes con respecto a cómo se había dado el resultado del combate fueron dos misteriosos aldeanos. Ellos eran Loki y Minrha. Ambos pasaban totalmente desapercibidos entre la muchedumbre que se aglomeraba en las gradas. La hechicera, quien normalmente lucía su aspecto mitad trol mitad humana, por aquel entonces mostraba un aspecto totalmente humano gracias a que había hecho uso de sus poderes mágicos sobre sí misma.

Finalizado el combate, Kaín tomó el camino para abandonar la arena. Durante su marcha para dejar paso a la siguiente semifinal, cruzó su mirada con un guerrero que aguardaba detrás de una valla de madera. Aquel guerrero se trataba de la vikinga Run Ljungberg. Ella era la siguiente en luchar.

Justo después de que se produjera el cruce de miradas entre Run y Kaín, la vikinga torció la expresión de su rostro en un ceño fruncido.

“¿Quién será?” Se preguntó Run.

Mientras que la vikinga estaba en la esquina esperando para entrar en la arena, en la grada uno de los consejeros de la corte se acercó al conde Balduino II para hacerle un comentario sobre las siguientes semifinales.

—Fijaos bien, uno de los guerreros que participará es una mujer. —dijo el consejero.

—¿Una mujer?—preguntó Balduino II.

—Sí, además de fuerte es muy bella.—respondió el consejero.

Deseoso por conocer el aspecto de la mujer mencionada, Balduino II miró al heraldo de la ciudad haciéndole el gesto para

que iniciara su trabajo. El heraldo con la señal del conde, tomó la palabra para dirigirse a todo el público asistente que se había reunido en la grada para presenciar el torneo.

—Señores y señoras. Gente del pueblo llano, clero y nobleza. Me complace presentaros la siguiente semifinal entre Run Ljungberg…. —dijo el heraldo.

En la grada con el nombramiento de la vikinga el público rugió eufórico. A medida que Run iba caminando por la arena, el público la vitoreaba y le lanzaba rosas a su paso. La vikinga como respuesta, iba saludando a todos y lanzando besos.

Regresando al heraldo, éste continuó presentando a los guerreros:

—Y Hakon …

—¿Hombrehermoso?—añadió el heraldo con cara de extrañez.

Cuando fue anunciado el apellido del guerrero cristiano por parte del heraldo, Run se dobló a carcajadas ante lo inesperado de aquel apellido.

—¿Hakon Hombrehermoso? ¿Qué clase de broma es esta?—se preguntó Run mientras observaba con una sonrisa, la llegada de su adversario, quien entró por la arena con paso tranquilo sosteniendo un gran hacha en la espalda.

—¿No crees que cuadra mucho conmigo un apellido así? —comentó Hakon en tono divertido.

—No os cuadra ese apellido. Deberías inventarte otro apellido como Hakon “Tumaestratevaapateareltrasero”.—dijo Run con una sonrisa divertida.

—No me convence. Es demasiado largo.—respondió Hakon con una sonrisa burlona.

Run soltó una nueva carcajada por el comentario del guerrero cristiano.

En la grada, habiendo sido presentados ambos guerreros por parte del heraldo, el público rugió entregado frente al espectáculo que les aguardaba. Tanto Hakon como Run vestían armaduras que jamás habían vestido antes. La armadura de la vikinga estaba compuesta por dos piezas. La parte superior era una coraza metálica y lisa que trataba de reflejar su cuerpo femenino. En su brazo izquierdo sostenía un yelmo con el aspecto del rostro de una mujer de cabello corto. En la parte inferior a la cintura vestía una minifalda de tiras de cuero. En cuanto a la zona de los brazos los llevaba revestidos con unas lorigas y en relación a su calzado, vestía unas botas de cuero que le llegaban hasta las rodillas.

Con respecto a la armadura que vestía Hakon, ésta se extendía

de pies a cabeza cubriendo todo su cuerpo. En su brazo libre, cargaba con un yelmo con una cresta metálica en la parte superior.

En la arena a la espera de que el conde Balduino II diera la orden para que comenzara el combate, Run y Hakon se quedaron en pie mirándose el uno al otro.

—¿Hacha o espada?—preguntó Run.

—Espada.—respondió Hakon.

—Sería demasiado fácil para mí. Eres muy torpe con un hacha. —añadió Hakon con una sonrisa burlona.

—Serás…—rió Run, divertido por la altivez de su compañera.

Estando de acuerdo, a continuación, Hakon tiró la pesada hacha dejándola clavada en la arena y luego se colocó el yelmo cubriendo así su rostro. Run hizo lo mismo enfrente de él. Segundos después, el conde se alzó en su trono para dar comienzo al combate.

—Que dé comienzo la segunda semifinal. ¡Luchad!—dijo el conde Balduino II.

A consecuencia de la señal realizada, Hakon estiró una sonrisa divertida y a entonces se lanzó al ataque. Su primer movimiento fue una estocada de abajo a arriba buscando impactar en la cara de la vikinga. Run detuvo ese golpe anteponiendo el escudo que cargaba en el brazo izquierdo. La siguiente en atacar fue Run. Después de que parara el golpe, dio una patada mientras que con el brazo izquierdo acompañaba el ataque con un golpe de escudo. Ambos golpes propinados por Run, fueron detenidos por Hakon con su escudo y espada. Y un tercero también, en el cual la vikinga blandió su espada realizando un tajo de arriba abajo.

En la grada, los reflejos que demostró el guerrero cristiano causaron una sonora ovación.

—Caramba, parece que estoy haciendo disfrutar al público.— dijo Hakon con una sonrisa divertida.

—¿Ah sí? Pero si estoy calentando…—dijo Run con ironía.

Acto seguido, Run saltó sobre el torso de Hakon, aprovechando su cuerpo para impulsarse y hacer un salto acrobático con el que le sorteó. El público al ver a la vikinga volar con tan suma elegancia sobre su adversario, se levantó de sus asientos atónitos frente a su gran agilidad. Evidentemente, el público no pudo contenerse en aplaudir a la vikinga en cuanto aterrizó de su extraordinaria acrobacia.

—¿Ves?. Esto es espectáculo—dijo Run con una sonrisa divertida.

Con el comentario de la vikinga, Hakon gruñó bajo su yelmo y a continuación, se lanzó al ataque.

—¡Vamos!—gritó Hakon.

En esta ocasión, Hakon realizó un tajo horizontal buscando la cintura de la vikinga, pero antes de que llegara a golpearla, Run saltó en una nueva acrobacia con intención de ganarle la espalda.

—No, ahora no. —dijo Hakon en referencia a la acción que estaba llevando a cabo la vikinga.

Rápidamente, el guerrero cristiano se giró lanzando un tajo hacia Run, sin embargo, cuando la vikinga todavía estaba cabeza abajo le lanzó su ataque, creando de ese modo el choque de las dos espadas.

Por obra de la fuerza de la vikinga, Hakon fue impulsado en el choque de las espadas hacia atrás.

En la grada, el conde Balduino II y todos los allí presentes se mostraban impresionados por el espectáculo que estaban dando los dos guerreros.

—Sensacional. Jamás había visto a nadie combatir así. Espero que ninguno de los dos muera.—dijo Balduino II a uno de sus consejeros.

Volviendo a la arena, con el paso de los segundos, Run y Hakon cada vez fueron moviéndose más rápido y realizando ataques más y más sorprendentes. Nadie podía poner entredicho que ambos fueran grandes guerreros. Cada ataque que emprendía el uno, lo detenía el otro con fantástico movimiento.

Así pasaron el tiempo hasta llegar a los cinco minutos de combate. En aquel momento, las espadas de ambos quedaron enganchadas de modo que retomaron su conversación.

—Sabía que si decidías no usar tus poderes de vampira, no tendrías opción ante mí. —dijo Hakon en un tono confiado.

—Voy a ganarte. —sentenció Hakon, aplicando más fuerza en el pulso de espadas.

—Es una pena que te lo creas. Pues estoy jugando contigo desde el principio.—dijo Run, mientras esbozaba una maléfica sonrisa por su rostro.

El comentario de Run provocó que Hakon gruñera molesto y que por un segundo perdiera la concentración. Esa distracción le bastó a Run para desviar la espada a un lado y poder agarrarle con las manos. Cuando Run tuvo a Hakon, dobló su cuerpo hacia atrás lanzando a Hakon por los aires usando una técnica de judo.

En la grada debido a la genial maniobra realizada por parte de la vikinga, el público volvió a rugir muy animado. Habiendo lanzado a Hakon a varios metros de distancia por la arena en la que estaban luchando, Run se puso en pie limpiándose la falda de cuero.

—Que decepción.—dijo Run mientras que miraba a Hakon revolcarse en la arena.

En su paso calmado, la vikinga llegó hasta el guerrero cristiano donde saltó sobre él clavando su rodilla sobre las partes íntimas del hombre. Al producirse el impacto, a Hakon se le escapó un grito de dolor.

Pese al dolor que Run estaba profiriendo a Hakon, ella continuó inalterable. Siguió con su rodilla allí clavada, obligándole a rendirse. A consecuencia de la prolongación que estaba teniendo la desagradable acción, el público empezó a abuchear a Run mostrándose con una actitud muy distinta a como se había mostrado desde el inicio del combate.

—Eso es juego sucio. El público te abuchea y todo…—se quejó Hakon.

Run rió divertida al oír la protesta.

—No me importa el público. Quiero que te rindas. Los dos sabemos que es que sea yo quien se enfrente contra ese tal Kaín.—dijo Run.

Durante unos segundos, Hakon se quedó callado haciendo creer a Run que se rendiría pero entonces para sorpresa de la vikinga, súbitamente, se revolvió en la arena logrando con su movimiento que el tobillo de ella quedara atrapado bajo su cuerpo. La hábil maniobra dejó a Run tirada en la arena con Hakon retorciéndole la pierna impidiendo que ella pudiera moverse.

—Ríndete, los dos sabemos que lo mejor es que me enfrente yo contra el tal Kaín.—dijo Hakon, repitiendo las mismas palabras que Run le había dicho hacía apenas unos segundos.

Run gruñó furiosa ante el cambio de acontecimientos. En aquel instante, una sonrisa maliciosa apareció en el semblante de la vikinga.

—Puedo romperme la pierna y seguir luchando. Soy una vampiresa. No lo olvides.

—¿Así que admites que solo puedes ganarme si usas tus poderes de vampira?—preguntó Hakon mostrándose confiado.

Aquel comentario enfadó a Run más que nada en el mundo.

—Te equivocas, si fuera humana también podría ganarte. Soy mucho mejor guerrera que tú.—respondió Run con el ceño fruncido.

Hakon soltó una risotada a causa de la respuesta de la vikinga, y a continuación siguió retorciéndole la pierna.

—Ríndete, no seas cabezota o te romperé la pierna.

Run gruñó por enésima vez.

—No pienso rendirme…Capullo.

—¡Run! —le recriminó Hakon, retorciéndole el pie hasta un punto en el que el pie empezó a crujir.

Run gruñó furiosa.

—Está bien. Me rindo…—gritó Run con gesto furioso.

Habiendo aceptado Run transmitir su rendición en el combate, Hakon la soltó de la pierna permitiéndola que pudiera reincorporarse. En la grada, el abandono de la vikinga fue recibida con aplausos para ambos.

—Y el ganador es, Hakon Hombrehermoso. —dijo el heraldo para regocijo del público.

En la arena, nada más ponerse Run de pie, se volvió hacia Hakon y entonces lo empujó con fuerza haciéndole caer de culo. Aquella acción por parte de la vikinga causó las risas entre el público asistente al torneo y también en el propio guerrero cristiano.

—No sabes perder. Eres de lo que no hay…—dijo Hakon mientras veía como Run se marchaba entre gruñidos de rabia.

—Cuando acabe el torneo te daré una paliza. Te lo prometo. —dijo Run, mirando al guerrero cristiano con un ceño fruncido.

CAPÍTULO 21: EL CABALLERO NEGRO

Unos minutos después de que finalizara la segunda semifinal, Run y Hakon se reencontraron en una carpa que habían abierto para los guerreros del torneo. Allí también estaba el Gran Krig. El perro estaba durmiendo bajo los pies de su dueño.

—¿Ya se te ha pasado el enfado?—preguntó Hakon al encontrarse con Run.

—No, no me hables. Eres un tramposo.—dijo Run con su ceño todavía fruncido.

—¿Tramposo por qué? —preguntó Hakon entre risas.

Hakon al ver como la vikinga seguía tan malhumorada, rió divertido sin tomarla en serio. En aquel momento en el que el guerrero cristiano reía a costa de la vikinga, entró en la carpa el caballero negro, Kaín. El súbdito de Loki al entrar en el recinto causó el silencio en el lugar. De repente, el bullicio que creaban el largo números de guerreros del torneo se disipó ante el miedo que inspiraba la llegada del caballero negro.

A medida que el caballero negro iba caminando por la carpa, su respiración metálica sonaba a través de su casco con mayor intensidad. Su sonido estridente heló la sangre a uno de los guerreros que le vio pasar hasta el punto que se miccionó en los pantalones.

Al fondo de la carpa de por dónde caminaba Kaín, Hakon estaba sentado con Run de pie delante de él. Hacia ellos se dirigió el caballero negro. Run al percatarse del acercamiento del maléfico guerrero a la zona que ocupaba con Hakon, se dio la vuelta para recibirle con una expresión desafiante.

Cuando el caballero negro llegó hasta la zona en la que estaban Run y Hakon, se quedó en pie mirando a los dos guerreros. El cruce de miradas fue muy intenso pero apenas duró unos segundos. Acto seguido, se dio media vuelta y sin decir ni una sola palabra abandonó la presencia de los dos guerreros. Mientras el caballero negro se alejaba, Run tomó la palabra para dirigirse a Hakon.

—Ese guerrero tiene algo que no es normal. Fíjate no se ha quitado el yelmo ni por un segundo desde que empezó el torneo.

—¿A qué te refieres?—preguntó Hakon.

—Para mí no es más que el típico campeón regional que viste una armadura espectacular para intimidar a sus adversarios. Hemos visto a tipos cientos de veces.—añadió.

—No, éste es diferente. No es un campeón.

—¿Qué quieres decir?

—He hablado con algunos de los otros guerreros y dicen que nadie lo conoce. Es la primera vez que lo ven participar en un torneo.

—¿Y qué?

—Eso es muy extraño. Normalmente los grandes guerreros tienen alguna experiencia en torneos cuando son jóvenes. Es la mejor forma de empezar a combatir para un guerrero, pero él ha salido de la nada.—dijo Run.

—¿Y entonces cuáles son tus sospechas?—preguntó Hakon.

—Sospecho que es un demonio…—dijo Run.

—¿Un demonio?—preguntó Hakon con una sonrisa burlona.

—Demoniaca es tu imaginación. Eso sí.—dijo Hakon entre risas.

—Tómatelo a chiste pero ten mucho cuidado.—dijo Run con gesto de preocupación.

La expresión que Run había adoptado por su rostro hizo que Hakon arqueara una sonrisa.

—Tranquila, he tenido una gran maestra. Sabré apañármelas para salvar mi culo.—respondió Hakon mostrándose confiado.

Una hora después de que se produjera la conversación entre los dos guerreros, en la plaza de Flandes la gente se volvió a congregar para la celebración de la gran final. A un lado estaba Kaín y en el otro lado estaba Hakon.

Para presentar la final, el heraldo tomó la palabra:

——Señores y señoras. Gente del pueblo llano, clero y nobleza. Es un honor para mí anunciar la final del torneo entre Hakon Hombrehermoso….—dijo el heraldo.

Ante el sonido del primer nombre, el público rugió mostrando todo su apoyo en él. En la salida del guerrero cristiano por la arena, Run lo vitoreó con más entusiasmo que nadie.

—Contra Kaín….—sentenció el heraldo entre la pitada del público.

Varias filas por encima de donde estaba sentada Run, estaban Loki y su esposa.

—Ha sido una sorpresa que finalmente Kaín se enfrente al humano en la final.—dijo Loki con una sonrisa de descontento en su rostro.

—Quizá Run al fin y al cabo no sea la amenaza que dijiste que era y que vuestra derrota contra ella no sea más que un hecho humillante.—añadió.

—Mi rey, esa vikinga no estaba luchando ni al diez por ciento de su potencial. Ella está enamorada del humano. De ahí su derrota—

respondió Minrha.

La respuesta de Minrha hizo sonreír a Loki.

—Ay, el amor, es un sentimiento tan puro… Si lo que decís es cierto sobre la vikinga Run Ljungberg, se le romperá el corazón a mi querido hermanito.—dijo Loki mientras estiraba una sonrisa cada vez más cercana a la locura.

De vuelta a lo que sucedía en la arena, los dos guerreros se quedaron en pie observándose mutuamente a la espera de que se produjera la señal de inicio por parte del conde. Por aquel entonces, Hakon sostenía su yelmo en su mano derecha mientras que Kaín ya tenía el suyo ensamblado en su cabeza.

—¿Por qué llevas puesto el yelmo todo el tiempo? ¿Eres tan feo que no quieres mostrar tu cara ni por un segundo?—preguntó Hakon.

Pese a la pregunta del guerrero cristiano, Kaín lo ignoró centrado únicamente en el combate.

Como reacción a la nula respuesta de parte del súbdito de Loki, Hakon soltó una risotada y a continuación se colocó el yelmo.

Segundos después, tal como y se le reclamaba, el conde Balduino II se alzó de su trono y dijo al público:

—Pueblo de Flandes. En este día de conmemoración por la creación de esta gran ciudad. Yo, Balduino II, doy comienzo a la gran final del torneo.—dijo el conde Balduino II.

—Que venza el mejor.—sentenció el conde Balduino II, dando inicio al combate.

Con la proclama del conde, el público rugió eufórico mientras que los dos guerreros empezaban a repartirse golpes.

—¡Vamos Hakon! ¡Demuestra lo que te he enseñado! ¡Tú puedes!—gritó Run desde la grada.

El Gran Krig se sumó a los ánimos de la vikinga con un par de ladridos.

El primero en atacar fue Kaín. El caballero negro asestó dos golpes a Hakon, uno horizontal y otro vertical. Fueron dos golpes muy duros pero ambos fueron repelidos por el escudo del guerrero cristiano. Habiendo detenido ambos golpes, Hakon corrió hacia un lado provocando que el caballero negro tuviera que girar sobre sí mismo para seguirle.

De forma lenta y pesada, Kaín dio media vuelta y entonces empezó a caminar hacia Hakon. Mientras que el caballero negro caminaba, por su casco de perro demoniaco empezó a sonar su respiración metálica.

—¿Qué clase de respiración es esa?—se preguntó Hakon, intrigado.

Cuando Kaín llegó a la posición de Hakon, le lanzó tres tajos en diagonal. Hakon de nuevo pudo pararlos con su escudo, pero esta vez fue a costa de perderlo. El tercer golpe de Kaín fue tan fuerte que le devastó el escudo convirtiéndolo en astillas.

En la grada, Run se puso en pie preocupada por el desarrollo del combate.

—Mierda, ha perdido el escudo.

Volviendo al desarrollo del combate, Hakon tras quedarse sin escudo, lo soltó sobre la arena, permitiendo con ello que su adversario caminara sobre él para dejarlo en peor estado del que ya se encontraba.

En el momento en el que Kaín estuvo pisando los restos del escudo, Hakon sonrió satisfecho y entonces tiró de un hilo invisible que nacía de su muñeca derecha y que estaba conectado con su escudo.

Al realizar dicha acción, lo que quedaba del escudo se deslizó por debajo del caballero negro provocando que perdiera el equilibrio y que cayera de espalda contra la arena. La caída del caballero negro trajo en consecuencia que resurgiera la emoción en la grada siendo Run la más eufórica de entre el público.

—Sí, acaba con él.—gritó Run, levantando al Gran Krig por encima de los hombros.

El perro al verse zarandeado por la vikinga jadeó de miedo.

Regresando al combate, después de que Kaín diera con su cuerpo en la arena, Hakon se puso ante él blandiendo su espada contra su cuello.

—Ríndete…—le ordenó Hakon.

Acto seguido, Kaín, ignorando dicha orden, agarró la hoja de la espada de Hakon y con fuerza tiró de ella para clavársela en sí mismo.

—¡¿Qué haces?!—preguntó Hakon con sorpresa e incredulidad a la vez.

Después de que el caballero negro se hubiera clavado la espada en el pecho, se la extrajo sin mostrar el más mínimo dolor.

—No eres humano.—farfulló Hakon, dando la razón a la vikinga.

Para mayor sorpresa del guerrero cristiano y del público, cuando Kaín se hubo arrancado el filo de la espada, se escapó de un pecho un chorro de sangre negra, la cual cayó sobre la arena. La acción realizada por el caballero negro ocasionó que Hakon retrocediera

varios pasos con una expresión de incredulidad.

—Estoy jodido…—farfulló Hakon con gesto temeroso.

El distanciamiento que estaba creando Hakon respecto a su oponente, le permitió a éste último reincorporarse en la arena sin tener la molestia de parar ningún ataque. Parado enfrente del caballero negro, Hakon le dijo mirándole con cara de incredulidad.

—Eres un monstruo. ¿Cómo es posible que sigas vivo?

Las palabras del guerrero cristiano no tuvieron respuesta alguna. Kaín simplemente luchaba, no hablaba.

—Habla de una vez. ¡Maldito! —gritó Hakon, enfurecido por el silencio de su oponente.

En la grada, Run se enfadó con la quietud que ahora mostraba su discípulo en el combate.

—¡Idiota, deja de hablarle y ataca!

El grito de la vikinga causó en Hakon una distracción, ya que por un segundo, el guerrero cristiano apartó su mirada del caballero negro para dirigirla a la grada. Esa distracción produjo que recibiera un golpe en el hombro, el cual arrancó de cuajo la hombrera de metal que había en su armadura.

El violento golpe devolvió la atención de Hakon en el combate pero de igual modo le fue imposible esquivar el siguiente golpe. Kaín le dio un severo manotazo con su mano izquierda con tanta fuerza que tiró a su oponente al suelo.

Con su cuerpo en tierra, Hakon miró al caballero negro con una expresión aterrada.

—Mierda mierda mierda…—dijo Hakon, preocupado por el acercamiento del caballero negro.

Ante él, Kaín alzó su zapato metálico y entonces, empezó a soltar pisotones. Hakon, en respuesta, se revolcó por la arena esquivando los pisotones del caballero negro. Habiéndose zafado del ataque de Kaín, Hakon aprovechó la lentitud de los movimientos de su oponente para ponerse en pie. Tras secarse el sudor de la frente, Hakon sonrió divertido.

—Me he distraído pero no volverá a pasar.—dijo Hakon, adoptando en su rostro una expresión de decisión.

Acto seguido, Hakon se lanzó al ataque dirigiendo continuos tajos hacia el yelmo de su rival. Kaín al recibir la serie de tajos, se fue protegiendo entre su espada y su escudo.

En la grada, debido a la nueva actitud que el guerrero cristiano había tomado en el combate, Run se alzó en su asiento mostrándose eufórica.

—¡Vamos dale fuerte!—gritó Run.

En cuanto al Gran Krig, el perro ladró espoleado por los vítores de la vikinga.

De regreso a la arena, Kaín realizó un tajo dirigido a la laringe de Hakon. El guerrero cristiano, intuyendo el ataque se hizo a un lado esquivando el filo de “Noche de gritos” y entonces sorprendió a Kaín dándole un mandoble en el brazo con el que sostenía el escudo.

A consecuencia de aquel duro impacto, al igual que le había ocurrido a Hakon, Kaín se vio obligado a dejar su escudo en la arena ya que éste había quedado más que inservible.

En la grada, Run le comentó al Gran Krig:

—Eso se lo he enseñado yo.

—Gua gua. —le respondió el Gran Krig.

En el nuevo tramo que se había iniciado en el combate, Hakon y Kaín empezaron a chocar sus espadas con mayor asiduidad producto del conocimiento que habían cogido el uno del otro durante el combate. Pasados unos minutos, Hakon logró herir a su rival en un hombro y una pierna.

—Si fueras un humano ya te habría vencido.—gritó Hakon mientras seguía lanzando mandobles contra el caballero negro.

Mientras el guerrero cristiano continuaba lanzando tajos, Kaín recordó por un instante un momento vivido en el pasado. En aquel recuerdo aparecía él cuando todavía no se había unido a Loki. Estaba en el patio de armas del castillo de York con Sir Dylan delante. El noble de la Casa Elmet se mantenía impasible sujetando una espada de madera para los entrenamientos. De repente, el joven caballero se adelantó lanzándose velozmente con una estocada dirigida al rostro de su superior. Aquella espada que se dirigía hacia el rostro de Sir Loryan se convirtió entonces en la espada que blandía Hakon, la cual acabó impactando contra el rostro de Kaín.

Producto del impacto de la espada contra el yelmo con forma de perro demoniaco, provocó que éste saltara por los aires volando de la cabeza de Kaín. Al mismo tiempo que el yelmo salía despedido, el hombre que había estado escondido tras el yelmo escupió sangre por la boca y luego cayó sobre la arena.

En la grada., la realización del golpe definitivo derivó distintas reacciones. Run saltó de alegría mientras que Loki y Minrha fruncieron el ceño mostrándose decepcionados con la actuación de su esbirro. Una vez que Hakon hubo mandando a Kaín a descansar, se acercó a él vislumbrando su aspecto por primera vez. Debajo de aquel aterrador yelmo que había estado llevando el lacayo de Loki,

se ocultaba un rostro alargado y hermoso con una larga melena plateada que se extendía más allá de la atura de los hombros. Sus ojos se mostraban cansados y suplicando ayuda ante una situación desesperada.

En la grada la vikinga se alzó mostrándose intrigada por saber cuál iba a ser el desenlace que su amigo estaba pensando para el combate.

—Vamos. ¿A qué estás esperando?—preguntó Run.

Mientras el guerrero cristiano observaba a su rival, éste de repente murmuró.

—Estoy cansado….—farfulló Kaín con voz débil.

—Estoy muy cansado.—repitió Kaín.

—Es normal ha sido un duro combate. Ambos hemos sufrido mucho para vencer al otro. —contestó Hakon en un tono amistoso.

—No me refería a eso. El combate ha sido muy divertido. Me lo he pasado genial. Estoy cansado de ser visto como el malo. De que me vean como eso cuando yo lo único que quería era salvar la vida de mi mujer…

Hakon a causa de las palabras del veterano guerrero, arqueó una sonrisa por su rostro.

—Por favor ríndete. No quiero matarte.—dijo Hakon.

En respuesta de la petición del guerrero cristiano, Kaín asintió con la cabeza y luego alzó su brazo.

—Me rindo…—dijo Kaín con una expresión seria.

Las palabras del caballero negro provocaron a continuación el júbilo entre el público salvo en Loki y en Minrha. Ambos con la aceptación de la derrota por parte de su lacayo, se marcharon de la grada con un ceño fruncido.

Finalizado el torneo y con Hakon Hombrehermoso como ganador definitivo, en el énfasis de la victoria dos hermosas mujeres saltaron de la grada para marchar a abrazarse a él. El guerrero cristiano al recibir tan caluroso abrazo se puso rojo de la vergüenza.

—¿Chicas pero qué hacéis?

—Ay, qué hombre más guapo y rudo. —comentó una de las mujeres mientras se abrazaba a Hakon.

En la grada, a raíz de las muestras de cariño de las dos mujeres con Hakon, Run se alzó de su asiento con una cara de enojo.

—¡Será posible! ¿Quién les ha dado permiso? —se preguntó Run al mismo tiempo que saltaba a la arena hacia Hakon y las dos mujeres.

Llegado al punto en el que se encontraba el guerrero junto a las dos mozas, empezó a tirar del brazo de Hakon hasta llevárselo

celosamente de la presencia de aquellas mujeres.

—¡Dejadlo estar!. Es mi socio. Tenemos mucho trabajo por hacer en otras ciudades y llegamos tarde.—dijo Run con una expresión malhumorada.

—Pero Run…—farfulló Hakon, incrédulo.

—¿Qué?, ¿Acaso quieres quedarte con ellas? —preguntó Run con cara de enfadada.

—No, no…. —respondió Hakon con cara de terror y vergüenza.

CAPÍTULO 22: MANANTIAL

Pasadas unas horas de que el torneo hubiera terminado, Run, Hakon y el Gran Krig marchaban por un bosque aledaño a la ciudad llevando en su poder el premio encima obtenido por el guerrero cristiano. El premio se trataba de una bolsa con cincuenta monedas de oro. Un premio bastante cuantioso que les iba permitir hospedarse en los mejores establecimientos de la zona.

—Enhorabuena, ha sido una victoria muy merecida. Lo del escudo ha sido una estrategia buenísima. No me lo esperaba para nada.—dijo Run con una sonrisa divertida.

—Gracias.—respondió Hakon.

—Algún día te enseñaré a luchar como lo hago yo.—añadió Hakon entre risas.

—¡Ya estamos!—se quejó Run.

—Eres un chulo….—añadió Run, haciendo a continuación una pedorreta con la boca.

—¿A qué me ganas tú? A nada. Me ganaste porque no quería hacerte daño. Venga, si quieres hagamos una carrera y veamos quién es más rápido.—dijo Run retándole a Hakon.

—Run, te ganaría también y lo sabes.—le respondió Hakon con una sonrisa burlona.

—Gilipollas…—farfulló Run con una ceja levantada.

Para sorpresa de Hakon, Run le empujó haciéndole caer de culo contra la tierra del bosque, y a continuación salió entre carcajadas. Mientras que la vikinga se escapaba por el bosque, Hakon con su trasero apoyado en el suelo alzó su mirada y luego se quejó.

—Que tramposa.

Al mismo tiempo de que se iniciara la carrera entre los dos guerreros, en otra parte del bosque, Kaín deambulaba con gesto inquieto por quien se pudiera encontrar. Cuando todo apuntaba a que el caballero cambiante de capa, estaba solo por aquella zona del bosque, un chorro de sangre cayó ante sus pies denotado lo contrario. Para su sorpresa, la sensual Minrha y Loki le observaban subidos sobre la rama de un árbol. Minrha que por aquel entonces volvía a lucir su aspecto real, en cuanto cruzó su mirada con Kaín estiró una sonrisa malévola por su rostro y a continuación saltó de la rama para caer junto a él.

En el momento en el que Minrha estuvo al lado del caballero, ésta empezó a acariciar el rostro de Kaín mientras hablaba.

—Kaín…Te dimos una oportunidad. Una oportunidad para

cambiar de nuevo y rehacer tus errores luchando por un nuevo rey. Un rey todo poderoso pero tú…

Al mismo tiempo que Minrha hablaba, la armadura de metal de color negro se tornó viscosa por razón de recibir el roce de los dedos de la hechicera.

—Has vuelto a fallar como hiciste como vikingo y cristiano.

Desintegrándose en torno la piel del caballero, la armadura acabó por caer al suelo hasta dejar a Kaín desnudo sobre un charco de un líquido negro, con una expresión de terror e incertidumbre.

—¿Y ahora qué? ¿Cúal será mi destino? —preguntó Kaín con voz temblorosa.

A consecuencia de la pregunta, Loki saltó de la rama para unirse a la conversación:

—¿Y ahora qué? Buena pregunta.

En aquel momento, Loki puso una cara seria y acto seguido posó su mano sobre la frente de Kaín. Mientras el dios tocaba la frente del caballero, Minrha sonrió sabedora de las intenciones de su esposo respecto al esbirro. Entonces, Loki usó su magia sobre Kaín haciendo que unas sombras aparecieran envolviendo a Kaín.

—Ya no eres digno de ser mi caballero negro…—Has sido relegado de tu puesto.— sentenció Loki, infringiendo la muerte a Kaín al aplastarle el cerebro con su mano.

Habiendo sido asesinado el guerrero demoniaco en aquel rincón del bosque, Loki se limpió la sangre con la que había sido manchada su mano y luego se dirigió a su esposa en un tono amistoso.

—Pensaba que era el hombre ideal pero estaba equivocado. Un hombre que siempre traiciona a su bando, no es un traidor, sino un cobarde. Debemos encontrar un nuevo caballero negro. Nuestro ejército necesitará a un capitán.

A menos de un kilómetro de distancia de por dónde merodeaban la pareja de demonios, Run se detuvo al llegar al frente de una cascada como consecuencia de su reto a Hakon. Cuando Run llegó a dicha cascada, Hakon todavía seguía bastante distanciado así que la vikinga aprovechó su soledad para darse un baño.

Enfrente de la cascada, Run se deshizo de sus ropas hasta quedarse totalmente desnuda y a continuación saltó al interior de las aguas dando una voltereta por el aire. Al caer dentro de las aguas, Run empezó a bucear mientras que sus cabellos dorados bailaban libremente. Tras haber atravesado el manantial en el que desembocaba la cascaba, Run se irguió sobre una roca mostrando su angelical cuerpo desnudo cubierto por una capa de agua. Sentada

sobre aquella roca, Run empezó a hacerse una trenza con sus cabellos.

En plena realización de aquella trenza, fue sorprendida por Hakon, quien se presentó por la cascada a la carrera.

—¿Run?—preguntó Hakon mirando entre los rincones de la piscina natural.

En cuanto Run escuchó la voz del guerrero cristiano, se lanzó hacia el exterior de las aguas, para quedar oculta entre las rocas..

—¿Ya?, ¿ya has acabado?—preguntó Hakon con rostro decepcionado.

Run, temerosa porque su desnudez pudiera ser descubierta por Hakon, respiró fuertemente antes de responder.

—Sí. Ya he acabado.—respondió Run, hablando con Hakon desde las rocas.

—¿A caso vos pensabais que íbamos a bañarnos juntos?—preguntó Run con una sonrisa burlona.

—No, sólo preguntaba.—respondió Hakon con una sonrisa relajada y fría.

Aquella actitud mostrada por el guerrero cristiano provocó que Run frunciera el ceño.

—Estúpido.—farfulló Run.

—Entonces, con tu permiso me bañaré sólo.—dijo Hakon, mientras miraba a las rocas donde se ocultaba la vikinga.

—Bien, haced lo que queráis. Las aguas son todo vuestras.—contestó Run mostrando por su rostro una falsa sonrisa de indiferencia.

A continuación Run sonrió satisfecha y entonces se dio media vuelta para empezar a vestirse mientras que Hakon en la cima de la cascada hacía justamente lo contrario que ella.

—Por cierto…¿Dónde está tu perro?—preguntó Run, al mismo tiempo que se iba vistiendo.

—El Gran Krig no tardará mucho en llegar.—contestó Hakon con una sonrisa divertida, mientras continuaba deshaciéndose de sus ropas.

—Seréis memo. Será mejor que cuidéis mucho mejor de vuestro perro si queréis que continúe vivo. El Gran Krig empieza a ser viejo y ya no puede correr como lo hacía antes.—le recriminó Run, permaneciendo de espaldas a Hakon.

—Ya... Sí, tranquila. El gran Krig es viejo pero recuerda que también es mi perro. Es el mejor, como yo—respondió Hakon con una sonrisa chulesca.

El comentario de Hakon alardeando sobre el Gran Krig y él

mismo, provocaron que Run frunciera el ceño mostrándose muy molesta.

—Será fanfarrón. Siempre está presumiendo por todo—pensó Run llena de cólera.

Justo después de que Run tuviera dicho pensamiento, se giró airadamente para recriminar a Hakon por su actitud, pero entonces cuando suponía que iba a cantarle las cuarenta, se encontró con algo totalmente inesperado para ella. De repente se topó con un Hakon que andaba completamente desnudo. Durante un largo segundo, Run permaneció incrédula sin dar crédito a lo que estaba viendo, pero finalmente estalló en un sentimiento combinado entre la cólera y la vergüenza.

—¡¿Qué haces?¡Pervertido!—gritó Run, invadida por una terrible vergüenza.

Las rabiosas voces por parte de la vikinga quisieron amedrentar el comportamiento obsceno de Hakon, sin embargo para mayor enfado de ésta lo único que consiguieron, fue provocar que a él se le escapara una larga risotada a su costa.

—Si no recuerdo bien, la gente se baña desnuda. Yo no te he dicho que te gires y tampoco te he dicho que continúes mirándome —contestó Hakon, adoptando una sonrisa burlona.

Ante aquella nueva burla, Run frunció el ceño y tras darle la espalda de nuevo, dibujó en su rostro una sonrisa traviesa:

—¿Sabéis una cosa?—preguntó Run con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —preguntó Hakon mostrándose intrigado.

—La seguís teniendo igual de pequeña que cuando erais niño.—contestó Run, rompiendo a reír a continuación fuertemente.

Las burlas de la vikinga referentes al aparato sexual de su viejo discípulo provocaron en éste un gran sonrojo y rabia a la vez, pero pese a ello rápidamente, se rehízo de la vergüenza dándola una peculiar replica:

—Eso es por el frío, chica lista. Si te parece pequeña coopera conmigo ya verás que pronto se me pone grande.—contestó Hakon con una sonrisa juguetona.

Hakon no había hablado en serio. Solamente le había tomado el pelo a Run, no obstante eso no fue excusa para que no se desatara el enfado en la vikinga. Sin más dilación, Run desenvainó la “Espada del mediano” y en tono de amenaza se dirigió a Hakon:

—¡Como os la toquéis en mi presencia os juro que os la cortaré! —gritó Run con expresión amenazante, mientras mostraba una daga.

En aquel instante de extrema furia de la vikinga, Hakon rió

divertido largo y tendido. Justo después de que Hakon se hubiera carcajeado por enésima vez en la cara de su antigua maestra, se lanzó realizando una estilosa entrada desde el borde de la cascada al interior de las aguas. El salto acrobático que Hakon realizó para su entrada en las aguas fue aún más espectacular del que Run había realizado anteriormente. Su salto estuvo combinado con una voltereta hacia atrás finalizada con una entrada perfecta con los brazos hacia delante.

Instantes después de que el guerrero cristiano se hubiera sumergido en las cristalinas aguas del manantial, por la misma cima de la cascada por la cual se había lanzado en modo de trampolín, apareció el Gran Krig para seguirle en su acción. El perro al saltar al interior de las aguas puso una sonrisa rebosante de felicidad en su amo.

—¡Ese es mi chico!—exclamó Hakon.

Run rió divertida.

—Los dos sois iguales. Tal para cual. —dijo la vikinga.

perro fue nadando a estilo perruno hasta quedar salvaguardado por los musculosos hombros de su dueño, los cuales por aquel entonces eran objetivo permanente de las miradas de Run, quien intentaba mirar de manera disimulada, sin éxito, pues los ojos se iban sin poder evitarlo hacia el muchacho. Ante los juegos del guerrero cristiano con su perro, Run se mostraba disgustada sin motivo aparente. Ella odiaba cuanto había cambiado el chico al que siempre había querido como un hermano pequeño y sobretodo odiaba lo que últimamente se producía en su estómago cuando lo miraba. Era un sentimiento que había sentido antes. Concretamente, con Thor.

—"¿Qué me pasa últimamente?, ¿Por qué me avergüenzo al mirar a este idiota?, ¿Me gusta? Pero eso es imposible, si lo conozco desde que era un niño. ¿Es deseo lo que siento o sólo admiro su belleza? Seamos realistas, si lo observo desde un punto de vista externo, tengo que reconocer que es hermoso. Sin embargo, hay algo más que me atrae de él. No puedo parar de imaginarme acariciada por esas manos. Y esos brazos…dioses, desearía ser el Gran Krig en este mismo momento y que me rodease con esos tremendos músculos…¡Estúpida! ¡Deja de tener estos pensamientos sobre él! Hakon no va a cortejarme. No me ve como a una mujer sino más bien como a un pariente. Pero me gustaría que me tocara, que me besara y abrazara…No, no debe notarlo, pero ahora sé es deseo lo que se ha despertado en mí al mirarlo de este modo"—pensó Run mostrándose frustrada.

—Debo ir a los páramos del norte, quizá allí encuentre a un mago o una bruja que tenga alguna poción para borrar este insano sentimiento. Me siento estúpida por tener esto en mi cabeza. Si él lo supiera, me daría de puñetazos.—farfulló Run con una sonrisa avergonzada.

Mientras que Run seguía perdida en sus pensamientos, a su espalda empezó a acercarse Hakon desde el interior de las aguas. Tras varios pasos más a través del interior de la piscina natural, el guerrero delató su presencia delante de Run. Había andado hasta ponerse justo detrás de ella. Un lugar desde donde extendió sus brazos para abrazarla tierna pero firmemente. La chica, al verse sorprendida por tan cariñoso abrazo, no advirtió que los brazos estuviesen empapados de agua y a continuación esbozó una gran sonrisa, la cual no pudo ver Hakon debido a su posición.

Sin poder evitar el siguiente paso, ella giró su cuello hacia la mandíbula de Hakon, y fue deslizando su cuerpo hasta quedar los dos totalmente de frente, mientras que el guerrero ladeó la cabeza y poco a poco sus bocas fueron acercándose hasta acabar fundiéndose en un beso desesperadamente ardiente.

—Pido perdón a su madre por esto, pero aunque sea una vampiresa tengo mucho de humana…—pensó Run con una placentera sonrisa en su rostro.

Rodeó con sus brazos el cuello del chico, subiendo y bajando con caricias el recorrido de sus brazos, la espalda y el torso. Hakon comenzó a desvestirla, con cuidado al principio y con más y más urgencia a medida que crecía su pasión. Run le empujó violentamente hasta las rocas que bordeaban el manantial, donde el deseo se desató alcanzando mayores cotas.

Completamente descontrolada por la fuerza de lo que hervía en su interior, Run se movió a una velocidad sobrehumana en torno a Hakon, quien trataba de seguirla a duras penas. Con rápidos movimientos, lo sentó en la roca que sobresalía y se sentó a horcajadas sobre él, los dos completamente desnudos y hambrientos del otro. Al guerrero cristiano ni siquiera le dio tiempo a ver como Run se introducía el falo en su preparada vagina, con lo que reaccionó mostrándose muy sorprendido al sentir de repente un dolor en el cuello y un placer en su zona erógena.

La explicación de que Hakon tuviera tales sensaciones era porque Run le mordió en el cuello al mismo tiempo que era penetrada. La combinación de ambas acciones le provocaba a Run un mayor placer. Debido a que se movía a una velocidad sobrehumana, en apenas un minuto, le procuró cuatro orgasmos

antes de que Hakon culminara una sola vez.

Pasados un par de minutos, Hakon se dejó caer desfallecido sobre las rocas del manantial con su cuerpo repleto de arañazos.

—¿Esto es sexo? Creo que es más cansado que luchar contra un gigante.—comentó Hakon dirigiéndose a Run.

Mientras que él trataba de recuperar el aliento, a su lado Run se acercó mimosa, rozando apenas con su mano la piel del joven mientras le prodigaba tiernas caricias y le besaba el cuerpo con dulzura, casi con adoración.

—Pues yo todavía no he acabado…—dijo Run torciendo en sus labios una sonrisa malévola.

—¿Quieres matarme?—preguntó Hakon, extenuado.

Siguiendo el camino del abdomen de Hakon, Run continuó besándole sensualmente todo el cuerpo hasta que llegó a la zona del aún enhiesto pene, donde se detuvo por largos minutos lamiendo y rozando con los labios toda la magnífica envergadura del miembro. Cuando abrió la boca para disponer a metérsela en la boca, en el rostro de Hakon apareció una expresión de terror.

—¿Estás segura de que no me harás daño?—preguntó Hakon mostrándose inseguro.

Con motivo de los temores que acontecían en el guerrero cristiano, Run se detuvo frunciendo el ceño, como muestra de su disgusto con la absurda pregunta.

—¡Claro que no voy a hacerte daño!. En realidad deberías estar agradecido porque una mujer como yo se ofrezca a hacerte algo como esto—dijo ella, mirándole con una expresión avergonzada.

—Tienes razón…perdona, es que a veces no sé cómo actuar contigo—asintió Hakon mostrándose también avergonzado.

Habiendo respondido al comentario de la vikinga, ella sonrió abiertamente y a continuación le agarró el pene con su mano, llevándoselo lentamente hacia al interior de su boca y provocándole toda suerte de sensaciones gloriosas al fornido guerrero.

Hakon trataba de no mirarla por la vergüenza que le producía mirarla en la ejecución de dicha tarea, sin embargo, se sentía terriblemente dichoso por lo que estaba ocurriendo. Después de tanto tiempo profundamente enamorado de ella, finalmente había conseguido que Run cayera entre sus brazos.

—Te quiero…—dijo Hakon, mirando a Run con una sonrisa emocionada.

Run al escuchar aquellas dos palabras se detuvo, y entonces se alzó sobre las aguas hasta situarse enfrente de él.

—¿Qué has dicho?—preguntó Run abriendo los ojos

desmesuradamente..

—Te he dicho que te quiero.

—¿Esto no ha sido solo sexo?—preguntó Run, mirando a Hakon con incredulidad.

En aquel instante en que la vikinga hizo tal pregunta, Hakon se quedó inmóvil y dolido.

—No por mi parte…—respondió Hakon, sin dudarlo ni un segundo.—Siempre te he querido. Desde que era niño. Siempre…—añadió.

Run le miró fijamente adoptando una sonrisa que mantuvo durante unos segundos.

—¿Me quieres?—preguntó Hakon con su mirada perdida en el infinito bosque.

Ante aquella pregunta, Run vibró como si su corazón hubiera dado un vuelco al reconocer la verdad.

—¿Tú qué crees?—preguntó Run con una sonrisa retorcida.

En reacción a la pregunta realizada por Run, el guerrero cristiano arqueó las cejas en señal de intriga provocando con ello que la vikinga rompiera a reír.

—Te amo, Hakon. Mi cuerpo tiembla de emoción por estar entre tus brazos, y no hay lugar donde quiera estar que no sea aquí, eres el amor de mi vida. Y se deslizó hasta quedar acurrucada en un dulce abrazo.

El guerrero cristiano al ser abrazado por ella, la apretó con fuerza sintiéndose extasiado por haber recibido tan sincera respuesta.

—Te amo. Te amo.—dijo Hakon mientras besaba a Run.

—Y yo a ti. Y yo a ti.—respondió Run mientras besaba a Hakon.

Después de más caricias, miradas y sonrisas, y más besos, Run se adentró en soledad por el bosque mientras que Hakon se acababa de vestir.

De camino por el bosque, iba silbando alegremente sintiéndose como una nube por lo sucedido con Hakon.

—No me puedo creer lo que ha pasado. Un momento tan mágico. Le amo. Estoy muy enamorada. Jamás pude imaginar que sentiríamos así lo que sentimos. Esto es de locos—pensó Run con una sonrisa de lado a lado.

A medida que Run iba caminando por el bosque concentrada en sus pensamientos, cruzó entre medio de dos abetos, donde de repente fue sorprendida por una voz que se dirigió a ella.

—Run…—dijo aquella voz.

La vikinga al escuchar dicha voz se detuvo mostrándose

totalmente en estado de shock. Enfrente de ella estaba el dios Thor. Su querido príncipe de Asgard. Run, al toparse con el dios del trueno, lanzó un quejido seco mientras que por sus mejillas empezaban a correr unas lágrimas de sangre. Incapaz de articular una palabra, Run se llevó las manos a la cabeza sintiéndose súbitamente mareada. La presencia de Thor hizo velozmente que todo lo que ella pensaba perfecto se convirtiera en un torbellino de preguntas sin responder.

—No. ¿Por qué él ahora? Era feliz.... ¿Por qué se presenta ahora? No es justo—pensó Run entre lágrimas.

Thor en vistas del sufrimiento que parecía provocar su presencia en la vikinga continuó detenido sin acercarse a ella observándola en todo momento desde la distancia.

—Hola Run…—dijo Thor, tratando de mostrarle una sonrisa.

—¿Vos que hacéis aquí? ¿Estoy soñando?—preguntó Run entre lágrimas.

—No, no estás soñando. He venido a por ti para llevarte de vuelta al reino de Asgard.—respondió Thor.

—¿Qué?—preguntó Run, incrédula por lo que acababa de escuchar.

—Yo soy una vampiresa. Mi alma no puede viajar al reino de Asgard porque ya no tengo alma.

—No, ahora sí podrás volver. Los dioses hemos decidido que tras todas tus batallas contra los demonios mereces convertirte en uno de nosotros. En una diosa.

—¿Yo? ¿Una diosa?—preguntó Run reaccionando incrédula.

—Así es, una diosa con un poder sin límites.—respondió Thor.

—Pero…—replicó Run, tragando saliva.

Una vez que la vikinga hubo tragado saliva continuó hablando para exponerle sus pensamientos a Thor.

—Yo ahora tengo a Hakon. Nos hemos hecho novios hace nada. —dijo Run

—No puedo dejarle así como así. No se lo merece.—añadió.

—Lo sé y no puedo pedirte que lo hagas. Tú eres quien debe elegir. Solo puedo decirte que si me besas retomaremos el beso que nos dimos en el altar del palacio de Glasheim y además tú te convertirás en una diosa como yo.

—El beso en el altar. Nunca he olvidado ese momento.—farfulló Run, mirando a Thor con un semblante emocionado.

Thor estiró una sonrisa por su rostro mostrándose satisfecho porque aquel recuerdo hubiera persistido en Run.

—Run…aquel beso también lo fue todo para mí.—dijo Thor.

Con el comentario del dios del trueno, Run lo miró fijamente mostrándose muy emocionada y por un instante, su memoria revivió el apasionado beso que se dio con Thor en la celebración de su aciaga boda. Recordó cómo mientras que su cuerpo iba desapareciendo del salón del Valhala, Thor la abrazaba fuertemente en un beso tan sentido como un tornado y un trueno a la vez.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de que desaparecieras de mi lado?—preguntó Thor.

Frente a la pregunta realizada por el dios Thor, Run se quedó en silencio mostrándose muy dubitativa. Ella no tenía ni idea de qué hacer. Por una parte, amaba a Hakon con quien se sentía muy unida en cuerpo y mente, sin embargo, por la otra parte también amaba a Thor con quien había sentido más que con ningún otro hombre.

Después de mantener un largo silencio, Run terminó por decidir cuál sería su decisión sobre la propuesta y entonces dio un paso hacia delante situándose a tan solo unos centímetros de Thor. En aquel instante en que Run se hubo situado enfrente del dios del trueno se alzó a ante él y entonces le dijo.

—Sí, lo recuerdo. Nuestro amor será eterno.—respondió Run.

Tras decir tales palabras, Run pegó sus labios contra los del dios Thor sellando con ello el trato. Cuando se estaba produciendo el beso entre el dios y la vikinga, Hakon llegó por un rincón del bosque encontrándose para su espanto con la inesperada situación. El guerrero cristiano al estar presenciando el beso se quedó callado observando como la mujer de la que estaba enamorado se besaba con otro. Ser espectador de aquel beso fue para él como si le hurgaran el corazón con diez mil espadas de filo oxidado.

A los segundos de que la pareja hubieran unido sus labios, quedaron rodeados por una esfera luminosa que empezó a dar vueltas velozmente en torno a ellos haciéndoles desaparecer para mayor desconcierto de Hakon. Una vez que Run y Thor dejaron de estar allí, Hakon siguió igual. Se quedó paralizado. No podía apartar su mirada del lugar en el que apenas unos segundos había visto cómo su amada Run Ljungberg se besaba apasionadamente con el dios Thor.

Aquel comportamiento contenido en el que había caído el guerrero cristiano no duró mucho. De repente, Hakon estalló en ira mostrándose enfadado como no lo había estado nunca.

—Joooooooooder. Jooooooooooooooooooooder.—gritó Hakon, desgañitándose.

El Gran Krig al escuchar los gritos de su dueño se apartó de él

con gesto asustado. Mientras que proseguía el ataque de furia en Hakon, desenvainó su espada “Asesina de maestros” y entonces empezó a golpear con ella de forma repetida contra un ancho abeto que había cercano a su posición. Producto de los múltiples tajos que estuvo aplicando a dicho tronco, éste acabó cayendo derribado justo a su lado. Ahí no quedó la furia de Hakon. Acto seguido, empezó a golpear con su espada contra el suelo. Su furia sumada a su fuerza casi sobrehumana le llevó a partir el filo de un duro golpe.

—¡Donk! —sonó el metal al quebrarse.

Con la espada partida por la mitad, Hakon alzó su mirada y con cara de loco le gritó al cielo:

—¡Arggg!. ¡Jodidos dioses y su jodida mierda! ¡Los mataría a todos! ¡Comedme los huevos! ¡Hijos de puta!

En medio de los gritos de Hakon se hizo presente por su espalda el dios Loki. La aparición del rey del infierno causó que Hakon se girara descubriendo la nueva compañía. En su mano derecha Loki cargaba el mismo yelmo que había lucido Kaín como el caballero negro.

—¿Llego en buen momento?—preguntó Loki estirando por su rostro una sonrisa malévola.

Ante la pregunta del dios Loki a Hakon, el segundo se volvió todavía más loco de la ira, y entonces apretando los dientes se abalanzó contra el dios en un agresivo ataque. El dios Loki al deducir que en esta ocasión no podría engañar a su víctima, dibujó una gran sonrisa por su rostro y luego empezó a retroceder mostrándose divertido. Mientras eso sucedía, Hakon lanzaba tajos de su espada rota con desesperación pero por mucho que se esforzara el dios era tan veloz que conseguía esquivarle sin gastar energía alguna.

Llegado a un punto de que el guerrero diera inicio el ataque, finalmente acabó por hundir su espada en el pecho del dios. Sin embargo, justo después de que lo hiciera éste se desvaneció en el aire como una simple brisa dejando a Hakon con la única compañía de su perro.

Habiendo desaparecido el dios, Hakon respiró agotado de tanto esfuerzo y a continuación lanzó lo que quedaba de su espada lejos de donde se hallaba.

—Estoy harto…Estoy harto.—dijo Hakon entre jadeos.

CAPÍTULO 23: LA BODA MÁS LARGA JAMÁS HABIDA

En el reino de Asgard, Run abrió sus ojos mostrando en sus mejillas unas lágrimas comunes. La razón por las que sus lágrimas habían dejado de ser de sangre se debía a que Run se había convertido en una diosa y por tanto, todo lo relacionado con su maldición vampírica había desaparecido.

Run al estar mirando hacia al frente vio ante sí como una esfera de plumas se iba deshaciendo lentamente para mostrarle el lugar al que había llegado. Run no llegó sola hasta aquel mágico lugar. Thor también apareció a su lado agarrándola de la mano.

Justo después de que Run hubiera llegado junto a Thor al reino de Asgard, la primera giró lentamente sobre sí misma para observar con mayor atención el lugar en el que ahora se hallaba. Ese lugar se trataba de los salones del Valhala. Para su sorpresa se encontró que al igual que en el día de su fatídica boda, allí había cientos de personas mirándola. Run, motivada por haber aparecido de nuevo en el salón del Valhala, miró rápidamente hacia su vestimenta encontrándose para su sorpresa en el interior de un vestido de novia.

—No puede ser…—dijo Run con lágrimas en los ojos.

A su lado, Thor la apretó la mano con dulzura ternura siendo sabedor del shock que se estaba llevando:

—Si te fijas todo está igual que en aquel día. Salvo algunos nuevos invitados de tu familia.—farfulló Run con una expresión avergonzada.

En aquel momento Run sonrió abiertamente a pesar de que unas lágrimas bañaban sus mejillas.

—¡Casémonos!—exclamó Run.

En el salón la disposición que mostró la vikinga por celebrar la boda levantó los ánimos de los invitados congregados al enlace. De repente, la gente empezó a festejar mientras que Odín caminaba entre la multitud.

—Me alegro de tu decisión, Run.—dijo Odín.

Al cabo de unos minutos, cuando la pareja estuvo situada delante del púlpito y tras varios discursos por parte de Odín dirigidos a la alabar los reinos de la luz, él mismo se dirigió a la pareja con una pregunta:

—¿Vos, Thor aceptáis a Run como vuestra esposa para lo bueno y para la malo? ¿Para la muerte y la vida? ¿Para el día de mañana y la eternidad?

En la antesala de la respuesta, Thor miró a Run con una sonrisa

y luego respondió:

—Sí, quiero.

—¿Vos, Run aceptáis a Thor como vuestro esposo para lo bueno y para la malo? ¿Para la muerte y la vida? ¿Para el día de mañana y la eternidad?—preguntó Odín

En los segundos previos a la respuesta, Run miró del mismo modo a Thor y luego contestó:

—Sí, quiero.

La afirmación de la vikinga hizo que corriera el júbilo entre los invitados. En el púlpito en aquellos instantes de gran alegría, Odín tomó la palabra y con voz rotunda dijo:

—Yo, como padre de todos los dioses, os declaro marido y mujer. Ya puedes ponerle el anillo a la novia, hijo.—dijo Odín.

De repente, el terror invadió a Run. Hacía mucho tiempo que Run había vendido el anillo de boda que Thor le regaló:

—¡El anillo ya no lo tengo, lo vendí por unas medicinas cuando Hakon era pequeño y estaba enfermo!—farfulló Run con una expresión aterrada.

Inmediatamente, para cortar los temores de la vikinga, Thor abrió su enorme mano mostrando en ella el anillo de boda. El anillo de matrimonio era otro que el de la primera vez, pero lucía exactamente igual.

—Lo tienes. ¿Cómo lo conseguiste?—preguntó Run.

Thor rió divertido y entonces cogió la mano de Run para colocarle el anillo:

—Soy un dios, ¿recuerdas? Conseguir un anillo no me requiere mucho esfuerzo—dijo Thor en tono burlón.

Con el comentario del dios del trueno, Run sonrió abiertamente y a continuación se acercó lentamente a él:

—¿Quién me iba a decir a mí que al final iba a cumplir mi sueño?—preguntó Run.

Thor esbozó una sonrisa y entonces dijo:

—Pues si lo has alcanzado ¿A qué esperas a abrazarlo?…

Tomando la palabra del dios del trueno, Run acabó por pegarse a él y finalmente ambos se besaron apasionadamente.

Mientras la pareja se besaba, en el salón del Valhala, todos los invitados aplaudían en especial el padre de la novia, Rúrik, quien además lloraba a moco tendido.

—Mi niña, ya es una mujer-dijo Rúrik con lágrimas en los ojos.

A su lado, Vilborg rió divertida a raíz de la emotiva reacción de su esposo.

Finalizada la ceremonia del casamiento, los invitados salieron a los jardines del palacio de Gladsheim donde las valquirias habían preparado un gran festín para todos los invitados. En aquella parte de la boda, Run lucía un vestido diferente que consistía en una especie de túnica de color hueso que entallada con un cinturón de flores. La prenda era bastante corta por lo que mostraba sus muslos fibrosos.

En un ambiente de absoluta alegría, los diferentes invitados comían y bebían inmiscuidos en distintas conversaciones. En una zona del jardín, Run conversaba con Balder y otros hermanos en compañía de Thor. Entre ellos estaban Aesir como Balder, Hermodr, Hord, Bragi, Váli, Tyr o Vidar y la Vanir, Freya.

Freya, la diosa del amor, tenía el aspecto de una joven muchacha de diecisiete años de edad. Tenía una frondosa melena de cabellos rosados y ondulados. El rostro de Freya era increíblemente hermoso. Era de forma triangular. Tenía unos ojos grandes y alegres de color gris con gotas de oro en el iris, una nariz muy levantada, unos pómulos grandes y unos labios gruesos. Su vestimenta era un vestido largo de color rojo con un gran escote que creaba un camino hasta el vientre.

El dios de la guerra, Tyr, era el hijo mayor del matrimonio compuesto entre Odín y Frig. Tenía el aspecto de un guerrero barbudo y manco. Sus ojos eran de un color gris metálico, y su melena y su barba eran de color blanco grisáceo. Aquellos rasgos de vejez se contraponían con el resto del físico del dios, ya que debido a su gran musculatura, parecía poseer un cuerpo más propio de un hombre joven. Por encima de sus finas ropas, el dios Tyr vestía una ligera armadura acompañada por una reluciente espada y un martillo en su cinto.

Balder, el dios de la luz, la belleza y la inocencia, era el tercer hijo del matrimonio formado por Odín y Frig. Balder tenía el aspecto de un hombre hermoso de una edad en torno a los veinticuatro años. En su cabeza llevaba una media melena de cabellos de un dorado tostado. En su rostro lucía una barba fina y bien afeitada que enmarcaba unos rasgos del agrado de cualquier mujer. En su rostro tenía una mirada seductora, unos adorables hoyuelos en sus mejillas y una boca carnosa en la que se retorcía una expresión traviesa.

Hord, el dios ciego. El dios Hord era el hijo menor del matrimonio formado entre Odín y Frig. Hord era el gemelo de Balder, así que físicamente se parecía muchísimo a su gemelo, aunque Hord no era tan apuesto como lo era Balder. Por así decirlo,

Hord era la versión derruida de su hermoso gemelo. Sus ojos estaban en blanco y tenían la mirada perdida en el horizonte. Su cabello lo llevaba más revuelto y andrajoso, y la barba la llevaba tan tupida que sus hermosos hoyuelos quedaban ocultos en ella.

Bragi, el dios de la poesía y los Bardos. Bragi era hijo de Odín y de la giganta Gunlod. Tenía el aspecto de un anciano con barba blanca y oblicua. El dios de los poetas iba vestido con una túnica blanca que le llegaba hasta los pies. En su mano izquierda sujetaba un pergamino y en su mano derecha, una pluma con la que escribir.

Al lado de aquel dios, le acompañaba una mujer de aspecto mucho más joven que él. Su esposa, Idun. Idun era una chica joven de larga melena rubia y trenzas. Tenía la piel tersa y blanquecina, y las mejillas de un intenso bermellón. Para la boda, Idun se había vestido con una túnica de color verde que dejaba ver sus hombros y su escote. Ella era una de las diosas más importantes de Asgard. Sus manzanas tenían el poder de mantener jóvenes a los Aesir. Unos dioses que a diferencia del resto de dioses eran mortales.

Vidar, el dios del silencio, era hijo de Odín y la giganta Gridr. Tenía el aspecto de un adolescente de quince años de cuerpo enjuto y larga melena rubia y rizada. Su rostro casi tan hermoso y delicado como el de Run, estaba cubierto de pecas en la parte de la nariz. Los ojos de Vidar eran grandes y castaños. Aunque el dios Vidar daba con su físico la impresión de ser delicado, su mirada fiera y su vestimenta dejaban claro que no era así. Vidar por encima de su jubón de color dorado que vestía, estaba ataviado con una armadura. En su cinto colgaba una fabulosa espada casi tan larga como él mismo.

El dios de los arqueros y de la luz eterna, Váli, era hijo de Odín y la giganta Rind. Tenía el aspecto de un hombre joven de cuerpo enjuto y rasgos inteligentes. Tenía la forma de la cara triangular con un mentón alargado. Su peinado era una melena de pelo negro y rizado. En su cara tenía una barba fina y unos ojos de color marrón. Aquel dios iba vestido con jubón de color azul marino, calzón largo de color verde y botas de color negro. En su espalda cargaba un carcaj lleno de flechas y un arco.

Hermodr, el dios del viento, era el segundo hijo del matrimonio formado por Odín y Frig. Tenía el aspecto de un hombre de unos treinta años de edad, enjuto y afeminado. Hermodr tenía una larga melena de cabellos de color arenoso. La forma de su cara era triangular. Tenía la frente ancha, la nariz fina y alargada, la boca fina y pequeña, y el mentón alargado y acabado en punta. Con respecto a sus ropas, Hermodr vestía con jubón naranja con detalles

dorados, calzón largo de color amarillo y botas negras.

En el grupo que se había creador entre los Aesir y Run, Balder tenía su brazo apoyado por encima del hombro de la vikinga mientras conservaba feliz con su hermano Thor:

—Así que finalmente esta es tu esposa ¿no?—dijo Balder a Thor.

Run rió mostrándose divertida.

—A ver cuando os casáis vos. Ya es hora—respondió Thor dirigiéndose a Balder.

—¿Casarme yo? Soy demasiado joven. ¿Qué son tres mil años?—preguntó Balder provocando con su comentario que todos rieran.

—Sí, sois todavía un adolescente.—bromeó Váli.

El comentario del dios Váli hizo que de nuevo todos rieran a carcajada limpia. En aquel ambiente de risas y celebración, apareció Rúrik vistiendo para la ocasión una vestimenta similar a la de un noble de alta cuna. En la parte superior de su cuerpo vestía un jubón de colores verdosos, y de cintura para abajo un pantalón largo y unas botas. El poderoso guerrero vikingo al presentarse ante los dioses tendió su mano a Thor quien la recogió con una sonrisa amistosa.

—Te dejo a mi hija. Espero que cuides de ella y no le rompas el corazón porque si no…—le avisó Thor.

—Lo cojo.—asintió Thor mientras estrechaba la mano de su suegro.

Run, debido a la amenaza que acababa de oír de parte de su padre, se giró velozmente hacia él reprochándole por lo rudo que había sido con su esposo:

—Papa aunque sigas viéndome igual que antes ahora tengo 28 años. No puedes hablar de mí como si fuera una niña—se quejó Run.

A pesar de las voces de la vikinga, Rúrik esbozó una sonrisa y luego se separó de aquel grupo para unirse a otro grupo de invitados.

—Miradlo, se va sin decir nada más. No ha cambiado nada. Sigue siendo igual de gruñón. Padres…—refunfuñó Run.

Mientras que Run hablaba de su padre en esos términos, Thor soltó una risotada la cual motivó a que su esposa le prestara toda su atención:

—¿Por qué te ríes?—preguntó Run.

—Por nada. ¿Vienes conmigo a dar una vuelta? Ya me he cansado de hablar con los invitados.—dijo Thor a Run.

—Sí, creo que ya he lucido suficiente este vestido.—comentó Run provocando las risas en el dios del trueno.

De ese modo, mientras todo el mundo seguía festejando por la boda, Run y Thor aprovecharon para huir de la fiesta tomando uno de los caminos de piedra que había en el jardín. Paseando por aquella nueva zona ambos cogidos de la mano, Run le preguntó a Thor:

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estuve aquí?

—Doce años.—respondió Thor.

Run arrugó la frente.

—No, ese es el tiempo que ha pasado en el reino del Midgard. Me refiero a cuánto tiempo ha pasado aquí. En Asgard.—dijo Run.

—Ugh, es difícil responder a esa pregunta. El tiempo en Asgard no se puede medir de la misma forma que en el Midgard. Digamos que para mí fue una eternidad…—respondió Thor.

Run se detuvo junto a Thor.

—Una eternidad…—dijo Run mostrando una sonrisa avergonzada.

—Sí, una eternidad—añadió.

Thor se acercó a Run y con dulzura le acarició los cabellos de su melena terminando la acción con un beso. Ese beso fue más corto que los otros pero de nuevo consiguió que a Run le temblaran las piernas. Una vez que Thor se apartó de la vikinga, reabrió los ojos sonriendo de lado a lado:

—Ahora es el momento de retomar la vida que pudimos tener y no tuvimos.—dijo Thor.

En reacción del comentario del dios Thor, Run le preguntó velozmente mostrándose muy interesada:

—¿Qué propones?

Thor dibujó una gran sonrisa en su rostro y a continuación tiró de Run con gran fuerza marchando lejos de los jardines del palacio de Gladsheim. Inmediatamente después de que Thor hubiera realizado tal acción, Run y él aparecieron flotando sobre los cielos de Asgard sin ninguna clase de ayuda salvo la de su propia magia. En lo alto de aquel punto del cielo, ambos estaban disfrutando de unas impresionantes vistas del reino de las almas y los dioses benévolos. Desde allí podían ver a vista de halcón la atalaya de Heimdal, los puentes de cristal que conectaban los distintos palacios, las sierras donde vivían los pegasos y demás lugares.

—¿Qué te parecen tus nuevos poderes? Ahora eres una diosa—preguntó Thor mostrando una sonrisa divertida.

—Es increíble. No puedo creerlo. ¡Estoy volando!—dijo Run con gesto sorprendido.

—Pero tengo que decir que marea bastante…—añadió Run

mientras miraba hacia abajo.

Thor rió con el comentario.

—Es normal. Se puede decir que eres una novata con tus poderes. Tardarás siglos en dominar solo una décima parte de tus poderes.—dijo Thor.

—¿Ah sí? Pues cógeme si puedes—dijo Run.

Acto seguido, Run salió volando hacia delante provocando con tal acción que Thor riera a carcajadas. A mitad de aquella carcajada, Thor se preguntó a sí mismo.

—¿Acaso no sabes que soy el dios más rápido de Asgard?

Después de aquella reflexión, Thor salió volando detrás de Run. En la carrera que ambos dioses habían iniciado por los cielos de Asgard, se desplazaban a tal velocidad que no se les podía ver a simple vista. Run pese a que los superpoderes de diosa eran nuevos para ella, no le tenía ningún miedo a volar a una velocidad desorbitada. Es más disfrutaba con ello. Estaba volando tan rápido o más que Thor, quien la observaba desde la distancia con gesto temeroso por lo que la pudiera llegar a pasar.

—Ve más despacio. Todavía no tienes suficiente práctica con el vuelo.—gritó Thor tratando de que su recién estrenada esposa entrara en razón.

La petición del dios llegó a unos metros de distancia por delante, causando una carcajada en Run, quien después de oírla aumentó su velocidad de vuelo.

—Ni lo sueñes, no te dejaré ganar.—respondió Run con una sonrisa divertida.

—Hablo en serio, Run. Vas demasiado deprisa…—gritó Thor en un tono más serio.

Aunque Thor le había prevenido para que fuera más despacio, Run no dejó de acelerar su velocidad para alejarse lo máximo posible de Thor pero entonces perdió el control y acabó chocando contra dos torres que había en la ciudad.

—¡CROOOOOOOOONKKKKK!—sonaron las torres al romperse.

El choque de la vikinga fue tan impresionante que la primera torre la atravesó como un misil de pared a pared y luego siguió volando deteniéndose definitivamente en la segunda torre, la cual quedó totalmente destrozada en los pisos superiores. Habiéndose producido el accidente, Thor aterrizó segundos después a la segunda torre donde encontró a Run rodeada de escombros. Pese a la dureza del impacto, su naturaleza de diosa la hacía capaz de resistir toda clase de daños así que se la veía perfectamente de salud excepto por la suciedad de los escombros.

Thor al reunirse con ella la sonrió mostrándose muy divertido por lo sucedido.

—Llevas unos minutos aquí y ya has causado destrozos. Eres muy peligrosa.—dijo Thor entre risas.

Run, avergonzada por el lío que había causado, se llevó la mano para rascarse la nuca quitándose el polvo del pelo y a continuación echó a reír fuertemente para alegría de Thor. Tras término de aquella carcajada, Run se reincorporó y entonces le preguntó a Thor con una sonrisa juguetona:

—¿Hacemos la revancha?

A unos kilómetros de distancia de donde se ubicaban la pareja de dioses, concretamente, en un rincón de los jardines del palacio de Gladsheim, un grupo compuesto únicamente por los Aesir y Freya observaban lo que sucedía entre los susodichos a través de las aguas mágicas de Mimir. A consecuencia de lo visto en las aguas, a Balder se le escapó una sonora carcajada en presencia de los allí presentes.

—Parece que juntos se lo están pasando en grande, ¿no?—dijo Balder.

Odín rió mostrándose de acuerdo con su hijo.

—Sí, creo que ha sido una gran decisión conceder a Run la posibilidad de unirse a nosotros. Además nosotros también necesitábamos un poco de aire fresco.—dijo Odín.

Tyr gruñó molesto.

—Pero sí solo lleva dos minutos en Asgard y ya ha causado severos destrozos. Si se junta con Thor pueden llegar a convertirse en un serio peligro para los nueve reinos. Son demasiado incontrolables. Deberíamos decirles algo o sino no solo molestarán a las almas que habitan en el reino sino que además tendremos problemas con los otros reinos.—dijo Tyr.

A consecuencia de aquel comentario del dios de la guerra, Balder rompió a reír.

—Tranquilidad, hermano. Te preocupas demasiado. Thor y Run no son ningún peligro para la paz de los nueve reinos. Aunque a Thor le guste viajar a Jotunheim para matar a gigantes de nieve y Run sea algo agitada, eso no quiere decir que juntos lleguen a sembrar el caos.—respondió Balder.

—¿Algo agitada solo?—bromeó Freya.

—Balder tiene razón. Dejadlos que disfruten. Son jóvenes.—dijo Hermodr, sumando al pensamiento del dios de la belleza.

—Sí, son jóvenes. Es normal que se metan en líos. A mí me parecen una pareja de lo más agradable—añadió Váli.

En reacción de los comentarios realizados por los diferentes hijos de Odín, Freya frunció el ceño.

—Estoy con Tyr en este asunto. A mí me parece una mujer muy peligrosa y poco previsible. Traerá problemas…—dijo Freya mostrando una sonrisa en su rostro.

En cuanto la diosa Vanir dio su opinión, Balder sonrió abiertamente.

—¿Seguro que no lo dices por tus celos, querida?—preguntó Balder a Freya.

A raíz de dicha pregunta los demás dioses rieron mientras que Freya negaba con la cabeza mostrando en ella un considerable enojo. En aquel momento en que las risas sonaban en exceso, Odín tomó la palabra creando con su voz el silencio en el resto:

—Sabría que la transformación de Run en diosa crearía ciertas dudas al principio pero al fin y al cabo es algo totalmente necesario más allá que por su relación con Thor. Los nueve mundos corren serio peligro y necesitamos a alguien como ella en nuestro ejército para defender a Asgard. He visto el futuro y sé que Loki y un esbirro suyo están a punto de desatar el Ragnarök. Necesitamos su fuerza—dijo Odín con una expresión seria.

En reacción al último comentario del dios Odín, Balder se dirigió a su padre en un tono iracundo:

—¿Por eso diste el permiso a nuestro hermano de traer a Run? ¿Para qué ella luchara de nuestro lado y no porque Thor la amara desde siempre?

La pregunta de Balder quedó sin respuesta ya que Odín prefirió no hablar hasta que su hijo estuviera más calmado. En aquellos instantes de alta tensión en el seno de la familia Aesir, inmediatamente, Váli y Vidar le pusieron la mano en el hombro a Balder para tratar de calmarle.

—Tranquilízate Balder, padre solo intenta que Asgard esté preparada para la guerra del Ragnarök. Míralo por el lado bueno. Sea por una razón u otra, finalmente Thor se ha reencontrado con Run y ahora está feliz.—dijo Váli.

La voz sosegada del dios de los arqueros y de la luz causó en Balder un bálsamo que fue rebajando su furia hasta devolverle a su comportamiento alegre y dicharachero que tenía habitualmente. Estando Balder de nuevo mucho más calmado, cogió una de las copas de vino que había cerca de él por motivo de la boda y entonces resopló, dirigiéndose al grupo en un tono resignado:

—Brindo por esta boda y por la familia Aesir…—sentenció Balder.

Con el brindis iniciado por el dios de la belleza, los dioses que le acompañaban alzaron sus copas excepto Odín, quien continuó mirando detenidamente las aguas de Mimir.

CAPÍTULO 24: LO PROMETIDO ES DEUDA

En la costa de la isla “La puerta del infierno”, un cadáver de un guerrero arengan se hallaba tendido con varios cortes de hacha en el cráneo y en el torso. Ante ese cadáver se acercó Arkan, quien había venido en compañía de una guardia de cinco guerreros.

—¿Qué habrá pasado con el guardia? —preguntó un guerrero arengan.

Tras la pregunta, Arkan gruñó produciendo un sonido sordo y aterrador. Se asomó al precipicio y miró abajo. En las aguas un navío vikingo permanecía atracado a la espera del retorno de sus tripulantes.

—Humanos…—farfulló Arkan, frunciendo el ceño.

—¿A qué habrán venido esta vez?

—Les dimos a la princesa…—preguntó un guerrero arengan.

Arkan arrugó el ceño, preocupado.

—No lo sé pero no me gusta.—dijo Arkan.

Mientras tanto en un punto lejos de la costa, para ser más exactos, en el interior del reino de Muspelheim, un grupo de aventureros compuesto por siete hombres avanzaba por un sendero de roca caliza. Aquel grupo tenía como líder a Olafur Mortensen, el vikingo que había hecho tratos con Loki para que éste llevara la espada de Surtur hasta su portador a cambio de riquezas y el amor de Run.

Al grupo que comprendían los esbirros del codicioso medio enano se le habían añadido recientemente los mercenarios con los que Run y Hakon habían rescatado a la princesa Fadila del gigante Surtur. Olafur les conoció en una taberna de Cádiz. Cuando estaba bebiendo escuchó una conversación en la que tenían el trío de mercenarios fanfarroneaban de haber pisado el reino de Muspelheim. El medio enano al enterarse de lo que contaban les ofreció una cuantiosa cantidad de dinero a cambio de que lo guiaran hasta el reino de Muspelheim.

Situándonos en lo que sucedía por aquel entonces, producto del venenoso humo que se escapaba procedente de las piedras humeantes, el grupo liderado por Olafur llevaba un pañuelo ligado a la boca que les libraba de respirar el aire infectado de muerte.

—¿Qué es esto, Olafur?

—Nos prometiste oro y mujeres pero nos llevas a la boca del Nilfheim…—se quejó Thorlak, dirigiendo su pesar al vikingo medio enano.

—¿Cúanto resistiremos respirando esto?—preguntó Snorri a sus compañeros.

Después de que Olafur oyera las quejas de sus esbirros, arrugó el entrecejo enrabietado.

—Callad y seguid andando…—les ordenó Olafur.

En reacción al comentario, Raschid rió divertido provocando con ello que Thorlak se enfadara.

—Calmaos amigos vikingos. El gigante Surtur está cerca. —dijo Raschid.

—Más te vale, ladrón de muertos… —le contestó Thorlak con cara de loco.

En ese instante, los vikingos Aris y Snorri se acercaron en torno a Olafur para susurrarle sus pensamientos sobre el trío de mercenarios.

—Estos mercenarios….No me gustan nada.—dijo Snorri dirigiéndose a Olafur.

—Ni a mí. No os confiéis, mi señor.—añadió Aris.

Pese a las opiniones de los dos vikingos, Olafur se mantuvo callado y prosiguió con la marcha como si no hubiera oído nada.

Al cabo de unas horas de incesante caminata, uno de los lacayos de Olafur, Aris Guntag, empezó a sentirse sensiblemente cansado. Tenía dolores en las piernas y se sentía la garganta tan seca como la arena del desierto.

—Estoy desfallecido. No puedo continuar andando. Empiezo a pensar que venir hasta aquí fue una mala idea. Este lugar es espantoso.—se quejó Aris con voz jadeante.

A su lado, su amigo y compañero Snorri Sorensen, le animó:

—Aguanta, amigo mío. Aguanta…

—Calla y continúa andando o si no te tiraré a las llamas.—ordenó Olafur dirigiéndose a Aris.

Con la amenaza de Olafur, Aris cogió aire temeroso por el castigo que le pudiera imponer y entonces continuó avanzando sobre la roca caliente que pisaban sus pies.

—Así es. Camina. Muy bien.—le felicitó Snorri.

Regresando a Thor y Run, en aquellos momentos ellos se habían detenido en el puente de cristal que unía la atalaya de Heimdal con los palacios de Asgard para disfrutar de las vistas que se podían ver desde allí. El reino de Asgard se trataba de una roca flotante de tamaño casi infinito situado por encima del mundo de los hombres, del sol y de las estrellas. La composición de su paisaje se distinguía por tener grandes extensiones de prados, montañas y ríos. En medio

de aquella vegetación se hallaba una enorme ciudad casi infinita. En el centro de la ciudad se alzaba una gigantesca montaña casi tan grande como la propia ciudad. Aquella montaña era llamada con el nombre de Godhigher y era muy famosa entre los habitantes de Asgard porque era allí donde habitaban los dioses.

En la cima del Godhigher se hallaba el palacio del Gladsheim, una espectacular edificación con forma de espada, levantada en torno a vastos jardines y grandes lagos. En cada amanecer, los rayos del sol provocaban que las paredes del Gladsheim, brillaran produciendo constantes destellos al igual que ocurría con el filo de una espada.

Al norte de la ciudad, se alzaban un conjunto de sierras que servían como muro para los habitantes de Asgard. Aquellas colinas eran tan extensas que ningún habitante de Asgard podía atravesarlas. Por aquella zona, era donde estaba situado el hogar de los pegasos y el palacio de Vingolf, residencia de las valquirias.

Mientras que la pareja de dioses observaban las características de la geología del reino desde las alturas, Run le preguntó a Thor.

—¿Alguna vez sueles caminar por los barrios del reino?

—No, la verdad es que no. Al menos no sin un disfraz—respondió Thor.

—¿Un disfrazado? ¿A qué te refieres?—preguntó Run, intrigada.

—Nosotros, los dioses somos como los reyes para los habitantes del reino de Midgard. Somos muy aclamados y todos desean tocarnos. Cuando avisamos que vamos a dar un anuncio sobre algún acontecimiento, se crea un gran alboroto por las calles para vernos con mayor cercanía. A veces te siente mal por ellos pero son tantos que no puedes atenderlos a todos—respondió Thor.

Run rió divertida.

—Oh, pobre. Demasiado famoso para pasear por los barrios…—dijo Run en un tono burlón.

El comentario de la vikinga provocó que Thor riera divertido.

—¿Alguna vez te han rodeado miles de personas pidiéndote toda clase de milagros? Cuando te ocurra ya me dirás como se siente—dijo Thor con una sonrisa divertida.

—Y dime…¿Has realizado algún milagro por ellos?—preguntó Run.

—No. Padre nos dice que nunca debemos favorecer a ningún humano porque o sino romperíamos su libre albedrio. Esa fue la razón por la que he tardado tanto en ir a buscarte—dijo Thor.

Run sonrió mostrándose avergonzada.

—¿Estás contenta de haberme elegido?—preguntó Thor.

Ante la pregunta realizada por Thor, Run se quedó en silencio durante unos largos segundos y finalmente respondió con una sonrisa.

—Sí.

El asentimiento de la vikinga provocó que Thor rompiera a reír.

—¿De qué os reís?—preguntó Run, avergonzada.

—De nada…—respondió Thor.

—¿Quieres poner una mano en mi martillo mágico?—preguntó Thor.

Acto seguido de dicha pregunta, Run llevó su mano derecha hacia la entrepierna de su esposo, la cual agarró con fuerza para sorpresa de éste. Inmediatamente después de que la vikinga hubiera agarrado a Thor de sus partes nobles, el segundo se apartó de ella reaccionando muy avergonzado y divertido a la vez.

—¿Pero que hacéis de repente?—preguntó Thor, avergonzado.

—¿No me acabáis de ofrecer vuestro martillo? Yo lo cojo con mucho gusto—respondió Run con una sonrisa pícara.

Thor rió divertido.

—No me refería a ese martillo. Hablaba de Mjornir.—aclaró Thor tras unas carcajadas.

—Jope, me agradaba más la idea de coger el otro—bromeó Run.

—Por los nueve reinos, que chiste más malo—bromeó Thor provocando una risilla avergonzada en Run.

Habiendo realizado aquel comentario, Thor tendió su brazo derecho hacia delante y a continuación invocó a su martillo:

—¡Mjornir, ven a mí!

Justo después de que Thor pronunciara tales palabras, el mágico martillo apareció entre sus dedos.

—Aquí está—dijo Thor.

Run se acercó al martillo con cara de estar poco sorprendida.

—No parece nada especial—comentó Run con cara de decepción.

—Pues lo es y mucho. Multiplica por diez el poder de quien lo posee. Es un arma que si cayera en malas manos los nueve reinos tendrían grandes problemas…—dijo Thor, observando el martillo Mjornir con una expresión de seriedad.

—¿En serio? ¿Tan poderoso es eso?—preguntó Run, intrigada.

—Sí, sí que lo es—asintió Thor.

—¿Puede cogerlo?—preguntó Run mostrándose ansiosa.

—¿Qué pasa? ¿Ahora si quieres coger este martillo?—preguntó Thor mostrando una sonrisa divertida a costa de la vikinga.

—No, quiero coger el otro martillo pero si no me dejas algún

martillo cogeré, ¿no?—respondió Run, rápidamente provocando el sonrojo en el dios del trueno.

Thor, tratando de ocultar su sonrojo, extendió su brazo entregando Mjolnir a Run.

—Tomad. Creo que mi padre y los demás deben de estar asustados con nosotros dos…—dijo Thor con una sonrisa divertida.

Al mismo tiempo que Run agarraba a Mjolnir, le preguntó a Thor:

—¿Por qué dices eso?

La pregunta que la vikinga realizó a Thor quedó en tierra de nadie debido a que de repente se produjo en ella una explosión de luz a causa de estar sujetando el martillo. Al apagarse la luz que había surgido de forma repentina en Run, apareció luciendo una brillante armadura muy similar a la que vestía Thor.

—¿Y esta ropa?. Voy como tú pero en chica.—dijo Run entre risas.

—Ahora sí que hacemos una buena pareja.—comentó Thor mostrándose divertido.

Mientras que Thor reía, Run seguía fijándose en cada detalle de su armadura y la capa roja que caía por su espalda.

—¿Qué miras tanto? ¿Te hubiera gustado casarte con algo así? Siempre vistes este tipo de vestimenta—preguntó Thor, divertido.

Run resopló disgustada como una niña pequeña.

—Tonto.—dijo Run.

Thor rompió a reír más fuerte. En aquel instante, Run estiró por su rostro una sonrisa maliciosa.

—¿Hacemos una apuesta?—preguntó Run.

—¿Una apuesta? ¿Y qué hay en juego? ¿Mi martillo?—preguntó Thor, divertido.

Tras la pregunta de Thor, Run se sonrojó y luego murmuró:

—Tu otro martillo…

A raíz de aquel comentario de la vikinga, Thor se puso rojo de la vergüenza. Mientras que Thor seguía con la cara colorada de la vergüenza, Run se dirigió hacia un montículo de cascotes que había quedado tras su choque donde recogió dos de ellos. Uno para Thor y otro para ella.

—Quien tire su cascote más lejos que el otro, gana.—dijo Run volvía con Thor con los cascotes en sus manos.

—¿Vamos a tirar piedras? ¿No tenías ya 28 años? Pensaba que los vampiros no envejecían físicamente pero que la madurez mental sí que seguía su proceso natural.—dijo Thor en un tono de sorna.

Run frunció el ceño sintiéndose ridiculizada.

—Si hubiera sabido que te ibas a estar riendo de mí por ser como soy. No me hubiera casado contigo. Soy tu esposa.—se quejó Run.

Thor soltó una carcajada.

—Perdona entonces no seas tan susceptible. Por cierto… ¿Vas a tirar el cascote con el martillo en tu poder? Ya te he dicho que multiplica tu poder.—preguntó Thor.

—No cambies de tema.—dijo Run con el ceño fruncido.

Thor soltó una nueva carcajada.

—Tengo que tener alguna ventaja ¿no?. Soy solo una chica. Indefensa y débil—dijo Run mostrándose divertida.

A causa del comentario de la vikinga, Thor rompió a reír. En medio de dichas carcajadas, Thor dio un paso hacia delante y luego lanzó con fuerza un cascote que había cogido del suelo. En el mismo momento en el que el cascote salió de la mano del dios del trueno se escuchó un silbido motivado por la fuerza con la que fue lanzado. En solo un par de segundos el cascote atravesó los cielos de Asgard llegando hasta las sierras limítrofes del reino, lugar donde acabó impactando.

—No está mal, ¿no?—preguntó Thor con una sonrisa divertida.

—Para ser un hombrecito no está mal. Aprende de una mujer de verdad…—le respondió Run provocando las carcajadas en Thor.

Run, deseosa por superar a Thor, avanzó hasta situarse por delante de él desde donde lanzó con todas sus fuerzas.

—¡Aaarrrg!—gritó Run, desgañitándose por tanto esfuerzo.

El cascote de la vikinga tras ser lanzado por ella, voló como un misil por encima de Asgard. Aquel cascote llevaba tantísima fuerza que llegado al límite del reino de Asgard, pasó por encima y luego acabó saliendo al universo. Estando fuera del mundo de los dioses, el cascote continuó su vuelo hasta acabar chocando contra el reino de Jotunheim.

De vuelta al reino de Asgard, por aquel entonces Run sonreía a diferencia de Thor.

—Creo que he ganado.—dijo Run con una rebosante sonrisa,

—Sí.—rió Thor.

—¿Y qué habíamos apostado?—preguntó Thor mostrándose divertido.

Run miró hacia el suelo reaccionando muy avergonzada:

—Ven…—dijo Run tirando de Thor fuera del edificio en ruinas.

—¿A dónde me llevas?—preguntó Thor, intrigado.

—A otro reino. No quiero que mis padres me escuchen.—respondió Run.

La respuesta de la vikinga dejó al dios del trueno muy intrigado.

Dos horas después de que hubiera acontecido la conversación entre Run y Thor, el reino de Jotunheim amaneció con varias montañas de hielo desquebrajadas debido a unos terremotos que se habían producido en las dos últimas horas. El reino de Jotunheim era el reino de nieve, hogar donde vivían los seres relacionados con el frío.

En la cima de una de las montañas de hielo que había sufrido serios derrumbamientos por los temblores, la pareja de dioses yacían con sus cuerpos desnudos pegados el uno al otro. A ambos todavía se les podía escuchar como jadeaban a causa del reciente esfuerzo que les había conducido su apasionado sexo.

Pasados unos minutos, cuando la pareja estuvo más relajada, la vikinga se puso en pie dejando a su marido tendido en la nieve. De camino hacia el borde de la cima, se pudo el angelical cuerpo de la vikinga. Ella tenía un cuerpo prieto y trabajado. Parecía mucho más delgada desnuda que con ropa. Llegado al borde de la cima, Run se sentó con las piernas dobladas ocultando de aquel modo sus pechos. Poco después de que Run se sentara en aquella zona de la montaña, Thor se puso en pie para ir a reunirse con ella. Durante el acercamiento del dios del trueno hacia Run, su gran miembro fue rebotando de lado a lado a medida que iba caminando. Una vez que Thor llegó ante Run se sentó a su lado donde permaneció en silencio observando la inmensidad que se abría ante ellos.

Desde el lugar en el que estaban se divisaba todo el reino de Jotunheim. La vista les alcanzaba a ver la ciudad de Utgard, gobernada por el gigante Thyrim, rey de los gigantes de hielo, y demás lugares del reino.

Trascurrido un tiempo en el que los dos estuvieron en silencio, finalmente, Thor tomó la palabra para dirigirse a Run:

—¿Te preocupas por él?—preguntó Thor en referencia a Hakon.

—Parece que puedas leerme la mente…—respondió Run.

Thor dibujó en su rostro una leve sonrisa.

—Hakon es fuerte. Se recuperará bien.—dijo Thor.

—Lo sé. Solo espero que encuentre a alguien y que todo le vaya bien.—sentenció Run, con su mirada puesta en cielo blanquecino del reino de Jotunheim.

Al término del comentario de la vikinga, se dejó caer lentamente sobre las rodillas de Thor. Un lugar donde se quedó dormida mientras que el dios la acariciaba con dulzura.

CAPÍTULO 25: UN HOMBRE DESTRUÍDO

Un día después…

En una taberna de la ciudad de Flandes una decena de jarras vacías se amontonaban delante de un solo cliente. Aquel cliente con tanta capacidad para bebida era Hakon. Desde el día en el que se fue Run, lo había pasado bebiendo tratando de ahogar las penas con el alcohol.

"¿Por qué fui yo quien tuvo encontrarse con ella? Hubiera preferido mil veces que en mi camino se hubiera cruzado otra menos maravillosa. Pues su marcha no hubiera sido tan dolorosa como la de ella. Todo se ha ido al traste porque desde el mismo principio en el que nos conocimos estuvo en nuestra contra. Fue una locura imposible de que llegara a buen fin. Yo, un humano y ella, una vampiresa. Yo, cristiano y ella, pagana"—pensó Hakon con una expresión abatida.

Mientras que el hombre permanecía inmiscuido en sus pensamientos sobre su ausente maestra, el tendero de la taberna regresó con una sonrisa amistosa hasta lugar de la barra donde estaba sentado Hakon.

—Hola amigo. Veo que todavía sigues tan deprimido. ¿Cómo dijiste que se llamaba la culpable de tu mal de amores?—preguntó el tendero.

Pese a la pregunta realizada por el amistoso tendero, Hakon se quedó callado mirando fijamente a la barra. Con tal de resolver la duda creada, un anciano que se sentaba justo al lado del guerrero cristiano, se dirigió al tendero para responderle:

—Run Ljungberg. Ese es su nombre. Fue lo que dijo antes de que se bebiera la décima jarra de hidromiel.—respondió el anciano.

—¿Run Ljungberg? Es un nombre muy poco común aunque el apellido me suena mucho.—dijo el tendero rascándose la barbilla con un gesto pensativo.

—¿De dónde es la muchacha? No es de por aquí, ¿verdad?—preguntó el tendero.

—No, es del este. De Rus de Kiev…—respondió Hakon.

—Ah. Es eslava.—dijo el tendero.

El anciano de repente rió a carcajada limpia.

—Me encantan las eslavas. Todas son guapísimas. En el lupanar de la ciudad antes venían muchas de allí. Mi favorita era una tal Svetlana.—comentó el anciano en un tono divertido.

Hakon, cortando al anciano a mitad de conversación, le dijo:

—Run vivía en el este, pero no es eslava. Es danesa. Sus padres, creo que también lo eran. Al menos la madre.—dijo Hakon, logrando con su comentario que la atención volviera a cernirse sobre él.

—Mhun, ¿De Dinamarca? No tengo ni puta idea de donde está eso. Y bien, ¿Qué tiene esa chica danesa para que su marcha haya traído tanta tristeza en vos?—preguntó el tendero.

En reacción a la pregunta, Hakon sonrió reaccionando incrédulo.

—Ella es simplemente perfecta…—respondió Hakon.

Motivado por la respuesta del hombre, al anciano se le escapó una risotada.

—A todos los jóvenes les pasa lo mismo. Es cosa de la edad. Cuando sufren del mal de amores se creen miserables y llegan a pensar en que la vida no merece la pena, pero el tiempo cura rápido las heridas y tarde o temprano todos olvidan. ¿A cuántos hombres habré visto implorar por el cariño de una esposa y después a cuantos me habré encontrado de putas? Tengo sesenta y tres años pero habré visto por lo menos a tres cientos hombres de ese tipo.—dijo el anciano mostrándose muy divertido mientras relataba su experiencia.

El tendero, asintiendo con el comentario del anciano, estiró una sonrisa por su rostro y luego se dirigió a Hakon.

—Amigo haz caso a las arrugas de este hombre. La edad no trae únicamente de regalo la calvicie y la ausencia de erecciones, también aporta sabiduría. Este hombre ha vivido mucho más que tú y por eso sabe que el tiempo cura las heridas. Quizá hoy te sientas abrumado pero pronto te olvidarás de ella y conocerás a otras mujeres. Créeme, a mí también me ha pasado lo mismo que a ti. Como a todos…

—No es lo mismo. Run es especial. Es única en este mundo.—farfulló Hakon.

El tendero y el anciano al escuchar las palabras de Hakon, lo miraron con gesto sorprendido y entonces acabaron por reír a pierna suelta. Cuando las risas hallaron su fin, el anciano se dirigió de nuevo al guerrero cristiano:

—¿Qué tiene de especial esa chica? ¿Tiene algo más aparte de un coño y dos tetas?—preguntó el anciano en un tono jocoso.

—No seáis malo con el chico. Está enamorado. Solo es eso.—le respondió el tendero al anciano.

A consecuencia del comentario del tendero, Hakon estiró una leve sonrisa en su rostro la cual mantuvo durante unos segundos.

—Si vosotros la hubieras conocido diríais lo mismo que yo.

Olvidad toda mujer en el que estéis pensando y poned toda vuestra atención en mi descripción y quizá así lleguéis a entenderme en una décima parte en el modo en el que me siento. Run es una mujer tan inusual como ver a un bloque de hielo capaz de seguir intacto al ser lanzado al interior de las llamas. Con esto quiero decir que es imposible encontrar a alguien que se asemeje a ella aunque sea solo un poco.—dijo Hakon, soltando una carcajada al final.

—No será para tanto. ¿Cómo es ella físicamente?—preguntó el anciano, intrigado.

—Sí, será por lo menos guapa, ¿no?—preguntó el tendero.

—¿Si es guapa? Imaginad a una muchacha de dieciséis años pero con un cuerpo tan desarrollado y sensual como el de una mujer de veinte. Cada centímetro de su cuerpo parece haber sido escupido con el cincel de un artista. Sus piernas, culo, cintura y demás volverían loco al más casto de los monjes. Imaginad además un rostro hermoso de facciones absolutamente perfectas y una larga melena dorada cayendo a un lado de un cuello fino y blanquecino. Nariz perfecta, labios de fresa y unos ojos grandes de color hierba fresca que miran con severidad.—respondió Hakon.

—Así es Run, físicamente…—añadió.

El anciano y el tendero en aquel instante respiraron hondo debido a la excitación que les había provocado la detallada descripción sobre el físico de la vikinga.

—Continúa hablando…—le pidió el tendero a Hakon, mostrándose ansioso.

La petición del tendero hizo que Hakon extendiera una ancha sonrisa por su rostro mirando a los dos hombres.

—Bien, ¿habéis imaginado todo lo que os he dicho?—preguntó Hakon.

—¡Sí, sí sí!—.respondió el tendero y el anciano, hablando al unísono.

Hakon estiró una nueva sonrisa y entonces, sin más dilación, siguió describiendo su visión de la que hasta hace poco era su compañera de aventuras.

—Ahora que tenéis en mente como es ella físicamente, imaginadla vestida de vikinga y armada con una espada y un arco. Imaginadla entre rudos guerreros del norte con grandes músculos y rebosantes de testosterona. Lo divertido viene ahora. Aunque los guerreros que imaginéis tengan un aspecto temible, no la imaginéis en inferioridad en compañía de ellos. Tampoco como a una igual sino imaginadla como a un guerrero superior. No como uno de esos que son hábiles y destacan dentro de un ejército sino como alguien

tan superior que llega a parecer inverosímil. Si lucha de verdad no existe un guerrero en la faz de la tierra que pueda ponerla en apuros. Diría que si le viniese en gana en una mañana podría arrasar ella sola a un ejército y por la tarde comerse a un dragón. Se ha enfrentado en multitud de ocasiones contra monstruos muy peligrosos pero ni siquiera han conseguido que su trenza se moviera del sitio. Ya lo he dicho. Run no es normal. Está al mismo nivel que el de los dioses.—dijo Hakon.

De repente, el tendero y el anciano rompieron a reír inundando la taberna con el sonido de sus risas.

—¿Dices que esa tal Run puede arrasar a ejércitos enteros? ¿No crees que deberías dejar de beber un poco?—preguntó el anciano.

—Y tanto. Si hubiera sabido que te afecta tanto el alcohol te hubiera cobrado el triple por cada jarra—asintió el tendero, observando a Hakon con una expresión de incredulidad.

La falta de credibilidad que Hakon se dio cuenta tener frente a aquellos dos hombres le hizo fruncir el ceño y acabar por retirarse de la barra.

Pasadas unas horas de que se produjera la conversación, Hakon todavía permanecía en la misma taberna y por entonces ya había alcanzado un alto nivel de embriaguez. En aquellos momentos estaba sentado lejos de la barra en compañía de un grupo de hombres que aprovechaban que Hakon se estaba desahogando contando las aventuras que había vivido con la vikinga para burlarse de él.

—Por favor, cuenta esa historia otra vez. ¿Dónde dijiste que estuviste? —le animó uno de los hombres.

—Fue en el reino de Alfheim. Puedo decir que he sido el único hombre que los ha visitado. Estuve en el reino del Alfheim, Vanaheim y Muspelheim.—dijo Hakon mostrándose convencido de decir la verdad.

—¿Y cuándo visitastes esos lugares también estabas tan bebido como hoy? —preguntó uno de los hombres de la mesa.

—Yo creo que sí.—añadió otro de los comensales en tono jocoso.

Aquellas palabras de burla provocaron que todos en la mesa rieran fuertemente excepto Hakon. Mientras sonaban las carcajadas, el guerrero cristiano se mantuvo absorto en sus recuerdos y con la mirada fija sobre la mesa. En cuanto las risas se hubieron calmado, otro hombre tomó la palabra para hacer burla de Hakon:

—Dice que estuvo en los nueve reinos y ni siquiera es pagano. Estos cristianos a cada cual más mentiroso.

—Yo creo que lo vio este tipo es un barril bien cargado de hidromiel.—añadió otro hombre entre carcajadas.

En la barra de la taberna, el tendero frunció el ceño debido a las multiples burlas que los clientes le estaban haciendo a Hakon.

—Dejad de una vez en paz al chico. Solo está borracho. Quien quiera hacer burla ya sabe dónde está la puerta.—avisó el tendero con voz en alto.

La mayoría de los hombres a causa del toque de atención de parte tendero, se pusieron en pie y entonces, poco a poco fueron andando para sentarse otra mesa aunque mostrado cierto reproche:

—Aguafiestas con lo bien que nos lo estábamos pasando.—se quejó un cliente, a medida que se alejaba.

—Está bien. Tú ganas, pero un poco de risa tampoco hace daño a nadie.—se quejó otro hombre.

Habiendo visto el tendero como sus palabras habían hecho el efecto, se jactó de su autoridad y luego regresó a sus menesteres dejando de preocuparse por el joven.

Llegada la medianoche en la ciudad de Flandes, Hakon salió de la taberna encontrando ante sí la ciudad cubierta de blanco. En las horas que había pasado bebiendo había sucedido afuera una fuerte nevada que lo había dejado todo repleto de nieve.

Después de comprobar el nuevo estado de la ciudad, Hakon, todavía en la puerta de la taberna, se balanceó un par de veces estando a punto de caer. Por suerte para él, no terminó cayendo pues halló el apoyo de la fachada de una casa, que le valió para permanecer en pie y empezar a avanzar. Su destino era un albergue en el que tenía reservada una habitación desde antes de que Run se marchara con Thor, aunque ni mucho menos estaba tomando la dirección correcta.

A medida que el guerrero cristiano andaba abrazado a las fachadas, una serie de transeúntes llegaron de frente a él mirándolo con una cara de temor por lo que pudiera hacerles por motivo de su evidente borrachera. Aquel comportamiento respecto a su persona, no le importó a Hakon ya que por aquel entonces estaba demasiado borracho para darse cuenta de las cosas que le sucedían.

Rebasado al grupo de transeúntes, el guerrero cristiano continuó caminando con rumbo recto hasta que llegado el momento decidió interrumpir su viaje hacia el albergue para ponerse a orinar. Ante la fachada de una casa, empezó a orinar mientras cantaba una canción inventada sin el menor sentido.

Sobaquín sobaquín hoy me he puesto a mear.
Mira bien porque estoy meando.
Ya no sé qué decir esta canción no da para más.
Quizá sea porque me la acabo de inventar…

A mitad de estrofa de la canción, una inesperada daga se posó sobre el cuello de Hakon provocando que éste dejara de mear de inmediato:

—Tú, dame tu bolsa del oro. Sé que llevas una. Te hemos estado observando en la cantina así que no te atrevas a decirme que no tienes nada.—le amenazó el bandido.

En reacción a la amenaza, Hakon sonrió feliz por verse metido en problemas:

—No tengo ni una moneda de oro y si la tuviera no te la daría jamás.—dijo Hakon, retando al hombre que tenía detrás de él.

A consecuencia de la provocación, el bandido golpeó por la espalda a Hakon haciéndole caer sobre la nieve. Después de que el guerrero cristiano cayera de bruces contra el suelo, otros dos hombres empezaron a patearle dándole una brutal paliza. En el suelo el guerrero cristiano estuvo soportando el dolor hasta que finalmente quedó inconsciente.

A la mañana siguiente, Hakon despertó con todo el cuerpo amoratado y sin su bolsa de dinero.

"Qué pena, podían haberme matado. Así habría terminado de una vez toda esta puta mierda. ¿Qué es lo peor que me puede pasar ya?...¿Que me caiga un trueno encima? Jeje. Pues con su nuevo novio no me extrañaría nada que me pasara algo así…" Pensó Hakon adoptando por unos instantes una sonrisa en los labios.

"¿Quién podría ser capaz de disputarse una mujer con un dios? Por lo más querido, nadie. Run es una mujer fuera de lo normal que solo está al alcance de los dioses. Alguien como yo, con miles de defectos no es digno ni de oler su aliento. Ella es pura bondad y entrega. Ella es una heroína que ahora ésta donde se merecía estar. Yo solo soy un tipo con mucha suerte que ha podido acompañarla durante un tiempo. Solo he sido un espectador de su grandeza, la cual siempre ocultaba en las sombras. Ahora que no está me siento como la persona más estúpida del mundo porque siento que he desperdiciado mi tiempo con ella. Daría todo el oro del mundo para volver atrás y haberle dicho antes que la quería, pero ahora ya es tarde. Ya es tarde para mí." Pensó Hakon mientras le brotaban unas lágrimas por sus mejillas.

En ese instante de llanto para el guerrero cristiano se presentó

ante él su perro. El Gran Krig llegó moviendo la cola. Estaba muy contento debido a la perrita que había conocido y que ahora le seguía. La perra también de raza husky, de pelaje negro como la noche.

Hakon al ver a su mascota tan dichosa por haber encontrado a una novia, fue incapaz de seguir mostrando un gesto abatido, así que esbozó una leve sonrisa.

—Ahora entiendo porque no te encontraba.—dijo Hakon.

Tras sonreír por ello, el guerrero cristiano marchó con rumbo lejos de Flandes siendo seguido por el Gran Krig y la perrita.

EPÍLOGO

Pasadas unas horas de que se hubiera producido dicha conversación, los tres mercenarios se detuvieron enfrente de un acantilado que desembocaba a un gran lago de lava. Aquel lugar al que habían llegado se trataba del mismo lugar donde los mercenarios encontraron a Surtur en su anterior viaje al reino de Muspelheim. Detenidos enfrente del peligroso abismo, el grupo inició una conversación.

—¿Y decís que es aquí donde se esconde el demonio Surtur?— preguntó Olafur.

—Sí, así es. En el interior de este abismo lo hallareis. Solo tenéis que tener paciencia y él aparecerá.—respondió Agazán.

—Bien, aquí acaba nuestro trato. Ya os hemos traído hasta el escondite de Surtur ahora quiero que nos entreguéis la cantidad que acordamos.—dijo Raschid dirigiéndose a Olafur.

A consecuencia de dicha petición, Olafur arqueó una sonrisa llevando una mano hacia una bolsa que cargaba consigo. Una vez hubo cogido la bolsa, se la acabó entregando a Raschid para que él se hiciese cargo de repartir las monedas entre sus compañeros. El tirador de cuchillos después de que hubiera recibido la bolsa adoptó una expresión de felicidad mientras la abría.

—Oro oro oro…—dijo Raschid, mirando hacia el interior de la bolsa con gesto ansioso.

Tras abrir la bolsa y ver qué había en su interior, la expresión de Raschid se torció en un ceño fruncido. Inmediatamente después, Raschid para mostrar lo visto a sus compañeros, volcó delante de ellos el interior de la bolsa permitiendo que de aquel modo se pudiera descubrir el motivo de su enfado. Al hacerlo, de la bolsa cayeron unas veinte monedas de cobre.

—¿Cobre?—preguntó Mohamed, observando las monedas con gesto sorprendido.

—¿Qué es esta porquería? No es lo que acordamos—dijo Raschid, lanzando la bolsa a los pies de los vikingos al fin de sus palabras.

—Esta es vuestra recompensa.—respondió Olafur entre risas.

—¿Nuestra recompensa?—preguntó Raschid, furioso e incrédulo a la vez.

Rabiosos por la estafa que los vikingos les habían hecho, Agazán y Raschid dieron un paso al frente preparándose para combatir contra ellos.

—No te confundas con nosotros. No somos unos cualquiera, viejo.—dijo Raschid, mientras que por su espalda cogía un cuchillo de la bandana que le cruzaba el torso.

—Agazán, Mohamed, enseñémosles a estos idiotas nuestra fuerza…—añadió Raschid, dirigiéndose a sus dos compañeros.

—Sí.—asintió Agazán, al mismo tiempo que creaba dos bolas de fuego entre sus manos.

—Sí.—asintió Mohamed, mientras cogía una piedra del suelo.

Llegado a aquel punto en el que se encontraba la situación, Olafur y sus lacayos desenvainaron sus espadas y hachas para enfrentarse al trio de mercenarios al que habían estafado.

—Acabad con ellos, chicos.—ordenó Olafur dirigiéndose a sus tres lacayos.

—¡Sí!—gritaron los lacayos al unísono.

Cuando los vikingos todavía estaban gritando, una piedra voló entre Olafur y Thorlak acabando contra la cabeza de Aris. A consecuencia de aquel duro golpe, Aris cayó muerto con una enorme hemorragia en la cabeza. El responsable de aquella pedrada había sido Mohamed "El mil lenguas". Un experto con el tiro de honda.

El profeta después de que hubiera abatido a uno de los vikingos, se agachó para coger otra piedra y así poder recargar su honda. En el otro bando, Olafur y sus lacayos al ver como Aris yacía en el suelo por culpa del ataque, gruñeron de rabia mostrándose ansiosos por darle su merecido al profeta y a sus dos compañeros.

—¡Acabemos con ellos!—gritó Olafur mostrándose enrabietado.

Esta vez, el vikingo salió corriendo empuñando su hacha liderando a sus lacayos en el ataque contra los mercenarios. Antes de que los vikingos llegaran a empuñar sus hachas y espadas, Olafur fue sorprendido por una llamarada lanzada por Agazán. Con respecto a Snorri y Thorlak, ambos fueron apuñalados con dos cuchillos lanzados por Raschid.

Habiéndose producido la muerte de los tres lacayos de Olafur, Raschid arqueó una sonrisa observando como Olafur se revolcaba por el suelo entre gritos de dolor para intentar de aplacar el furor de las llamas en él.

—Estúpido. Miradle como se revuelca.—dijo Raschid entre risas.

El comentario del lanzador de cuchillos provocó que sus dos compañeros rieran con él.

—No perdamos más tiempo. Volvamos a la costa antes de que los arengans descubran el barco y lo desmenucen. Quiero dejar esta isla de una santa vez.—dijo Raschid.

—Sí, que pena que de nuevo nuestra aventura al reino de Muspelheim haya sido en balde.—dijo Mohamed.

—La próxima vez deberíamos averiguar más cosas sobre el cliente antes de aceptar una misión.—dijo Agazán.

Con el fin de aquella conversación entre los mercenarios, empezaron a marchar de aquel lugar para iniciar el viaje de vuelta. Mientras que eso sucedía, Olafur seguía retorciéndose de dolor a causa de las múltiples quemaduras que había sufrido con el encantamiento de fuego que le había lanzado “El mago bereber”. Había sido tan elevado el daño sufrido que tras el fin de las llamas, de su cuerpo seguía despidiéndose el humo y el olor a carne cocinada. La razón por la que todavía seguía con vida era por la espada que llevaba en el cinto que le cruzaba por la espalda, la espada “Fuego flagelante”.

A consecuencia de las llamas que habían abrasado el cuerpo del medioenano, Olafur estaba tan doliente que no podía ni hablar, sin embargo, sus pensamientos sí que representaban con exactitud toda la furia que acontecía en él.

“Malditos bastardos. Juro que esto no quedará así.” Pensó Olafur.

En aquel momento de furia y odio desatado por parte del vikingo, de repente se escuchó un rugido que se extendió por los rincones del reino de Muspelheim. Tras escucharse aquel estruendo, todo el reino de fuego empezó a temblar como si fuera a consecuencia de un terremoto. En el lugar en el que por entonces se encontraban el trio de mercenarios, al sentir el repentino temblor, se miraron los unos a los otros con gesto temeroso.

—Surtur…—dijo Agazán.

—¿Estás seguro?—preguntó Raschid.

—¿Sí, que otra puede ser?—preguntó Agazán.

—Será mejor que huyamos de aquí cuanto antes—dijo Mohamed, reaccionando aterrado por la noticia.

—¡Si, larguémonos!—asintió Raschid.

Acto seguido, el trio de mercenarios empezaron a correr en dirección contraria del lugar donde habían dejado al malherido vikingo. De regreso al punto en el que se hallaba Olafur, apenas pasados unos segundos de que se hubieran sucedido los inesperados temblores, se escuchó un ensordecedor rugido y con él vino acompañado algo mucho peor. De repente, en el lago de lava que se abría delante del acantilado donde se hallaba Olafur, se alzó el gigante Surtur haciendo acto de presencia. El vikingo al ver como finalmente había encontrado al dueño de la espada “Fuego

flagelante” se quedó absorto mirándole con los ojos abiertos como platos.

—Trece años después te he encontrado…—farfulló Olafur con una voz inaudible.

—Humano, ¿quién te ha dado permiso para entrar en mi mundo?—preguntó Surtur con una voz tenebrosa.

El gigante después de haberse dirigido al vikingo levantó su mano derecha preparándose para aplastarlo, pero entonces Olafur habló dándole una noticia tan sorprendente que detuvo su mano de fuego sin llegar a tocarle.

—He venido para traeros algo que os fue robado…

—¿Qué?...¿A qué os referís?—preguntó Surtur, intrigado.

Haciendo un grandísimo esfuerzo, Olafur cogió la espada “Fuego flagelante” y a continuación se la enseñó a su verdadero dueño desde la distancia.

—Os devuelvo vuestra espada…—farfulló Olafur, mientras que sostenía la espada en el aire.

Surtur, en reacción de la acción emprendida por el malherido vikingo, se mostró sorprendido y complacido a la vez.

—Rayos y centellas, es “Fuego flagelante”. Mi vieja espada…—dijo Surtur, sin quitar su gesto de asombro.

—¿Fuisteis vos quien me la robó?—preguntó Surtur en un tono enojado.

—No, claro que no. Yo solo la he traído de vuelta.—respondió Olafur.

—¿En serio habéis hecho todo este viaje para devolverme mi espada?—preguntó Surtur, intrigado.

—Sí…—respondió Olafur.

—¿Y qué queréis a cambio, humano?—preguntó Surtur.

—Todo. Loki me lo prometió…—respondió Olafur.

La respuesta del vikingo hizo que Surtur asintiera con una media sonrisa.

—Ya entiendo….Ha sido Loki.—dijo Surtur para sí mismo.

Finalizada aquella parte de la conversación, Surtur alargó su mano recogiendo la espada con dos dedos:

—Entonces que Loki os premie como es debido.—dijo Surtur mientras recogía “Fuego flagelante” de la mano de Olafur.

En cuanto la mágica espada fue cogida por Surtur, ésta se vio como aguja, pero a los pocos segundos de que la espada hubiera entrado en contacto con su verdadero dueño, creció hasta convertirse en una espada gigantesca siendo así acorde con el tamaño del demonio.

—¡Al fin! ¡Al fin!—gritó Surtur mientras empuñaba la espada hacia el techo del reino de Muspelheim.

Acto seguido de que se hubiera desatado la magia alrededor de la espada, Surtur empezó a trepar rápidamente por los muros de roca que había a su alrededor. Llegado a un punto en lo alto, Surtur utilizó "Fuego flagelante" para romper el cráter y hacerlo más grande para que un gigante como él pudiera caber y escapar al exterior. Así ocurrió con la destrucción del volcán. Aquello le bastó al gigante para sacar la cabeza al reino de Midgard, y a continuación, el resto de su cuerpo.

La aparición de Surtur en el reino de los humanos provocó que ríos de rocas y lava ardiente se despeñaran montaña a bajo contra los bosques colindantes al volcán. Esos sucesos desataron incendios, la muerte de muchísimos animales y como no, la alerta en la aldea de Teide. Allí, los arengans corrían de lado a lado para tratar de escapar de los peligros que se les venían encima.

—¡Surtur ha escapado!—gritó un cachorro de arengan, invadido por el pánico.

—No es posible. El fin ha llegado. ¡Huid todos!—gritó otro arengan.

Mientras que continuaba extendiéndose el terror en el poblado Teide, Arkan se quedó paralizado y en silencio observando desde la lejanía como tras la inesperada la salida de Surtur, miles de dragones le seguían escapando con él del reino de Muspelheim.

Después de que Arkan hubiera presenciado la asombrosa estampida de dragones, se giró encontrándose para su sorpresa con el dios Loki. Con solo verlo, el líder de los reptiles supo al instante que él no era un humano sino un ser mucho más poderoso.

El dios Loki al estar enfrente del musculoso ser, le preguntó:

—La guerra ha comenzado ¿De qué bando estáis?

Ante la pregunta realizada por el rey del infierno, Arkan se quedó en silencio y finalmente se arrodilló siendo imitado acto seguido por el resto de individuos de la raza arengan. Estando arrodillado todo el pueblo de Teide enfrente del rey del infierno, estiró una malévola sonrisa por su rostro y entonces dijo:

—Que comience el Ragnarök.—sentenció Loki, alzando con su mano el frasco con la esencia oscura. Sin más dilación, el rey del infierno bebió el contenido del frasco sucumbiendo en ese momento en una espectacular transformación.

CARTA DEL AUTOR

Una vez más me gustaría agradecer a todos aquellos que se han hecho con uno de mis libros. Quiero comentar que yo escribo esta saga sin ninguna pretensión económica. Simplemente la escribo porque me gusta hacerlo y por ello a veces no soy todo lo serio como debería en cuanto a las revisiones se refiere. De todos modos, sí que lo reviso al menos una vez antes de subirlo para la venta.

Sí durante la lectura de este libro habéis encontrado faltas de ortografía o de cualquier otro tipo hacédmelo saber en vuestros comentarios de Facebook en la página del libro. Creo que por su precio no hace falta poner el grito en el cielo si encuentras erratas o algo en lo que estéis en desacuerdo. Así que os repito, si me entero de que tiene errores, volveré a revisar el libro y lo subiré corregido para próximos lectores. Sin ningún problema.

En segundo lugar, os aviso de que el siguiente episodio pondrá punto y final a la saga. Se llamará Ragnarök y supongo que oscilará en torno a un número de páginas de 130 a 150. Como ya sabéis salvo el primero que es un libro más amplío porque contiene a la mayoría de los personajes, los siguientes libros de la saga son más cortos ya que no me gusta enrollarme inventándome tramas que luego no llevan a nada.

Bueno, creo que ya lo he dicho todo. Espero que os haya gustado y que sigáis interesándoos por esta saga que promete todavía muchas sorpresas. Ah, una última cosa, doy las gracias a todas las blogueras que comentan sus opiniones sobre Run. Me hace una especial ilusión tener mayor público femenino que masculino porque sinceramente son mujeres como vosotras las que en mi día a día me han inspirado a crear alguien como Run.

Gracias